

Laurie Colwin
Felicidad familiar

Traducción de Antonio-Prometeo Moya



Lectulandia

Polly es una treintañera neoyorquina casada con un exitoso abogado y madre de dos hijos encantadores. Criada en el seno de una familia judía de muy buena posición, se ha hecho adulta de la noche a la mañana, convirtiéndose en una versión moderna y más perfecta de su madre. Sin embargo, su vida dará un vuelco inesperado cuando se enamore de un pintor algo bohemio: de pronto, las ideas en las que había sido educada y su visión del mundo dejarán de tener sentido. Felicidad familiar nos cuenta la historia de una esposa y madre feliz que se ve embarcada de pronto en una impredecible relación amorosa.

Lectulandia

Laurie Colwin

Felicidad familiar

ePub r1.0

Titivillus 30-01-2018

Título original: *Family Happiness*
Laurie Colwin, 1982

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para J. J.

«Dios junta a los solitarios en familias, libera a los presos de cadenas;
mas los rebeldes habitan en yermos».

Salmo 68, 6

PRIMERA PARTE

Uno

Polly Solo-Miller Demarest era la joya de la familia Solo-Miller. Esta familia lo tenía todo: presencia, inteligencia, dinero, un fuerte y sólido sentido de clan y ramificaciones en Boston, Filadelfia y Nueva York, así como en Londres, como si de una entidad bancaria se tratase. El patriarca de la facción de Nueva York era Henry Solo-Miller, marido de Constanzia, de soltera Hendricks y apodada «Wendy». Los dos procedían de antiquísimas familias judías, de esas que pasan más por americanas de pura cepa que por judías. Los Solo-Miller y los Hendricks habían llegado de Holanda, a través de España, antes de la independencia de Estados Unidos, en la que habían tomado parte o para la que habían ayudado a recaudar fondos. Henry y Wendy tuvieron tres vástagos: Paul, Dora (llamada «Polly» por todos) y Henry el Joven.

Polly estaba emparedada entre dos hermanos difíciles. Paul, abogado como su padre, siempre había sido un personaje taciturno, distraído e irascible. Se decía que era brillante, pero era tan callado que nadie le había oído decir nunca nada brillante. Tenía cuarenta y tres años, estaba soltero, se le respetaba tanto en los círculos jurídicos como a su distinguido padre y era un vehemente melómano. Henry el Joven, en cambio, era un patán. No había querido dedicarse a las habituales ocupaciones de los Solo-Miller y los Hendricks —el derecho y la banca— para proseguir su pasión juvenil, nada menos que la aerodinámica, y hacerse ingeniero aeronáutico. Se había casado con Andreyka Fillo, también ingeniera, e hija de refugiados checos. Henry y Andreyka se comportaban más como hermanos que como marido y mujer. Se ponían la ropa del otro, no pensaban tener hijos, jugaban con su perro y se dedicaban a volar cometas. El grande y apestoso perro de Henry el Joven, un coonhound manchado que respondía al nombre de Kirby, ocupaba el lugar del hijo que no tenían y, al igual que su amo, se había negado a recibir el adecuado entrenamiento.

Quien hizo abuelos a sus padres fue Polly. Estaba casada con un abogado guapo y corpulento llamado Henry Demarest, y había tenido con él dos retoños robustos y simpáticos: Pete, de nueve años, y Dee-Dee, cuyo verdadero nombre era Claire, de siete años y medio. Sus abuelos, que nunca se comportaron con ellos con la excentricidad con que habían tratado a sus propios hijos, los querían como a las niñas de sus ojos.

Henry el Viejo moraba en lo que Polly llamaba «reino de la mente superior». Esto significaba que a menudo no estaba del todo presente allí donde se le veía. Era un hombre más bien silencioso que se dedicaba a lo suyo como se cuelga un Rembrandt,

con mucho cuidado, corrección y dignidad, aunque tenía sus rarezas con la comida y creía que todo, desde las verduras hasta el costillar de vaca, debía lavarse con agua y jabón antes de cocinarse, y que los huevos debían fregarse antes de cocerse. Para gastarle un bromazo, una vez, Polly, cuando era adolescente, metió un pollo en la lavadora.

A causa de estas manías, mentían continuamente a Henry el Viejo. Comía con toda tranquilidad cuanto le ponían en el plato siempre que le asegurasen previamente que todo se había cultivado en suelo orgánico garantizado y había sido lavado con agua y jabón. La contaminación de la atmósfera era uno de sus temas preferidos.

Wendy nunca hacía nada a derechas. Durante años había llamado «Derwood» al pobre Douglas Stern, y todo el mundo, incluida la familia del buen hombre, lo llamaba ya de aquel modo. No era verdad que llamara «Carlos» a Pablo Picasso — Polly decía que sí—, pero le faltaba poco. Una broma que circulaba en la familia decía que Polly se había casado con un abogado llamado Henry para impedir que su madre metiera la pata.

En términos generales, los Solo-Miller preferían la compañía de los demás Solo-Miller a la de otros mortales y se reunían con frecuencia. Todos los domingos se presentaban en casa de Henry y Wendy para celebrar una comida que algunos llamaban «almuerzo» y otros «*brunch*». Los Solo-Miller la llamaban «desayuno».

La casa en que se instalaron Polly y Henry Demarest se parecía mucho a la de los padres de ella. Era totalmente lógico: Henry, que procedía de una familia de Chicago similar a los Solo-Miller, compartía las ideas de Polly referentes a la comodidad, el orden y el estilo de vida que había que llevar. Creían en la armonía, la generosidad y las buenas obras. Henry gozaba de una excelente reputación como abogado. Formaba parte del consejo escolar del centro al que asistían Pete y Dee-Dee; era miembro del Colegio Norteamericano de Abogados y pertenecía al patronato de la fundación del colegio de Chicago al que había ido de adolescente.

También Polly tenía una ocupación. Era Coordinadora de Investigación de Programas y Métodos de Lectura de la división informativa del Departamento de Educación. La lucha de Polly era que todos los niños aprendieran a leer, y su trabajo consistía en evaluar el alud de métodos, manuales y test nuevos que llegaba al Departamento. Esta actividad combinaba algunas de las cosas que Polly más amaba —ayudar a los demás, los niños y los libros—, pero a pesar de su gran dedicación, hablaba poco de ella. De vez en cuando llegaba a su despacho un manual de lectura realmente absurdo y entonces se lo llevaba a casa para enseñárselo a Henry, pero por lo demás el trabajo se quedaba en el trabajo. Pensaba que los métodos para enseñar a leer interesaban básicamente a otros técnicos de la especialidad, mientras que el derecho era un tema amplio y de interés general.

A Polly se le daba bien su trabajo y se le daban bien los deportes; además, era una

cocinera y un ama de casa extraordinaria. No era torpe y zafia como su hermano Henry, ni melindrosa y alérgica a los productos más comunes como su hermano Paul. De niña había tenido un carácter llamativamente dulce y de adolescente había puesto paz en las peleas entre Paul y Henry, que a menudo parecían correr el peligro de acabar en fratricidio. Aquellas riñas habían sido los únicos momentos de cercanía que habían tenido Paul y Henry el Joven. En la actualidad solo coincidían en las reuniones familiares, aunque Polly veía a ambos con frecuencia.

Polly se había licenciado entre las mejores de su promoción en una elegante universidad femenina (que también había sido la *alma mater* de Wendy), luego había estudiado durante un año en Francia, al volver a Estados Unidos había sido profesora de primeras letras en una escuela privada, se había casado con Henry Demarest, había obtenido un título en enseñanza de la lectura, había tenido a Pete y a Dee-Dee y, finalmente, había conseguido un empleo de alto nivel. Iba al despacho tres días a la semana y se quedaba en casa los lunes y los viernes. De este modo imaginaba que tenía tiempo para todo: para llevar la casa, para estar con Pete y DeeDee y para ser la cariñosa media naranja de su marido.

Por añadidura, era la comensal favorita de su madre y una gran atracción social. Polly sabía escuchar. Tenía talento para estimular al tímido y aplacar al arrogante y al hostil. Además, le encantaba preparar postres para chuparse los dedos. Nunca había dado a nadie el menor motivo para recelar. Su familia la adoraba, pero nadie se creía obligado a prestar mucha atención a una persona tan tenaz, recta, jovial y amable como ella.

Los domingos por la mañana Henry Demarest se quedaba en la cama y Polly se encerraba en la cocina para preparar tortitas para los niños, con forma de arañas, murciélagos y serpientes. Le gustaba que todos estuvieran en casa, le gustaba asomarse a la ventana y no ver tráfico en Park Avenue. Le gustaba ver a las familias salir en tropel de debajo de la marquesina del edificio y desfilar hacia Central Park.

Todos los domingos por la mañana, aproximadamente a las nueve y media, sonaba el teléfono.

—Hola, querida. Soy tu pobre madre —decía Wendy.

—Hola, mamá —decía siempre Polly—. ¿Cuántos para el desayuno? —Por culpa de los complicados horarios jurídicos y a causa de los trabajos especiales que de vez en cuando obligaban a irse fuera a Henry el Joven y a Andreyá, el personal que acudía a los desayunos dominicales variaba todas las semanas—. Esta mañana estamos todos aquí. Un momento. Pete, ¿te importaría no zamparte todo el sirope de arce? Disculpa, mamá. ¿Quiénes van a estar?

—Tu hermano Paul no vendrá a desayunar —dijo Wendy—. Creíamos que sí, pero no estará.

—¿Por qué no?

—Nos ha mandado una carta urgente —dijo Wendy—. Reunión inaplazable en París. —El trabajo de Paul tenía que ver con el sistema tributario internacional y viajaba con mucha frecuencia—. Como de costumbre, Henry y Andreyá vendrán con su repugnante saco de pulgas. Me gustaría que hablaras con ellos, Polly. Ese perro molesta mucho a tu padre.

—Madre, en estos tres años papá ni se ha enterado de que existe ese perro. Eres tú quien no lo soporta.

—Eso no es verdad —dijo Wendy, que sabía que aquello era verdad, con voz de ofendida.

—Papá nunca se fija en esas cosas y tú lo sabes —insistió Polly. Sujetaba el auricular entre la mandíbula inferior y la clavícula para tener las manos libres. Los domingos por la mañana Pete y Dee-Dee se subían por turno a una silla para coger del fogón la masa de las tortitas destinadas a su padre. No les parecía bien que su padre comiera murciélagos, serpientes o arañas y las hacían al estilo normal, y luego Polly les añadía trocitos de pacana. Ya habían terminado las suyas y se subían por turno a la encimera para verter la masa con un cucharón.

—Tu padre es más sensible a esas cosas de lo que imaginas —dijo Wendy.

—Yo no he dicho que sea insensible, mamá. He dicho que no se fijaba y no se fija.

—Bueno, no importa —dijo Wendy—. Querida, ¿abre los domingos esa preciosa panadería que hay cerca de tu casa? —También aquello lo preguntaba Wendy cada semana.

—Abre hasta la una —decía Polly invariablemente.

—Entonces ¿te supondría mucha molestia bajar a comprar una hogaza de ese pan suizo de pueblo que tanto chifla a tu padre?

Polly respondió que no le suponía ninguna molestia: nunca le suponía ninguna molestia. Además, ya lo había comprado la víspera y lo había envuelto en un paño de lino para conservarlo fresco. La panadería también tenía un *pain au chocolat* que chiflaba a Wendy, y cuando Polly iba a por el pan suizo siempre compraba *pain au chocolat* para su madre.

El telefonazo dominical de Wendy era un ritual, como el pan suizo de pueblo y el *pain au chocolat*. Lo mismo podía decirse de las tortitas, de las pacanas en las tortitas de Henry y de la preparación de las tortitas de Henry por los niños. Henry desayunaba los domingos en la cama. Trabajaba mucho durante la semana, y los sábados, si estaba libre de obligaciones, se iba de excursión con los niños al zoológico, a un museo o a comer a algún exótico restaurante francés. Decía que estaba educando a sus hijos para que fueran buenos compañeros de mesa de su vejez. Él y Polly creían que los niños debían aprender a comer, lo cual significaba probar cosas nuevas y saber comportarse en la mesa. Durante aquellas expediciones gastronómicas se les permitía beber un poco de vino con el agua.

Y puesto que todos los domingos —si no estaba fuera— aterrizaba en casa de los

Solo-Miller, Polly opinaba que merecía que le sirvieran un verdadero desayuno, de modo que podía quedarse en la cama, descansar y leer los periódicos.

Polly no esperaba nunca que la sirvieran a ella. Solo trabajaba tres días a la semana, y aunque su trabajo también era agotador, no lo era tanto como el de Henry. A ella le llevaban el desayuno a la cama el día de su cumpleaños, el día de su aniversario de boda y cuando sus hijos cumplían años, porque a fin de cuentas era su madre.

Todos los Solo-Miller eran corpulentos y bien parecidos. Polly, que tenía los ojos de color gris claro, espesa cabellera cenicienta y unos hombros de nácar, se había casado con un hombre guapo. Verlo rodeado de almohadas, adormilado, con el pijama de rayas, el pelo oscuro y ondulado sin peinar, y cara de satisfacción, solía alegrarle el alma. Henry Demarest no era muy distinto de los demás miembros de su familia. Al igual que Henry el Viejo y que Paul, trabajaba con ahínco y dedicación. Polly estaba acostumbrada a ver un poco abstraídos a los hombres. Había crecido con un padre que no se daba cuenta de muchas cosas, como las peleas, las rivalidades fraternas o la confusión adolescente. Los medios con que Paul expresaba que se encontraba en el reino de la mente superior eran el silencio y la seriedad. Su inteligencia era legendaria, así que bastaba su sola presencia y se esforzaba poco socialmente. En cuanto a Henry el Joven, nadie más se interesaba por la aerodinámica, pero eso no impedía que hablara de ella, a pesar de todo. Henry Demarest, en cambio, no era un hombre serio, resultaba interesante por su trabajo y era capaz de fijarse en todo. Pero cuando las obligaciones agobiaban su espíritu y su mente, tampoco él estaba del todo presente, y entonces se parecía mucho a Henry Solo-Miller el Viejo.

—Pete y Dee-Dee —dijo Polly—, preparad la bandeja de vuestro padre. Voy a llevarle las tortitas. Podéis jugar hasta la hora del desayuno.

—Pero si acabamos de desayunar, ¿por qué vamos a desayunar más? —dijo Pete, que hacía la misma pregunta todas las semanas.

—No es un desayuno de verdad —decía Polly—. Es la comida.

—¿Y por qué los abuelos la llaman desayuno? —preguntaba Dee-Dee.

—Porque para ellos lo es. Es su primera comida del día, y desayunar significa interrumpir el ayuno. —Le pasó una servilleta a Dee-Dee y observó cómo la doblaba cuidadosamente.

—¿Qué ayuno? —preguntó la niña.

—Las personas ayunan cuando no comen —dijo Polly—. Trae el plato grande para que ponga las tortitas. Pete, tú sirve el café, y tú, Dee-Dee, pon leche en esa jarrita, *con muchísimo cuidado*. Muy bien, muchas gracias. Y ahora, ¡largo!

Henry estaba dormido cuando Polly llegó con la bandeja. La dejó en la mesita de noche y cerró la ventana; a Henry le gustaba dormir con la ventana abierta toda la

noche; por la mañana, cuando Polly se levantaba y se iba a hacer el café, le gustaba apoderarse de todas las almohadas y frazadas. Corría el mes de noviembre y hacía mucho frío. Polly estiró el edredón para taparlo y lo besó en la frente. Henry tenía el pelo oscuro y ondulado, y los ojos de color avellana. Sus rasgos eran regulares, elegantes y un poco anticuados. Abrió los ojos y se estiró.

—Buenos días, cariño —dijo Polly—. Te traigo la bandeja. Voy a ver si ha llegado el periódico.

Lo habían entregado ya y estaba en el vestíbulo, junto al ascensor. Mientras recorría el largo pasillo para volver al dormitorio, oyó jugar a los niños en la habitación de Pete. Habían inventado un juego complicado que llamaban Vacas y Erizos y en el que intervenían sus animales favoritos. Dee-Dee se había educado con libros infantiles ingleses y lo que más deseaba en el mundo era tener un erizo vivo. Pensaba que era una injusticia vivir en un país que no era el suyo y que para compensarlo se le regalaran erizos fabricados con materiales de todas clases. Muchos se los había regalado la hermana de Henry, Eva Demarest Forbes, que estaba casada con un banquero británico y vivía en Londres. Eva había sido compañera de habitación de Polly cuando estaban en la universidad.

Polly se consideraba afortunada por tener aquellos hijos. Ella y Henry sentían un vivo amor por ellos, pero sin malcriarlos. Los dos se peleaban como es costumbre entre hermanos, pero se querían. El principal objetivo de Pete en esta vida era meter miedo a su hermana, pero Dee-Dee no tenía miedo de nada, mientras que Pete era innegablemente aprensivo en relación con una serie de animales y objetos. Como Dee-Dee era una niña bondadosa, a menudo fingía asustarse, porque así Pete se sentía más valiente. Cuando la familia se iba a veranear a Maine, nunca se le ocurría meterle por dentro de la camisa las serpientes, gusanos y arañas que a ella no le daba repelús coger con los dedos.

Los dos niños estaban siendo criados a la antigua, lo cual exigía que los padres les inculcasen toda clase de buenas costumbres. Si los progenitores vigilaban sus juegos en silencio y dando muestras de paciencia, de las semillas de la atención prolongada nacían excelentes aptitudes para el estudio. Se alentaban los juegos que incentivaban su imaginación: jugar con arcilla, por ejemplo. Cierta vez, Wendy había regalado a Dee-Dee todos sus viejos frascos de perfume, y los dos hermanos pasaron horas jugando a desfiles y procesiones con ellos. Polly sabía que el tiempo que pasaba con sus hijos tenía sus compensaciones. Su madre se acogía a esta circunstancia para reprocharle que tuviera un empleo. Wendy, que olvidaba muy oportunamente todos los proyectos cívicos en que se había involucrado durante la infancia de Polly, se recordaba como una madre sacrificada y pensaba que Polly debía comportarse como erróneamente recordaba que se había comportado ella. La primera vez que Pete se había quedado en casa de un amigo a pasar la noche, Wendy había puesto el grito en el cielo.

—Estás delegando en otros la educación de tus hijos —le había dicho—. Yo

nunca te hice eso, ni a ti ni a tus hermanos. Que yo sepa, no se te educó para que dejaras a tus hijos al cuidado de otros.

Polly le había replicado enumerando los cientos de veces que ella, Paul y Henry el Joven se habían quedado en casas de amigos.

—Ellos venían aquí —había respondido Wendy—. Vosotros nunca os quedabais allí.

En lo más profundo de sus recalcitrantes entrañas, Wendy creía que las mujeres no debían trabajar. Cuando pensaba en mujeres trabajadoras, le venían a la cabeza las costureras que arreglaban ropa interior en Saks Fifth Avenue o las presidentas de las grandes compañías de cosméticos, como Madame Rubinstein. Entre sus amigas había mujeres muy distinguidas: una pediatra famosa, la presidenta de la Sociedad de Ayuda Legal a los Huérfanos. La propia Wendy figuraba en varios comités relacionados con niños abandonados, maltratados y sin hogar. Creía que el que una madre tuviese un trabajo remunerado perjudicaba a los niños pequeños, aunque el trabajo voluntario era algo muy distinto. Una podía dedicarle horas sin perjudicar a nadie. Tal era, en palabras de Polly, la «lógica de Wendy». Wendy era comprensiva con empleos fastuosos o que comportaban poder e inteligencia, pero ser, como era Polly, Coordinadora de Investigación de Programas y Métodos de Lectura la dejaba perpleja. Además, el salario de Polly no era decisivo: no necesitaba trabajar por dinero, como hacían las personas menos afortunadas.

Polly dejó el periódico en la cama y pasó las páginas. Ella y Henry se repartían el dominical a partes iguales. Las secciones que más le gustaban a ella eran las que menos le gustaban a él. Leyeron en silencio.

—¿Cómo estaban las tortitas? —preguntó Polly.

—Magníficas —dijo Henry.

—Te has dejado una. ¿Vas a comértela?

—No —dijo Henry—. Cómetela tú. —Polly se inclinó hacia delante y la pinchó con el tenedor. Si hubiera estado sola, la habría cogido con los dedos—. ¿Quién irá hoy? —añadió Henry.

—Paul no —dijo Polly.

—Lástima. —A Henry le gustaba Paul—. Pero los astronautas sí, ¿verdad?

A Henry le dejaban frío sus cuñados, pero no entendía por qué unos adultos querían ser tan subdesarrollados. Cuando no se ponían la ropa del otro, a Henry y Andrey a les gustaba llevar prendas conjuntadas. En opinión de Polly, parecían un centro de mesa ornamental, un juego de salero y pimentero con la forma de dos terriers escoceses con tartán o en forma de tomates sonrientes con manos y pies.

Parecían contentísimos cuando estaban con su perro, o con Pete y Dee-Dee, que según Henry Demarest eran los amigos idóneos para ellos. Todos los domingos, cuando hacía buen tiempo, Henry el Joven y Andrey a se llevaban a los niños a jugar

con las cometas, lo cual quería decir que Henry Demarest podía quedarse leyendo tranquilamente al pie de un árbol, o hablando con su suegro, hasta que le devolvían a sus criaturas.

—Irán y se llevarán a los niños a jugar con la cometa —dijo Polly—. Si quieres, llevarán otra para ti.

—Si se van a pasear con los niños, me llevaré algo de trabajo —dijo Henry—. Estoy tan agobiado que todo lo que pueda adelantar me vendrá bien. ¿Irá alguna otra persona interesante?

—Mamá me dijo ayer que Henry había hecho un comentario sobre alguien, pero confesó que podía estar equivocada.

—Típico de Wendy —dijo Henry.

Polly y Henry estaban tan compenetrados, coincidían tanto en sus opiniones sobre la vida, la familia y los hijos, y además se querían tanto y se tenían tanto cariño que Polly ya no sabía cuándo había notado por primera vez el alivio que sentía cuando una conversación con Henry discurría apaciblemente. No eran de las parejas que se peleaban, no se enfadaban ni discutían. En general preferían hablar las cosas y nunca habían tenido ninguna fricción seria. Sus únicos desacuerdos habían sido los que suelen tener normalmente las parejas bien avenidas.

Henry estaba pasando una mala racha en el terreno profesional. Le gustaba su trabajo; era paciente y tenaz, pero esperaba resultados. Un importante caso antimonopolio no iba por buen camino; en otro había habido que recurrir. Los dos casos se habían movido muy despacio, y como su conclusión no había sido satisfactoria, primero se enfureció, luego se sintió frustrado y por último se puso de un humor sombrío. En el último año, Polly ya había notado cuánto oxígeno de la atmósfera doméstica consumía el trabajo de Henry. ¿Siempre había estado así de deprimido? ¿Así de apático? ¿Así de irritable? ¿Así de abstraído? ¿Así de preocupado?

Polly había crecido en una casa en la que el trabajo del padre era lo más importante de todo. Pensaba que no era fácil ser hija de un progenitor distinguido, pero no podía negarse que aquella condición enseñaba a una muchacha cuál era su lugar. En la casa de Polly, el trabajo de Henry no era tan importante como necesario. Polly tenía dos ocupaciones: la que desempeñaba a cambio de un salario y la consistente en iluminar el humor sombrío de su marido, cuando podía. No estaba en condiciones de echar del estrado a los jueces incompetentes ni de encontrar peritos judiciales ni de aligerar la pesadez de la investigación documental, pero podía hacer que la casa de Henry fuera una fortaleza feliz. Esa era, en su opinión, su verdadera habilidad, y si Henry no reparaba aquellos días en los detalles de su bien dirigida fortaleza de felicidad, ya repararía cuando estuviera menos agobiado, pensaba Polly. Aunque le hubiera tenido que preguntar si las tortitas estaban en su punto, en vez de

que él le diera las gracias espontáneamente, como mínimo debía haberse alegrado por tener una amante esposa para endulzarle la mañana. Costaba enfadarse con un hombre tan delicado como Henry por lo que Polly calificaba de quejas secundarias. Su objetivo era ser buena y comprensiva: tal era la misión de las personas felices y razonables, como le había dicho su madre con frecuencia. Y en tanto que único miembro de su familia que no sufría cambios de humor y no era testaruda ni dada a extravagancias, había practicado mucho.

Los Solo-Miller se arreglaban para el desayuno de los domingos. Esto significaba que nadie podía presentarse con unos tejanos raídos, y en la época en que Polly se iba por la mañana a Central Park para montar a caballo, tenía que quitarse la ropa de amazona y ponerse falda. Durante su vida adulta se había pasado horas preguntándose qué podían ponerse los niños para, por un lado, satisfacer los requisitos de la formalidad del desayuno, y, por otro, poder irse a jugar después. Polly detestaba ver a una criatura vestida de etiqueta. Recordaba los picores y rozaduras que le producían los vestidos que le ponían de niña, y es que Wendy creía que los niños, en público, debían parecer almidonados. Los hijos de Polly se habían acostumbrado a ir a casa de sus abuelos vestidos de pana, y la propia Polly había insistido para que se permitiera a Dee-Dee llevar pantalones.

—A tu padre le dará un ataque —había dicho Wendy. La verdad es que lo que más odiaba Henry el Viejo era que sus nietos gritaran; detestaba a los niños chillones. Pero en aquella cuestión Wendy estaba en lo cierto: no le gustaban las mujeres con pantalones. Andreyra era una excepción. No tenía faldas en su guardarropa y no se podía hacer nada al respecto.

—No sé por qué quieres que tu hija venga a desayunar vestida como una barriobajera —había comentado Wendy.

—No quiero que esté cuarenta minutos estrangulada por la ropa que lleva —había replicado Polly—. Además, apenas estarán en la mesa. Pasarán casi todo el tiempo jugando en el parque. ¿Qué quieres? ¿Qué esté todo el rato pendiente de si ensucia o no sus mejores vestidos?

—¡Esta vida moderna! —exclamaba Wendy—. Yo no lo entiendo. Todo el mundo quiere parecerse a todo el mundo. Esa idea de ser *informal*. No hay sentido del decoro ni de la oportunidad.

Polly prefería las prendas suaves, antiguas y sobrias. Para ir a casa de su madre solía ponerse una falda de mezclilla y un jersey de cachemir. Solo se ponía sus viejos pantalones vaqueros cuando estaban en Maine, donde era una ropa aceptable, y aun así su padre se resistía un poco. Por su forma de vestir, casi todos los jóvenes le parecían unos adfesios.

Polly terminó de hojear el periódico y se llevó a la cocina la bandeja de Henry. Este se levantó para ducharse y afeitarse. Era hora de vestir a los niños y de poner a

buen recaudo sus vacas y sus erizos.

—¿El abuelo nos hablará sobre la comida? —preguntó Dee-Dee.

—Sí, cariño —respondió Polly.

—¿Nos dirá que los huevos son viejísimos?

—Sí, cariño —respondió Polly.

—¿Estará también tío Paul? —preguntó Pete.

—No.

—¿Y el tío Henry y Andreyá?

—Sí, y después de comer os llevarán a jugar con las cometas.

—Qué chuli —dijo Pete—. ¿Estará Kirby?

—No te quepa la menor duda —respondió Polly.

—Mamá —dijo Dee-Dee—, ¿podemos tener un perro?

—Por diezmilésima vez, no —respondió Polly—. Si tenéis un perro, acabaré pisándolo. Podréis tenerlo cuando cumpláis dieciséis años. Y ahora, por favor, lavaos las manos y poneos los pantalones de pana limpios.

A eso de las once y media, los niños estaban vestidos, Henry afeitado, las camas hechas y los Demarest listos para marcharse. Polly, que siempre terminaba la primera, aguardaba en la sala de estar, salpicada por los reflejos de la luz de noviembre.

La sala se parecía a la de sus padres o a la de sus suegros. La vieja alfombra turca era de una abuela Demarest. La mesa rinconera, que era de nogal, había pertenecido a la madre de Wendy. Los dos grandes jarrones negros que flanqueaban la chimenea eran obra de la hermana de Henry, Eva, que, además de ser ilustradora de libros infantiles, era ceramista. El sofá tenía tamaño suficiente para que los cuatro Demarest se apoltronaran en él las noches de invierno para contemplar el fuego. Pegada a cada una de las tres ventanas había una consola con un macetón en el que crecía un floreciente naranjo. Polly y su madre disentían en lo de tener plantas de interior. Wendy las detestaba y pensaba que en una casa solo podía haber flores recién cortadas, pero a Polly le encantaban las plantas que echaban flores. Los niños tenían colgada del techo una maceta con jazmines en sus respectivas habitaciones, y en el dormitorio de Polly y Henry había dos macetas con bouvardias. En el estudio de Henry había una larga bandeja de cobre con violetas africanas.

Habría sido una delicia quedarse en casa, pero Polly nunca se había quedado en casa los domingos, salvo en la época en que los niños eran muy pequeños y el desayuno dominical se había trasladado provisionalmente a casa de los Demarest.

Tanto Polly como Henry habían sido educados dentro de la tradición. La familia Solo-Miller no se reunía únicamente para desayunar los domingos. Observaba dos festividades judías: la Pascua y el Yom Kipur, el Día de la Expiación, en el que toda la familia acudía a la sinagoga. La antigüedad y austeridad de este día atraían mucho a Henry el Viejo, aunque Polly era incapaz de imaginar a su padre expiando nada. En

Pascua celebraban su Séder particular, en el que Henry el Viejo pronunciaba un sermón sobre el significado de la festividad y su importancia para el espíritu americano. La Navidad y la Pascua cristiana eran para ellos festividades laicas, pero las celebraban con el árbol, los huevos y los regalos de rigor. Además de reunirse en estas ocasiones, y también el Día de Acción de Gracias, se juntaban asimismo el primero de abril, que celebraban con una comida en la que podían verse almendras en todos los platos, una costumbre cuyas razones se perdían en la noche de los tiempos de los Solo-Miller; y el 24 de marzo, aniversario de boda de Henry y Wendy, para compartir una comida sencilla: sopa, empanadillas de carne y verdura, pastel con flores de azúcar, champán y baile agarrado sobre la alfombra de la sala de estar, al son de las canciones de la juventud de Henry y Wendy. Halloween se celebraba siempre en casa de los Demarest: Henry, cuando no estaba fuera, preparaba un guiso que servía en una calabaza de gran tamaño. En los últimos tiempos, la familia entera se desplazaba hasta la escuela de Pete y Dee-Dee para presenciar el desfile local de Halloween y luego volvían a casa de los Demarest para la cena.

Todos participaban en estas ocasiones. En verano, Henry y Wendy pasaban dos meses en la casa que la familia tenía en Maine, junto a Priory Lagoon: ahora que Henry el Viejo era socio emérito de su despacho, sus vacaciones duraban todo el verano. Pete y Dee-Dee pasaban los veranos con sus abuelos, hasta que llegaban Henry y Polly, que todos los meses de agosto alquilaban la misma casa, no muy alejada de la familiar. A Henry y Andreyá les gustaba el senderismo. Se presentaban con Kirby y una tienda y acampaban en el bosque. Paul aparecía para quedarse una semana con sus padres y bañarse todas las mañanas en las heladas aguas de la laguna. Era la única ocasión en que Polly veía a su hermano mayor con otra indumentaria que el traje de oficina.

Durante el mes de agosto se presentaba una variada colección de tías, tíos, primas y primos. Los Solo-Miller de Filadelfia, tío Billy y tía Ada, también veraneaban en Priory. Eva, la hermana de Henry, su marido británico, Roger Forbes, y sus dos hijas, Rosie y Theodora, volaban a Estados Unidos cada dos veranos y hacían compañía a los Demarest adultos durante una semana.

Esta felicidad familiar es tan rara como una gallina con dientes, como bien sabían cuantos admiraban, envidiaban o detestaban a los Solo-Miller.

Dos

Que los interesados recordaran, nunca se había modificado nada en la mesa del desayuno dominical de los Solo-Miller. Comían en el comedor, abriendo las alas abatibles de la mesa. Una de las convicciones de Henry el Viejo era que una generosa cantidad de espacio ayudaba a la digestión, y que el estómago americano se había estropeado por culpa de los espacios gastronómicos abarrotados.

En cada sitio de la mesa había un vaso de zumo, una taza de café y uno de los platos de desayuno de Wendy, decorado con faisanes y acianos. El zumo estaba recién exprimido; Henry el Viejo creía que los zumos de lata se contaminaban con metales perjudiciales y que los líquidos nunca debían estar en contacto con la parafina, como sucedía en los envases de cartón encerado. Toda la familia lo respaldaba en este punto y a todos les entusiasmaba exprimir por turno naranjas y pomelos en el anticuado exprimidor. Había fuentes grandes y blancas de salmón ahumado, paneras de plata con triángulos de tostadas, platos con alcaparras, rodajas de limón y cebolleta y un plato azul cobalto con aceitunas amargas. Había platos cubiertos con huevos duros e higadillos de pollo salteados. En el extremo de Wendy estaba el servicio de café de plata, que fascinaba a los niños porque las pinzas para el azúcar tenían forma de garras de águila y los remates de la cafetera y el azucarero eran cabezas aquilinas.

Los niños se quedaron un rato en la biblioteca, mientras Henry Demarest y Henry el Viejo hablaban en la sala de estar. Polly se fue con Wendy a la cocina. Como Polly y Henry siempre eran puntuales y los demás solían retrasarse, Polly aprovechaba ese medio tiempo para estar a solas con su madre, que siempre se liaba con esto o aquello y, sobre todo, con el café. No era muy hábil con los electrodomésticos y había acabado por decantarse por un método de preparar el café que a Polly le parecía de lo más complicado. No terminaba de entender el proceso por el que el agua del recipiente inferior pasaba por el depósito del café molido y luego llenaba lentamente el recipiente superior, pero le guardaba una lealtad inquebrantable.

—Querida —le dijo a Polly—, esta dichosa Silex no funciona. —Estaba al otro lado de la enorme mesa de la cocina. Llevaba un vestido de mezclilla, protegido por un delantal blanco. Era una cocina grande y pasada de moda, con armarios de puertas de cristal que llegaban hasta el techo, un viejo fregadero de mármol y recocina. Wendy era la más baja de la familia, pero hacía como si fuera alta. Tenía el pelo gris, abundante y corto, con un corte coqueto, y los ojos grises y la bonita dentadura de

Polly. Le habría gustado tener un aspecto majestuoso, pero era simplemente bonita.

—No funciona nunca —dijo Polly—. Hace veinte años que no funciona. Harían falta estudios avanzados de ingeniería para utilizarla. ¿Por qué no compras una sencilla cafetera de filtro, de las de filtro de papel?

—Nunca me aclaro con esos papeles —respondió Wendy—. Son demasiado complicados.

—Pero el café sale mejor —dijo Polly, tomando asiento—. Y son a prueba de tontos.

—Pues tu pobre madre no es a prueba de tontos —dijo Wendy—. Me duele que pienses que hago un café imbebible.

—Yo no he dicho que sea imbebible —replicó Polly—. Los filtros son más sencillos, eso es todo.

—A tu padre le gusta la Silex —dijo Wendy—. No me duele que creas que el café me sale horroroso. Si no te gusta, trae un termo. Ay, querida, ¿dónde he puesto la tabla de cortar? No encuentro nada esta mañana.

Cuando encontraron la tabla de cortar y todo lo que Wendy había puesto donde no debía, las dos se sentaron a la mesa para hablar. A Polly no se le permitía ayudar los domingos, de modo que se sirvió un poco de zumo y se limitó a mirar a Wendy, que estaba cortando un pepino en láminas finísimas. Wendy aprovechó la coyuntura para abordar uno de sus temas favoritos.

—¿Has estado últimamente en el *loft* de Henry y Andreya?

—Cené allí la semana pasada. Creo que te lo dije —explicó Polly. El *loft* en cuestión estaba en un turbio sector de la ciudad y Polly era el único miembro de la familia que lo había visitado, por lo general cuando Henry Demarest estaba fuera por asuntos de trabajo.

—No entiendo por qué viven en un lugar tan deprimente —dijo Wendy—. Querida, tráeme el eneldo. Está en la parte de abajo del frigorífico, envuelto en una servilleta. ¿Qué te dieron cuando fuiste a cenar la última vez? Son comilones, pero no creo que sean buenos cocineros. —Se puso a picar el eneldo encima de una tabla ancha.

—Bueno, una especie de revuelto de verduras —dijo Polly—. El *loft* es realmente bonito. Papá y tú solo lo visteis cuando lo estaban arreglando. Es muy blanco y muy limpio.

—A tu padre no le gusta entrar en edificios así, con tantos cubos de basura —dijo Wendy—. Y si quieres que te diga la verdad, aquellas escaleras tan sucias me pusieron enferma.

—Ya las han limpiado —dijo Polly—. Las fregaron bien fregadas y las pintaron de color malva.

—Ya sabes que vendieron algunos muebles del abuelo —dijo Wendy. Distribuyó las rodajas de pepino en una fuente blanca—. Aquellos encantadores muebles de estilo imperio americano.

—Sacaron un buen dinero —dijo Polly. La venta del mobiliario imperial era otro tema favorito—. Con él compraron unas preciosas sillas francesas, hechas con tubos de metal.

—Eso sí que no lo entiendo —dijo Wendy—. Aquellas sillas maravillosas con cabeza de carnero. A cambio de un puñado de varillas metálicas.

—Mamá, no soportaban las cabezas de carnero. Nos preguntaron si las queríamos nosotros, pero ya tenemos dos sillas del abuelo, además del escritorio y el sofá del estudio. Nos sobran los carneros. Yo les dije que las vendieran. Y esas sillas metálicas les encantan, y si papá y tú no fuerais tan quisquillosos y los visitarais, veríais qué elegante está todo.

—Lo que pasa es que les gusta todo lo que tenga aspecto de avión —dijo Wendy—. La verdad es que tu hermano siempre ha sido un misterio para mí. A veces tengo la impresión de que me lo cambiaron cuando nació.

Polly tomó nota de la frase para recordarla más adelante.

Henry el Joven era el rebelde oficial de la familia. Había peleado con tesón durante mucho tiempo, con ayuda de Polly, para ingresar en la facultad de ingeniería: los Solo-Miller no conocían a ningún ingeniero y no sabían qué clase de personas eran.

Lo único que había querido en la vida era construir maquetas de aviones, volar cometas y jugar al béisbol. De niño, cuando no estaba en la escuela, llevaba una gorra de béisbol, pantalón vaquero, camiseta y calzado deportivo negro que se ataba a la altura de los tobillos. Siempre llevaba encima una regla de cálculo y un fajo de cromos de béisbol. Aunque no era un ser taciturno como su hermano Paul, al que trataba como podríamos tratar a la puerta de un armario si le cogiéramos manía, nadie sabía gran cosa de lo que le pasaba por la cabeza. Sus temas de conversación eran el deporte, las matemáticas y todo lo relacionado con el arte de volar. Dado que no era un joven caballero, precisamente, solía volver de la escuela con una rodilla despellejada o un ojo a la funerals. Cuando tuvo edad suficiente para prescindir de cuidadores, se pasaba todo el día en Central Park, jugando al béisbol, volando cometas y buscando pelea.

Cuando se enfadaba, se encerraba en sí mismo y pasaba horas en su cuarto, perfeccionando cometas o fastidiando a todo el mundo poniendo en marcha los motores de sus maquetas de avión.

En la facultad de ingeniería conoció a una chica que habría podido ser su hermana gemela, y se casó con ella. Su mujer, Andreyka, se parecía bastante a él. Tenía mejillas sonrosadas, ojos azules y pelo rizado. Se habían fugado, llevándose con ellos el perro, Kirby. De pequeño, Henry no había podido tener perro, y Polly creía que Kirby había sido su venganza.

La familia pasó algún tiempo sin tener una idea exacta de la soltura de Andreyka con el idioma inglés. Había llegado de Checoslovaquia a los doce años, y aunque Polly remarcaba que había ido al instituto, a la universidad y a la facultad de

ingeniería en Estados Unidos, Andrey a guardaba silencio y sus brillantes ojos parecían cargados con la tensión que advertimos en las personas que se esfuerzan por entender lo que se les dice.

Por ejemplo, Andrey a era vegetariana, pero nunca había dicho una palabra al respecto. Wendy había creído durante mucho tiempo que le pasaba algo raro, tal vez un trastorno nervioso que la inducía a matarse de hambre. Si lo hubieran sabido, le habrían servido un buen plato de verduras. Una vez que se averiguó la naturaleza de su dieta, se le servía un buen plato de verduras y nadie se sentía alarmado en absoluto cuando rechazaba un filete de ternera o una pierna de cordero.

Henry y Andrey a, como pareja, pertenecían a lo que Polly llamaba «escuela de gemelos psíquicos». No hablaban mucho, pero parecían entenderse a la perfección. Polly pensaba que su verdadero medio de comunicación era el álgebra o la trigonometría. Sabía que Andrey a había enseñado a Henry algunas frases en checo. Este decía: «Te adoro», «No, no, ratoncito», «Suéltame, víbora», «No llores, pececito» y muchísimos tacos, entre los que su favorito era «Que te folle un caballo, sucia cabrona». Polly sabía que con el tiempo enseñaría esta imprecación a sus sobrinos, aunque le había jurado que esperaría hasta que fueran adolescentes.

—Estoy convencida de que Andrey a y él están totalmente compenetrados — prosiguió Wendy—. Pero desearía que lo estuvieran de un modo comprensible para mí.

—La felicidad de los demás no siempre es como nosotros la concebimos, mamá.

—Eso ya lo sé —dijo Wendy—. Pero es que no sé por qué.

Wendy no aprobaba los matrimonios «privadistas», es decir, las asociaciones de carácter o aquellos enlaces en que las rarezas de las dos partes se complementaban. El matrimonio era un hecho social. Una familia se expandía en sociedad. Wendy era dinástica y el matrimonio era una institución dinástica. Andrey a y Henry le parecían más una perfecta pareja de tenistas que un matrimonio capaz de regalarle una nueva camada de SoloMiller. No podía incorporar a la familia de Andrey a a la familia en general. Polly acusaba a Wendy de estar esperando que los padres de Andrey a se presentaran vestidos con su traje nacional, cuando la verdad es que los dos eran médicos, trabajaban juntos en California y eran la mar de simpáticos y bastante formales. Por Navidad enviaban una carta a Henry y Wendy con una cesta de pomelos rojos. Muy de tarde en tarde viajaban a Nueva York y comían con toda la familia. Wendy no estaba acostumbrada a aquellos arreglos. En sus tiempos, las familias se fundían cuando un hombre y una mujer contraían matrimonio. Una familia era ampliable, como una reacción en cadena. Polly y Henry Demarest eran un ejemplo perfecto de esto, pero es que Wendy siempre había considerado a su fiable Polly el ejemplo perfecto de muchísimas cosas.

En cuanto los platos estuvieron preparados, el pan para las tostadas cortado, el café hecho y la mesa puesta, se abrió la puerta de la calle y aparecieron Henry y Andrey a con Kirby. El animal era de un azul grisáceo con manchas de color burdeos

y pelaje corto e hirsuto. Henry afirmaba que era un bluetick, pero en realidad era una mezcla de springer spaniel, pointer, tickhound y retriever. Kirby reunía todos los rasgos que Wendy encontraba despreciables en los perros. Hacía ruidos al comer y comía como una lima. Sorbía de un modo repugnante cuando bebía agua y siempre la derramaba. Durante los desayunos dominicales se comportaba como un pedigüeño agresivo, sin duda porque en su entorno doméstico no se daba el caso de ver a humanos comiendo higadillos de pollo o salmón ahumado. No se le podía encerrar en la cocina porque se ponía a gemir de un modo que partía el corazón. Y cuando bostezaba, le salía un grito agudo.

No se le podía dar ninguna de las gruesas galletas para perros que le encantaban porque sembraba de migas las alfombras de Wendy, y el hueso de cuero con que se entretenía le hacía babear. Henry el Joven no lo había adiestrado para que se comportara de ningún modo especial en una casa, aunque cuando salía obedecía todas las órdenes concernientes a calles, tráfico y dirección. Tras unos momentos iniciales en que saltaba sobre Wendy y se hacía el pesado por culpa del aroma del salmón ahumado, por lo general se tumbaba bajo la mesa, apoyaba la cabeza en el pie de Andreya y se quedaba a la espera de que su ama le echase cualquier cosa.

Andreya tenía sensibilidad para los perros. Su vegetarianismo era consecuencia de su convicción de que todos los animales tenían alma. Se lo había confiado a Polly una noche, y cuando Polly se lo contó a Henry Demarest, este dijo: «¿No se le ha ocurrido que también la remolacha y el apio tienen el mismo derecho a tener alma?». Andreya creía que ella y Kirby se comunicaban de un modo místico, entre especies, y no podía privarlo de nada. Era bien sabido que por debajo de la mesa le pasaba canapés de salmón. A Wendy esta actitud le ponía frenética, pero no tenía más remedio que guardar silencio. Se podía hablar *de* Andreya, pero no *con* Andreya. Su dulce y un poquitín tímida reserva europea ponía nerviosa a Wendy.

—Hola, gente —dijo Henry el Joven a su familia—. Quieto, Kirby. —Kirby sentía una incomprensible atracción por Wendy y le gustaba saltar y ponerle las zarpas en los hombros. Acababa de echar unas carreras en el parque y tenía las patas húmedas, sucias y con briznas de hojas pegadas. Henry y Andreya nunca se ponían abrigo por mucho frío que hiciera; llevaban chaquetones de lana y tenían las mejillas ardiendo a causa de la caminata.

—Haz que Kenny se comporte —dijo Wendy—. Buenos días, querido, buenos días, Andreya. —Besó a su hijo y a su nuera. Henry el Viejo apretó el hombro de su hijo. Hubo un rápido choque de hombros. Aquello fue su abrazo.

Desfilaron hacia el comedor. Kirby anduvo tras ellos y se derrumbó debajo de la silla de Andreya. Como de costumbre, la conversación empezó con Henry el Viejo echando pestes del salmón ahumado. Pete y Dee-Dee estaban sentados en educado silencio, esbozando sonrisas de perversidad. Su pasatiempo durante la comida era Kirby. Si se quitaban los zapatos, era casi seguro que lo atraerían hacia ellos y les haría cosquillas en las plantas de los pies cuando les olfateara los calcetines.

—Es que es exactamente igual que el humo del tabaco —alegó Henry el Viejo, refiriéndose al ahumado del salmón—. La verdad, Polly, no entiendo que permitas que Pete y Dee-Dee se acerquen a él.

—Pero papá —replicó Polly—, este salmón está muy poco ahumado. Madre y yo hemos recorrido toda la ciudad comparando calidad y precios. Este no es solo el menos ahumado, sino también el menos curado. Su ahumado es mínimo.

—Peor me lo pones —dijo Henry el Viejo—. La carne de pescado es terreno abonado para los parásitos. Al menos el humo los mata.

—Sí, papá —dijo Polly—. Pero este salmón está en su punto, ni muy ahumado ni poco.

—Y lavado con agua y jabón —murmuró Henry el Joven, aunque como ya tenía la boca llena, nadie lo oyó.

—Yo, como es lógico, revisaría todo el menú —dijo Henry el Viejo—. Me preocupa que comáis esos huevos muertos, viejos y sin fecundar. —Venía diciendo lo mismo desde hacía años, pero nunca cambiaba nada. En su puesto en la mesa había un platito con queso de cabra, de esos envueltos en hojas de vid. Lo extendía en picos de tostada y miraba con ojos críticos mientras la familia se atracaba de salmón ahumado y huevos del año de la pera que a él se le antojaban peligrosos.

La mesa de caoba del comedor tenía capacidad para veinte comensales, con las alas abiertas. Sin ellas, se reducía a doce. Había espacio suficiente para el servicio de plata, los codos y algunos niños inquietos. Wendy sirvió el café, sin poder olvidar en ningún momento que Kirby comía debajo de la mesa. Era un perro cómico y costaba enfadarse con él, aunque Wendy siempre había pensado que los perros eran para el campo, para las casas ajenas, y que debían corretear libremente por la hierba y los prados. En la ciudad se llenaban de pulgas, de suciedad y de otras sustancias desagradables que recogían con las patas, patas que luego entraban en contacto con sus alfombras.

Todos los domingos se esforzaba por conseguir que Henry el Joven la mirase a los ojos, para decirle con la mirada que Andreyá no diera de comer a Kirby por debajo de la mesa, pero este método no funcionaba. Henry comía a dos carrillos y mientras tragaba se interesaba por poco más. Empezaba a engullir en cuanto tomaba asiento, y devoraba todo lo que tenía delante. En aquel momento estaba haciendo otra cosa que a Wendy le parecía intolerable. Polly y él lo llamaban «construir bocadillos». Les gustaba acumular capas de comida sobre una tostada cortada en pico y zampársela de dos mordiscos. Wendy, Henry el Viejo y Paul lo encontraban asqueroso. A Polly le entusiasmaba. En la intimidad de su propia cocina construía bocadillos con los ingredientes más caprichosos y se los comía dándoles también dos bocados. A Henry Demarest le gustaban los bocadillos grandes, y a este fin utilizaba tostadas enteras. Se quedó mirando el bocadillo de Henry el Joven, que empezaba a tambalearse. Por un momento dio la impresión de que se le iba a caer todo en los muslos. Kirby, siempre atento a este maná potencial, se había incorporado sin salir de

debajo de la mesa. Lleno de esperanza, había apoyado la cabeza en la rodilla de Henry el Joven y su cola se movía de un lado a otro, castigando las espinillas de Polly.

Puesto que ya estaban todos sentados, la conversación empezó oficialmente. Por lo general, la mesa se dividía entre la mitad jurídica y la mitad silenciosa, aunque Henry Demarest y Henry el Viejo ya habían hablado de asuntos jurídicos y Paul no estaba. La mesa estaba más callada sin Paul, aunque este, por lo general, se pasaba toda la comida diciendo poco más que «sí», «no» o «absolutamente», su expresión favorita para responder sin mojarse. Su sola presencia daba peso y profundidad al sector jurídico de la mesa.

—Por cierto, ¿dónde está Paul? —preguntó Henry el Joven.

—En la conferencia sobre fronteras internacionales —dijo Henry el Viejo.

—La *Conférence des Frontières Internationales* —matizó Wendy, a quien le gustaba hablar en francés siempre que podía—. Desearía que Pete y Dee-Dee aprendieran idiomas.

—Ya han empezado —dijo Polly—. Aunque apenas saben hablar su propia lengua.

—Hablan de una manera preciosa —dijo Wendy—. Vosotros empezasteis con los idiomas muy pronto.

—Yo no —dijo Henry el Joven—. Pete y Dee-Dee lo hablan todo mejor que mí.

—Que yo —corrigió Polly. Miró a sus hijos, que escuchaban la conversación esforzándose por no reírse: sospechaba acertadamente que Kirby les estaba lamiendo los tobillos.

—Yo dejo que sea Andreya quien hable —dijo Henry el Joven a propósito de su, en el mayor de los casos, silenciosa mujer—. Habla todos los idiomas que existen bajo el sol. —Hablabla checo, alemán, ruso y francés, pero nadie le había oído decir prácticamente nada en ninguno de ellos.

—Pol —dijo Henry el Joven—, pásame la mantequilla. Y una tostada. Bueno, es igual. Como lo tienes todo al lado, constrúyeme un bocadillo, por favor.

Polly le construyó el bocadillo y a continuación pasó la panera de plata a sus hijos.

—No agarres así las cosas, cariño —le dijo a Pete—. Cuando te pasen algo, cógelo con delicadeza.

—Soy una bestia peluda —dijo Pete.

—Incluso las bestias peludas cogen las tostadas sin dar zarpazos.

—No, no pueden —dijo Pete—. Tienen unas zarpas grandes y con pelo. —Se volvió hacia su hermana—. Peluda, peluda, peluda —gruñó. Dee-Dee emitió un chillido y le propinó un flojo puñetazo en el costado.

—Basta ya —dijo Henry Demarest—. Terminaos los bocadillos y luego a la biblioteca. —Se volvió hacia Wendy—. ¿Hay alguna cosa que convendría quitar de la vista?

—Ya he guardado las cosas frágiles —respondió Wendy.

—Peluda, peluda, peluda —gruñó Pete.

—Basta —dijo Polly, pero lo dijo con dulzura. No podía negar que le gustaba que los niños se salieran un poco de madre. El domingo se les permitía ir a casa de los abuelos con todos los juguetes que pudieran cargar, y en la biblioteca podían utilizar todos los cojines de sillones y sofás para edificar fuertes. El desayuno les aburría, pero era un buen aprendizaje para el futuro. Terminaron la leche y se retiraron escaleras arriba, camino de la biblioteca, murmurando entre dientes: «Peluda, peluda, peluda».

En el ínterin había cristalizado una conversación sobre el porvenir de la industria aeroespacial. Henry el Viejo y Henry Demarest comentaban los aspectos económicos. Henry el Joven se lanzó a perorar sobre una cuestión teórica. Como casi todos sus discursos, en los que no se prodigaba, aquel no estuvo falto de ecuaciones, una señal para que Wendy dijera: «Querido, nada de escribir en el mantel». Henry el Joven lo había hecho en cierta ocasión, si bien con un lápiz, no con un bolígrafo, algo que Wendy recordaba con eterna gratitud.

Henry el Viejo habló entonces de la reducción de la capa de ozono y del conflicto entre la industrialización y el derecho de los ciudadanos a no ser envenenados por el medio ambiente. Polly llamaba «Historia de la Contaminación» a aquel discurso y a otros semejantes, porque a Henry el Viejo le gustaba poner ejemplos del pasado, como el del añublo que arrasó las cosechas de centeno de la Francia medieval y el de la destrucción de la agricultura inglesa durante la Revolución Industrial. La destrucción de la agricultura inglesa era uno de los temas más caros a su corazón. La historia de la Inglaterra rural le resultaba relajante, y la estudiaba asiduamente.

—La cizaña común prácticamente desapareció en el siglo XII por la contaminación de ríos y arroyos —dijo—. Hoy es muy rara.

Mientras escuchaba esta parrafada, Andrey se había preparado un plato con salmón, tomate, cebolla, tostadas y alcaparras, y los había organizado como si fuera un bodegón pintado por un maestro japonés. No comía salmón, pero se lo había servido para dárselo a Kirby. La familia estaba acostumbrada a su habitual silencio, pero se movía con tanta viveza y con tanta chispa, y respiraba tanta salud, que no parecía tímida ni taciturna. Sonreía cuando sonreían los demás, reía cuando reían todos y solamente Polly se sentía culpable de no darle conversación.

Polly le tenía afecto, esa clase de afecto que puede llegar a tenerse por una criatura de los bosques. Le habría gustado hablar con ella, pero no tenía la menor idea de lo que decirle. Esta actitud le producía cierta confusión, porque Polly, por lo general, sabía entenderse con los raros, los tímidos y los taciturnos.

Aquella mañana, sin embargo, Andrey, de manera inopinada, decidió hablar con ella. Casi siempre se sentaban juntas. Acercó un poco más su silla a la de Polly.

—El salmón —dijo— es rosa pálido cuando se hierve a fuego lento. ¿Por qué se pone tan rojo cuando se ahúma? No lo puedo comprender.

Polly le confesó que también ella se lo había preguntado a menudo y hasta la fecha no había dado con la solución.

—Yo me fijo en estas cosas —prosiguió Andreya—. La yema de un huevo es verdosa cuando se cuece, pero se pone dorada cuando se fríe. Cuando las judías verdes se cuecen deprisa se ponen muy verdes, pero cocidas mucho rato se ponen como la ropa militar. ¿Cómo se llama ese color?

—Caqui —dijo Polly, que estaba francamente abrumada, ya que era una de las conversaciones más largas que había mantenido con Andreya en toda su vida.

—He visto que el pescado se pone más blanco cuando se hierve —insistió Andreya—. La cocina me parece muy interesante por este motivo.

—A mí me encanta cocinar —dijo Polly—. Pero cuando cocinas siempre para cuatro personas, lo único que deseas es terminar pronto. A menudo olvido lo bonitas que son las verduras. Por ejemplo, las zanahorias.

—Ah, las zanahorias —dijo Andreya—. Qué hermosas son con sus sombreritos de hojas. Y cuando se cortan, tienen anillos dentro, como los árboles. Me gustan muchísimo las verduras de raíz. —Andreya pronunció «verduras»—. Yo, cuando pequeña, aprendí a hacer flores con vegetales, rosas con coles y cosas así. ¿Lo has hecho alguna vez? —Polly negó con la cabeza—. Pero yo recuerdo —prosiguió Andreya— la comida que preparaste al aire libre para cumpleaños de Dee-Dee. Cuando hiciste cerdos con huevos adobados en zumo de remolacha y pocilgas de espinacas con una pequeña valla de patatas fritas. Fue un encantamiento. Me hizo volver a la infancia. —Se detuvo para pasarle a Kirby un trozo de tostada—. Me pone siempre triste que no comamos las hojas de la zanahoria, porque da gusto mirar los sombreritos. Yo a menudo anhelo ver arroz crecer en su estado natural. ¿Has visto esto?

Polly dijo que no y se hizo el silencio entre las dos.

En el otro extremo de la mesa, los tres Henry habían reanudado la polémica sobre el aire puro, los derechos de los ciudadanos y la industria aeroespacial.

—Los ciudadanos —dijo Henry el Viejo— lo único que quieren es viajar más rápido, así que ¿para qué preocuparse?

—El hecho es que hay personas que no quieren viajar más rápido —dijo Henry Demarest—. Y temen que lo que se destruye no pueda recuperarse.

—La idea de equilibrio es totalmente moderna —dijo Henry el Viejo— y por ello mismo se basa en una confrontación con fuerzas que nuestros antepasados no llegaron ni a imaginar.

Polly miraba a Andreya, que estaba enfrascada en prepararse un bocadillo. El resultado parecía un ángulo de un cuadro de Mondrian. Andreya era pulcra como una gatita. Se volvió otra vez hacia Polly. Sus ojos brillaban con intensidad y habló como si revelara un secreto.

—Hay fruta azul —dijo—. Pero no hay verdura azul. ¿Por qué?

Antes de que Polly se pusiera a meditar el asunto, Wendy, que creía que en las

conversaciones de sobremesa debían participar todos, decidió, como decidía todos los domingos, romper la división de la mesa para generalizar la charla. Esto no era necesario durante la temporada de béisbol, porque todos los niños, y Henry Demarest, e incluso Andrey, eran forofos del deporte.

—Polly —dijo—, cuando fuimos a comer la semana pasada, ¿no nos encontramos con aquel simpático amigo de Henry el Joven, Bill Fredrich?

—Tom —dijeron al mismo tiempo Polly y Henry el Joven. Tom Fredrich era amigo de Henry el Joven desde los tiempos de la universidad.

—Eso es lo que he dicho, Tom, ¿no he dicho eso? —preguntó Wendy.

—Has dicho Bill —dijo Henry el Joven.

—Bueno, pues lo he llamado Bill pero he querido decir Tom. Es uno de tus cometistas, ¿no?

Otros temas de conversación de Henry el Joven eran: volar cometas, el sitio donde se le había estropeado el coche, las causas de la avería y llevar al perro al veterinario.

—Tom ya no nos cae bien —dijo Henry el Joven—. Creemos que está loco. Nos llevó a la casa de campo de sus padres para hacer volar allí las cometas. Él llevó una cometa carísima que no subía y se puso furioso porque la nuestra, que era muy barata, sí. Al final se le enganchó en un árbol, fue a buscar la escopeta de su padre y la frió de un tiro.

—Madre mía —dijo Wendy—. Pero eso es muy peligroso, ¿verdad?

—No, a no ser que estés en el árbol con la cometa —dijo Henry Demarest.

Wendy también creía que todos tenían derecho a expresar su opinión. Esto era un poco complicado en el caso de Paul, cuyo silencio era duro y brillante como el cromo. Pero incluso Paul le daba a la lengua de vez en cuando, y cuando le daba, todos los presentes guardaban silencio. Polly decía que ella juntaba las manos automáticamente cada vez que su hermano mayor empezaba a hablar.

Polly siempre había querido saber si el hecho de que nadie le preguntara nada sobre sí misma (casi todo lo que le preguntaban era sobre sus hijos o sobre Henry, cuando este se encontraba lejos) se debía a que era mujer, y la conclusión a la que había llegado era que no. Se debía a que era una persona muy equilibrada, muy organizada, muy normal y de conducta muy sólida. Además, en el fondo su trabajo no tenía el menor interés para ninguno de los presentes. Wendy no acababa de entender lo que hacía. Alegaba que era capaz de recordar conceptos como «abogado», «profesor» e incluso «ingeniero aeronáutico», pero que nadie esperase que fuera capaz de recordar «coordinadora de investigación de programas y métodos de lectura». Cuando se refería al lugar de trabajo de Polly decía «tu despachito», aunque se enorgullecía de que su hija trabajase en la mejora de la sociedad mediante la educación. Y claro, Polly era comprensible, lo cual constituía uno de sus encantos. Era abierta, sincera y generosamente sociable. Su trabajo consistía en prestar atención, no en ser el centro de la misma. En ese momento, Polly miró a su madre,

que estaba a punto de hablar largo y tendido sobre la enseñanza de idiomas extranjeros para niños. Se puso en pie.

—Bueno, adiós a todos —dijo—. Tengo otro de esos espantosos seminarios sobre lectura en el centro y debo darme prisa.

—Oh, querida —dijo Wendy—. ¿De verdad tienes que irte? Pero si acabas de llegar.

—No hay más remedio, mamá —dijo Polly—. De todos modos, mañana comemos juntas y me verás todo lo que quieras. Estos seminarios son aburridos, pero me temo que también insustituibles.

Dio la vuelta a la mesa para dar besos de despedida a todos. Le gustaba el olor de su familia, incluso el de Henry el Joven, que olía a jabón infantil. Besó a su marido en la fragante cocorota.

—Henry, no dejes que los niños coman nada más hasta que vuelva. A lo sumo, dales un vaso de leche con una galleta a las cuatro. Yo volveré a casa a las seis. A las cinco y media saca del frigorífico el recipiente marrón y mételo en el horno. Es estofado de ternera. La lechuga está lavada. Lo único que tienes que hacer es aliñar la ensalada. Adiós a todos.

Cuando entró en la biblioteca para dar un beso a sus hijos, los encontró juntos y profundamente dormidos encima de los cojines del sofá. Al verlos estuvieron a punto de saltársele las lágrimas. Era muy afortunada por tenerlos. Que hubiera traído a aquellos seres a este mundo era un incesante motivo de asombro para ella. Y es que entre ellos eran buenísimos y desbordaban bondad. Se habían quedado dormidos como dos cachorrillos.

Estaba un poco cansada. Ya en el ascensor, procuró que el ascensorista, que la conocía desde que era adolescente, no se diera cuenta del intenso alivio que sentía.

Tres

Exactamente a las tres y media, Polly se encontraba en una cabina telefónica situada a varias calles de la casa de sus padres. Marcó un número, colgó y volvió a marcarlo. Era una señal. La persona que estaba al otro lado del hilo telefónico descolgó en el acto.

—Perro Amarillo.

—Hola, Linky —dijo Polly—. Solo soy yo.

Linky era Lincoln Bennett. Era pintor, y Polly, con no poca confusión inicial e incesante dolor, se había enamorado de él sin darse cuenta. Lo habían hablado y hacía meses que tenían una relación amorosa. Era su tesoro escondido y su amigo secreto.

—Solo tú, ¿eh? —dijo Lincoln—. No he hecho más que recibir llamadas en todo el día y ninguna eras solo tú, aunque ojalá lo hubieras sido. ¿Estás en una cabina o el tráfico pasa ahora por el estudio de tus padres?

—Cabina —dijo Polly.

—Pues ven aquí, muchacha. No aguanto ni un minuto más.

—De acuerdo, Linky. Estoy en camino.

—¿Cómo te las has arreglado esta vez, hermosa criatura? —preguntó Lincoln.

—Me temo que he vuelto a utilizar el pretexto del seminario imaginario.

—Es estupendo que nadie entienda lo que haces para ganarte la vida —dijo Lincoln—. Espero que me hayas reservado un poco de salmón.

—Lo he intentado.

—Ven, Dottie. Tu pobre amigo te necesita.

Lincoln era la única persona que llamaba a Polly por su nombre de pila, Dora. La llamaba también de muchas otras maneras que iba improvisando sobre la marcha, y todas eran variaciones de Dora: Doe, Dottie, Dorrit, Doreen, Dot y, por teléfono, Perro Amarillo. Lincoln no era dado a poner apodosos ni le gustaba que se los pusieran. Nadie excepto Polly lo había llamado Linky. No era especialmente imaginativo, y hasta él se sorprendía de sus abundantes expresiones de afecto. Sabía que su fuente de inspiración era lo que sentía por Polly, que era la persona más sincera, segura y encantadora que había conocido en su vida. Con ella se sentía totalmente libre para decirle lo que fuera, incluso lo más idiota.

Lincoln tenía la misma edad que Polly. Habían nacido en el mismo hospital con

una semana de diferencia. Lincoln sostenía la teoría de que los habían puesto en cunas contiguas y este hecho había dejado una profunda huella en ellos.

Paul, Henry el Joven y Lincoln habían ido al mismo instituto, por lo que la familia Solo-Miller no le resultaba desconocida. Había estado en su casa en varias ocasiones, de niño y de adolescente. Como ahora era pintor y se decía por todas partes que era muy bueno, Wendy había hecho algunas maniobras para atraerlo: además de ser codiciable, Wendy no ignoraba que procedía de una familia distinguida. Pero Lincoln no era precisamente un fanático de las familias en general, y los Solo-Miller en particular le parecían un poco antipáticos. Detestaba la idea de los frentes familiares. Exceptuando a su amada, los Solo-Miller le parecían petulantes, pagados de sí mismos, cerrados y tan convencidos de la superioridad que irradiaban que costaba no creer que su objetivo era hacer que los demás se sintieran inferiores, menos guapos, peor educados y, desde luego, menos satisfechos de su vida familiar. Casi todo el mundo admiraba a los Solo-Miller; Lincoln no. Donde los demás veían fuerza, cohesión y felicidad familiar, Lincoln veía engreimiento, clasismo, represión y pura suerte. Pero otras personas creían que los Solo-Miller estaban por encima de la condición mortal, y el hecho de que Wendy fuera una despistada, Henry el Viejo un sujeto distante y un poco chiflado, Paul un muermo de tío y Henry el Joven un bruto, los hacía más atractivos.

En opinión de Lincoln, no apreciaban a la notable Polly como esta se merecía. Polly era distinta. Someterse a aquellos extravagantes temperamentos la había vuelto dulce y amable, sensata y de buen corazón.

Lincoln había organizado una exposición espectacular —la exposición en la que Polly lo había conocido— y Wendy estaba deseosa de atraerlo a una de sus fiestas. Conocía a muy pocos pintores y aquel, al fin y al cabo, era amigo de Henry el Joven. Además, Wendy conocía a su simpática tía Louise. «Ese Leonard Barton», decía, y Polly se lo había repetido muchas veces a Lincoln, «es muy atractivo y está muy bien educado pese a ser pintor».

Lincoln había sido un niño prodigio. Ahora era un lobo solitario. Había manifestado su talento siendo muy joven y había recibido los estímulos adecuados. Nunca se le había pasado por la cabeza la idea de ganarse la vida pintando, así que primero había ido a la universidad y luego había estudiado Bellas Artes. Cerca de la treintena, cuando se pasaba las semanas solo y sin hablar con nadie, empezó a tener ataques de pánico. Sin duda necesitaba compartir su nido. Había crecido en el seno de una familia relajada y sin imposiciones. Sus padres se habían jubilado y vivían en el campo. Su hermano Gus y su cuñada Violet eran arquitectos. Tenían una hija de cinco años, Daphne, un perro y un gato persa.

Su infancia había sido normal y sus padres le habían dado libertad y apoyo. Además, sus padres estaban felizmente casados, al igual que Gus y Violet. No podía

explicar de dónde venía su necesidad de soledad. Sabía que esta necesidad era excesiva, pero únicamente cuando estaba solo se sentía realmente cómodo y era auténticamente él mismo. El hecho de que el arte exigiera soledad no lo consolaba. Cuantos más años cumplía, menos capaz se sentía de desenvolverse en el mundo real, el mundo en que la gente se relacionaba, iba a fiestas, se enamoraba y se casaba.

Lincoln no era un rompecorazones. Sabía que necesitaba amor, pero no cómo conseguirlo, y se sentía incómodo con los medios convencionales de encontrarlo. Todos cuantos le rodeaban estaban asentados e instalados. Un día se enamoró de una muchacha llamada Audrey Warren, se prometieron y se fueron a vivir juntos. La experiencia fue desastrosa para Lincoln. La vida doméstica le laceraba como un cilicio. Le desconcertaba que pudiera estar tan enamorado y sentirse tan infeliz al mismo tiempo. Era evidentísimo que no podía vivir con nadie, y esta certeza hacía que se sintiera como un desconocido para sí mismo. Audrey decía que su problema era psicológico y le sugirió que hablase con un psiquiatra. Lincoln obedeció y acudió a un psicoanalista italiano, culto, simpático y entrado en años que lo visitaba dos veces a la semana. En un año aprendió mucho sobre sí mismo y acabó comprendiendo que su necesidad de estar solo era el fondo de la cuestión. Lo enfocaba como un problema: al fin y al cabo, tenía temperamento de marido fiel. El resto de su personalidad no parecía en modo alguno complicada. Le daba la impresión de avanzar por una densa espesura psicológica y pensaba que aunque se abriera camino a machetazos, aún quedaría pendiente aquel problema: que necesitaba amor, pero no soportaba la convivencia cotidiana con otra persona. Él y Audrey convinieron en estar juntos los fines de semana. Durante un tiempo el arreglo funcionó de maravilla, pero lo que Audrey deseaba era casarse con Lincoln. Cuando quedó claro que no iba a haber boda, lo abandonó.

Lincoln se lo tomó con estoicismo. Merecía que Audrey lo hubiera dejado porque no podía cambiar lo suficiente para retenerla. En su opinión, no estaba hecho para el caos y la confusión de la primera fase de la vida adulta: el romance, el apareamiento, la construcción del nido y la crianza de la prole. Había nacido para ser setentón: apacible, sabio y entregado a un lento y doloroso trabajo. Y pensaba que en el ínterin sería una inmoralidad tener vida social. No quería enamorarse ni que se enamorasen de él, puesto que este estado conducía a la decepción y el sufrimiento. No le interesaban las relaciones informales —no era un sinvergüenza ni un ligón— y con el tiempo acabó acostumbrándose a estar solo. Pensaba que, como buscaba amor, para no encontrarlo realmente, debía seguir solo.

Polly fue la respuesta a sus plegarias. Que estuviera casada lo posibilitaba todo. Tenía amor y soledad, ambos garantizados. Y ya no tendría que desear que Polly se fuera. Sería ella la que tendría que irse.

El estudio de Lincoln estaba en una pequeña callejuela, donde había una serie de estudios para artistas contruidos hacia 1920. Enfrente había almacenes. Era imposible pasear por aquella calle sin tropezar con algún gato vagabundo. Algunos eran salvajes y se iban corriendo; otros se sentían solos y seguían al paseante, se restregaban contra su pierna y maullaban quejumbrosamente. Estos gatos solitarios casi hacían llorar a Polly. Le recordaban a ella misma: dispuesta a amar, sedienta de amor.

Lincoln la esperaba en la puerta. Al verlo se sentía como el marinero que vuelve al hogar después de un largo viaje. No quería sentirse así, pero no podía remediarlo. Lo vio y el corazón le dio un vuelco. Cierta vez había dividido el mundo entre mujeres que tenían líos amorosos y mujeres que no. Y ahora ella, una mujer que no los había tenido, tenía uno, y con considerable pericia. En sus momentos de mayor seriedad, apretaba los dientes y se decía: «Me lo merezco».

—Hola, Linky —dijo.

Lincoln la abrazó y le cubrió de besos las frías mejillas.

—Soy una bestia peluda —dijo Polly.

—Eres la criatura más hermosa y sensacional que ha pisado la tierra. Quítate el abrigo. ¿Y mi salmón?

Polly sacó del bolso de mano un bocadillo envuelto en grueso papel encerado.

—Eso no es salmón Solo-Miller —dijo Lincoln—. Es de la charcutería, ¿verdad?

—Ah, Lincoln, lo intenté.

—Estaba bromeando, Doe.

—La próxima vez —dijo Polly—, prepararé un bocadillo gigante, lo envolveré en mi servilleta y me lo guardaré en el bolso, delante de todo el mundo. Cuando me pregunten qué estoy haciendo, diré: «En esos seminarios hago el milagro de los panes y los peces. Este bocadillo es para dar de comer a cuarenta expertos en métodos de lectura».

—No harían preguntas —dijo Lincoln.

—Seguramente no —dijo Polly—. Eso es lo bueno. Nunca me veo obligada a mentir. Nadie me pregunta jamás qué hago.

—Bueno, ven aquí, Dora —dijo Lincoln—. Rodéame con tus brazos y cuéntame todo lo que has pensado o sentido desde el viernes. —La retuvo contra sí—. Me muero por tus huesos.

—Yo también me muero por tus huesos —dijo Polly—. ¿Verdad que es triste?

Polly y Lincoln se habían visto una vez el año anterior, en una exposición colectiva en la que se exhibían sus paisajes al óleo, y luego en otra exposición, esta individual, dedicada exclusivamente a Lincoln y celebrada la primera semana de septiembre. Obviamente, se habían visto también hacía mucho, cuando eran niños.

Henry el Joven y Andreyra salieron con ella una noche que Henry Demarest estaba

fuera por asuntos de trabajo. Su amigo común Lincoln Bennett había organizado una exposición individual y fueron a verla con Polly, que había quedado muy impresionada por la exposición colectiva precedente, a la que también había ido con su hermano y su cuñada. Polly acababa de volver de Maine.

Ya en la galería, Polly se puso las gafas. Era un poco miope, pero Henry el Viejo creía que las gafas debilitaban los músculos del ojo y que uno no debía ponérselas a menos que estuviera casi ciego. Polly se ponía las gafas casi a escondidas y todavía se sentía un poco insegura con ellas.

La exposición era de retratos y naturalezas muertas, óleos sobre papel. Eran todas tan bonitas que estaba encantada de que Henry y Andreyra la hubieran dejado a su aire. Polly quería juzgar personalmente las pinturas.

Mientras iba de cuadro en cuadro cayó en la cuenta de que Lincoln Bennett había estado en el fondo de su cerebro desde que lo había visto en primavera. Había sentido el impulso de mandarle una carta —una carta de admiradora— y la había ensayado y corregido mentalmente una y otra vez, pero no había llegado a escribirla. Había pensado en él cuando había enviado a sus hijos a Maine para que pasaran el verano con los abuelos y cuando supo que los compromisos laborales de Henry se iban a comer el tiempo que habían reservado para estar juntos en junio y julio. Sin ser del todo consciente de lo que hacía, se puso a pensar en todos los detalles relacionados con Lincoln que le habían contado Henry el Joven y Andreyra, sobre todo en que era un hombre poco sociable y que vivía solo en su estudio. Se imaginó su estudio. Se imaginó cómo sería estar completamente sola. Recordaba los cuadros de la exposición y se preguntaba qué clase de persona los habría pintado.

Henry se había pasado las vacaciones de agosto en Maine con el teléfono pegado a la oreja. Era imposible enfadarse con él: también eran sus vacaciones las que se echaban a perder de aquel modo. Polly estaba acostumbrada a cancelar compromisos, a hacer malabarismos con las fechas y a presentarse sola en el último momento. ¿Cómo sería, se había preguntado, vivir sin tener que cambiar nada para favorecer a alguien?

Estar en una habitación llena de cuadros de Lincoln era como estar con él en la intimidad, y Polly quería saborearlo. De súbito se dio cuenta de que había pensado en Lincoln todo el verano de un modo más o menos deliberado. Sintió un leve estremecimiento de culpa: no le parecía decente pensar de un modo más o menos deliberado en una persona con la que no tenía ninguna relación.

Pero también se dijo que no había estado pensando en Lincoln concretamente, sino en personas limpias y transparentes que llevaban una vida de soledad y trabajo: Henry y Andreyra le habían contado que Lincoln vivía muy solo, que había pasado momentos terribles (los momentos terribles no estaban en el horizonte emocional de Henry el Joven y en consecuencia era incapaz de imaginar a qué podían deberse) y que durante un año solo había pintado en blanco. El año anterior apenas lo habían visto. Lincoln había empezado a pintar nuevamente en color. Las obras presentadas

en la exposición colectiva y luego en la individual eran el resultado. No se parecían a nada que Polly hubiera visto antes y deseaba una desesperadamente.

Henry y Andrey a la alcanzaron.

—Mira —dijo Henry—. Ahí está Lincoln. —Polly se volvió y lo divisó enseguida: un hombre alto, bien formado, con un rostro juvenil y serio y una espesa mata de pelo liso que le caía por la frente. Tenía una boca grande y enfurruñada, y cuando sonreía, un gesto pícaro. Vestía como podía haber vestido un pescador irlandés: jersey de color crudo, pantalón de mezclilla y zapatos gruesos de cordones. Se abrió paso entre el gentío para acercarse a Henry y a Andrey a, y cuando vio a Polly, se detuvo y la besó en la boca.

—Ay, perdona —dijo retrocediendo—. Te he confundido con otra persona. —Esbozó una sonrisa inquieta—. Vaya —añadió—, una pequeña muestra de los SoloMiller. Qué tal, Henry. Qué tal, Andrey a. —Se volvió hacia Polly—. Tú debes de ser la hermana Solo-Miller.

—Polly Demarest —dijo Polly.

—Dora, ¿no? —preguntó Lincoln.

—Todos me llaman Polly.

—Desde luego. Bueno, Andrey a, ¿qué te parece?

—No entiendo estos cuadros, Lincoln —dijo Andrey a—. Son sobre cosas, pero ¿qué significan?

—A Andrey a le gusta todo lo que tenga sentido abstracto —dijo Henry el Joven—. Es su herencia europea. Lástima que no hayamos traído al perro. Le van mucho estos temas.

—No seas zoquete, Henry —dijo Polly—. Estos cuadros son bellos tal como son, no necesitan explicarse.

—Tengo que ir a mezclarme con el arte —dijo Lincoln—. Me gustaría quedarme, pero he de volver.

Henry y Andrey a quisieron recorrer la galería por segunda vez. Polly fue con ellos. Henry empezó a bostezar y Andrey a a rascarse. Como si fueran niños pequeños, expresaban su aburrimiento con gestos.

—Vámonos —dijo Henry.

—Un momento —dijo Polly—. Esperadme. Enseguida vuelvo.

Buscó a Lincoln por la sala y cuando lo localizó, le dio la impresión de que el pintor la estaba mirando. Fue derecha hacia él.

—Quiero comprarte un óleo sobre papel —dijo.

—Tendrás que venir a mi estudio —dijo Lincoln—. Mañana me vendría bien.

—A mí también —dijo Polly—. ¿A qué hora?

—Un poco tarde. A la hora de comer. Te anoto la dirección. Toma.

Al día siguiente Polly se sentía un tanto febril. Estuvo distraída toda la mañana, luego perdió la noción del tiempo y al final tuvo que salir corriendo del despacho y bajar al metro con el corazón latiéndole a toda velocidad. Iba a vivir una aventura, lo

sabía: comer con un pintor. E iba a comprarle un cuadro. La vida de Polly estaba llena de acontecimientos, pero salía sola pocas veces. Ella y Henry habían heredado cuadros y habían comprado algunos juntos, pero aquel iba a ser exclusivamente suyo. Lo colgaría en el despacho y nadie tendría por qué saber que lo había comprado.

Salió corriendo del metro y buscó la calle de Lincoln. Era una parte de la ciudad en la que no había estado antes. Sacó el papel que le había dado el pintor para comprobar la dirección, pulsó el timbre y esperó. Cuando abrió la puerta, Polly, movida por un impulso, lo besó.

—Ay, perdona —dijo—. Te he confundido con otra persona.

El gesto les turbó a ambos. Se quedaron en la puerta, torpemente, hasta que Lincoln se recuperó lo suficiente para sonreír y hacerla pasar. La parte delantera del estudio era la zona de trabajo; el suelo allí era de color verde manzana. Lincoln era tan minucioso como un maestro japonés: las estanterías estaban limpias y en las paredes no había nada más que una cometa negra y plateada, y una lámina de un gato y un conejo, al estilo de Durero, que Lincoln había dibujado a lápiz a los diecisiete años. Los lienzos estaban apoyados de cara a la pared, de modo que solo se veían los bastidores.

El resto de la estancia, que daba a un patio con mucha vegetación, era la vivienda. La cama estaba detrás de un biombo pintado, cubierta por un edredón verde y rojo. Había también una mesa con cuatro sillas y un sillón verde con escabel. Al fondo estaban la cocina y el cuarto de baño. Lincoln había puesto la mesa y servido la comida: pan, queso, mantequilla, un racimo de uvas, una botella de vino tinto y café. La imagen conmovió a Polly. Lincoln la invitó a sentarse y le hizo preguntas. Mientras comían, Polly, animada por Lincoln, habló de su trabajo, de su familia y del cuadro que quería comprar.

Y puesto que el cuadro en cuestión estaba todavía expuesto en la galería, era necesario que Polly y Lincoln se reunieran también allí para asegurarse de que era exactamente ese el que quería. Se reunieron en la galería. Se reunieron de nuevo en el estudio para que Polly mirase algunas acuarelas. Le costaba tomar una decisión.

La exposición terminó, y Polly acudió a lo que ella creía que iba a ser su último encuentro con Lincoln. El pintor la invitó a comer otra vez, pero en esta ocasión ella no tenía apetito. El pan le sabía a paja y el vino un poco ácido. Se quedaron mirando por la ventana mientras sorbían el café. Polly sabía que socialmente no se estaba comportando como debía, pero es que Lincoln tampoco decía nada. Polly era consciente de que debía darle conversación —decirle algo sobre sus obras, hacerle preguntas, incitarlo a hablar—, pero de nada le sirvió toda su formación. Se sentía completamente desdichada y no sabía por qué. Se resolvió a decir algo, lo que fuera. Y dijo lo primero que le pasó por la cabeza.

—Discúlpeme. No sé lo que me pasa. Estoy completamente emocionada.

—Yo también —dijo Lincoln.

—Creo que es porque, si me llevo el cuadro hoy, no volveré a verte —dijo Polly

—. Me gusta comer contigo.

Lincoln guardó silencio.

—Estoy chapada a la antigua —prosiguió Polly con voz trémula—. Y no soy muy madura. Quiero decir que no tengo experiencia. No soy más que una esposa y madre que trabaja evaluando métodos de aprendizaje. No sé nada del resto del mundo, ya no. Estoy emocionada porque me besaste en la exposición.

Comprendió que estaba diciendo tonterías y se puso en pie. Tenía los ojos anegados en lágrimas. Lincoln la miraba, pero ella miraba por la ventana.

—No puedo quedarme —añadió Polly—. Me siento ridícula.

Lincoln la asió por la muñeca.

—No te vayas —dijo—. Siéntate. —Polly no se sentó. Se quedó escuchando los latidos de su corazón. Lincoln se levantó y la estrechó entre sus brazos—. Me despiertas tanta ternura que no sé qué hacer —añadió.

—Ay, Lincoln —dijo Polly, con las lágrimas corriéndole ya por las mejillas—. Esto es horrible. Me despiertas tanta ternura que yo sí que no sé lo que hacer. Pensaba que lo único que estaba haciendo era comprarte un cuadro. Me lo he estado repitiendo una y otra vez.

—Yo me he repetido una y otra vez que lo único que estabas haciendo era comprarme un cuadro —dijo Lincoln.

—No ha dado resultado —dijo Polly.

—Me he repetido que las mujeres como tú no van por ahí besando a los pintores.

—Estabas muy equivocado —dijo Polly. Se abrazaron. Lincoln olía a lana y especias. Polly olía a polvos de talco y vagamente a limones.

—Estoy muy confusa —dijo Polly—. Estas cosas no me ocurren a mí.

—No tiene que ocurrir nada —dijo Lincoln—. Vete a tu casa. No tenemos por qué volver a vernos nunca más.

—¡No, no! —dijo Polly—. Por favor, no. —Lloró con las manos en la cara hasta que Lincoln se las apartó, y entonces siguió llorando con la cara hundida en el jersey de él—. Casi no te conozco —añadió Polly—. ¿Cómo es posible sentir tanto por alguien a quien apenas se conoce?

—Parece que el amor funciona así —dijo Lincoln.

—Eso parece —dijo Polly.

De esa forma habían caído el uno en brazos del otro. Sus sentimientos eran tan inocentes y diáfanos que los expresaron enseguida. Aquella primera tarde se sentaron en la cama de Lincoln y trazaron planes. Lincoln dijo que detestaba el teléfono y le propuso que lo avisara llamando una vez, colgando y volviendo a llamar. Polly le explicó que trabajaba los martes, miércoles y jueves, y le dijo a qué hora salía de la oficina. Le dijo cuándo se iban sus hijos a la escuela los lunes y los viernes, y cuándo salía Henry hacia el trabajo. Al fin y al cabo, los dos eran muy organizados.

Polly volvió a su casa con fuego en el cuerpo, dio de comer a los niños con niebla en la cabeza, los escuchó como si la estuvieran llamando a gritos desde la otra ladera de un prado. Estaba asombrada de sí misma. Mientras clasificaba la ropa de la colada, la tarde pasada con Lincoln le parecía tan lejana como un sueño. Se fue a la cama sin bañarse, y la verdad pura y simple era que no quería quitarse de la piel el rastro de aquella tarde. Henry estaba fuera, y cuando llamó, ya bien entrada la noche, ella estaba medio dormida. Fue la voz masculina la que le recordó la enormidad de lo que había sucedido. Había cometido adulterio, eso era.

La mañana siguiente estuvo paseando por el dormitorio para contener el deseo de llamar a Lincoln. Cuando los niños se fueron a la escuela y tuvo la casa para ella sola, habló en voz alta, cosa que no había hecho nunca.

—Claro que lo justo sería que no volviera a verlo —dijo—. Con eso solo conseguiré meterme en un problema terrible. No debo llamarlo y, si me llama él, tendré que decirle que no puedo volver a verlo. —Lágrimas que no advirtió de inmediato le corrían por las mejillas—. Debo hacer lo correcto —dijo—. No debo dejarme llevar. Todo esto está muy mal, muy mal.

En aquel momento sonó el teléfono.

Era Lincoln. Estaba irritado. No la saludó. Dijo:

—Creo que el señor Demarest no está en casa, así que me he tomado la libertad de llamarte. Buenos días. Soy Lincoln Bennett, el pintor. Es posible que me recuerdes. Igual también recuerdas que me dijiste que me llamarías, pero, claro, en ese momento estabas desnuda.

—Ay, Lincoln —dijo Polly—. Estoy muy confusa y trastornada.

—Yo también —dijo Lincoln—. Pero detesto a los cobardes. Deberías haberme llamado.

—Iba a hacerlo.

—Si tú lo dices... ¿Te gustaría salir de este embrollo? Podemos colgar y no volver a vernos.

—No —dijo Polly.

—Muy bien —dijo Lincoln—. En ese caso, ¿podemos vernos?

—Incluso podríamos ir a comer —dijo Polly.

—Eso, indudablemente, sería una experiencia muy enriquecedora. ¿Pasas a recogerme?

—De acuerdo.

—Si no quieres, no —dijo Lincoln.

—Lincoln, Lincoln —dijo Polly—. Sí quiero.

Pasó a recogerlo y desde aquel momento fueron todo lo inseparables que podían ser una mujer casada y un hombre al que le gustaba vivir como un ermitaño. Hablaban por teléfono todos los días laborables por la mañana. Los días que no se veían

hablaban también por la tarde. La primera ráfaga de amor exaltó a Polly y la llenó de energía. Le hizo la vida más fácil. Que Henry estuviera tanto tiempo fuera y trabajara tanto cuando estaba en casa no era tan grave. Si estaba preocupado, si estaba irritable, si estaba agotado, ella sabía que se recuperaría. Pensaba que su amor por él no había menguado. Se había establecido un equilibrio que hacía la vida más... la palabra era «soportable», pero no se atrevía a pensar en ella.

Cuatro

Lincoln había dado cuenta del salmón ahumado. Polly había apurado la segunda taza de café. Estaban acostados bajo la gruesa manta de la cama de Lincoln, cogidos de la mano.

—Salté sobre ti —dijo Polly.

—Es justo al revés —dijo Lincoln.

—No sé cómo he llegado hasta aquí —dijo Polly—. Nunca me había comportado de este modo.

Polly solía decir aquellas cosas a menudo, y Lincoln solía preguntarse si se refería a que nunca había sentido tanta pasión o a que nunca se había salido de la norma. Polly no hablaba mucho de Henry. Era muy recatada y solo lo mencionaba cuando Lincoln le hacía preguntas. Siempre decía que amaba a Henry, y por la descripción que hacía de su noviazgo estaba claro que se habían enamorado sinceramente. También estaba claro que Polly pensaba que se había casado con el hombre ideal. Pero Lincoln tampoco ignoraba que ella se sentía desatendida y poco valorada, y como si no tuviera mucho derecho a quejarse porque siempre la hubieran descuidado y valorado poco. Pero, como era amada, honrada y venerada, nunca había sentido la necesidad de quejarse antes. De sí misma decía: «Es solo que ahora estoy más cansada. Más débil».

—¿Cómo eras antes? —preguntó Lincoln—. Por favor, apoya la cabeza en mi hombro y háblame al oído.

—Era como mi prima Janet —dijo Polly con la boca en su cuello.

—Ah, sí —dijo Lincoln—. Santa Janet Solo-Miller. Con qué frecuencia y elocuencia hablas de ella. Madre de cuatro hijos, profesora de francés, mujer del gallardo y exigente Robert Felix, esposa perfecta, madre, cocinera y con la cabeza eternamente llena de ideas perfectas. No la pillarías en la cama con un pintor a las cuatro de la tarde, ¿verdad?

—No —dijo Polly.

—A eso me refiero. La maravillosa prima Janet. ¿Por qué no se acuesta con un pintor a las cuatro de la tarde? Vamos, Dora, dime por qué.

—Porque es una persona muy digna y responsable.

—Has dado en el blanco. Tres hurras por la prima Janet. No sé si sabrás que he estado en casa de tu repelente prima Janet. Es una vieja amiga de Violet. Cada vez que ella y su perfecto marido creen que es el momento de que algunos pintores vivos

se den una vuelta por su elevado círculo social, me dan un toque. Les gustan sobre todo los pintores muertos, pero los muertos no cenan, ese es el problema. Tu prima está demasiado entusiasmada consigo misma, ¿y por qué? No es ni la mitad de buena que tú.

Polly lo escuchaba con sonrisa triste, la única expresión suya que a Lincoln no le gustaba. Tenía la impresión de que era la misma Polly quien de algún modo preparaba las cosas para que él pronunciara esos discursos sediciosos, porque necesitaba oírlos imperiosamente. La estimulaban, pero la culpabilidad que reflejaba su sonrisa hería los sentimientos de Lincoln.

—Ah, a la mierda tus parientes —dijo—. Estás aquí para contarme todo lo que has sentido y hecho desde el viernes.

No había mucho que contar, pero Polly lo recitaba de un tirón. Sin darse cuenta se oía a sí misma hablando a Lincoln sobre el trabajo y la oficina.

—Nada de interés —le dijo, como le había dicho ya docenas de veces—. En realidad no quieres que te hable del informe de la junta de valoración.

—Sí quiero —dijo Lincoln.

—No entiendo por qué te interesa —dijo Polly—. No tienes hijos en edad escolar y es imposible que encuentres fascinante estas idioteces burocráticas.

—Te encuentro fascinante a ti, so necia —dijo Lincoln—. ¿Acaso a ti te emociona mucho saber que he tenido una pelea con la galería? ¿O que no llega la pintura verde que encargué de Italia?

—No voy a contarte nada más —dijo Polly mirando el reloj—. Quiero besarte un rato más y después será la hora de irme.

Enterró la cara en el cuello de Lincoln. En aquel momento de la tarde —cuando se acercaba la hora de volver a su casa— el rostro de Polly adoptaba una variedad de expresiones: confusión, miedo, culpa y añoranza. Lincoln decía que aquellas expresiones eran tan patentes como las serpientes que crecían de la cabeza de Medusa. Le apartó la cabeza para hacer que lo mirase a los ojos.

—Tu prima Janet no es digna de besar el dobladillo de tu combinación —dijo Lincoln—. No es guapa, no es simpática, no es divertida, pero cree que es perfecta y maravillosa.

—Ella no se aparta del camino de la rectitud —dijo Polly.

—Cualquier imbécil puede hacer eso. Además, ¿cómo lo sabes? Puede que se acueste con dos pintores —dijo Lincoln—. Sé que cuando lloras en la oscuridad te dices: «Ah, ¿por qué no puede ser mi vida tan perfecta y sencilla como la del resto de mi familia?».

Aquello era tan cierto que Polly sonrió.

—Te quiero tal como eres —añadió Lincoln—. Creo que eres un alma buena y valiente. Creo que eres tan honrada y decente como la que más. Eres leal hasta la médula. Y que te atribuyes cosas indignas.

—No puedo evitarlo —dijo Polly—. Antes, cuando iba a la peluquería me ponía a

leer revistas para mujeres, de esas que hablan de descubrir cosas nuevas sobre una, para ampliar horizontes. Y pensaba: «¿No es una suerte que mi vida sea tan buena y disciplinada?». Pensaba que no había prácticamente nada que descubrir. Detesto descubrir cosas nuevas sobre mí. En las revistas no decían que se sufriera tanto. Nadie de mi familia ha pasado por esto. ¿Por qué yo sí?

—No hables así, Dot —dijo Lincoln con vehemencia—. No soporto que te compares con esa gente.

—¡Ellos no tienen aventuras! —Polly lloraba ya.

—Puede que sí —dijo Lincoln—, puede que no. ¿Quién les iba a querer?

—No sabes lo que representa para mí estar enamorada de ti —dijo Polly—. Para ti es fácil. Tú no tienes que llevar una doble vida. No tienes que sentirte mal todo el tiempo. Todos los días se me pasa por la cabeza la idea de renunciar a ti.

Lincoln se puso la mano en el pecho, exactamente sobre el corazón.

—¿Lo harás? —preguntó.

—No puedo. Es que no puedo. Me rompería el alma —dijo Polly—. Pero sufro mucho y estoy muy confundida. Puede que las aventuras amorosas sean así. Sé que me quieres y sé exactamente el momento en que dejas de necesitar que esté aquí. Me acuesto en la cama, en mi casa, y me pregunto cómo te sentirías si Pete y Dee-Dee estuvieran aquí, correteando por este estudio. Imagino que estamos sentados a tu mesa. Cuando acaba el día y sigo aquí, a mí me pasa lo mismo: necesito estar en mi casa. Necesito ver a los niños. Vuelvo a casa y pienso en ti, y tú estás aquí paseándote y pensando en mí.

Miró a Lincoln con lágrimas en los ojos. Tenía la cara seria y relajada al mismo tiempo. Pocas veces había visto Lincoln a una persona con aquella belleza refinada, transparente y seria; solamente en la familia de ella, aunque ninguno de sus miembros atesoraba tanta belleza. Muy de tarde en tarde divisaba a alguien con aquellos rasgos. Para describir su aspecto empleaba el apellido de soltera de Polly y decía: «Qué aspecto tan Solo-Miller tiene esa persona».

—Nos necesitamos —dijo Lincoln—. Me salvaste la vida, Dottie. Yo era un alma vil, solitaria, desdichada, hasta que apareciste tú. Y en cuanto a ti...

—¿Qué era yo? —preguntó Polly.

—Eras dulce, inocente e insensata —dijo Lincoln—. Deberías haberte visto, Dot. Todo un espectáculo. Me dije: esta mujer o es una histérica, o está como una cabra o es que se ha enamorado realmente de mí. Cada vez que te ibas de aquí yo apuraba el vino que había quedado en tu vaso y me decía: «¿Llegaré a besarla alguna vez?».

—Bueno, lo hiciste —dijo Polly—. Y no solo una vez.

—Estaba muy nervioso —dijo Lincoln—. Me levantaba temprano por la mañana, iba a la panadería, pasaba por la floristería japonesa y me decía que solo compraba flores para embellecer el estudio, pero eran para ti.

—Yo quería traerte cosas —dijo Polly—. Los días que quedábamos para comer me daba un baño por la mañana, cuando lo normal es que me bañe por la noche. Y

pensaba con días de antelación qué me iba a poner. Quería traerte flores, quería prepararte magdalenas, pero me daba miedo. ¡Oh, Lincoln! ¿Es esto lo que hacen los amantes? ¿Se quedan en la cama hablando de cómo acabaron sintiendo lo que sienten?

—Es una de las mejores partes —dijo Lincoln.

—Desearía que mi vida fuera más sencilla. Ojalá pudiera decirme: «Es divino quedarse acostados así y además está bien». Pero no, para mí no lo está. No puedo dejar de pensar en lo que diría mi familia si se enterase.

A aquellas alturas Lincoln sabía ya cuándo «familia» significaba Henry o bien los padres y hermanos de Polly.

—Nunca te ha gustado que diga esto —dijo Polly—, pero me siento insignificante. No te enfades. Mi familia valora mucho la decencia y la rectitud. Crean en lo que es íntegro y verdadero.

—Si no te importa que lo diga —dijo Lincoln—, ellos creen en eso, pero tú eres eso. Me cabrea que no sepan nada de ti. Y tú permites que te apabullen.

—No me apabullan tanto como para impedirme estar contigo —dijo Polly—. Estoy aquí, en tu cama, a tu lado. Por ti soy una mujer caída.

Lincoln se incorporó y levantó a Polly. La rodeó con los brazos y la estrechó con fuerza.

—Quiero fugarme contigo —dijo—. Existe la posibilidad de que una galería de París monte una exposición individual con obras mías. Me gustaría estar allí. Sería la primavera que viene. ¿Vendrías conmigo?

Polly se estremeció y se escabulló de sus brazos. La idea de irse a París con Lincoln le causó el mismo efecto que el que produce una montaña rusa en el estómago. El deseo la recorrió de pies a cabeza, como un chorro, y la mareó. Se dio cuenta en el acto de que, en toda su vida, nunca había ansiado tanto una cosa. Se dio cuenta en el acto de lo imposible que era. Rompió a llorar. Sus robustos y nacarados hombros se agitaron. Todos los Solo-Miller, incluido el espigado Henry el Joven, eran anchos de espaldas y de tronco largo. Polly tenía cuerpo de nadadora, pero más exuberante. Tenía la piel suave, de melocotón. Sus manos eran elegantes y fuertes. Sus ojos se ensombrecían cuando se preocupaba. Tenía el abundante pelo desordenado y parecía presa de una viva emoción.

—Ven conmigo —dijo Lincoln.

—No puedo. No puedo. No puedo —dijo, sollozando. Se recuperó un poco—. Lo siento, Lincoln. Realmente me hace polvo. No puedo salir del país... es demasiado drástico.

—Tampoco viniste a Vermont —dijo Lincoln.

Al mes de haber empezado la relación, Lincoln le había pedido que fuera a Vermont con él, solo para pasar una noche en un hotel. Henry estaba fuera y a Polly le habría sido fácil inventar algún congreso, le dijo. Polly no quiso. Sus padres habrían podido quedarse con los niños el fin de semana, pero ¿qué les habría dicho?

¿Y si les hubiera ocurrido algo, a Henry o a los niños, y hubieran tenido que llamar al hotel para comunicarse con ella? Se hubiera sentido demasiado culpable, hubiera sido demasiado complicado y demasiado evidente para que Polly lo soportara. Y al no aceptar, se había condenado a pensar en ello continuamente: a verse con Lincoln paseando entre los abedules, a imaginar que despertaban juntos en la misma cama y que se iban a dormir juntos.

—Sería maravilloso —dijo Polly, secándose las lágrimas con la muñeca—. Nada me gustaría más que ir a París, pero una vez allí sería horrible.

—¿Horrible? —dijo Lincoln. La rodeó con los brazos. Su querida y escrupulosa Polly casi nunca decía una cosa por otra. Lincoln comprendía perfectamente la infelicidad que sentía.

—Sabes a qué me refiero —dijo Polly—. Sería celestial, absolutamente celestial, pero no puedo. Sé que no puedo.

—Bueno, puede que haya exposición y puede que no —dijo Lincoln—. Ya sabes cómo son estas cosas. Una mujer de la Galerie Georges Daliel me abordó en la inauguración, pero todo podría quedar en papel mojado. Incluso si organizan la exposición, podría no ser necesaria mi presencia. Si tuviera que ir te echaría muchísimo de menos, ya lo sabes. Algún día, Dolly, cuando tengamos cincuenta y cinco años y los enanos estén preparando el doctorado, nos fugaremos y dejaremos boquiabiertos a todos. Iremos a la India a hacer bocetos.

—¿Y qué haré yo mientras tú dibujas?

—Tú también dibujarás. Te compraré un cuaderno y lápices del número tres. Tendrás que llevar uno de esos sombreros de fiesta inglesa al aire libre. Iremos al campo y dormiremos en pabellones de caza protegidos por una mosquitera. Investigaremos el sistema docente local, averiguaremos lo mal que se enseña a leer a los niños indios y tú escribirás un ensayo que ganará un premio. Yo me encargaré de las ilustraciones. Nos fugaremos, eso es lo que haremos.

La besó en la mejilla y Polly se volvió hacia él. Sus ojos echaban fuego.

—Ay, Lincoln —dijo—. Te quiero tanto.

A las cinco en punto Polly llamó para decir que no tardaría en volver a casa. Lincoln la vio vestirse. Le gustaba ver el proceso por el que aquellas prendas gruesas y caras le devolvían el aspecto de matrona respetable. Le preparó el café de despedida que le gustaba a ella y organizaron el calendario semanal.

—¿Qué tienes esta semana? —preguntó Lincoln.

—Mañana comida de socios. El martes en casa. Henry estará en Boston el miércoles. El jueves vendrán a comer Paul, los Peckham y los Stern. El viernes iremos al teatro con mamá, papá, tía Lilly, tío Francis, Henry y Andreyá.

—Creía que odiaban el arte —dijo Lincoln—. ¿O piensan que el teatro no es arte?

—Bueno, en realidad, así es —dijo Polly.

—Pero qué zoquetes son.

—Les gusta ir al teatro para portarse mal —dijo Polly—. Ya sabes, están convencidos de que allí pueden cometer crímenes impunemente. Se sientan en la platea y no paran de moverse, comen unas asquerosas bolitas de chocolate y Henry agita la caja. Y hablan y ríen, y los de las filas de atrás tienen que decirles que se callen, pero no se callan. Y créeme, Henry y Andreyra parecen una de esas parejas de ratoncitos de trapo que metíamos en los calcetines de Navidad, y tienen un aspecto tan adorable que nadie se siente ofendido.

—Solo la gente de las filas de atrás.

—Solo esa gente —dijo Polly—. Pero todos pensamos que si los de atrás los vieses por delante, también ellos caerían bajo su hechizo.

Lincoln le lanzó una mirada despiadada.

—¿Eso pensáis todos? —dijo—. Bolitas de chocolate, en el nombre de Dios, ¿por qué no crecen?

—Son ingenieros —dijo Polly—. Puede que eso lo explique todo.

Lincoln le lanzó otra mirada torva. A aquella hora del domingo por la tarde los dos estaban picajosos.

La luz se iba pronto y rápido en esa época. En el estudio solo había encendida una lámpara, la de la mesilla de noche, que estaba protegida por una pantalla de papel color ámbar. Proyectaba sombras largas y lúgubres por todas partes. La pulcritud de Lincoln, bajo aquella luz triste y crepuscular, parecía singular y austera. La casa era un lugar de visita, la celda de un ermitaño que tenía invitados ocasionales. Había momentos en que a Polly le parecía deliciosa aquella soledad y en que a Lincoln el domicilio de los Demarest, en la parte alta de la ciudad, se le antojaba rico y feliz. Era el peor momento para ambos; el momento en que Polly se disponía a volver a su casa y él se hacía a la idea de su partida, y los dos estaban tan dominados por la pasión que no soportaban separarse.

Polly se sentó a la mesa junto a Lincoln y apoyó la frente en el brazo de él. Lincoln le pasó al brazo por los hombros.

—¿Qué tienes que hacer tú? —le preguntó.

—El lunes nada. El martes una inauguración. El miércoles tú. El jueves como con mi antiguo profesor de pintura y el viernes a lo mejor voy a casa de los arquitectos, para pasar allí el fin de semana. —Gus y Violet estaban restaurando una casa en los Berkshires y Lincoln no tenía inconveniente en echarles una mano—. Volveré el domingo por la mañana. ¿Podrás inventarte otro seminario?

—Seguramente —dijo Polly—. Pero a veces lo único que quiero es apoyar los codos en la mesa y decir: «Os voy a explicar la situación. Tengo una aventura amorosa y debo acudir a la cita. Que me vea con otro hombre no quiere decir que no os quiera a todos, pero las cosas son así. Este bocadillo es para mi amante, no para un puñado de expertos en métodos de lectura. Es un hombre encantador, de buena familia, así que no tenéis que preocuparos absolutamente por nada».

—Supongo que causaría alguna conmoción —dijo Lincoln.

—Yo creo que no —dijo Polly—. Sonreirían y dirían: «¡Polly! ¡Nuestra Polly! ¿Una aventura amorosa? ¡Qué absurdo!».

La lámpara le iluminó la cara en aquel momento. Tenía un aspecto tan inocente y dulce como la miel, y también solitario. Lincoln sufría viéndola. Le parecía espantoso que estuviera rodeada de tantos parientes y a la vez tan sola: evidentemente era mejor estar realmente solo. La estrechó entre sus brazos. Tenía un volumen maravilloso, y una especie de blandura elástica en la carne. En vez de derretirse, volvía hacia uno, aunque a veces también se derretía.

—Bueno —dijo Polly levantándose—. Si no me voy ya, no me iré nunca, y piensa en el miedo que te daría eso. Pásame el abrigo y sácame de aquí.

Anduvieron del brazo por la calle de Lincoln, pararon un taxi y se dieron un beso de despedida. Aunque sabían que el lunes podrían verse sin problemas, las despedidas del domingo siempre eran dolorosas. Polly se volvía siempre para ver alejarse a Lincoln mientras el taxi arrancaba.

Mientras volvía a casa, Polly imaginaba a Lincoln saboreando su soledad. A menudo le decía a Polly que ella lo había rescatado, que era su particular anuncio de la primavera. Ella había visto sus pinturas blancas, una capa tras otra de blancos desesperados. Esas obras no se expondrían nunca, pero el autor las guardaba para no olvidar cómo era la otra cara de su soledad. Durante el año que Lincoln había estado casi totalmente solo, su hermano pensó que iba a sufrir un colapso nervioso. No veía a casi nadie y solo salía para comprar comida y materiales de pintura. Cuando descubrió que no podía pintar con colores, pintó con blancos. Estaba asombrado, le había dicho a Polly, de la variedad y textura del blanco. Había pintado paisajes, naturalezas muertas y un autorretrato, todo con blancos. Según Polly, aquellas pinturas eran extraordinarias, desoladas, profundas y muy poderosas. Polly pensaba que debían ser vistas, pero para Lincoln eran un recuerdo demasiado intenso de aquello de lo que él creía que Polly lo había salvado. Su cálida mano había tirado de él y lo había vuelto a situar en la vida. Aquellas pequeñas dosis, aquellas benditas visitas, habían sido nutritivas.

Polly sabía que cuando salía del estudio, Lincoln alisaba la cama, lavaba los platos, encendía más luces y se sentaba a la mesa de dibujo. Cuando ella se iba, le había dicho él, la dibujaba de memoria, aunque también solía dibujarla cuando estaba presente. Tenía una carpeta grande donde guardaba los retratos que le había hecho. Trabajaba con lápices de colores, y cuando ella no estaba en el estudio, hacía cartones con vistas a un retrato al óleo. Cuando Polly veía estos bosquejos se quedaba atónita. En muchos aparecía ella en el hueco de una puerta con su jersey y su falda gris. La habitación que había delante estaba llena de vida: un búcaro con amapolas, una maceta con lirios, un cordero, una zorra, un gato doméstico, una jaula con palomas.

En otro, la habitación estaba llena de niños acunados en cestas. El homenaje que le rendía el pintor la cohibía y hacía que se sintiera una impostora.

Lincoln fumaba mientras trabajaba y a Polly le gustaba mirarlo. Fumaba unos puros pequeños y torcidos que impregnaban su ropa de un olor picante. Polly se estremecía solo con pensar en aquel olor. Estaba también en su piel, sobre todo en su cuello. Polly pensaba a menudo que era esclava de aquella mezcla de humo de tabaco y dulce carne. ¿Era justo querer a alguien en las pequeñas dosis que Lincoln exigía? De vez en cuando él le decía que deseaba liberarla, pero que si lo hacía, ella dejaría de ser la Polly que le posibilitaba la vida que llevaba ahora. Ella sabía que ninguno de los dos era el destino final del otro, tan solo el presente.

Cuando Polly llegó a casa, todo estaba en silencio. Colgó el abrigo en el armario del vestíbulo. Lo primero que le pasó por la cabeza fue que Dios la había castigado por cometer adulterio, y que Henry y los niños habían muerto. Lo segundo fue que Henry, agobiado, cansado y obsesionado por el trabajo, había llegado a la conclusión de que Polly no le servía de nada y se había ido de casa con los niños: otro castigo de Dios por tener un lío amoroso.

Henry estaba trabajando, sentado a la mesa del estudio. Los niños estaban en el suelo, jugando a Vacas y Erizos Mudos. Henry había inventado esta variante para que los niños pudieran jugar bajo su vigilancia mientras él trabajaba. Quien hacía el menor ruido, tenía que pagar con una vaca o un erizo, mientras que quien guardaba silencio absoluto ganaba cincuenta centavos.

Pete y Dee-Dee estaban furiosos. No decían ni pío, y ni siquiera hablaron cuando apareció Polly. Se acercaron a ella con los labios apretados.

—¿Qué tal ha ido, Pol? —dijo Henry sin levantarse del escritorio.

—Muy bien —dijo Polly—. ¿Pueden hablar los niños?

—Podéis hablar —dijo Henry.

—Mami, tío Henry ha dicho tacos en el parque —dijo Pete.

—Chivato —dijo Dee-Dee—. Tú también los has dicho.

—Ya no podéis hablar —dijo Polly, y nada más oírla los niños volvieron a apretar los labios—. Amorcitos, llevaos de aquí las vacas y los erizos, haced los deberes de clase y lavaos las manos para la cena.

Los niños salieron trotando.

—Henry —dijo Polly—, ¿podrías darte la vuelta y darme un beso de bienvenida?

—Claro que sí. Un momento.

Polly se preguntó si había muchas mujeres que conocieran tan bien como ella la espalda de su marido. Cuando pensaba en Henry aquellos días, se lo imaginaba sentado a su mesa hasta bien entrada la noche, encorvado sobre un montón de papeles. Vio que estaba tomando notas, y no se volvió para besarla. Por el contrario, fue ella quien le pasó el brazo por los hombros y le dio un beso en la nuca. Henry,

abstraído, le acarició la mano.

—Me siento sola —dijo Polly.

—Yo también —dijo Henry—. Venga. Vamos a aliñar la ensalada.

Las tareas dominicales de Henry consistían en preparar el aliño de la ensalada y en abrir la pequeña botella de tinto que él y Polly compartían por la noche. La mayoría de las noches Polly cenaba con los niños en la cocina y luego tomaba un resopón con Henry en el comedor. A Henry no le gustaba comer en la cocina, salvo los domingos.

La comida que más le gustaba a Polly era la de guardería. Alimentaba a sus hijos con pastel de carne, puré de patatas, pollo picante, buñuelos de verdura, tortas de maíz, manzanas al horno y un pastel a base de leche, huevos, mermelada, migas de pan y merengue. A Henry le atraía una cocina más elaborada. Le gustaban el jamón relleno con pistachos, la chuleta rellena de ostras y el pastel de ternera, jamón y huevos, todo lo cual le ponía Polly en la mesa con el mayor entusiasmo. A Polly le gustaba cocinar, le encantaban las cenas en grupo, pero lo que más le gustaba era cenar en la cocina con sus hijos, sobre todo cuando hacía frío o el tiempo estaba revuelto, o Henry estaba fuera. Los niños podían hacer entonces todas las tonterías que quisieran y Polly no tenía que preocuparse por preparar otra comida.

La familia se sentó a la mesa de la cocina para dar cuenta del estofado de ternera. Se contaron los acontecimientos de la tarde. La cometa de Pete había subido muy alto, pero la de tío Henry había sido una calamidad, por eso había dicho muchas cosas feas.

—¿Repito lo que dijo? —preguntó Pete con destellos maliciosos en los ojos.

—Que tu tío Henry se porte como un mono no quiere decir que tú debas comportarte como un mono —dijo Polly.

—Los monos son muy bonitos y se portan muy bien —dijo Dee-Dee—. Tío Henry no se porta como un animal bonito. Decir que tío Henry se porta como un mono es hablar mal de los monos. Tía Andreyá le pegó en la cabeza y luego le pegó en la cabeza a Kirby.

—Kirby es como un mono —dijo Pete.

—Eso es hablar mal de los monos —dijo Dee-Dee.

—No lo es.

—Sí lo es.

—Callaos los dos —dijo Polly. Los domingos por la noche los niños estaban cansados y quisquillosos. Cuando sus voces comenzaban a subir de tono, sabía que era hora de darles un baño y acostarlos. Polly también estaba cansada y quisquillosa. Tenía el corazón dividido y solo estaba presente a medias. Henry recogió la mesa mientras Polly bañaba a los niños. Estaban tan cansados que no pidieron el cuento de costumbre, aunque ninguno podía dormirse si sus padres no le daban el beso de buenas noches.

—Pareces cansada, Polly —dijo Henry.

—Estoy muerta.

—Date un baño. Ponte a remojo un rato, con agua muy caliente. Hoy estaré levantado hasta tarde. Me espera un montón de trabajo.

Metida en la bañera, Polly se sentía tan exhausta que pensó en la posibilidad de desmayarse y ahogarse. Le dolían los huesos; le dolía la médula de los huesos. La habían educado para explicarse estas sensaciones pretextando agotamiento y para remediarlo tomando un baño muy caliente y acostándose temprano.

No podía permitirse el lujo de caer enferma —las madres de niños pequeños nunca enfermaban—, pero en cambio era una excelente enfermera cuando se indisponían los demás. Wendy la había educado a conciencia. Sus hijos podían tener más almohadas de la cuenta, tomar leche caliente con miel y limonada caliente; se les permitía desayunar en una bandeja y las tostadas se les daban partidas en pedazos del tamaño de sellos de correos. Así habían tratado a Polly de pequeña. De adolescente había sido una excelente enfermera de Wendy, a quien le gustaba ponerse malucha de vez en cuando y que le llevaran la comida a la cama. También cuidaba de Henry cuando este sufría su resfriado anual y tenía la cabeza embotada. Nadie se lo pedía, pero hacerlo le subía el ánimo. Le gustaba poner orden en el caos, arreglar la confusión, poner sábanas limpias a los enfermos y servirles comidas sabrosas y nutritivas.

Pero no estaba extenuada. El hecho de tener una aventura amorosa era una señal clara: había estado inquieta durante mucho tiempo, nunca lo había admitido y la preocupación la había vencido. Había trabajado con alegría y sin quejarse. Procedía de una familia de juristas y sabía del trabajo de Henry todo lo que podía saber una persona que no hubiera estudiado derecho. Le había venido como anillo al dedo para entender el trabajo de su marido. Durante años había escuchado y comentado los mismos asuntos que alejaban a su marido de ella, y lo había hecho sin pensar. Nunca había encontrado razones para sentirse irritada por nada y esa represión le pasaba factura ahora. Sabía muy poco de la vida conyugal de otras personas. Pero tenía el ejemplo de sus padres, a los que nunca había oído pelear, discutir o replicarse con dureza, ni siquiera levantarse la voz. Polly amaba a Henry con toda su alma, pero no le parecía que este sentimiento bastara para no sentirse herida y enfadada. Había perdido aguante. Había cedido. No concebía que su padre o su madre hubieran podido sentirse enfadados o heridos y en consecuencia ya no creía estar en gracia con Dios.

Eva, la hermana de Henry, había sido compañera de habitación de Polly en la universidad; ella los había presentado. La primera vez que lo había visto se había dicho: «Quiero casarme con este hombre o con otro como él». Años después coincidieron en una fiesta. Henry era pasante de un bufete y Polly enseñaba a leer. Fue un noviazgo transparente y sin complicaciones; sabían, sin la menor duda, que

acabarían por casarse y estaban encantados de haberse conocido. Los dos pensaban que el matrimonio era un paso para ingresar en el mundo adulto. Era lógico en todos los aspectos. Las dos familias estaban satisfechas. La mejor amiga de Polly iba a ser su cuñada. Todas estas circunstancias le daban una gran seguridad en el amor.

Henry y ella se pusieron a reproducir la comodidad y los éxitos vitales de sus respectivos padres. Polly no había sido tan feliz en toda su vida. Estaba totalmente colada por Henry, y si tenía la impresión de que nunca tenía suficiente de su compañía, ello se debía a que estaba casada con un abogado prometedor que a veces tenía que trabajar cinco noches por semana, o que tenía que ausentarse, o que a menudo se sentía tan cansado que no prestaba atención a lo que ella le ponía para cenar. La misión de una buena esposa, sabía Polly, era crear un refugio en un mundo despiadado y ofrecer comprensión y amor al marido para neutralizar los peligros que les acechaban. Con los años, la impresión de que, pese a todo lo que daba, ella era secundaria en comparación con el trabajo y los niños no hizo sino crecer en su interior, hasta que una mañana despertó y se echó en brazos de Lincoln. Las atenciones de este, por mínimas que fueran, hicieron que se diera cuenta de que su relación con Henry, por profunda que fuera, no era suficiente. No aprobaba sus propios sentimientos. Al fin y al cabo, el compromiso de Henry con ella era absoluto, mientras que Lincoln solo toleraba tenerla cerca unas cuantas horas seguidas. Mendigar tanta atención la mortificaba, pero no podía impedirlo. Estaba demasiado necesitada.

Una vez en la cama, se sintió demasiado cansada para leer, demasiado cansada para dormir. Dejó encendida la lámpara de la mesilla de Henry, cubierta por un pañuelo. Paseó la mirada por la habitación en aquella oscuridad relativa. Era grande y cómoda, un lugar en el que una familia podía relajarse.

Tumbada en aquella cómoda cama, protegida por el edredón blanquiazul de estilo antiguo que Eva, la hermana de Henry, les había dado como regalo de bodas, Polly pensó en Lincoln, en su bondad, en el amor que sentía por ella, en su pasión, en su atractivo. Era encantador, tenía talento. Acabaría por ser muy conocido y con el tiempo sería célebre. Estaba segura de que algún día despertaría y se desembarazaría de su necesidad de soledad como si fuera una chaqueta demasiado grande. Y renacería con ímpetu; su aventura amorosa con Polly le habría dejado el deseo de la vida doméstica y sentimental. Entonces se cruzaría en su campo visual alguna mujer encantadora, muy inteligente y hermosa, y querría casarse. Se casaría con aquella mujer encantadora e inteligente y Polly ya no podría estar con él nunca más.

Se incorporó en la cama. La vida completa y agradable que había llevado no la había preparado para aquella clase de sufrimiento. Cuando respiraba, le dolían las costillas. Se alegró de que Henry estuviera tan absorto en el trabajo que hubiera olvidado darle un beso de buenas noches. Se sentía como traspasada por un haz de

flechas.

Al cabo de unas horas llegaría Henry para acostarse, con la boca oliendo a dentífrico y con su pijama inglés. Se movería con cuidado para no molestarla. Leería o no algunas páginas de una de las novelas policiacas inglesas que leía para relajarse. Era su marido y la quería. Y aunque estuviera tan sumido en los problemas de su trabajo que ella no pudiera llegar hasta él, su matrimonio estaba a salvo. Puede que aquello le produjera a Lincoln un par de retortijones. Amaba a Henry, y Lincoln lo sabía.

Se levantó, entró en el cuarto de baño, cogió una toalla grande y lloró con la toalla pegada al rostro, para que nadie pudiera oírla.

SEGUNDA PARTE

Cinco

Paul Solo-Miller, de quien decían, quienes estaban en el ajo, que acabarían nombrándolo para la judicatura federal y luego para el Tribunal Supremo, siempre había estado soltero. Era un hombre alto, serio y guapo, se cortaba el pelo muy corto para que pudiera admirarse la forma de su elegante cráneo. No era fácil llevarse bien con él. Tanto de niño como de adulto, a causa de sus silencios, su indiferencia y su pretenciosidad, había hecho la vida difícil a las personas locuaces, a las vehementes y a las del montón, y Polly, según ella misma, entraba en estas tres categorías. Polly tenía la impresión de que Paul no había tenido infancia. De pequeña lo consideraba más un tío que un hermano, y a menudo, en su cabeza, lo había confundido hasta cierto punto con su padre, al que se parecía. A la pequeña Polly se le prohibía hacer ruido cuando su padre estaba meditando en su estudio o cuando Paul hacía los deberes. A los cuatro años, Polly pensaba que su hermano Paul, que tenía nueve, también era abogado.

Wendy se comportaba con nerviosismo cuando trataba con Paul. Polly procuraba ser alegre y franca con él. Henry el Joven se las apañaba para no prestarle mucha atención. Nadie, exceptuando a Henry el Viejo, que contaba con la admiración de su hijo, sabía bien cómo tratarlo. Él trataba a su madre con la cortesía tierna pero básicamente distante que se tendría con un pariente más o menos loco pero bien intencionado. A Polly la aceptaba como si fuera una bonita muestra de papel decorativo, y en cuanto a Henry el Joven, pasaba de él como si fuera un ovillo de polvo en la alfombra. Su lugar en la familia era totalmente sólido y nadie esperaba nada de él. Todos sentían un estremecimiento cuando lo veían aparecer.

Vivía en una casa carente de todo menos de lo que él consideraba esencial, punto en el que se parecía mucho a su madre. Tenía un piano, una mesa de comedor grande, alfombras persas, una cama con colchón muy duro y lámparas muy buenas. Todos los Solo-Miller eran fanáticos de las mejores lámparas de lectura.

Aparte del derecho, la pasión de Paul era la música, sobre todo la sinfónica. Le gustaban los compositores alemanes de principios del siglo XX y pasaba mucho tiempo con su equipo estéreo, en el que invertía bastante dinero. Las conversaciones más largas y entusiastas que sostenía con personas ajenas a su familia o a su bufete las mantenía con una pandilla de jóvenes drogatas que se reunían en Sid's Stereo Hut y le daban consejos mientras él actualizaba y perfeccionaba su equipo de sonido. Paul era asimismo un fiel seguidor de la orquesta sinfónica, a cuyos conciertos asistía con

una persona a la que Wendy se refería como «esa mujer», una divorciada muy atractiva llamada Mary Rensberg. Que Paul no se casara con Mary Rensberg ni la introdujera en el círculo familiar era para Wendy un claro indicio de que había algo raro en ella. Estaba divorciada; Wendy no aceptaba el divorcio y daba por sentado que Paul tampoco.

Mucho tiempo atrás, Wendy se había mostrado muy preocupada por la soltería de Paul. Una vez convencida de que su hijo era totalmente heterosexual —se convenció simplemente porque quiso creerlo y porque observaba que no iba al teatro ni a la ópera más de lo socialmente necesario—, se le metió en la cabeza que Paul no era totalmente de este mundo y que las personas muy brillantes se ajustaban al aforismo de Nietzsche que decía que un filósofo casado era un personaje de comedia.

Paul era un profesional muy solicitado. El bufete lo cedía a gobiernos extranjeros, las facultades de derecho más prestigiosas del país le pedían que impartiera seminarios y daba conferencias en debates públicos con otros abogados. Sus energías estaban canalizadas hacia estas labores ennoblecedoras. Sus modales públicos y privados eran idénticos, a pesar de lo cual se le invitaba continuamente a cenas. Las noches que pasaba en su casa las dedicaba a tomar notas con vistas a la confección de un libro sobre la naturaleza orgánica de la ley, en el que defendía que la coherencia lógica del cuerpo humano tenía como corolario el deseo de orden y la estimación de lo estructurado. La percepción que el ser humano tenía de sí mismo como territorio individual estaba en la base del derecho inmobiliario.

Polly, que a menudo se encargaba de la intendencia en las cenas que ofrecía Paul, hacía cinco años que esperaba que Paul se casara con «esa mujer», Mary Rensberg, aunque no entendía por qué Mary querría casarse con Paul. Mary era bajita, enérgica y rubia. Fumaba cigarrillos sin filtro, se ponía camisas masculinas y medias de seda auténtica y llevaba pendientes de diamantes. En las conversaciones hablaba en tono relajado y con un lenguaje informal; y empleaba abundantes palabras malsonantes. Los domingos iba a la iglesia con sus dos hijas, Dulcie y Daisy, las dos ya adolescentes. Había estado casada con un banquero llamado Charlie Rensberg, que se había pasado la vida temiendo que los demás lo tomaran por un judío normal y corriente. Pertenecía a una riquísima familia judeoalemana a la que Wendy encontraba muy vulgar; Wendy conocía de vista a los Rensberg de más edad. Polly pensaba que Mary iba a la iglesia para vengarse de Charlie y de la ordinariez y esnobismo de su familia. Mary era unos años mayor que Polly, aunque los Demarest habían coincidido en varias cenas con los Rensberg. A Polly le gustaba Mary sinceramente y siempre había tenido ganas de conocerla. Se había alegrado secretamente del divorcio de Mary y Charlie, ya que nunca había soportado a este. Cuando Paul empezó a dejarse ver con Mary, el corazón de Polly se llenó de esperanza, aunque Paul no la animó en este sentido. Sirviéndose de un código tácito insinuó a Polly que no trabara amistad con Mary; por suerte, su hermana tenía sensibilidad suficiente para comprender el mensaje.

Mary no solo estaba divorciada, sino que tenía un trabajo. Comerció con antigüedades: mesas de todas clases y porcelana de la época victoriana. Vendía estos artículos en un pequeño establecimiento del barrio de Polly. Paul no veía con buenos ojos que las personas que frecuentaba se dedicaran a actividades comerciales. Dado que Mary atentaba contra su sentido del decoro, Polly supuso que estaba enamorado de ella. Mary era dada a soltar lo primero que se le pasaba por la cabeza. La última vez que Polly la había visto, le había preguntado por sus hijas y Mary había respondido: «Son unas criaturas adorables. ¿Sabes cómo llaman a tu hermano? Paul “Noche de los Muertos Vivientes” Solo-Miller».

Era la primera semana de enero. Polly estaba en el despacho, sentada a su mesa, deseando haber podido dar carpetazo a todo el trabajo del año anterior para empezar el nuevo de cero. Tenía delante el informe de fin de año, en espera de que lo evaluase. Las notas que había redactado ella la semana anterior estaban encima de la máquina de escribir. En una carpeta estaban los resultados, ya impresos, de unos test de lectura experimentales que formarían la base del informe de primavera. Todos los años por primavera el grupo de Polly presentaba al Departamento de Educación un análisis de los nuevos métodos de lectura ideados el año anterior, junto con una nueva evaluación de los ya existentes.

Polly había empezado a echar de menos la oficina en la última época. En el trabajo no fantaseaba con Lincoln; se dio cuenta de que cuando decía que había tenido una jornada buena o productiva, quería decir que había estado absorta en algo que le había impedido pensar en Lincoln durante al menos una hora. Cuanto más trabajo tenía, mejor se sentía.

Estaba corrigiendo el informe de fin de año cuando sonó el teléfono. Era Wendy.

—Tengo una noticia impresionante —dijo—. Tu hermano Paul va a casarse.

—Dios santo —dijo Polly—. Es realmente impresionante. No creía que Mary estuviera dispuesta a aceptarlo.

—Eso es lo impresionante —dijo Wendy—. Tu hermano va a casarse con una mujer llamada Beate von Waldau.

—¿Con quién? ¿Y esa quién es? —preguntó Polly—. ¿La conoces?

—Esta mañana he oído ese nombre por primera vez en mi vida. Tu hermano ha venido a desayunar muy temprano y nos ha dado la noticia. No tengo ni la menor idea de quién es. Paul dice que es una especie de psicoanalista. En cualquier caso, es alemana. —Wendy hizo una breve pausa—. Tu padre apoya la idea totalmente.

Lo cual significaba que Wendy, que solo sentía desprecio por los alemanes modernos, estaba totalmente en contra.

—¿No te parece llamativo —dijo Polly— que tanto Paul como Henry hayan acabado con europeas?

—Yo nunca he creído que Checoslovaquia fuera un país europeo —dijo Wendy

—. Pero no importa. Vendrán a cenar mañana por la noche, los dos solos, para que esta Beate pueda conocernos a todos; después imagino que la presentaremos al resto de la familia.

El resto de la familia consistía en los tíos y tías SoloMiller, las tías Hendricks y sus cónyuges, todos los primos carnales y la tía abuela Harriet, que era muy anciana y que afirmaba que nunca en su vida había tomado parte en un acto social que no estuviera relacionado de un modo u otro con la familia. Henry y Wendy pensaban que solo contaba realmente la parentela consanguínea. El pariente político era, incluso cincuenta años después, una especie de invitado. Pues ¿qué familia podía equipararse con los Solo-Miller o los Hendricks? Henry el Viejo y Wendy habían sido los primogénitos de sus respectivas familias, y como la abuela Solo-Miller había fallecido ya, ellos eran los cabeza de familia, con los dos hermanos de Henry y sus señoras, y las hermanas de Wendy y sus maridos, como ramas secundarias. Henry Demarest decía que solo los antropólogos podían comprender cabalmente a la familia Solo-Miller, y Lincoln decía que los Solo-Miller funcionaban como un Estado racista y que sus estatutos no escritos eran como las Leyes de Núremberg, que tanto habían gustado a Hitler.

—A propósito de la cena —dijo Wendy. En ambos extremos de la línea telefónica, madre e hija se prepararon para abordar el tema que más les atraía: qué servir con qué para cenar. Odessa Smith, que llevaba muchos años de ama de llaves de Wendy, ayudaba a esta en la cocina, pero planear el menú era uno de los máximos placeres de madre e hija—. Yo pensaba en pierna de cordero o rosbif, patatas Anna y, de segundo acompañamiento, verdura, esas preciosas judías verdes tuyas, frías.

—¿No crees que servir verduras frías es demasiado primaveral? —preguntó Polly—. ¿Y qué pasa con Andreyka?

—Ay, es verdad. Andreyka. Bueno, unos huevos con queso al gratén. Yo creo que las judías verdes vienen muy al caso. Yo me siento ya un poco primaveral. Estamos en la época más lánguida del año, así que todos los signos de primavera serán alentadores. Muchas flores, esa es mi idea. El otro día vi unas encantadoras ramas de membrillo. Creo que vendrá muy bien un plato de verdura fría. Y pastel de manzana.

—Yo voto por el cordero —dijo Polly—. Cordero lechal.

—Asado con romero, mostaza y ajo —dijo Wendy.

—Perfecto —dijo Polly—. Yo podría preparar una *mousse* de melocotón si la aceptas como alternativa al pastel de manzana. Nuestro tendero tiene melocotones de invernadero.

—La fruta de invernadero tiene poco sabor —dijo Wendy—. Le pediré a Odessa que haga el pastel de manzana. Es un bonito detalle americano. Vaya, llaman a la puerta. Será el limpiacristales. ¿Cómo se las apañan para limpiar ventanas en esta época del año? Llámame más tarde, cariño.

El día siguiente estuvo lleno de obligaciones para Polly. Había comprado las judías verdes al volver del trabajo. Por la mañana, mientras preparaba el desayuno para Henry y los niños, las desmochó y las coció, y preparó el adobo en el que las tendría una hora antes de servir las. Recogió las camisas de Henry que había que lavar y planchar, dejó una larga nota para Conchita, la asistente de los Demarest, cosió un botón de la chaqueta del traje de Henry, repasó su vestido negro de seda por si necesitaba plancharse, le puso una cinta a Dee-Dee en el pelo, encontró los deberes de matemáticas que había perdido Pete y quedó con una canguro. Rebuscó en su maletín, reunió las notas para el informe de primavera y se fue al despacho. Antes de ponerse a trabajar llamó a su madre para preguntarle si necesitaba algo. Necesitaba algo. ¿Haría Polly el favor de pasar por la panadería francesa que quedaba cerca del centro y comprar diez barras? ¿Podía ir luego a la quesería para comprar dos quesos de cabra, de un tipo que Wendy llamó «primitivo»? Pero solo si eran recientes, ¿eh?

—«Pirámide» —dijo Polly—. Es facilísimo de recordar. Tienen esa forma.

—Cariño, yo no recuerdo ni mi nombre —dijo Wendy—. Con esta historia de Paul tengo la cabeza hecha un lío. Había olvidado por completo que esa Beate tiene un hermano que también va a venir. No vive aquí. Está de visita. ¿Crees que podrías llamar a Henry para que compre una botella de ese *brandy* que tanto le gusta a tu padre? Esta gente bebe ginebra holandesa, estoy segura.

Polly lo apuntó todo en una tarjeta.

Cuando colgó, miró la tarjeta, miró su escritorio y comprendió con terror que no quería conocer a la novia de Paul ni al hermano de su novia. Le traía sin cuidado que Paul fuera a casarse. ¿Por qué había elegido un momento en que ella estaba con tanta presión encima? Vio ante sí un desfile interminable de reuniones familiares: cócteles, almuerzos, cenas prenupciales, bufés, el banquete de la víspera de la boda, el banquete de bodas... para todo lo cual sería requerida y se le pediría que preparase sus *oeufs à la neige*, su pastel de chocolate, su brazo de gitano relleno de moca, por no hablar de los champiñones rellenos, los bocadillos de pepino, la crema de acedera y el pastel de espinacas. O se le pediría que buscara un servicio de restauración. Tenía la mesa atestada de trabajo, Henry estaba a punto de irse fuera otra vez y los niños tenían dolor de garganta. Era un monstruo egoísta. Descolgó el auricular, marcó un número, colgó y volvió a marcarlo.

—Hola, Dot —dijo Lincoln.

—Solo soy yo —dijo Polly.

—Tienes una voz que da miedo. ¿Cómo están los novios? —Le fascinaba el tema de la boda de Paul y desde la víspera no hablaba de otra cosa.

—Estoy hecha polvo. Debería estar emocionada por Paul, pero no es así.

—Pues yo sí lo estoy —dijo Lincoln—. Ardo en deseos de que conozcas a la novia. ¿Crees que le darán ya el Premio Nobel o falta un poco todavía?

—Es una especie de psicoanalista —dijo Polly—. ¿No te lo conté ayer? Estos días me olvido de todo.

—Me lo contaste, y creo que es delicioso que Paul haya encontrado una controladora aria —dijo Lincoln—. Bravo por él. Apuesto a que a ella le gusta disfrazarse con viejos uniformes nazis.

—Por favor, Linky.

—Vamos, Dot. Tú sabes que Paul tiene un punto raro. ¿Por qué parece que esto te desanime?

—Es que estoy cansada, nada más. Tengo mil cosas que hacer. Me han hecho un sinfín de encargos. Quería verte hoy, pero no sé cómo.

—Te diré lo que haremos —dijo Lincoln—. Iré yo a verte. Comeremos juntos, como auténticos colegas. Te ayudaré a hacer los recados y te llevaré los paquetes con los dientes. ¿Qué dices?

—Oh, Lincoln. No puedes interrumpir tu trabajo para venir a comer conmigo. Te estropeará el día.

—Ni una palabra más. Me reuniré contigo a las doce y media. ¿Dónde está ese sitio al que vas a veces?

—La Fábrica de la Sublime Ensalada —dijo Polly—. Está a la vuelta de la esquina. Pasamos por delante una vez que viniste a recogerme, ¿recuerdas?

—Estaré allí a las doce y media.

—No tienes por qué hacerlo.

—Sí tengo por qué —dijo Lincoln—. Después de comer te llevaré a un callejón para besarte y meterte mano. Y como te quiero mucho, se me ha ocurrido una frase en alemán para que la practiques esta noche. Allá va, toma nota: *Ich bin ein baltischer Scharfrichter auf Ferien*. Siempre me ha parecido una frase muy útil. Significa: «Soy un verdugo báltico de vacaciones».

Polly tardó cinco minutos en reponerse y concentrarse otra vez en el trabajo. Se sentía derrotada, como un motor de coche ahogado. Apartó la lista de encargos y cayó en la cuenta de que, para comprar el queso y el pan y reunirse con Lincoln, tendría que comprar el queso y el pan primero, y de que Henry estaba demasiado ocupado para ir a comprar el *brandy*, y que para comprarlo ella tendría que pasar por la licorería que había cerca de la oficina, bien camino de casa o al volver de comer. No sería de la marca que quería Wendy y Wendy se daría cuenta. Se preguntó si tendría tiempo de ir en metro al centro y pasar por la licorería que quedaba cerca del despacho de Henry, pero desechó la idea inmediatamente. Compraría una botella cara de cualquier otra cosa y que Wendy se aguantara. Reconoció que dos años antes, incluso un año antes, habría ido alegremente en metro al centro de la ciudad para comprar aquel *brandy* especial. Pero aquellas hazañas eran imposibles cuando se tenía una aventura amorosa. Obviamente, el hecho de tener una aventura significaba que ya no se estaba

disponible para realizarlas.

El amor de Polly por Lincoln estaba dividido como una gráfica circular: una porción de gratitud, otra de sufrimiento, otra de restablecimiento, otra de consuelo y otra de pura lascivia y ansia de amistad. Las proporciones cambiaban de una semana a otra. Había veces en que se sentía tan perdidamente enamorada como una quinceañera, pero el carácter de la relación impedía los goces desenfrenados. La culpa, la añoranza, la confusión y la sorpresa lo mitigaban todo. Polly descubrió lo volátil y sentimental que era en el fondo. Le dijo a Lincoln: «Ojalá pudieran hacerme una lobotomía específica, ojalá pudieran localizar la parte de mi cerebro donde estás tú y extirparla». En momentos de máxima vulnerabilidad tenía la impresión de que si no tuviera a Lincoln en su vida, se marchitaría. Esta idea la llenaba de tristeza. Por entonces pensaba que su tristeza y su confusión eran como los días de lluvia, lluvia que caía sobre todo y todo lo empapaba.

Le daba la sensación de haber sido arrastrada de un puerto seguro y en calma a un mar impredecible y turbulento; de que no había despertado de un sueño, sino de una fantasía diurna. Enamorarse la había abierto al mundo de un modo no percibido hasta entonces. Todo le venía a la cabeza: su lugar en su matrimonio, su lugar en su familia, su lugar en sí misma. No tenía experiencias previas, carecía de orientación para lo que sentía. Nunca se había sentido sola, con privaciones, angustiada o temerosa. Nunca había tenido la impresión de que la vía de su futuro estuviera a oscuras. Sin embargo, con todas sus bendiciones, había ido en pos de algo distinto.

Cuando se sentía realmente mal, probaba dos cosas. Primero trataba de darse ánimos diciéndose que su sufrimiento no era tan grave, que no estaba enferma ni lisiada ni carecía de recursos económicos ni estaba sola, que simplemente era una niña mimada. Pero este recurso no parecía funcionar nunca, y entonces se dedicaba al trabajo. Había descubierto que el trabajo la alejaba de sí misma. Podía refugiarse en él con tanta concentración que no oía nada, ni cuando pronunciaban su nombre ni cuando llamaban a la puerta. Cuando la aporrearon, Polly levantó la cabeza. Era su compañera de oficina, Martha Nathan.

Martha era una *Wunderkind*, una niña prodigio. No era tan joven como aparentaba, pero nadie era tan joven como Martha parecía. Llevaba la ropa que se pondría una niña para asistir a una fiesta infantil: delantales y vestidos sueltos. El resto de sus prendas se fabricaba en la India, en Guatemala o en Afganistán. Martha se solidarizaba con los países emergentes. «Yo misma soy un país emergente», decía. Martha era el genio informático de la oficina y se la mimaba mucho, pero el tipo de trabajo que hacía le parecía demasiado fácil. Era brillante como otras personas son zurdas o pelirrojas o guapas: era una cualidad innata. En consecuencia era un poco inquieta. Antes de especializarse en informática había trabajado con un equipo de cine realizando un documental sobre la reforma agraria en Chile, y como los problemas que había visto en Latinoamérica le habían parecido insoportables, se había dedicado a la informática por diversión. En los últimos tiempos se había

matriculado en la facultad de medicina, dado que pensaba que ser médico podía ser entretenido y a la vez útil.

—Y después —le había sugerido Polly—, siempre te queda la facultad de derecho.

—Ya lo he pensado —dijo Martha—. Me encanta el hecho de aprender. Lo que encuentro aburrido es hacer cosas concretas.

Además de ser un genio, alegaba ser profundamente neurótica.

—He estado yendo a una cara psicoterapia durante muchos años —dijo. Ciertamente, era una fanática de sus cambios de humor. Unas veces estaba furiosa, otras deprimida, otras melancólica, otras idiota o simplemente muy animada. Polly sentía mucho afecto por ella y aguardaba con ilusión los días en que Martha, que trabajaba por libre, estaba en la oficina. Polly no había tenido amigas en la oficina hasta entonces.

Al ver a Martha en la puerta, Polly se animó. La volubilidad de Martha la convertía en la presencia menos exigente que Polly había conocido en su vida. A fin de cuentas, no esperaba que nadie fuera coherente. En consecuencia, Polly se sentía libre para ser todo lo anticuada que se le antojase. Esto era tan vigorizante como pasar unas semanas en un balneario, sobre todo en aquellos días, en los que Polly por regla general se sentía desanimada, agitada o angustiada y casi todo el tiempo se esforzaba por ocultarlo.

—¿Hay alguien aquí? —dijo Martha—. No hago más que dar golpes en la puerta.

—Estaba un poco ida —dijo Polly.

—Estás muy ida, o eso parece. ¿Qué pasa?

—Mi hermano Paul va a casarse.

—¡No me digas! Es bastante mayor, ¿no? ¿Con quién se casa?

—Con una mujer a la que nadie conoce —dijo Polly—. Es algo totalmente inesperado. A mi familia le gusta reunirse por cualquier motivo, o sea que vamos a reunirnos.

—Mi familia no se soporta cuando coinciden todos en la misma habitación —dijo Martha—. No recuerdo ninguna reunión familiar en que no haya habido peleas. No sé qué pensar, no sé si eres afortunada o no.

—Tener una familia unida es bonito —dijo Polly.

—A mí eso me parece el infierno en la tierra —dijo Martha—. Pero vayamos al grano. ¿A ti te cae bien tu hermano Paul? Por lo que cuentas de él tiene que ser odioso. Dices que es callado, que le da por sermonear y que todos le tienen miedo.

La verdad es que a Polly no se le había ocurrido nunca preguntarse si le caía bien Paul o cualquier otro miembro de su familia. Eran *la familia*. No juzgaba a ninguno de sus miembros con el mismo criterio con que juzgaba a otras personas.

—Es mi hermano —dijo Polly—. Le quiero.

—Un bello sentimiento —dijo Martha—. Te cito a mi viejo, que dice que todo es relativo menos lo relativo a la familia, que es absoluto.

—Otro bello sentimiento —dijo Polly—. El caso es que hoy tengo que hacer quinientos recados, tengo que ver a un amigo y he de ir a una licorería, a una quesería y a una panadería.

—Menuda agenda —dijo Martha—. ¿Cena de la gran familia?

—Todos son grandes.

—Si necesitas ayuda —dijo Martha—, no tienes más que decirlo. Puedo hacerte algún recado. Me gusta ayudar a las personas que simpatizan con la familia. Como puedes imaginar, eso me deja mucho tiempo libre.

Cuando se reunió con Lincoln para comer, Polly estaba desfallecida. Había salido corriendo de la oficina, volvió sin dejar de correr porque se había olvidado de llamar a Henry para lo del *brandy*, entonces recordó que había decidido ir a buscarlo ella misma y salió corriendo otra vez. La panadería estaba abarrotada, lo mismo que la quesería. A pesar de todo aún le sobraron cinco minutos, que aprovechó para comprar medio quilo de almendras saladas, el único aperitivo que era del gusto de Wendy. Lincoln la estaba esperando en la puerta de la Fábrica de la Sublime Ensalada.

—Vaya, vaya —dijo Lincoln—. No me has esperado. Has hecho todos los recados y ahora no podré llevarte nada con los dientes.

—Tendría que comprar unos puros y otra botella de champán. Y después de comer he de ir a comprar una botella de *brandy* —dijo Polly—. Has sido muy amable viniendo aquí para comer conmigo.

—Espero que valga la pena —dijo Lincoln—. ¿Es esta Fábrica de la Sublime Ensalada tan sublime como se anuncia?

—Es cómodo —dijo Polly—. Es decir, si consigues que la camarera te tome nota. Todas son estudiantes de arte y actrices.

La Fábrica de la Sublime Ensalada estaba hasta los topes, pero Polly y Lincoln se las arreglaron para instalarse en una incómoda mesa para dos. Cuando por fin llegó la camarera, resultó que había olvidado la libretita y, cuando regresó, había olvidado dónde había puesto el lápiz y no tuvo más remedio que utilizar el lápiz Conté que le alargó Lincoln, que había pasado antes por la tienda de artículos artísticos. Polly pidió el plato Salud Suiza, que según la carta era un «Combinado tonificante de queso suizo bajo en calorías, remolacha troceada, zanahoria tierna y un potente aderezo hiperenergético». Lincoln pidió la Sublime Obra, una ensalada de cangrejo. Al final, la camarera le sirvió a Polly una Ensalada del Chef y a Lincoln la Ensalada Suprema de Huevo.

—Es inútil —dijo Polly—. Nunca me sirven lo que pido y siempre pido lo mismo. Quiero Salud Suiza y, como es lógico, me han servido todo lo que hay en la carta menos esa.

En el fondo no importaba, porque Polly tenía poco apetito. Mientras tomaban el segundo café, Lincoln le cogió la mano por debajo de la mesa.

—Vamos, Dottie —dijo—. Prueba a comer algo. Tienes que conservar las fuerzas.

—Estoy por los suelos, Linky —dijo Polly.

—Eres una mujer con muy buena planta —dijo Lincoln.

—Lo gracioso —dijo Polly— es que he tenido una vida maravillosa. Pero de repente todo se ha venido abajo. Antes estaba llena de vitalidad. Ahora no tengo ilusión por nada. Antes era optimista. No es lógico que una persona como yo se sienta tan mal. No debería. Me lo digo una y otra vez. Mi vida está llena de cosas buenas, entre ellas tú.

—Todo el mundo pasa por esto —dijo Lincoln—. Es parte del desarrollo.

—En mi familia no.

—Tu familia vino a este planeta para hacer que todo el mundo, incluida tú, se sienta una mierda.

—Linky, tú no sabes cómo es mi familia.

—Una cosa sí sé —dijo Lincoln—. A pesar de todas estas reuniones y de toda la unidad familiar, no puedes recurrir a ella, y ella, en cambio, es causa de tu malestar.

—La familia está ahí para ser eso, Linky, familia —dijo Polly—. Es mi tribu. Ninguno de sus miembros tiene por qué conocer los secretos de mi corazón.

—Eres el único miembro de tu tribu que tiene corazón —dijo Lincoln. Levantó la cabeza—. Hay una chica que espera mesa y te está mirando.

Martha Nathan estaba en la puerta. Polly se sonrojó al verla, pero de todos modos le hizo señas.

—Es Martha —dijo Polly—. No la conoces.

—Será mejor que recuperes la palidez antes de que llegue —dijo Lincoln—. Pareces la Mujer Pillada infraganti.

—Hola, Martha —dijo Polly cuando Martha llegó a la mesa—. Siéntate. Ahí hay una silla libre.

—No, no —dijo Martha—. Solo he venido a engullir la comida mientras leo este artículo. —Estaba claro que se había dado cuenta de la situación nada más verlos.

—Por favor, siéntate —dijo Polly—. Martha, te presento a mi amigo Lincoln Bennett. Lincoln, Martha Nathan.

—Estoy muerta de hambre —dijo Martha, sentándose—. Sospecho que nadie va a venir a preguntarme qué quiero. ¿Esa chica es camarera o una clienta? En estos lugares es difícil distinguirlas. ¡Eh, señorita!

Una joven con cara de perro se acercó a la mesa trazando curvas en el espacio.

—Me gustaría pedir ya —dijo Martha—. ¿Qué es lo más rápido que tienen?

—Todas nuestras ensaladas se preparan a mano —dijo la camarera.

—Entonces Ensalada de Berenjenas a la Búlgara —dijo Martha—, y un café, siempre que no lo preparen con las manos.

—No entiendo —dijo la camarera.

—Yo diría que sí —dijo Martha—. Berenjenas a la Búlgara y un café. Que

estudiaras en un instituto progresista e hicieras danza moderna en la universidad no te impedirá recordar un pedido tan sencillo.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó la camarera.

—Hasta un niño se daría cuenta —dijo Martha.

—¿Cómo lo has sabido? —dijo Polly.

—Muy fácil. Las bailarinas modernas están cortadas por el mismo patrón. Todas visten igual. Y todos los que han pasado por institutos progresistas sujetan el lápiz de un modo curioso. No les enseñan a escribir hasta los doce o trece años. Que es cuando sienten ganas de aprender. —Miró a Lincoln—. Apuesto a que tú eres pintor.

—Así es —dijo Lincoln—. Lo has adivinado por las manchas de pintura de mi jersey, la bolsa de la tienda de artículos artísticos y mi aspecto sensible de alma atribulada.

Hablaron con Martha hasta que Lincoln se dio cuenta del nerviosismo de Polly.

—Bueno, Dottie —dijo—. Vamos a terminar los recados que te faltan y dejemos a Martha con su ensalada hecha a mano.

—Lo sabe —dijo Polly cuando estuvieron en la calle.

—Pues claro que lo sabe —dijo Lincoln—. Pero siempre puedes decir que soy amigo de tu hermano pequeño. Además, ¿qué importa que lo sepa?

Anduvieron despacio hacia el estanco. Polly se detuvo en seco. Estaba muy seria y parecía agotada.

—Vamos, Dot —dijo Lincoln con dulzura—. Estarás estupendamente.

—No lo sé —dijo, apoyando la cara en el hombro de Lincoln—. Oh, Lincoln, me gustaría saberlo.

Al atardecer, cuando Polly salió de la oficina, empezó a nevar. No había ningún taxi a la vista y el autobús, que se acercaba muy despacio por la avenida, estaba lleno a rebosar. Polly iba con el maletín, el bolso de mano y dos bolsas grandes de la compra con las diez barras de pan, los quesos, las almendras saladas, la caja de puros, la caja grande de bombones favoritos de la familia, dos botellas de champán y otra de *brandy*. Estaba casi segura de que una de las dos bolsas acabaría rompiéndose. No llevaba botas ni bufanda. Cuando bajó del autobús, una bolsa empezó a rasgarse y tuvo que llevarla apretada contra el pecho. La nieve le daba en los ojos. Empezó a temer que no podría con tantas cosas. Ella, que había cargado con niños, cochecitos infantiles y paquetes al mismo tiempo, se sentía a punto de desplomarse en la acera con todo lo que llevaba encima.

Polly había tenido sus arrebatos adolescentes, sus ataques de nervios, sus pequeñas desazones. Buena estudiante de literatura, había leído novelas que contaban historias de grandes desdichas y tragedias sentimentales. Sabía que aquellos estados emocionales existían. Durante su luna de miel leyó *Anna Karénina* sentada en la cubierta de un transatlántico. Las heroínas literarias caían en desgracia poco a poco.

Las pequeñas equivocaciones simbolizaban los defectos nefastos. La verdad se ponía al descubierto de pronto: los defectos eran diferencias, amplificadas y agravadas. La heroína, entonces, era desterrada del optimismo, la alegría, la seguridad y la certeza del bien. ¿Alguna vez se sentían tan infelices las buenas personas? Lincoln decía que sí, pero Polly no conocía a muchas personas fuera de su familia; y nadie de su familia, de eso estaba segura, se había sentido nunca como se sentía ella, y si lo había hecho, había conseguido la victoria en secreto. Su aflicción la atemorizaba. No era el hecho de haberse enamorado de Lincoln. Era lo que el permitirse enamorarse revelaba: que todo estaba mal.

Una vez en casa, dejó los paquetes en la mesa de la cocina. Los dos rotos, casi escupiendo el contenido. Pete y Dee-Dee aparecieron en la puerta y le dieron un beso desganado. Sabían que su madre iba a salir por la noche y en consecuencia no iba a serles muy útil.

Conchita Croft, la asistenta que acudía los tres días que Polly trabajaba fuera, había puesto en el horno la cena de los niños.

—Hola, Polly —dijo Conchita—. Parece usted cansada.

—Estoy cansada —dijo Polly—. ¿Ha llamado Nancy Jewell? —Nancy Jewell era una chica de dieciséis años que vivía en el edificio y hacía de canguro con frecuencia.

—Llegará a las siete —dijo Conchita.

—Voy a prepararme un té —dijo Polly—. ¿Quiere uno?

—Bueno —dijo Conchita—. Ha llamado el señor D. Ha dicho que se reuniría con usted en casa de sus padres, pero que a lo mejor llegaba un poco tarde. También ha llamado el pintor de la casa. Ha dicho que lo llamara si tenía tiempo.

—¿El pintor de la casa? —dijo Polly. Miró el número y se dirigió al teléfono. Marcó, colgó y volvió a marcar. Lincoln casi nunca la llamaba por la noche y nunca si sabía que Henry estaba en la ciudad.

—Solo soy yo, Dottie —dijo Lincoln cuando respondió—. El pintor de tu casa.

—Sí —dijo Polly.

—Solo llamaba para decirte que eres maravillosa y que todo saldrá bien. Lo sabes, ¿verdad?

—No, no lo sé —dijo Polly.

—Yo sí —dijo Lincoln—. Que pases una velada estupenda, y toma nota mental de todo. Quiero vestidos, comportamiento y cualquier observación interesante, reveladora o chocante. Te quiero, Dot.

—Gracias —dijo Polly, y colgaron los dos.

Seis

Beate von Waldau era una de las mitades de una pareja de mellizos. Ella y su hermano Karlheinz, al que llamaban Klaro, se parecían como dos gotas de agua: altos, ojos brillantes, cara de halcón y el mismo pelo negro, liso, lustroso, corto y precioso. Era el típico pelo que da gusto acariciar, como la piel de un castor, aunque la primera impresión que producían era de impenetrabilidad y distancia, como los muebles modernos. Sus líneas eran escuetas y elegantes. A Polly le parecieron tan estilizados como dos sillas de Mies van der Rohe. Klaro llevaba en los puños de la camisa unos gruesos gemelos de oro y un reloj de oro idéntico al de su hermana. Los dos tenían los dedos largos y fuertes. Tras un cuidadoso escrutinio, Polly llegó a la acertada conclusión de que tenían cuarenta y cuatro años.

La formalidad del encuentro no se avino con la conveniencia de tomar asiento. La familia se quedó de pie junto a la chimenea, alrededor de un centro formado por Beate, Klaro y Paul. Tomaron vermut muy frío, pero nadie tocó el gran bol de plata que contenía las almendras saladas. Wendy había llenado la casa de forsitias y ramas de membrillo. En su opinión, no había nada más agradable que ver ramas floridas cerca de un fuego de leña. La emocionaba que estuviera nevando. La combinación de nieve, fuego de leña y membrillo en flor casaba con su concepto de la perfección.

Beate decía:

—He vivido dieciocho años en Nueva York, pero Klaro sigue viviendo en Berna, donde nos criamos.

Polly observó cómo la cara de su madre se relajaba. ¡Una suiza! Era un alivio tremendo. En situaciones como aquella Wendy era una maestra del disimulo y solo sus más íntimos podían darse cuenta de lo que pensaba realmente. Su mejor intérprete era Polly, la única que podía prestar suficiente atención. La expresión pintada en la cara de Wendy era complicada, pero Polly sabía lo que significaba. Wendy estaba repasando a sus dos hijos varones y a sus parejas europeas. Su expresión parecía decir: «Si Henry no se hubiera casado con Andrey y Paul no se fuera a casar con Beate, estarían libres para casarse...». En su frente se había formado una arruga, pues la conclusión lógica de la frase era que estarían libres para casarse entre sí.

Wendy estaba ahora ante dos desconocidos. Parecían muy pulcros y bien vestidos, pero con los europeos nunca se sabía. Se sentía como si Paul hubiera sido poseído por extraterrestres. ¿Quiénes eran aquellos sujetos? ¿Cuál era exactamente su pasado? Algunas cosas habían quedado claras: sus padres eran octogenarios y vivían en

Berna: demasiado ancianos y, se presuponía, demasiado nobles para viajar. La consecuencia era que si Wendy y Henry querían conocer a los Von Waldau no tendrían más remedio que tomar un avión y desplazarse a Suiza. Papá von Waldau había sido catedrático de teología en Berna. Mamá von Waldau había sido administradora de un pequeño hospital experimental para la recuperación de enfermos de amnesia. Si hubieran sido estadounidenses, Wendy habría sabido punto por punto qué significaba todo aquello, pero las normas y formas de vida eran diferentes en Europa y era imposible saber qué clase de nuera le iban a endosar. Esta circunstancia la ponía de mal humor, y cuando estaba de mal humor se enfadaba y prestaba una irritable atención a los pequeños detalles, como los dos pétalos de forsitia que habían caído del jarrón chino sobre la repisa de mármol negro. Polly se dio cuenta de que, a partir de aquel momento, la atención de su madre iba a dar más vueltas que una peonza.

—Creo que deberíamos brindar por Paul y Beate y dar la bienvenida a la familia a Beate y a Karlheinz —dijo Henry el Viejo. No le parecía que Klaro fuera un nombre apropiado para una persona.

Paul se situó en el centro del círculo familiar y arrastró consigo a la adusta Beate.

—Hemos de anunciar algo —dijo—. No estamos comprometidos. Nos casamos hace cinco meses.

Un silencio tan absoluto como significativo cayó sobre los presentes.

—También deberíamos anunciar otra cosa, Paul —dijo Beate. Tenía una voz algo profunda y musical.

—Sí —dijo Paul—. Esperamos un hijo. Cuando vayamos a Maine, Pete y Dee-Dee tendrán un primito con el que jugar.

La familia estaba estupefacta. Soltar aquello de golpe y porrazo era una vileza por parte de Paul, pensó Polly. Miró a su madre, que parecía emocionada y mareada y al mismo tiempo había puesto cara de haber recibido un bofetón. Nunca se le habría ocurrido a Wendy que el gesto de Paul había sido muy extraño, pues llevaba años esperando una noticia así. En cuanto se repusiera de la sorpresa, se sentiría complacida al máximo. El casamiento de Paul y su pronta paternidad hacían que todo estuviera bien. Exceptuando un pequeño e irritante detalle —tener dos nueras a las que no entendía del todo—, la vida de Wendy volvía a ser coherente.

Polly no pudo dejar de advertir la pose altanera de Paul y Beate. Les habría propinado un puntapié, pero estaba demasiado cansada. La única noticia que habría podido dar ella a su familia era mala. Su aventura con Lincoln tenía la edad del matrimonio de Paul y Beate. El contraste entre ambos acontecimientos hizo que se sintiera una marginada.

Henry el Viejo no se había escandalizado en absoluto. Por el contrario, el caballo por el que venía apostando toda su vida había resultado vencedor. Era totalmente natural que Paul se casara algún día, y ya estaba casado. A Henry el Viejo le parecía perfecto que la noticia de la boda y el anuncio del futuro retoño se hubieran dado al

mismo tiempo. Daba a la familia dos buenas cosas ante las que reaccionar a la vez y proporcionaba el debido marco al asunto. Al fin y al cabo, Paul era demasiado mayor para andarse con detalles afectados, amores juveniles y bodas aparatosas.

En cuanto a Henry el Joven y Andrey, parecían al borde de un ataque de nervios. Siempre habían considerado a Paul como a una persona casada, y que ahora lo estuviera realmente carecía totalmente de importancia para ellos. Pero sabían que muy pronto iban a ser el único matrimonio Solo-Miller sin hijos y se estremecían al pensar en las sutiles presiones que tendrían que soportar en el futuro.

Henry Demarest siempre hacía lo más indicado. Nunca había comprendido la soltería de Paul y se alegró al ver que su cuñado había encontrado a una esposa que era la horma de su zapato. Se acercó al aparador, sacó la botella de champán que reposaba en un cubo plateado y la descorchó.

—¡Esto sí que merece un brindis! —dijo.

Polly apenas pudo concentrarse en las conversaciones durante la cena, tan deseosa estaba de que todo saliera bien y tan embelesada por la idea de que Paul estuviera enamorado. Era incapaz de imaginarlo, era incapaz de imaginar a Paul en la cama, en particular con Beate. Se figuraba que su apareamiento debía de parecerse a los movimientos lentos de aquellos sesudos *ballets* modernos que se inspiraban en Grandes Temas, como la Libertad del Individuo o la Represión del Artista Disidente Tras el Telón de Acero. Paul no sabía reír, no sabía sonreír, no sabía ni siquiera expresar jovialidad con la cara. De vez en cuando asentía con la cabeza y este ademán era todo lo que en él daba de sí una afirmación. Beate competía con él en seriedad majestuosa. Y no es que tuvieran un aspecto fúnebre; en opinión de Polly, no se podía carecer totalmente de alegría y llevar aquella ropa tan cara, pero siempre estaban serios y marcando distancias respecto de esa humanidad irresponsable que ríe tontamente, cuenta chistes y se divierte. Estaban en un plano intelectual superior.

Cuando se miraba a Klaro por segunda vez, saltaba a la vista que era un pícaro. Los rasgos que en la mitad femenina de los mellizos resultaban imponentes, en la mitad masculina denotaban pillería. Estaba sentado al lado de Andrey. Wendy había organizado esta distribución sin ninguna intención concreta, pero había preocupado a todos durante los cócteles: Alemania había hecho cosas espantosas en Checoslovaquia durante la guerra. Naturalmente, una vez se supo que Beate y Klaro eran suizos neutrales, limpios y eficientes, no hubo ya nada por lo que inquietarse. Klaro y Andrey estaban absortos en su propia conversación. Andrey escuchaba atentamente mientras atacaba su bonito plato de verduras, huevos y queso.

Klaro, según se supo durante la cena, era compositor, muy respetado en Europa, aunque menos conocido en Estados Unidos. Su visita a Nueva York había coincidido casualmente con el anuncio del casamiento de su hermana. En realidad había viajado para interpretar, por primera vez en Estados Unidos, una obra suya; obviamente, la

familia estaba invitada al estreno. La obra en cuestión era un motete desestructurado para piano y trío de cuerdas e iba a ser interpretado por el Trío de Cuerda Manhattan con Klaro al piano. La noticia disparó una discusión entre Paul y Klaro a propósito de los armónicos y el hexacordo. Pero la mayor parte de la conversación se centró en el niño, aunque Beate no parecía embarazada ni de cinco minutos. Era alta, delgada y plana. A Polly se le ocurrió que a lo mejor había ideado una forma de llevar el feto fuera del cuerpo.

—Tendremos el niño en consonancia con el método más adecuado —dijo Beate. Al igual que el de Klaro, su inglés era duro, pero casi perfecto. Era un poco como oír a una persona que hubiera aprendido el idioma leyendo *El origen de las especies*—. El niño nacerá en conformidad con los métodos de uno de mis antiguos profesores, el gran médico Rudolph Ping. Habrá música suave y luz tenue. Habrá calma y sosiego. Nos habría gustado que naciera en casa, pero no será posible, así que hemos encontrado a un joven médico suizo que aplicará el método del doctor Ping en un hospital. Este joven médico nos asistirá en el alumbramiento.

Polly miró a Paul. De modo que también él iba a parir.

—Y tú estarás con Beate en la sala de partos —dijo.

—Desde luego —dijo Paul, a la defensiva—. El recién nacido sabe si el padre ha estado allí.

La yuxtaposición de Beate y la idea del parto no le cuadraba a Polly. Beate le parecía más bien una persona que habría preferido tener un niño probeta. Pero la idea de que aquellos dos personajes serios y taciturnos se hubieran casado y fueran a tener una criatura se le antojaba hasta cierto punto tan antinatural que todo lo demás podía colar, por muy traído por los pelos que pareciera.

—Hemos reformado la casa —dijo Paul—. Mientras estuve en París, Beate supervisó las obras y acampamos en la casa de ella. Ahora tenemos un cuarto infantil como es debido, pintado del color recomendado por el doctor Ping: melocotón, pero del extremo rosado del espectro del melocotón. El doctor Ping piensa que el color melocotón tranquiliza a los recién nacidos.

—No puedo creer que realmente quieras verlo —dijo Henry el Joven. Tanto él como Andreyta encontraban asquerosos los partos. Los actos sexuales eran divertidos para los niños, pero tener descendencia era cosa de adultos y no sentían el menor interés por tales menesteres. Para ellos no había conexión entre la sexualidad y la llegada de niños.

Se habían llevado ya los platos de la cena. La ensalada se había acabado. Se sirvió el café con un gigantesco pastel de manzana. Polly había decorado la parte superior, poco antes de meterlo en el horno, con hojas y flores moldeadas con la masa sobrante. Era misión suya partirlo y repartirlo mientras Wendy, sentada en el extremo de la mesa, servía el café. Polly vio por el rabillo del ojo que Klaro y Andreyta habían vuelto a conectar. Estaban hablando en alemán. Henry el Joven los miraba como si fueran ardillas parlantes: un espectáculo curioso durante cinco minutos. Iba a lanzarse

sobre el postre sin hacer caso de la mirada de advertencia que le dirigía su madre. Henry el Joven se enfrentaba a todas las comidas como un camionero hambriento. Andreya había explicado durante la sobremesa de un desayuno la diferencia entre las palabras alemanas *essen* y *fressen*.

—*Essen* es comer como las personas. Significa simplemente comer —dijo—. *Fressen* es comer como los animales. Equivale a alimentarse. —La amplia sonrisa que se vio en la cara de Henry el Joven en señal de reconocimiento no dejó dudas sobre el partido que tomaba. Todo el mundo alucinaba con la cantidad de comida que admitía su flaca constitución. Además, le gustaba mezclar alimentos, cuando podía, y sus preferidos eran las gambas cocidas sin pelar, la *pizza*, las patatas fritas con salsa de tomate y los cangrejos. Si comía en un restaurante de carretera, le gustaba mancharse los brazos con salsa caliente o mostaza, y que las patatas fritas le saltaran a la camisa. Wendy ya no servía nueces cuando Henry se presentaba para comer, porque dejaba todas las superficies, y el suelo que pisaba, sembrados de cáscaras. Era hábil con los palillos, dado que eran útiles para llenarse la boca de comida, un método que Henry empleaba con el mayor entusiasmo.

Andreya se echó a reír de manera inesperada. Tenía una risa bonita: ligera, melodiosa e infantil. Por el efecto que produjo, fue inevitable que diera explicaciones.

—Klaro conoce las canciones de mi infancia —dijo Andreya—. Las ha incluido en una obra. Son las canciones que me cantaba mi niñera alemana.

Fue evidente que no tardarían en escucharse canciones en la mesa. Wendy miró a su alrededor con expresión de impotencia, por si había alguien dispuesto a colaborar con ella en impedirlo.

—¿Qué canciones? —preguntó Henry el Joven.

—Son tontísimas —dijo Klaro.

—Pues canta una —dijo Henry el Joven.

—Sí, por favor —dijo Polly.

Klaro tenía una dulce voz de tenor, Andreya de contralto. Cantaron con la conmovedora falta de pretensiones de los aficionados. A Polly se le erizó el vello de la nuca. Aquellos días la música la hacía llorar.

*Was müssten dass für Bäume sein
wo die grossen
Elephanten spazieren gehen
ohne anzustossen.*

—Significa —dijo Klaro—: «¿Bajo qué árbol pueden pasear los grandes elefantes sin golpearse en la cabeza?».

Luego cantaron:

Karbonade, Marmelade
Eisbeinschnitzel
Blumen Kohlsalate.
O! Mayonnaise! O! Weisskäse
rote Grütze, Bratkartoffel
HUNGER HUNGER HUNGER HUNGER.

—Para esta no hay traducción —dijo Andreya—. Es una serie de incoherencias sobre la comida.

Los reunidos pasaron a la sala de estar, donde Henry el Viejo avivó el fuego echándole leña. Hubo más café, *brandy* y galletitas crujientes de queso picante. Wendy se mantenía fiel a la anticuada idea de que todas las cenas debían terminar con algo salado.

En el extremo de la sala había un piano de media cola con el que Henry, Polly y Paul habían recibido clases. Paul sabía tocar, pero solo le atraía leer música, y utilizaba el piano de su casa para repetir temas de música sinfónica. Polly sabía tocar bastante bien y ayudaría a Pete y a DeeDee cuando estos estudiaran solfeo con el piano vertical que los padres Demarest y Solo-Miller habían comprado para Polly y Henry como regalo de aniversario. Henry el Joven había detestado el piano de niño y había dicho que prefería la tuba. Le habían alquilado una, pero no tardó en ponerse de manifiesto que el instrumento le interesaba sobre todo porque era un incordio, y al final se lo quitaron. En los últimos tiempos la música que más le gustaba era el *rock* más ruidoso y atonal, y las composiciones modernas que sonaban como si alguien la emprendiera a hachazos con un piano y al fondo se rompieran cristales.

Klaro se sentó al piano y tocó con suavidad. Le atraía la música francesa del siglo xx y tocó algo de Satie. Los pechos salvajes de la sala quedaron cautivados al instante^[1]. Klaro tocaba todo el rato como sin proponérselo, pero la expresión de su cara era la de un ingenioso veterinario que hubiera hecho enmudecer a una multitud de inquietos *schnauzer* apelotonados en una habitación. Todos se sentían un poco más cómodos. Henry se acercó a Polly y estiró el brazo por encima del respaldo del sofá. El ánimo de Polly no se había sosegado. La música la ponía muy sentimental y toda la noche había estado angustiada, porque deseaba que la cena acabara bien, y temerosa de que la reunión familiar hiciera perder el tiempo a Henry, que tanto trabajo pendiente tenía. La música de Klaro había apaciguado a Henry, que en ese momento estiró las piernas. Polly percibió su relajación. Sentía que su corazón daba vueltas. ¡Cuánto lo amaba! Y mientras lo veía relajado en el sofá, qué lejano y remoto le parecía. Qué extraño era tener la causa de sus más profundos e intensos sentimientos a tanta distancia. ¿Había cambiado ella? ¿O era Henry quien había cambiado? ¿O simplemente era que la vida cambiaba las cosas?

Dio un sorbo al café y se fijó en Paul y Beate.

Había algo en ellos que Polly no alcanzaba a definir del todo. Fuera lo que fuese, la ponía nerviosa: la formalidad exagerada era en ella un claro signo de tensión, y se dirigía a su familia expresándose minuciosamente, como si tradujera sus frases de otro idioma. Paul y Beate no eran como esas parejas locamente enamoradas que no prestan atención a nada más. Por el contrario, eran como células mutantes que se han independizado del organismo principal.

Entonces se le ocurrió algo: que Paul y Beate formaban ahora una tribu propia. Paul no tardaría en ser patriarca por derecho propio. Todo su secretismo, su silencio y su rigidez no eran sino una preparación para formar su propio club. Polly y Henry Demarest todavía pertenecían a los primeros Solo-Miller, y Henry el Joven y Andrey a se habían establecido como mascotas. Y aunque la comida de Acción de Gracias se había trasladado poco a poco a casa de los Demarest, Henry el Viejo y Wendy seguían siendo el centro, los soberanos del clan. Pero no tardaría en haber un movimiento hacia la familia de Paul, para entrar en la órbita de Paul y Beate. Wendy sabía que la deferencia para con ella sería de la variedad vacua y formal y que no podría hacer ni decir nada al respecto. Paul y Beate serían tratados como representantes de una colonia que era ya más rica que la metrópoli. Wendy sabía que, cuando ella muriese, Paul se pondría a la cabeza de la familia.

Beate estaba hablando de sus padres.

—Nuestro padre era catedrático de teología y ética, y la institución que administraba nuestra madre disponía de los métodos más modernos. Somos una familia que cree en el servicio a la sociedad. Klaro es nuestro único artista.

—Acuérdate del tío abuelo Clemens —dijo Klaro desde el piano.

—Un contemporáneo de Christian Morgenstern y, como él, autor de poesía absurda sería —dijo Beate—. Klaro ha compuesto un ciclo de canciones basado en los versos más idiotas de tío Clemens y Christian Morgenstern.

—¿Han traducido al inglés a vuestro tío abuelo? —preguntó Polly.

—Creo que sí —dijo Beate—. Pero para encontrarlo tendrás que ir a una biblioteca.

—La red de bibliotecas de este país es malísima —terció Wendy.

—Yo diría que es excelente —dijo Paul.

—Yo pensaba en la Bibliothèque Nationale —dijo Wendy— y en el Museo Británico.

—A lo mejor Klaro quiere cantarnos algo de ese ciclo de canciones —dijo Andrey a. Wendy pareció asustarse ante la posibilidad.

—No —dijo Klaro—. Pero Andrey a y yo cantaremos *Heidenröslein*. Puesto que conocemos la misma música infantil, debe de conocer también esa. —Se volvió hacia ella—. La conoces, ¿verdad?

—No sé cantar sola delante de la gente —dijo Andrey a.

—Ah, por favor —dijo Polly—. Por favor, canta. Klaro la cantará contigo.

Andreya se puso en pie y se acercó al piano con cara de niña castigada.

—No es *Heidenröslein* de Schubert —dijo Klaro—, sino la versión que enseñan a cantar en la infancia. Es una melodía sencilla y dulce, como una canción popular. ¿Conoces el poema? El muchacho va a coger la rosa y la rosa le advierte de que, si la arranca, lo herirá con las espinas y nunca se curará. El muchacho la arranca de todos modos y ahí se acaba.

Andreya y Klaro coreaban al unísono: «*Röslein, Röslein, Röslein rot, Röslein auf der Heiden*». Durante la interpretación, Henry el Joven se comió todo el bol de almendras saladas. Luego devoró medio plato de pastillas de chocolate que Wendy consideraba apropiadas para la sobremesa. A Henry el Joven le gustaban los bombones rellenos —le encantaba masticarlos para descubrir el contenido—, pero Wendy no los autorizaba.

Polly miró a su alrededor. Allí estaba su familia, las personas con las que estaba más conectada en el mundo. La envolvía la fragancia del humo de leña y de los puros que fumaban Henry el Viejo y Henry Demarest, pero ella se sentía muy lejos. Al oír la voz de Andreya se sintió poseída por la nostalgia, nostalgia de Lincoln. Se imaginó con él en su estudio al anochecer. La habitación se llenaría con la luz amarilla que proyectaban las pantallas de papel encerado que le gustaban a Lincoln. ¿Qué hago aquí?, se preguntó. Sentía la añoranza con un dolor explosivo. Tenía ganas de asomar la cabeza por la ventana y gritar su nombre, pero permanecía callada en el pequeño sofá, al lado de Henry. Mientras Klaro y Andreya cantaban, su marido le cogió la mano. Polly se acurrucó en el hueco de su brazo. ¡Cómo se entendían! ¡Qué hermosa pareja formaban! Cuando Henry volcaba su ternura en Polly, el corazón de esta solía derretirse. Pero en aquel momento se sentía como una visitante de otro planeta, sola en medio de su familia.

Era hora de volver a casa. Todos se levantaron. Wendy seguía enfadada: aquella no era la familia que había esperado. Uno de sus hijos se había casado en secreto, y el otro, que se había fugado, intercambiaba la ropa con su mujer. Henry el Joven y Andreya llevaban traje, Andreya una versión en seda y Henry el Joven una camisa de vestir (que había heredado de su padre, por eso la reconoció Wendy) y fular de seda en vez de corbata. La mirada de Wendy solo se tranquilizaba cuando se posaba en Polly. Polly le parecía totalmente en sus cabales.

Si Polly le hubiera dicho a su madre que la familia que tenía era más interesante que la que había esperado, Wendy le habría replicado que no le parecía una idea atractiva tener una familia interesante. Las familias no tenían por qué ser interesantes. Wendy creía que la vida tenía que ser previsible. Lo imprevisible le parecía más bien vulgar.

Henry el Viejo era en todo momento el modelo de la rectitud perfecta. Los pequeños apaños sentimentales que hacían los humanos caían sobre él como agua

sobre una peña: importaban, pero a larguísimo plazo. Aceptaba a sus hijos en términos absolutos. No podía ser de otro modo. Eran suyos y, por lo tanto, estaban más allá de la crítica.

No era su estilo decir mucho. O sermoneaba, formulándose a sí mismo una pregunta, o guardaba silencio. Se cortaba el pelo muy corto y sentía predilección por la ropa sobria y varonil. Cuando no llevaba traje, llevaba camisas Viyella azul marino y pantalones de sarga que había comprado hacía treinta años. En el fondo no se sentía muy apegado a las cosas de este mundo. Las había tenido siempre: las había heredado. Había tenido que conseguir poquísimas cosas en la vida por sí mismo.

Su cara mostraba una expresión que Polly conocía bien. La Expresión de la Mente Superior. En este caso quería decir que estaba cansado, que estaba harto de la cena familiar y que su mente se orientaba en aquellos momentos hacia Asuntos Importantes. Tenía otra expresión, una expresión que Polly había temido ver de niña. Recibía el nombre de Chispazo Horizontal de Censura, una expresión que pasaba por los ojos de su padre como un pez pasa a toda velocidad junto a nosotros en el agua. Un vestido mal elegido, una mala nota en latín, una amistad que no le gustaba, una actitud rebelde o un peinado poco recomendable disparaban la expresión. Solo duraba un instante, pero tenía un efecto devastador. En los últimos años aparecía en su cara en público cuando observaba las comidas, las lecturas o los comportamientos públicos de otros.

Henry el Joven y Andreya estaban cansados. Y cuando estaban cansados, amenazaban con ponerse irritables. Kirby estaba en casa esperando que lo llevaran a pasear. Había cuajado un dedo de nieve y hacía frío. Había muchas probabilidades de que su inconstante coche no arrancara. Pensaban que no era justo que a Kirby se le permitiera asistir a los desayunos pero no a las cenas, y ya estaban hartos de Paul y Beate.

—Oye, Andro —dijo Henry el Joven en la puerta—. ¿Cómo es que nunca te he oído cantar?

—Le canto a Kirby en un lenguaje que tú no puedes oír —dijo Andreya. Los dos se habían puesto ya el chaquetón y piafaban ante la puerta como potros que se murieran por salir de la cuadra.

Si todas las cosas hubieran estado equilibradas, Henry Demarest habría tenido motivos para alegrarse. Le gustaban las expansiones de la personalidad, y la familia en la que se había integrado con su matrimonio siempre lo miraba con buenos ojos. Si no hubiera tenido tantas cosas en la cabeza, habría gozado contemplando a Paul y Beate. Pero no todas las cosas estaban equilibradas. La cena le había robado mucho tiempo e iba a tener que estar levantado varias horas cuando llegara a casa. No estaba de un humor optimista. El trabajo estaba suspendido ante él, sin aprovechar, sin terminar. Polly parecía tensa y tirante. Se sentía presionado por todas partes.

Polly estaba exhausta y aliviada: la noche había sido un éxito. Ahora quería llevar a Henry a casa. Le daba la impresión de que sabía leer sus pensamientos y sabía que

él estaba con la cabeza puesta en el trabajo que le esperaba. Hasta entonces había aceptado aquellos horarios de Henry y también había estado al servicio de su obsesión laboral. Ahora se lo tomaba como una ofensa y se alegraba de estar demasiado cansada para preocuparse. Quería volver a casa para irse directamente a dormir.

La familia estaba en el vestíbulo, despidiéndose con el abrigo puesto. Ver a Paul con su abrigo de cachemir y a Beate con su visón puso muy contenta a Polly. Al fin y al cabo, tenía un corazón sencillo y sus deseos eran simples. Quería caer bien a Beate y que Paul no le reprochase nada. Cuando naciera su hijo quería ir a jugar con él. Polly siempre se equivocaba en lo referente a Paul. A este no le gustaban los gestos sentimentales y Polly se había comportado a menudo como una perrita sin disciplina. Puesto que estaba a su lado en aquel momento, más que echarle los brazos al cuello, lo abrazó.

—Me alegro mucho por ti —dijo Polly, al borde de las lágrimas, y Paul le dio unas suaves palmadas como si fuera una niña apenada.

Siete

Como el tiempo se había vuelto frío y lluvioso, era natural que Polly y Lincoln pasaran las tardes bajo las mantas en el helado estudio del pintor.

Polly gravitaba hacia una cama. Le gustaba desayunar en la cama, leer o trabajar en la cama, y le gustaba hablar acostada. La familia Demarest solía compartir tardes horizontales, en las que Polly y Henry leían o trabajaban y los niños hacían los deberes de clase o algún otro ejercicio silencioso y no acuarelístico, todos estirados en la ancha cama de matrimonio de Polly y Henry. Ver a toda la familia en decúbito supino o prono daba a Polly un profundo placer. Ver a Lincoln acostado junto a ella también le daba placer, pero Polly sabía que en la situación de ambos era imposible sentir placer en estado puro. Sin embargo, al margen de las muchas veces que se dijera a sí misma que yacer junto a Lincoln era sin lugar a dudas pecaminoso, no podía resistir la tentación de procurarse el placer de su compañía.

Habían transcurrido tres semanas desde la cena familiar y hacía mucho frío. Polly y Lincoln estaban completamente vestidos y acurrucados bajo un edredón. Polly había estado hablando del trabajo.

—El año pasado —dijo— trabajé a fondo en el informe de primavera. Lo organicé, corregí e imprimí en dos meses. Este año me siento como si tuviera la cabeza llena de gelatina. No consigo arrancar. Linky, ¿no podrías poner aquí alguna clase de calefacción?

—Te tengo a ti —dijo Lincoln.

—Quiero decir para cuando no me tienes.

—Entonces no me preocupa —dijo Lincoln—. No grites, pero voy a meter esta mano congelada bajo tu jersey y pegarla a tu bonita y caliente espalda. Lo que tú necesitas, Dot, son unas vacaciones, en algún sitio tropical.

—Mmmm —dijo Polly.

—Podrías tumbarte al sol como una lagartija y yo te untaría toda entera con un bronceador. Te llevarías el maletín y prepararías el informe de primavera mientras te ponías morena.

—Da gusto pensarlo —dijo Polly con voz soñadora.

—¿Por qué no lo haces, Dottie? Si no conmigo, sola.

—No puedo de ninguna de las dos maneras —dijo Polly.

—Sí puedes —dijo Lincoln—. Piénsalo y te convencerás.

—Es exactamente lo mismo —dijo Polly—. Además, si nos fuéramos juntos, te

sentirías enjaulado y buscarías una vía de escape.

—Seguro que no —dijo Lincoln.

—Lincoln —dijo Polly—. Me doy cuenta de que empiezas a ponerte nervioso media hora antes del momento de irme. Estar contigo en un hotel sería como vivir con un hurón atrapado.

—Si nos fuéramos lejos sería diferente —dijo Lincoln—. Pégate un poco más a mí, ¿quieres? Gracias infinitas te sean dadas. Tengo los pies helados.

—Tápatelos con el edredón —dijo Polly—. Ahora prepárate, porque voy a meter las manos bajo tu jersey. Tocarte es maravilloso, Linky. Tienes la piel de la espalda de terciopelo, como la de un niño.

—Ráscame por debajo de la paletilla izquierda —dijo Lincoln—. Así, perfecto. No hablemos más de ti. Dime algo de esa fascinante Beate. ¿Sabes ya qué clase de psicoanalista es?

—Bueno, es psicoanalista —dijo Polly—, pero no como las que conocemos. Mamá dice que es discípula de alguien llamado Fitch-Grabnet o Horsefield-Finch. Cree en una cosa llamada metaética, algo relativo al carácter. Algo relacionado con la gran idea que motiva las pequeñas conductas.

—Ha elegido la familia perfecta en la que integrarse —dijo Lincoln—. Todos rebosan metaética.

Polly no hizo ningún comentario al respecto. La reciente avalancha de acontecimientos familiares la desbordaba. Como es natural, Paul y Beate merecían su atención. Era justo que la recibieran. Que fueran a ser padres los eximía de todo, aunque ella recordaba que sus embarazos la habían eximido de muy poca cosa. Había seguido adelante como siempre. Había tenido que ir a mimar a su madre porque Wendy estaba disfrutando de uno de sus achaques y necesitaba quedarse en cama unos días. Tuvo que encargarse de las cenas de su padre durante la semana que Wendy acudió a su encuentro de antiguos alumnos. Henry estaba fuera o trabajaba hasta tarde, como de costumbre. Iba a comprar con su madre y organizaba cenas familiares. Pero Paul y Beate eran diferentes.

Cuando Polly se retraía no se alejaba de Lincoln, sino que se acercaba a él, como si necesitara entrar en calor. La aguanieve golpeaba la ventana. Se arrimó a Lincoln como los gatos pequeños se aprietan contra sus amos. Lincoln estaba preocupado por Polly, por la presión que recaía sobre ella, por su secreta infelicidad, por las normas que regían en su familia y que ella trataba de cumplir cuando al resto le traían sin cuidado.

Polly se sentó en la cama.

—Sé que es la época más deprimente del año —dijo—, pero es que me siento muy deprimida. El sábado, cuando celebramos la gran reunión, me di cuenta de lo mucho que bebe mi tío Billy Solo-Miller. Es mi tío preferido, el de Filadelfia. El que mandó a todos sus hijos a escuelas cuáqueras y decía: «Algunos de nuestros mejores judíos son amigos». Cuando me di cuenta me estaba diciendo a mí misma: «Qué

suerte tiene tío Billy por poder emborracharse tan a menudo». —Se volvió hacia Lincoln, que seguía acostado junto a ella, mirándola—. Te aburres como una ostra, Linky. Lo siento.

—No seas tonta, Dot —dijo Lincoln—. Tú has perdido horas escuchando mis quejas sobre un millón de cosas.

—Tú no te quejas de tu familia —dijo Polly.

—Mi familia no es mi problema —dijo Lincoln—. Tengo otros problemas, como a menudo has señalado tú misma, pero la familia no es uno de ellos. Lo que me gustaría es ir a una de tus cenas familiares y decirles a todos cuatro cosas. —La atrajo hacia sí. Las dos narices frías entraron en contacto.

—Solo con estar aquí ya me ayudas —dijo Polly—. Tengo que volver a la oficina.

—Algunas veces quisiera impedir que te fueras —dijo Lincoln.

—Algunas veces no quisiera irme —dijo Polly.

Se alegró de estar otra vez en el despacho, con la puerta cerrada. No era uno de los días de trabajo de Martha, y Polly sintió alivio por no tener que hablar con nadie. Aquel intervalo laboral era para ella una cámara de descompresión entre Lincoln y su casa.

Fue una tarde tranquila, sin reuniones ni llamadas telefónicas. El cielo estaba de un gris oscuro. Pensó en Martha con un agujonazo de culpa: solo una persona muy cansada, descuidada y necesitada habría puesto una aventura amorosa en las narices de una compañera de trabajo. No debería haber permitido que Lincoln comiera con ella cerca de la oficina. Era terrible admitir que querías ver a alguien con tanta urgencia. Ahora Martha lo sabía. Polly no tenía en cuenta la posibilidad de que a Martha le trajera sin cuidado, de que Martha se solidarizase con ella. Había infringido su propio sentido de la discreción y aquello no estaba bien.

Las mujeres de la oficina, los desconocidos con quienes coincidía en el ascensor cuando se iba a casa, en la calle, en el autobús, todos parecían ciudadanos sólidos que sacaban el mejor partido posible de su pacífica vida. Mientras esperaba en la parada del autobús, se sentía tan aislada como una de las heroínas trágicas de las obras que había leído en la facultad, marginada de la multitud corriente de hombres y mujeres, individuos que no esperaban perfección, que se contentaban con lo que tenían, individuos cuya existencia íntima y cuya personalidad pública encajaban sin problemas. En la mesa de Polly, en el despacho, había tres fotografías enmarcadas: una de Henry, otra de los niños y otra de Henry con los niños. Aquellos días miraba a menudo aquellas fotos y había acabado considerando que su vida interior no se avenía en absoluto con su vida exterior.

Se quedó de pie, en la parte trasera del atestado autobús, rodeada por hombres y mujeres que iban a sus casas leyendo la prensa. Mientras el vehículo corría por

Madison Avenue, pensó en una anécdota que le había contado Lincoln, una anécdota sobre la que meditaba con frecuencia.

Entre la universidad y la academia de bellas artes había trabajado un verano como inspector de edificios, un empleo espantoso pero bien pagado. Lincoln le contó que cierta vez había ido a inspeccionar el sótano de una vieja vivienda y había oído un ruido siniestro detrás de una puerta. La abrió muy despacio y encendió la linterna. Delante de él había una pared de ojos amarillos: el sótano estaba infestado de ratas.

Polly pensaba que admitir la propia infelicidad se parecía mucho a abrir una puerta y encontrarse con una pared de ojos amarillos. Su problema no era haberse enamorado de Lincoln, ni siquiera lo que había posibilitado el haberse enamorado: su problema era ella misma. Era el yugo que se había puesto sobre la cerviz, las normas a las que se había sometido voluntariamente y el hecho de que por debajo de todo el servicio, cariño, cuidado y educación había otra Polly que no había afrontado totalmente.

Tampoco Henry era su problema. Ella lo había elegido. Había seleccionado a una persona cuyas aptitudes conocía: una persona generosa, amable, inteligente y buena, que la amaba y honraba por las excelentes cualidades que había acabado por esperar y dar por sentadas, y cuyas desatenciones, cuya inmersión en el trabajo y cuya abstracción cuando se ponía a trabajar se esperaba que ella aceptase, adaptándose y consolando en la medida de sus posibilidades, pues había sido educada para eso. ¿Y si nunca había sido feliz cumpliendo estas obligaciones? ¿Y si este papel había representado una carga desde siempre? ¿Y si nunca se había sentido a gusto en su familia o querida por su marido?

Cuando el autobús se detuvo en su calle, estaba tan cansada que le dolía todo. Tenía que hacer un esfuerzo para ir de su casa al trabajo, luego a casa de Lincoln, luego otra vez al trabajo. Sus hijos se habían acostumbrado a tratarla con ternura. Los detalles más corrientes de la vida —listas, planes, menús, horarios—, en los que era una auténtica experta, habían empezado a derrotarla. Había olvidado dejarle el cheque a Conchita. Había olvidado llevar a la tintorería dos trajes de Henry. Había olvidado que había quedado con su madre para comer.

Una vez en casa tuvo la angustiante sensación de haber olvidado más cosas y, cuando vio a Henry afeitándose en el cuarto de baño, estaba ya totalmente convencida, aunque no recordaba qué.

—Has vuelto asombrosamente temprano —dijo—. ¿Tienes alguna cena?

—¿No lo recuerdas? —dijo Henry—. Esta noche es el concierto de Klaro.

—El concierto de Klaro —dijo Polly—. ¿Qué concierto?

—No es propio de ti olvidarte —dijo Henry—. ¿No has estado toda la mañana colgada del teléfono, hablando con Wendy? Esta noche es el estreno de Klaro.

—¿En serio? —dijo Polly—. ¿Dónde?

—En la Sociedad de Instrumentos de Cuerda —dijo Henry—. Después estamos invitados en casa de Paul y Beate para ver las reformas del piso de Paul y comprobar

cómo está el cuarto de los niños.

Polly se sentó en el borde de la bañera. Henry estaba en calzoncillos, de rayas blancas y azules. Tenía las piernas largas y fuertes y un torso ancho y bien torneado. Ver cómo se afeitaba la retrotraía a su infancia, a los momentos en que ella se sentaba también en el borde de la bañera y miraba a su padre mientras se afeitaba. ¡Cuánto lo había venerado! Y con cuánto esmero la habían educado para que venerase a su marido.

—Lamento haberlo olvidado —dijo Polly—. Es que estoy cansada. Mamá no me ha llamado en todo el día, por eso se me fue de la cabeza.

—No te preocupes —dijo Henry—. No hay motivo para ello.

Polly pensaba que sí lo había. Creía que no debía olvidar las cosas y que cualquier pequeño descuido irritaba a Henry.

—Por el amor de Dios, Polly —dijo Henry—. No pongas esa cara, ni que fueran a fusilarte. Daría cualquier cosa por no ir. Tengo una tonelada de documentos esperando.

Polly se llevó las manos a la cara.

—Me siento como si mereciera que me fusilasen —dijo.

—Vamos, Polly, no seas melodramática. Anda, ven y dame un abrazo. Deberías acostarte y descansar un rato. Pareces exhausta.

—No puedo acostarme —dijo Polly—. Tengo que estar con Pete y Dee-Dee.

—No tienes que estar con Pete y Dee-Dee. —En la voz de Henry había una nota de contrariedad tan efectiva como el Chispazo Horizontal de Censura de su padre—. Pete y Dee-Dee están sentados con Conchita y la mar de contentos, y como vamos a salir, no sienten mucho interés por nosotros.

—Perdona si me estoy portando mal —dijo Polly, que seguía sentada en el borde de la bañera. Si su marido quería un abrazo, ¿por qué no se acercaba a ella? ¿Por qué tenía que ser ella quien se moviese? ¿Por qué, cuando lo abrazaba por la noche, tenía la impresión de que le estaba suplicando actos de amor? ¿Por qué tenía la impresión de que estaba interrumpiendo su precioso descanso? Responder al afecto de Henry era su sentimiento más profundo, la convicción de que se entregaba totalmente a él, pero incluso eso se le dosificaba por las exigencias del trabajo de él. Lincoln, en cambio, se limitaba a quererla y deseirla: nada se interponía: una afirmación tan esencial que la idea de obrar sin ella la debilitaba. Miraba a Henry y solo veía a una persona a la que le costaba llegar.

—Perdona —dijo.

Henry la alzó por los codos y la abrazó.

—¿Vas a llorar? —dijo Henry con la boca pegada a su pelo—. No llores, Polly.

No lloró. Apoyó la cabeza en el pecho ancho y consolador de su marido, pero no se sintió consolada.

—Mi pobre Polly —añadió Henry—. Mi pobre y querida Polly.

—Quiero que me ames —dijo Polly. Corrieron lágrimas por sus mejillas. Henry

despedía un olor dulce, como si hubiera estado acostado al sol.

—Si yo te amo —dijo Henry—. Te amo con todo mi corazón.

Al oír aquello, Polly se secó las lágrimas.

—Ve y acuéstate un rato —dijo Henry—. Te despertaré dentro de media hora.

En vez de acostarse recorrió el pasillo y fue a sentarse con Pete, Dee-Dee y Conchita. Que ver a sus hijos no la animara le pareció cosa seria. Se los imaginó sentados a la mesa con otra mujer, la siguiente esposa de Henry, una versión mejorada de Polly, y si no más pródiga en confort y alegría, entonces con un temperamento más apropiado para él, alguien menos necesitado y menos irritable. No era justo sentarse con los hijos y no darse a ellos enteramente. Qué mal se había sentido de niña, cuando Henry y Wendy dejaban de estar pendientes de ella, y ahora ella estaba haciendo lo mismo con Pete y Dee-Dee. Se puso en pie.

—Voy a darme una ducha —dijo. Al igual que hacía el padre de ella, los dos pequeños enarcaron las cejas. Le lanzaron una mirada penetrante.

—No eres nada divertida —dijo Pete.

—Soy vuestra madre —dijo Polly—. No tengo por qué ser divertida todo el tiempo.

—La madre de Flower Bernstein es muy divertidísima —dijo Dee-Dee con voz plácida, sin apartar los ojos de la cena.

Polly giró sobre sus talones.

—¿Quién es Flower Bernstein? —dijo.

—Una amiga —dijo Dee-Dee con indiferencia—. Siempre se lo pasan bien en su casa.

—Pues vete a vivir a casa de Flower Bernstein —dijo Polly—. Te ayudaré a hacer la maleta.

—Me la he inventado —dijo Dee-Dee—. No es una persona de verdad.

—Entonces supongo que tendrás que quedarte aquí con tu no divertida madre.

—Oh, mamá —dijeron Pete y Dee-Dee y volvieron a concentrarse en la cena.

Henry se estaba vistiendo cuando Polly entró en el dormitorio.

—Creí que ibas a acostarte —dijo.

—He estado sentada un momento con los niños.

—Vamos. Dúchate ya —dijo Henry—. Se hace tarde.

Polly reflexionó en la ducha. Henry y ella se complementaban, como es de esperar en las personas casadas. Tenían todo lo que según los libros necesitan los matrimonios para progresar: dedicación familiar e idéntico respeto por la verdad, el honor y los hijos. Tenían una historia personal parecida. Estaban de acuerdo en el estilo de vida que querían. Cabía la posibilidad, pensaba Polly, de que se hubieran casado porque se

habían encontrado muy parecidos y no habían necesitado pensárselo dos veces. Ella sabía que Henry la amaba. Su amor por ella era varonil y adulto. Estaba tan conforme con ella que no hacía falta hablarlo, y ahí estaba el fondo de la angustia de Polly.

Pensó en su noviazgo y en el aura de gratificante corrección que le había conferido a ella. Ser amada decentemente, amar con vehemencia a la persona idónea, le parecía la bendición más completa; y esto significaba que podía ocupar su lugar en un florido árbol genealógico, dando, según esperaba, vástagos excelentes, creando otra familia dentro de la propia. ¿Qué había camuflado toda esta excelencia? Henry, incluso durante el noviazgo, había tenido que ausentarse, había trabajado hasta tarde, no había podido ir con ella a un concierto, no había tenido tiempo para holgazanear, pasear ociosamente o pensar en las musarañas. El solo hecho de pasar un domingo por la tarde paseando se tomaba no por un acto cotidiano, sino por una velada especial. Una noche libre era una rareza. Ella siempre había vivido con la firme convicción de que el tiempo de Henry era sagrado. La atención de este estaba concentrada, como correspondía, en los niños, la familia o el trabajo. Polly, buena y robusta ciudadana, que había sido escrupulosamente educada por su madre para vivir desprovista, pensaba que podía vivir desprovista, siempre que se sintiera amada y honrada. Bueno, se sentía amada y honrada, pero no podía vivir desprovista.

Había veces en que se sentía víctima de la soledad más elemental, incluso en medio de todas las cosas buenas que tenía. Se había sentido así más a menudo de lo que pensaba, circunstancia que había contribuido a arrojarla en brazos de Lincoln. Lincoln la amaba sin más. La familia de ella *tenía* que amarla: estaba ligada a ella por lazos de sangre. Henry la había elegido por las mejores razones: por su atractivo y encanto, por su buen sentido y sus elevados principios éticos, por su amor a los niños, su bondad, su sentido del humor. Haber sido elegida así y luego haber sido arrinconada, la habían herido profundamente. En su época de joven recién casada no se había atrevido a sugerir a Henry que si la amaba debía dedicarle más tiempo, aunque lo había pensado. Henry Demarest, como el resto de la familia de ella, confiaba en la flexibilidad de su carácter y en su corazón comprensivo. El papel de Polly no consistía en ser elogiada, sino en elogiar; no en ser distinguida, sino en distinguir. Su excelencia se consideraba normal y corriente, no una cualidad por la que hacer alharacas.

Pero había ocurrido algo y Polly no sabía qué. Se sentía como si una mañana hubiera despertado de un sueño profundo y lúcido cuyo contenido ya no pudiera recordar, pero que lo había cambiado todo. Se había abierto una puerta y por ella había entrado Lincoln, que la distinguía y elogiaba por su excelencia, y quería saber todo lo que ella pensaba y sentía.

¿Podía ser falso todo aquello en que había creído desde siempre? ¿Que su vida con Henry era básicamente irreprochable, que no tenía motivos para quejarse, que debía aceptar sus ausencias porque apreciaba su presencia, que las frecuentes abstracciones de su marido se veían más que compensadas por sus objetivos? Polly

sabía que las personas solían ser crueles, egoístas, mezquinas, ruines, de miras estrechas, cobardes y embusteras. ¿Cómo podía ella reprochar nada a una persona que no era ninguna de estas cosas, solo porque había descubierto repentinamente que estaba sedienta de atención? ¿No era esta una necesidad de categoría inferior en comparación con las excelentes cualidades que tenía? ¿Tenía algún derecho a lanzar reproches? En aquellos momentos arrastraba todas las emociones que le habían enseñado a considerar nimias y deshonrosas: vergüenza, remordimiento, confusión. Pero era inofensivo sentir aquellas cosas en la ducha, donde el agua ahogaba el sonido de una persona que lloraba con fuerza.

La familia ocupó una fila entera en la Sociedad de Instrumentos de Cuerda. En público parecía unida y espléndida, como realeza de visita. Solo Wendy, que siempre se sentaba magníficamente tiesa, se volvió para ver quién más había en la sala: una multitud amante de la música y en términos generales horriblemente vestida.

Las dos obras del programa eran la *Meditación desestructurada para piano y trío de cuerdas* de Klaro y el *Cuarteto para piano en do menor* de Brahms. Klaro era el pianista en ambas composiciones, pero la suya se iba a interpretar primero. Polly pensó que era un gesto valiente. En las notas del programa se ponía en su boca lo siguiente: «Casi todos los oyentes tienen oídos tradicionales, por eso me gustaría acercarme a ellos antes de que los alcancen los grandes tradicionalistas. En esta obra me esfuerzo por sacar una línea melódica de una informidad estructurada, un poco como una escultura sale de la piedra». El prestigioso crítico musical Julian Dretzin había dicho de su música en general: «A Von Waldau le gusta tender trampas de belleza a sus oyentes».

Polly tenía un poco de miedo al concierto. En su situación presente, la música le sentaba como una carga de profundidad, y Brahms era el compositor que más apreciaba. A Klaro no le tenía miedo. Su música era de un nivel muy cerebral, maravilloso y remoto. Polly sabía que en teoría había que escuchar la música únicamente como música, sin dejar que recordara a otras cosas, pero la melodía —austera y algo quejumbrosa— le hacía pensar en sí misma, en su tristeza contemporánea, en el temor a que su vida no volviera a ser inocente nunca más, y en Lincoln, que era también un artista. En cuanto a los restantes miembros de la partida Solo-Miller, con excepción de Henry el Joven, que parecía un tanto bobalicón, y Henry Demarest, que era un escueto amante de la música a la antigua usanza, parecían estar bajo la égida de la mente superior. Beate parecía estar en las alturas. La música era para ellos filosofía, matemáticas. Les gustaba enfrentarse a alimentos intelectuales del orden más elevado. Y lo mejor de todo era criticar la interpretación durante la cena. Wendy adoraba las malas interpretaciones, sobre todo de las piezas para flauta, un instrumento que aborrecía. Su máxima alegría era encontrar a un pésimo flautista. «Resollaba y *escupitajeaba*», decía con fruición. Por las expresiones

de éxtasis matemático que veía en la cara de sus parientes, Polly supo que se daban cuenta de que Klaro era auténtico. ¡Qué bonito poder exhibir a un compositor de primera categoría! Por debajo del éxtasis había, lógicamente, suspiros de alivio.

No hubo descanso entre las dos obras, detalle que Polly tomó por una señal de la confianza de Klaro en sí mismo. Despojó a todos de la oportunidad de estrecharle la mano y felicitarlo, aunque el público aprovechó para leer el programa durante el brevísimo momento en que los músicos volvieron a afinar los instrumentos.

Según las notas, el *Cuarteto para piano en do menor* de Brahms se había escrito durante uno de los periodos más desdichados de la vida del compositor. La creación había sido una lucha dolorosa; era desconocido en su ciudad natal, cuyo reconocimiento ansiaba con frenesí, y estaba perdidamente enamorado de Clara Schumann, que era mayor que él y que estaba casada con su mejor amigo, Robert.

Polly tenía por entonces un vivo interés por la productividad de la desdicha. Recordaba el «periodo blanco» de Lincoln, las dramáticas obras que habían surgido de lo que él mismo llamaba su «reinado de terror». El color le hería los ojos. Los huesos le dolían y había sufrido a la vez de insomnio y de pesadillas. Su hermano Gus le había aconsejado que viera a otro psiquiatra, pero aun así había seguido sufriendo durante meses. Aquellas pinturas blancas evocaban el sufrimiento mucho más que cualquier obra figurativa que Polly hubiera visto en su vida. Al final, el pintor había conocido a Polly y se había enamorado de ella. Lincoln decía: «La infelicidad no es lo peor que hay en el mundo. No dura eternamente y por lo general nos enseña algo sobre nosotros mismos».

Cuando se publicó el *Cuarteto para piano* de Brahms, el compositor había sugerido ilustrar la cubierta con la imagen de un hombre apuntándose a la cabeza con una pistola, puesto que ese había sido el estado de ánimo con que se había escrito la pieza. Polly dejó de leer y escuchó. Esperaba el tercer movimiento, que según el programa era una especie de canción de amor, un testimonio de la devoción y el amor de Brahms por Clara Schumann.

El movimiento empezó con un tema tan melancólico, fascinante y conmovedor que Polly tuvo miedo de echarse a llorar. Cercada a ambos costados por la familia, pero segura en la oscuridad, bajó la cabeza para que nadie viera las lágrimas que le corrían por las mejillas.

Era pueril escuchar la música más hermosa del mundo y reaccionar como una adolescente exaltada, pero nadie lo notó, y cuando las luces se encendieron, Polly era otra vez ella misma.

Ocho

El tiempo empeoró: cayó aguanieve, volvió a nevar y todo se congeló. El aluvión de reuniones familiares se redujo. Todos habían visto a Beate, habían reconocido la nueva posición de Paul en la familia y se habían acostumbrado a la idea de que Paul y Beate eran un matrimonio. Habían sido aceptados y, exceptuando el breve intervalo que se produciría cuando naciese la criatura, no volverían a sufrir tan atento escrutinio. Establecerían sus propios rituales. Esta actitud atraería a la familia a la órbita de ellos, pero no entraría en conflicto con las celebraciones propias de Wendy o Polly. Andreya no tenía rituales; ella y Henry eran huéspedes de la familia.

Las celebraciones de Beate eran la Noche de Reyes, Año Nuevo y Jueves Santo: las fiestas de la familia Von Waldau. La Noche de Reyes preparaba un pastel propio del día, en Año Nuevo preparaba tortitas y en Jueves Santo —*Gründonnerstag*— seguía la tradición de los Von Waldau, consistente en poner ramas sobre la puerta y servir sopa de espinacas y nueces fritas. Años de celebraciones de Noches de Reyes, Años Nuevos y Jueves Santos desfilaron ante los ojos de Polly durante una cena familiar, mientras Beate explicaba las festividades que ella aportaba a los Solo-Miller. El detalle, obviamente, sentó bien a Henry y a Wendy, que vivían en la Edad Media y gustaban de construir castillos no muy alejados entre sí.

Lincoln decía que Polly estaba engastada en su familia como un zafiro está engastado en una pulsera. Lincoln meditaba intensamente acerca de Polly. Aquellos deberes familiares en cierto modo le obligaban a él a verla menos, y cuando la veía estaba muy apagada.

Cuando la familia volvía a la normalidad, Polly no. Ella tenía que estar al lado de Henry durante todas aquellas reuniones familiares con su incómodo vestido de seda. Llevaba los pendientes de diamantes que Henry le había dado como regalo de compromiso, el liso anillo de boda y el reloj de su abuela. Sabía qué parecía: una matrona feliz y triunfadora. Sus primas más jóvenes la miraban a ella y miraban a Henry desde una posición inferior. A consecuencia de esto, tenía la abrumadora impresión de ser una impostora. Solo ella sabía la verdad: que se sentía como si tuviera una piedra en el corazón. Que a menudo le costaba respirar. Que se sentía a miles de kilómetros de su marido. Que tenía un amante. Que la abstracción de Henry la desequilibraba. Que su distancia casi hacía que se muriera por su afecto. Si le echaba los brazos al cuello, él la acariciaba pensando en otras cosas, se quitaba los brazos de encima y se los devolvía a los costados. Miraba a Henry y se daba cuenta

de que la amaba, pero no conseguía acercarse a él. ¿Había sido siempre así para ella? ¿Había estado ella tan concentrada en que la vida discurriese por determinados cauces que nunca se había dado cuenta de lo que era estar sola, sentirse rechazada y carecer de certezas? Se sentía sola con él incluso en el contacto más elemental: se acostaba con dos hombres.

Su angustia estaba tan bien oculta que se preguntaba qué podía estarle ocultando Henry a su vez: qué acusaciones, qué reproches y hostilidades podía estar alimentando. Puede que estuviera enamorado de otra. Ya se oía a sí misma decir con voz asustada y humilde: «Oh, Henry, estoy muy preocupada por nosotros. Me siento muy lejos de ti». Y lo imaginaba a él diciéndole con seriedad que la amaba y la respetaba, pero que no era feliz; que se había volcado en su trabajo, que nunca había estado enamorado de ella, sino de la *idea* de ambos.

Polly tenía cultura suficiente para saber lo que era la proyección. ¿Era eso lo que le pasaba? Henry y ella se complementaban, estaban bien avenidos como debían estarlo los matrimonios, pero ¿se gustaban? ¿Había dejado de fijarse en Henry? ¿La sorprendía él? Un marido, como una esposa o una hija, es parte de un hogar y puede darse por sentado tan fácilmente como una silla o una lámpara. Polly quería que las cosas estuvieran en su sitio, pero ya no sabía en qué sentido lo quería. ¿Estaría todo en su sitio si Henry le prestara más atención? ¿O el asunto era más complicado? Si lo era, no sabía aún en qué sentido, y había muchas ocasiones en que Polly creía que su vida podía explotar ante sus ojos y hacerse añicos antes de averiguarlo.

Henry estaba tan postrado como ella y ninguno de los dos podía recurrir al otro en busca de consuelo. La hermosura de su hogar, la robustez de sus hijos, incluso la gallardía de su marido la avergonzaban, pues si no se complacía en estas cosas, no las merecía. Se daba cuenta de que ella y Henry eran prisioneros. Una comida agradable, un fin de semana en la costa, un largo paseo no iban a mejorar nada. Y es que no sabía cómo mejoraban las cosas. Lo único que sabía era que estaba condenada a sentir pánico, confusión e, incluso, la pérdida de lo único práctico que sabía hacer: poner al mal tiempo buena cara, seguir adelante, sonreír. Dar conversación y esforzarse porque todo siguiera anclado con firmeza en el sitio de costumbre.

Con Lincoln estaba más callada que nunca y él tenía miedo de preguntarle qué pasaba por su cabeza. Si era Henry, entonces no era asunto suyo; si era asunto suyo, entonces tenía miedo de oírlo. Podía ser que Polly estuviera decidida a renunciar a Lincoln y esta posibilidad lo alarmaba de un modo indecible. La vida no le pondría otra Polly en el camino, una mujer buena, amable y noble a la que ver lo suficiente para endulzarle la vida, pero no tanto como para amenazarla.

En cuanto a Polly, lo miraba con añoranza, sabiendo que él nunca la rescataría, pero sí que ella necesitaba a alguien que la amara sin complicaciones ni cortapisas, y él la amaba exactamente así.

Una tarde helada Lincoln le dijo a Polly que la Galerie Georges Deliel de París le había ofrecido en firme organizar una exposición individual en abril. Estaban sentados a la mesa, tomando café.

—¡Oh, Linky! Es maravilloso —dijo Polly.

—Tendré que estar allí alrededor de un mes —dijo Lincoln—. Quizá más. Quiero que vengas conmigo, una semana.

—No puedo, Lincoln —dijo Polly—. Ya lo sabes.

—Sí puedes, Dot. Dile a Henry que necesitas una semana para ti sola. Dile que estás muy cansada y sobrecargada de trabajo, exactamente como él. Dile que la sociedad de analistas de programas docentes se reúne en París. Que Conchita o la prima de Conchita se lleve a tus renacuajos, o mándalos a casa de tu madre. Puedes hacerlo.

—No puedo, Lincoln —dijo Polly—. No sabes cómo es. —Se puso en pie y empezó a pasear por la cocina con la taza de café en la mano.

—Claro que lo sé —dijo Lincoln—. Tienes un millón de piezas que encajar más que yo. Muy bien, si no quieres venir a París conmigo, concédeme una noche contigo. Solo una. Si he de estar lejos de ti tanto tiempo, permíteme despertar a tu lado una mañana. —Le cogió la mano.

Los rasgos de Polly se cerraron, un espectáculo que Lincoln conocía tan bien que pudo observarlo con ternura. También Henry el Joven sabía cómo parecer una puerta cerrada. Lincoln y él habían sido compañeros de cometa durante muchos años antes de que el pintor conociera a Polly. Lincoln conocía una variedad de actitudes Solo-Miller que casi todos los Solo-Miller adoptaban gran parte del tiempo, pero que en Polly duraban únicamente un momento. La que acababa de adoptar fue reemplazada por una complicada expresión en la que se daban cita la nostalgia, el deseo, la perplejidad y la lucha. La esencia de Polly vencía a su familia en cada ocasión, pensó Lincoln. Sus ojos cambiaban de color cuando la emoción se apoderaba de ella. Era imposible ver aquella expresión y no estrecharla entre sus brazos.

—Oh, Lincoln —dijo Polly suspirando—. En el fondo eres tan libre como un pájaro. Desearía serlo yo también, pero no lo soy. No es amarte lo que me pone triste, sino lo que tengo que hacer para llegar a ti.

Lincoln no pudo objetar nada a esto. Su vida era ligera y limpia como una espátula y él no tenía que rendir cuentas a nadie, ni que cuidar a nadie, y no se le esperaba en ninguna parte.

—Podríamos concertar una cita nocturna. Así la llamábamos en quinto curso —dijo Polly—. Poco antes de que te vayas, si Henry está fuera. Te prepararé la cena. Podríamos ir al zoológico por la tarde, pasear, volver a casa, cenar, darnos un baño y dormir en la misma cama, como personas normales.

Cuando Polly se fue a su casa, estaba más triste de lo que Lincoln la había visto

nunca.

Henry tenía que volver a casa muy tarde aquel día, pero cuando Polly llegó, había un mensaje diciendo que volvería al día siguiente. En el aparador de la cocina estaba la bandeja que ella había puesto allí por la mañana, una bandeja que habría contenido el resopón de Henry: una tetera, un plato con bocadillos, una naranja pelada y algunas galletas de mantequilla. Siempre le preparaba a Henry aquellas bandejas, igual que se las había preparado a su padre cada vez que volvía de algún viaje y llegaba muy tarde a casa. La guardó con una mezcla de cólera, decepción y alivio, una mezcla a la que estaba ya demasiado acostumbrada.

Pete y Dee-Dee estaban en la cocina, listos para la cena. Una noche a la semana Conchita preparaba *arroz con pollo*^[2]. Había empezado a caer aguanieve y Polly se animó al advertir que se alegraba de estar en la cocina con sus hijos, que comían muy contentos mezclándolo todo. A Pete le gustaba entretener a Dee-Dee describiendo la vida natural de las cosas que les ponían para comer. Por este motivo no le hacía gracia que las cenas consistieran en productos vegetales. En aquel momento se esforzaba para que Dee-Dee se pusiera a llorar, pero la niña era una cabezota nata y la idea de que lo que tenía en el plato fuera un ave muerta, una auténtica ave con plumas, no le removía ningún sentimiento. Ver pollos en el campo era muy bonito, pero no había forma de relacionarlos con el pollo del arroz.

—Mueven las alas, rascan el suelo y hacen ruidos así —dijo Pete, y se puso a imitar a un pollo de un modo muy realista.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —preguntó Polly.

—De los pollos que la señora Dunaway tiene en Maine. Me dejó sentarme en la cerca para mirarlos.

—Yo también los vi —dijo Dee-Dee.

—Sí, pero eras demasiado pequeña para aprender los ruidos que hacían —dijo Pete—. ¿Ves ese muslo que vas a comerte? A lo mejor era de un pollo de la señora Dunaway y ahora te lo vas a comer tú.

—Tú también comes parte de un pollo —dijo DeeDee.

—Yo no tengo muslo —dijo Pete—. Tengo otras partes que no son tan tristes como un muslo. —Y volvió a imitar la voz de los pollos.

—Este pollo no es de los que tenía la señora Dunaway —dijo Dee-Dee—. Los pollos que comemos aquí no son de Maine, solo los comemos cuando estamos en Maine. Estos son de Nueva Jersey y de la península Delmarva.

Polly se quedó de piedra y no era para menos. Su hijo imitaba a las aves de corral y su hija conocía su procedencia.

—Dee-Dee —dijo—, ¿has aprendido eso en la escuela?

—Sí, mami —dijo Dee-Dee con oportuna modestia—. Significa Delaware, Maryland y Virginia.

Polly se habría quedado casi todas las noches escuchando a sus hijos, a los que admiraba mucho. Con ellos no ganaba para sorpresas. Eran tan ingeniosos e imaginativos como los libros decían que tenían que ser y su carácter era muy dulce. Pete sabía que su descripción de la vida animal en la mesa de la cena no turbaría a Dee-Dee. Unos años antes, pensar en los pollos de la señora Dunaway le habría hecho llorar a él. La cuestión era que le gustaba asustarse a sí mismo para echarse a llorar. Cuando veía en el cine las películas de miedo más escalofriantes, porque siempre insistía en ir a ver aquella clase de filmes, y escondía la cara en el abrigo de su madre, Dee-Dee seguía comiendo puñados de palomitas como si tal cosa.

Pero Polly estaba cansada y con dolores. Le dolía notar que su atención oscilaba, le dolía sentir un nudo en la garganta y deseos de que sus queridos hijos se fueran a la cama inmediatamente, para estar sola y poder pensar.

Pero Pete y Dee-Dee pidieron un cuento. Polly se quedó con ellos después de la cena, mientras hacían los deberes de la escuela, y durante la media hora que tardaron en bañarse. El cuento era el ritual nocturno más importante, salvo cuando Polly y Henry salían, y entonces eran los niños quienes se lo leían el uno al otro.

Cuando por fin estuvieron con el pijama y la bata puestos, y con las zapatillas conejunas en los pies, se acurrucaron junto a Polly en la cama de sus padres. Polly les leyó un cuento de hadas de los hermanos Grimm. Les volvían locos los cuentos de los hermanos Grimm, y cuanto más horripilantes, mejor. Les leyó «Presadepájaro»^[3].

—«Érase una vez un guarda forestal que se fue a los bosques a cazar y oyó un llanto como el de un niño» —leyó Polly. El guardabosques encuentra a un niño en lo alto de un árbol, donde lo había depositado un pájaro. Se lo lleva a su casa para que haga compañía a su pequeña hija Lenchen. Y pone al niño el nombre de Presadepájaro—. «Presadepájaro y Lina se querían tanto que no podían estar separados ni un instante» —prosiguió Polly. Los ojos se le llenaron de lágrimas y sintió un nudo en la garganta. Respiró hondo.

—Sigue, mami —dijo Dee-Dee.

Polly reanudó la lectura. Un día Lenchen ve que la malvada cocinera hierve agua en un caldero. La niña le pregunta para qué es el agua y la cocinera le dice que va a coger a Presadepájaro y a meterlo en el caldero para hervirlo. Lenchen despierta a Presadepájaro al día siguiente y le cuenta las intenciones de la cocinera. Los niños huyen, y cuando la cocinera descubre que no están, se enfada mucho y lanza en su persecución a un grupo de cazadores.

Los niños, en los bosques, oyen que se acerca alguien.

—«Lenchen le dijo a Presadepájaro: “Si no me abandonas, yo tampoco te abandonaré”» —leyó Polly. La voz le temblaba, así que se detuvo y volvió a llenarse los pulmones de aire.

—Sigue, mami —dijo Dee-Dee.

—«Y Presadepájaro respondió: “No te abandonaré en toda mi vida”» —leyó Polly.

Lenchen se transforma en rosal y Presadepájaro en rosa. Los cazadores pasan de largo, la cocinera les dice que deberían haber cortado todo el rosal y los manda otra vez al bosque. Esta vez Lenchen se transforma en capilla y Presadepájaro en candelabro. Los cazadores vuelven a pasar de largo. La cocinera les dice que deberían haber derruido la capilla y pisoteado el candelabro, y sale a perseguirlos ella misma. Lenchen se transforma en laguna y Presadepájaro en pato. Cuando la cocinera se arrodilla para beber, el pato le tira del pelo, la cocinera cae al agua y se ahoga.

—«Los niños volvieron entonces a casa la mar de contentos —leyó Polly—, y si no han muerto, es que todavía viven».

Cerró el libro con brusquedad, levantó a sus hijos, los llevó a la cama y les dio un beso. Corrió entonces al cuarto de baño, se tapó la cara con una toalla y lloró hasta que le escocieron los ojos.

Se sentó a la mesa de la cocina, bebió un vaso de agua y se volvió hacia el teléfono. Marcó el número de Lincoln, colgó y volvió a llamar.

—Hola, Doreen —dijo Lincoln—. Sabía que llamarías.

—Solo soy yo —dijo Polly.

—Ya sé que solo eres tú, triste criatura. ¿Estás bien? Cuando te fuiste parecías muy lejana.

Polly se echó a llorar.

—Lo lamento, Linky. No estoy de humor. Solo sé llorar.

—No me importa que llores. ¿Qué es lo que lamentas?

—Solo sentirme tan mal. Te quiero y eso no hace feliz a nadie.

—A mí sí —dijo Lincoln—. Además, no es misión tuya ir por ahí repartiendo felicidad como si fueras una fumigadora. Imagino que el abogado no está en casa esta noche. ¿Quieres que pase a hacerte una visita, ahora que los renacuajos duermen?

Nada habría entusiasmado más a Polly que una visita de Lincoln, pero en Nueva York todo está confabulado para que la vida discurra por cauces respetables. Polly nunca habría abandonado a sus hijos ni siquiera cinco minutos, ¿y qué pensaría el portero si dejara subir a un hombre al piso de los Demarest a aquellas horas de la noche? ¿Qué pensaría el ascensorista? Sin duda sabían que el señor Demarest estaba fuera. ¿Y si Lincoln se quedaba toda la noche? ¿Qué diría el ascensorista de la mañana?

Lincoln había estado una vez en la casa, cierta vez que Henry estaba fuera de la ciudad y los niños se habían quedado a pasar la noche en casa de sus abuelos. Polly había trabajado hasta tarde, había recogido a Lincoln y había vuelto a casa con él. Había tenido el corazón en un puño todo el tiempo. Lincoln se había puesto a curiosear; al fin y al cabo, ella conocía la casa de él, ¿por qué no podía conocer él la casa de ella? Polly le había preparado una tortilla, pero estaba tan nerviosa que Lincoln se la había llevado al cine después de devorar la cena.

—Podrías tomar un taxi y venir aquí —dijo Lincoln.

—No tengo a nadie para que se quede con los niños —dijo Polly.

—Ya han pasado la edad de la muerte súbita —dijo Lincoln—. ¿No puedes dejarlos solos una hora?

—No sería una hora y tú lo sabes —dijo Polly—. No me gusta llamar a nuestra canguro en el último momento. La apreciamos demasiado. Estas canguros adolescentes han de cuidarse como la porcelana exótica. Es todo muy complicado. — Además, cuando Henry estaba fuera llamaba de madrugada, ¿y dónde podía decir Polly que había estado? Ella no era de las que se iban al cine a última hora. Era inútil.

Todo era inútil. Por la noche yacía en la cama junto a un hombre que amaba y ansiaba el amor de otro. Su marido no volvía de los viajes de trabajo cuando decía que iba a volver: Polly no había acabado de acostumbrarse a eso, aunque creía que sí. Ver la bandeja que le había preparado, con la taza grande, la tetera y el vaso en el que le gustaba beber el *brandy* con soda, y el plato de los bocadillos, y la servilleta de hilo, la inducía a tomar conciencia de que durante años se había limitado a encogerse de hombros y a decirse que así era la vida, pura y simplemente, y que aquellos detalles no tenían importancia.

Pero no podía negarlo: que Lincoln la amase de veras la ayudaba a seguir adelante. Si Henry trabajaba hasta tarde, si estaba fuera, si estaba sumido en sus cosas, tanto mejor. Le daba más tiempo a ella para estar con Lincoln; le daba pretextos para estar con Lincoln; y así no se sabría nunca que había estado con Lincoln.

Lincoln era angelical, pero solo en su contexto. Detestaba el ruido, la compañía de la mayoría de los humanos y la vida corriente. No iba al cine ni al teatro, aunque de tarde en tarde asistía a alguna cena. Decía, con algo de orgullo, que se había perdido casi todos los principales acontecimientos del decenio anterior. Apenas le interesaban los demás pintores. Sus relaciones sociales se limitaban a su hermano, algunos viejos colegas de la universidad y un par de amigos pintores de los tiempos de la academia de bellas artes. De vez en cuando abandonaba el estudio y se iba a volar cometas con Henry y Andrey. Y veía a Polly. Podía prescindir de casi todo, pero no de ella. Polly sufría por las noches pensando que ella contribuía al ostracismo de Lincoln. Creía que todas las personas, salvo que hubiera obstáculos, querían tener familia, necesitaban familia, que la familia era la razón de ser de la vida. En lo más recóndito de su corazón pensaba que debía de haber algo enfermizo en aquellos sentimientos antifamiliares de Lincoln, y que a ella le fuera útil la actitud de él la hacía sentirse inmoral. En ocasiones esperaba recuperar algún día su antigua personalidad y ser otra vez una esposa y madre feliz, y que Lincoln despertara a las delicias del amor, buscara una compañera y construyera un nido. Esta edulcorada visión de las cosas la llenaba de añoranza y terror, y no creía en ella ni por asomo.

Al principio a Polly no le había importado mucho que su aventura amorosa careciese de futuro. Estaba enamorada y eso era todo. Las primeras etapas del amor

romántico son como el mundo antes de la Caída: dulces, inocentes, llenas de sentimientos simples y puros. La dulzura de estos sentimientos lo impregnaba todo. Pero ahora, sola en su casa, con sus hijos durmiendo y Lincoln en su estudio, veía la inutilidad de la situación. No podía irse a una isla tropical con él, ni siquiera a París. Nunca pasarían una noche juntos. Lincoln tenía pocos deseos relativos al mundo. Polly, en cambio, tenía muchos. Amaba a Lincoln; no lo tendría nunca; y no quería tenerlo.

—Ojalá pudieras venir —dijo Polly.

—Poder, puedo —dijo Lincoln—, siempre que no te dé miedo lo que pueda decir el ascensorista.

—No te enfades conmigo por tener miedo del ascensorista —dijo Polly—. Tengo miedo del ascensorista. Soy así.

—No me enfado, Doe. Estoy triste porque me gustaría estar contigo y no puedo.

—Piensa en mí, Linky —dijo Polly.

—Siempre pienso en ti —dijo Lincoln.

Al día siguiente, en la oficina, se sentó ante el escritorio y trató de trabajar; pero estaba agotada, distraída y en tensión. No había dormido bien y, cuando había conseguido conciliar el sueño, había tenido dos sueños horribles. En el primero, toda la familia se había ido a Maine sin ella: la habían olvidado por completo. Y luego soñó que Pete y Dee-Dee se habían perdido e iba corriendo al estudio de Lincoln para buscarlos. Cuando llegaba, la puerta estaba abierta y el estudio vacío. Como si nadie viviera allí desde hacía mucho tiempo. Las ventanas estaban cubiertas de polvo y las paredes de telarañas. Un cristal del fondo estaba roto y el viento entraba por allí, rascando el suelo desnudo y sucio. Los dos sueños la habían alterado tanto que había ido a ver cómo estaban sus hijos. Los encontró como siempre los encontraba. Pete encogido a los pies de la cama, con las mantas en el suelo. Dee-Dee, como un caballero medieval en el sepulcro, tesa como un alfiler y con las manos en el pecho. La niña estaba tan inmóvil que no era raro que Polly le acercase la cara para cerciorarse de que respiraba.

No había podido volver a dormirse y ahora no podía empezar a trabajar. Se sentía como si fuera la única persona con problemas en el mundo, y como si el problema fuera ella.

Cuando levantó los ojos de los papeles en los que no podía concentrarse, Martha Nathan estaba en la puerta.

—Pareces muy cansada —dijo Martha.

—No he dormido —dijo Polly.

—Es un consuelo oír eso. Siempre he pensado que dormías el sueño de los buenos y los justos.

—Creo que solo los buenos y los justos lo consiguen.

—Si tú no eres buena y justa —dijo Martha tomando asiento—, entonces ya no hay esperanza en este mundo. Yo no duermo nunca. Soy un murciélago. Creo que en los últimos seis meses habré dormido alrededor de cuatro horas. En cuanto apoyo la cabeza en la almohada, mi vida desfila ante mí y no tengo más remedio que incorporarme medio muerta de miedo.

—Pero tu vida no da miedo, ¿o sí?

—Bueno, mi vida en cuanto tal, no —dijo Martha—. Es mi cabeza, no mi vida. Lo que hay dentro es lo que cuenta.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Polly.

—Soy la mujer más neurótica del mundo —dijo Martha con grandilocuencia—. Ya ves con cuánto entusiasmo me lo tomo. Los años de costosa psicoterapia me han vuelto optimista y alegre en esta deprimente cuestión. Sí, ha habido por lo menos media docena de comecocos prestigiosos que me han escrutado el cerebro.

—¿Y qué han descubierto?

—Bueno, esto y aquello —dijo Martha—. Por ejemplo, ¿por qué me gusta aprender una cosa y luego detesto ponerla en práctica? ¿Por qué llevo saliendo siete años con la misma persona y ni una sola vez he pensado en casarme?

—¿Ni una sola vez? —dijo Polly.

—Bueno, lo que quiero decir es que cuando pienso en el matrimonio, retrocedo de un salto, como si viera una serpiente —dijo Martha—. No es agradable pensar así teniendo un novio tan bueno y angelical como Spud, pero el caso es que por muy bueno y angelical que sea, no lo soporto; por así decirlo.

Spud Sawyer era el novio vitalicio de Martha. Era un genio de las matemáticas y Polly lo había conocido cierta vez que había pasado por la oficina para recoger a Martha. Tenía el pelo rubio ceniza y parecía casi tan joven como la propia Martha.

—Tú eres mi modelo sobre cómo deberían ser las cosas —dijo Martha—. Quiero decir que lo tienes todo. Sabes cómo te sientes en relación con todas las cosas que me producen angustia. Maridos. Hijos. Familia.

Polly sintió la tentación de corregirla y ponerla al corriente, pero no se atrevió. La idea era demasiado insoportable.

—Ay, Martha —dijo—. Tú aún puedes elegir. Aún no has cometido ninguna equivocación. No has hecho nada irremediable. No tienes por qué casarte con Spud, ya lo sabes.

Martha bostezó.

—Uf, eso sí que me da sueño —dijo—. Yo te miro y me comparo contigo. Te lo digo en serio. Me gustaría sentir deseos de tener una vida como la tuya. Entiéndeme, no confundas esto que estoy diciendo. Pienso que llevas la vida que debe llevarse. Amas a tu familia. Yo quiero a la mía, pero no soportaría estar con un pariente en la misma habitación. Te casaste. Tienes a Pete y a Dee-Dee. ¿Qué tengo yo? Mi neurosis y un novio bueno con el que no tengo ánimos para casarme. A veces me digo: Martha, porque así es como me llamo cuando hablo conmigo... Martha, digo,

¿por qué no te casas con Spud? Spud siempre me dice: Martha, ¿por qué no dejas de marear la perdiz? ¿Por qué no? ¿Eh? ¿Por qué no dejo de marear la perdiz y me caso? A fin de cuentas, me digo, no vivo en un país regido por la ley islámica. Podría casarme y luego, si la cosa se pone demasiado pesada, podría tener una pequeña aventura para aliviarme y por la que nadie me lapidaría, aunque en el caso de una persona tan neurótica como yo, la lapidación podría ser una solución razonable.

Polly no dijo nada.

—Debería dejar de marear la perdiz —prosiguió Martha—. No hago más que darle al pico. ¿He dicho algo que no debiera?

—No —dijo Polly, que se estaba mirando las manos—. Me duele ser un modelo para ti. No soy modelo de nada. Si viviera en un país islámico me lapidarían, porque tengo una aventura.

—Ah —dijo Martha—. El pintor ese con el que estabas comiendo. Lincoln.

Al oír su nombre, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Tanto se notaba? —dijo—. Tenía miedo de que fuera así.

—Lo deduje. Y si no lo deduje entonces, lo encontraría lógico ahora —dijo Martha—. Parecía haber una conexión muy fuerte entre vosotros dos y te llamaba Dottie. Pensé que podía ser un antiguo amigo.

—Le quiero —dijo Polly—. Creo que esto está destruyendo mi vida.

—¿Qué piensan tus amigas de esto? —preguntó Martha.

—Eres la única que lo sabe.

—¿Yo? Eso no es justo. ¿Por qué no lo sabe nadie?

—Porque no hay nadie a quien contárselo —dijo Polly—. No puedo decírselo a mi familia. —Bajó los ojos y se quedó mirando la mesa, dado que estaba a punto de llorar.

—Yo soy una tumba —dijo Martha—. No tenemos conocidos comunes.

—Sí, supongo que es verdad —dijo Polly—. Contigo el secreto está a salvo.

Martha meditó aquello.

—Me alegro de que me lo hayas contado —dijo—. Me levanta el ánimo. Es un alivio saber que también tienen problemas las personas que crees que tienen una vida perfecta. Debe de ser terrible no conocer a nadie a quien contárselo.

—No había pensado en ello hasta hace poco —dijo Polly—. En mi familia tenemos a la familia. Antes le contaba cosas a mi madre, pero nunca he tenido que contar nada parecido.

—Lo que rige en mi familia es la hostilidad —dijo Martha—. Nos vemos obligados a hacer amigos. Anda, vamos a comer.

Durante la comida conoció el dulce alivio que suponía hablar del Amado. Martha era una oyente maravillosa. Polly habló de Henry, de Lincoln, de todo.

—Me sucedió algo —dijo—. Perdí algo... la verdad es que no lo sé. No sé

expresar estas cosas. Ya no sé nada de nada. No estoy segura de nada. Antes estaba muy segura de estar segura. Voy por la calle y veo personas que tienen verdaderos problemas, que están enfermas o inválidas, o son pobres, o están locas, y aquí estoy yo. Tengo una familia maravillosa. Apenas tengo que preocuparme por el dinero. Tengo un empleo que me gusta, mis hijos son maravillosos y estoy casada con un hombre al que amo y admiro.

—Puede que solo quieras que cambien un poco las condiciones —sugirió Martha.

—Es exactamente eso —dijo Polly. Estaba sentada muy recta, con las manos asidas a la mesa, como si subrayara un argumento en la sociedad de debates—. Quiero que cambien las condiciones. Estoy cansada de mi antigua forma de ser. Pero tengo tanto que me parece muy egoísta, muy codicioso y muy ingrato.

—No se trata de lo que tienes —dijo Martha—. Es cómo te sientes en relación a lo que tienes. Que tengas una vida estupenda no significa que no puedas tener problemas.

—No tengo auténticos problemas —dijo Polly.

—No estás enferma ni afligida —dijo Martha—. No estás en peligro de muerte ni vives en medio de una guerra. Es la infelicidad que sufres porque te la puedes permitir, pero eso no significa que sea despreciable o insignificante.

—Me gustaría creer eso —dijo Polly—. Sobre todo me siento avergonzada.

—Escucha —dijo Martha, alargando la mano para coger el azúcar—. Cuando tienes seguros el techo y la comida, te torturas para saber cómo quieres que sea tu vida. Al lado de eso, la comida y el techo te parecen una bagatela. —Removió el café.

—Este es el primer problema serio que he tenido en mi vida —dijo Polly.

—¿De veras? —dijo Martha—. Bienvenida al club.

Mientras volvían andando a la oficina, Polly pensó que Martha era ligera como una pluma. No había complicaciones ni compromisos en su vida. Cuando se lo dijo, Martha se volvió hacia ella.

—Eso es lo que piensan siempre las personas casadas y con hijos —dijo—. Es como las fobias. La persona que tiene miedo a los ascensores encuentra ridícula a la que teme a los ciempiés. Tú crees que tus problemas son más serios que los míos porque estás casada y tienes hijos. Cuando despiertas a las cuatro de la mañana crees que no hay nada peor que tu ansiedad y que si estuvieras soltera la vida sería más sencilla. Yo me despierto y me pongo a pensar que tengo demasiados conflictos para casarme y que tú lo tienes todo. Esta madrugada, cuando despierte a las cuatro, me diré: Polly, por lo menos, tiene marido e hijos. O sea que ánimo.

Polly se colgó del brazo de Martha.

—Me alegro de conocerte —dijo—. Ojalá te hubiera conocido mucho antes.

—No soy tan agradable —dijo Martha.

—Pero eres perspicaz —dijo Polly—. Cualquiera puede ser agradable.

Pero a las cuatro de la mañana, cuando Polly se despertó, la idea de Martha sobre los conflictos personales no la consoló. Saber que todo el mundo tenía problemas en un momento u otro no la consoló. Tenía la sensación de haber caído en una trampa. Enamorarse no la había liberado: la había colocado en un paisaje desconocido en el que todo estaba torcido. Enamorarse era como contagiarse con el virus de una enfermedad que no podía curarse. Nos pisaba los talones, se cruzaba en nuestro camino y no podíamos olvidar, ni siquiera un segundo, que estábamos enfermos. Despertábamos con ella por la mañana, vivíamos con ella todo el día y nos la llevábamos a la cama por la noche. No había remedio ni paliativo. Nada la mejoraba, nada la mitigaba.

Nueve

¡Matrimonios felices! Qué ostensiblemente florecían alrededor de la angustia de Polly. Mientras el invierno daba los últimos coletazos, se veía rodeada de noviazgos felices, compromisos dichosos resultantes de esos noviazgos, planes de boda y casamientos. Con el tiempo vería fotos de lunas de miel y sería invitada a conocer el primer domicilio de un pelotón de jóvenes parejas felices. Dos primas suyas se comprometieron. Su prima de Filadelfia se casó. Otra se había enamorado de un hombre totalmente adecuado. Y por supuesto allí estaban Paul y Beate.

En todas las reuniones de familia, Polly tomaba nota de lo bien avenidas que parecían aquellas parejas. Henry y ella también parecían bien avenidos. ¿Significaba esto que tarde o temprano habría problemas en aquellos avenimientos? Observaba a Paul y Beate. Era imposible imaginarlos poniendo en tela de juicio su relación o discutiendo, incluso pensar qué problemas podrían tener. Se movían con una solemne dignidad institucional que descartaba cosas como las discusiones, las riñas y los desacuerdos. Su relación era como un grupo escultórico o un monumento a los caídos y no había necesidad de ponerla en duda. Incluso Andrey y Henry el Joven, que semejaban cachorros de golden retriever más que otra cosa, parecían totalmente por encima de los problemas corrientes de los matrimonios.

Huelga decir que Polly no sabía cómo eran esos problemas corrientes. Su familia, que ella supiera, era inmune a aquellas cosas.

—Cariño, no entiendo esos libros que hablan sobre el matrimonio —le había dicho Wendy más de una vez—. Parece que no hay otra cosa en las librerías. Cómo vivir con su cónyuge. Cómo vivir sin su cónyuge. Cómo no soportar a su cónyuge. Cómo emparejarse. Cómo no emparejarse. ¿Y la gente que los compra? Imagino que no es por casualidad, pobrecillos. En eso se ha convertido la vida moderna. Nadie sabe para qué es esto o aquello. La gente ha perdido el norte.

Polly se daba cuenta de que las relaciones humanas, en el moderno sentido psicológico, le parecían más bien inanes a Wendy. En la familia había habido un divorcio, el de la pobre Ellen Hendricks. Se había casado con un hombre de lo más indeseable y se divorció al cabo de un año. Luego se casó con otro, de lo más deseable, para alivio de todos, y fundó una familia; su divorcio se olvidó por completo.

A los Solo-Miller no les gustaban las contiendas. A diferencia de Martha Nathan, no creían en el cambio, la evolución y la comprensión. Creían que la gente buena

nacía tan perfectamente formada que el cambio y la evolución eran completamente innecesarios. Todas las personas realmente buenas eran comprensivas. Cuánto agradecimiento expresaban cuando les ahorran aquellas deprimentes y vulgares contiendas que se cruzaban en la vida y el trabajo, aquellas contiendas que eran propias de los que ascendían socialmente, los trepadores, los competitivos, los indignos.

En su presente estado de ánimo, la familia no consolaba a Polly. Sabía que ya no estaba en gracia de Dios. Sabía que en su contexto familiar era una embustera, una persona con un secreto horrible. Habría deseado imitar total y verdaderamente la actitud de su familia: su firmeza, su determinación inquebrantable, la solidez de sus fines. Para esta cuestión Lincoln solo tenía un comentario: «Qué inteligentes fueron —le dijo a Polly— al no enseñarte la palabra “engreimiento”».

Lo que se había esperado de Polly cuando se casó fue sencillamente que fuese perfecta y que su vida discurriese como la seda: misión sencilla para la que casi todos los Solo-Miller parecían preparados. Era admirada por sus primas, que acudían a ella para pedirle consejos sobre todos los asuntos domésticos o cuando los hijos de sus amistades —a ellas, naturalmente, no les podía suceder— tenían problemas disléxicos. Henry Demarest era el hombre de la familia más accesible y simpático. No era imponente e intimidatorio como Henry el Viejo, ni ininteligible como Henry el Joven, ni un muro de piedra como Paul, y los primos jóvenes podían confiarle los problemas que tenían en la facultad de derecho y lo que opinaban de sus bufetes o de los jueces para los que trabajaban.

Las personas, en la vida moderna, o sabían más de lo que debían o menos de lo que deberían. La familia sabía mucho sobre Polly y Henry y, sin embargo, no sabía absolutamente nada.

No había habido ninguna tregua en el mal año de Henry. Había tenido que enfrentarse a un largo proceso, un juez incompetente, muchos viajes y un perito judicial que había fallecido antes de prestar declaración. No parecía probable que este caso pudiera ganarse, lo que significaba una larga y debilitante apelación. Ya había recurrido un caso, lo que equivalía a otro trabajo sin recompensa. Se sentía atrapado en una inundación de papeles. El resultado era que su ambición jurídica disminuía. La alegría y orgullo de los que solía hacer gala en el trabajo habían desaparecido. El problema de Henry era fácil de entender. Tenía una causa tangible. En tales condiciones una mujer no puede esperar que un hombre dé consuelo a su informe e inexpresable angustia y no puede acusarlo de estar distante y herir sus sentimientos.

La misión de Polly era seguir animando a Henry, endulzar su vida, pero por entonces irradiaba una concentración nerviosa que ella temía interrumpir, ¿o era que nunca le había interrumpido? ¿Le era conocida la feroz expresión que había en la cara de su marido?

Henry iba a estar fuera una semana y Polly, reclinada en una butaca, le veía preparar el equipaje. Sus camisas estaban amontonadas en la cama. Sus trajes colgaban en el respaldo de una silla.

—Llévate calcetines de lana —dijo Polly.

—Tienen agujeros —dijo Henry.

—No tienen —dijo Polly—. Los he cosido todos. ¿Te llevarás algo para cuando salgas a pasear?

—No creo que vaya a tener muchas ocasiones de pasear —dijo Henry—. Este viaje va a ser agotador.

El corazón de Polly dio un vuelco. Debía de ser horrible para Henry tener que hacer un viaje agotador. Iba a ir de Ginebra a Londres y al volver pasaría por Boston. Le dio miedo ver lo cansado que parecía. ¿Y si el esfuerzo podía con él y caía enfermo? Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Ojalá no tuvieras que irte —dijo con voz trémula.

—No es el momento, Polly —dijo Henry.

—No digo que no vayas —dijo Polly. Incluso a sí misma le pareció histérica su voz. Se avergonzó inmediatamente. No hacía más que empeorarlo todo y Henry estaba violentamente susceptible en esa época.

—Perdona si te he contestado mal —dijo Henry—. Ven, ayúdame a elegir las corbatas que puedo llevarme.

—¿Con qué trajes?

—Esos de ahí —dijo Henry, señalando los de la silla con la cabeza.

Polly observó los trajes. Miró a Henry. Su marido estaba absorto en el equipaje. Sin duda tenía que preparar y organizar muchas cosas: qué llevarse, cuándo quedar con quién, cómo disponer de tiempo para reflexionar. La ropa masculina era muy pesada. Henry tendría que cargar con el maletín, la funda de los trajes y la maleta. Se lo imaginaba en el aeropuerto de Ginebra, tenso y agotado, arrastrando la funda de los trajes y deseando estar en la cama.

Era casi media noche. Al día siguiente Polly dormiría sola en la cama. Tendría la semana para dedicarla a sus cosas. Si quería podría ver a Lincoln cada noche, aunque, como es lógico, no se permitiría tamaño lujo. Henry y Andreyka la habían invitado a cenar en su *loft*. Polly pensaba que se lo debía a ambos, en calidad de único miembro de la familia que iba a visitarlos. Una semana antes había planeado cenar con Paul y Beate y eso sabía que era una obligación inamovible. Y tenía que pasar tiempo con los niños, que merecían su atención. Y Martha quería que fuera a cenar con ella. ¿Cómo iba a organizar todos estos compromisos cuando su único deseo era estar con Lincoln? La ausencia de Henry lo posibilitaba. Lo veía hacer el equipaje. Cuánto deseaba que se quedase en casa con ella, que estuviera cerca de ella, para salvarla. Cuánto deseaba que estuviera lejos. El aire que mediaba entre ellos estaba lleno de tensión. A menudo, verlo distante y preocupado creaba en su interior una soledad desgarradora que no había sentido nunca.

Henry terminó de hacer el equipaje. La maleta estaba abierta encima del caballete plegable, la funda de los trajes tenía la cremallera cerrada y el maletín yacía en la silla con un montón de periódicos encima.

Polly quería decirle: «Henry, ¿vas a venir a la cama o te vas a quedar despierto?», pero no se atrevía. Su incapacidad la irritaba y la hería. Al final no pudo más.

—Henry —dijo—, es tu última noche en casa. Por favor, ven a la cama conmigo. —¿Por qué tenía que rogar a su marido que la deseara?

—Estoy agotado —dijo Henry—. Aparta las mantas. Me estoy durmiendo de pie.

Salió del cuarto de baño con el pijama inglés y oliendo a dentífrico. Polly se quedó mirando los dos postes de la cama. Henry se deslizó junto a ella.

—Apaga la luz —dijo.

—No quiero —dijo Polly. Henry olía además a crema de afeitar. Polly lo miró atentamente. Se había afeitado. Le frotó la mejilla con la suya—. Oh, Henry —añadió sollozando—. Te necesito.

—Yo también me necesito, Polly. —Le dio un beso en la frente.

—Dame un beso de verdad —dijo Polly—. Por favor, dame un beso de verdad. —Henry le dio un beso de verdad y Polly se sintió como siempre se había sentido—. Henry —susurró—, ya no me deseas.

—A veces me cuesta incluso estar conmigo mismo —dijo Henry en voz baja—. Te deseo, Polly. —Polly lo miró con ansia y al instante estuvieron el uno en brazos del otro.

Polly estaba sentada en la cama, observando a Henry, que dormía. Qué tierno y guapo era. Qué extraño le parecía que pudiera sentirse distante, irritada, atribulada, cuando Henry podía conmoverla de un modo tan profundo y satisfacerla de un modo tan arrollador. Qué extraño que todo esto no consiguiera modificar sus sentimientos. Henry se removió y Polly le tapó el hombro con el edredón. Henry lo apartó y estiró el brazo. Polly se acostó junto a él y Henry la abrazó. Encajaban perfectamente, pero es que siempre había sido así.

Henry se fue por la mañana después del desayuno con las mismas ojeras y la misma expresión preocupada. Nada parecía haber cambiado, pensó Polly: ni el amor, ni la comodidad, ni la idea del puerto seguro. Henry le dio un beso de despedida y la acarició con actitud abstraída. Había subido al avión incluso antes de salir a la calle. Polly esperó con él hasta que llegó el ascensor y cuando las puertas se cerraron, se sentía demasiado cansada para molestarse en fingir que no sentía alivio. En cuanto los niños se fueron a la escuela, llamó a Lincoln. A esto he llegado, se dijo. Mi marido sale por la puerta y yo corro a telefonar a mi amante.

—Hola, Dot —dijo Lincoln—. Totalmente sola por fin, ¿eh?

—Hola, Linky —dijo Polly—. Dentro de un segundo tendré que irme volando a la oficina. Hoy tengo que estar allí.

—Bueno —dijo Lincoln—, ¿te has comprometido en firme con los Solo-Miller para no tener que venir a pasar las noches con tu devoto amigo?

—Tengo que cenar en casa de Henry y Andrey —dijo Polly—. Eso siempre es al caer la tarde. Les entra el sueño y por lo general me voy hacia las nueve y media. Podría ir a verte después si consigo que la canguro se quede hasta media noche.

—Sigue.

—Paul y Beate quieren que cene con ellos. Me gustaría cancelar la cita, pero no veo cómo. Lo que haré es que vengan aquí. Trabajaré en casa y tú podrías venir para pasar la tarde conmigo. Solo tendré que cambiar la oficina de sitio.

—¿Y luego?

—Martha quiere que cenemos juntas, pero le diré que solo puedo tomar una copa. Si tú me recoges...

—Santo cielo —dijo Lincoln—, menuda agenda.

—Ah, Lincoln —dijo Polly—. No seas cruel conmigo. Me siento como si todos tuvieran derecho a saber dónde estoy todo el tiempo. Tengo que ver a mis hermanos y quiero tener tiempo para los niños.

—Está bien, Dottie, no te sulfures. Llámame cuando llegues al trabajo y ya improvisaremos.

Polly se sentó a la mesa de la cocina. Preparó una lista para Conchita y llamó a la madre de Nancy Jewell para confirmar que la joven haría de canguro. Desde la oficina llamó a Paul para saber si en vez de ir ella a su casa podían ir ellos a la de Polly.

—Preferiría que vinieras a la nuestra, Polly —dijo Paul.

—Es que esta semana me viene un poco mal —dijo Polly.

—Va a ser mucho peor para Beate ir a la tuya. Tiene pacientes todo el día.

—Me quedaré trabajando en casa y cocinaré. Será más cómodo para Beate, porque así lo tendrá todo hecho.

—Tendré que hablar con ella —respondió Paul—. Ya te diré algo.

Cuando se lo dijo, fue a regañadientes.

—¿Por qué no cancelamos la cena y salimos a cenar por ahí cuando vuelva Henry?

—Es que ya estaba previsto cenar contigo, Polly. Beate y yo hacemos pocos planes últimamente y nos gusta ceñirnos a lo que ya hemos apalabrado.

Una fría y húmeda lámina de furia partió a Polly por la mitad.

—Se me ocurre algo genial —dijo—. Cenad Beate y tú solos y fingid que estoy con vosotros. Así vuestros planes saldrán según lo previsto.

—Creo que no te entiendo, Polly —dijo Paul.

—Trabajo tanto como tú y como Beate, y además tengo a los niños —dijo Polly—. Esta es una semana mala para mí, de modo que si no podéis venir a mi casa, dejémoslo para cuando vuelva Henry.

Aquella tarde llamó Wendy.

—Tu hermano Paul está muy alterado —dijo—. ¿Qué narices pasa?

—No pasa nada —dijo Polly—. Esta noche cenó con Henry y Andrey y el miércoles con Martha Nathan, y no quiero estar fuera de casa tanto tiempo. Por lo visto, vernos aquí es excesivo para ellos. Si a Beate no le va bien, lo posponemos para otra ocasión.

—No entiendo por qué no puedes cancelar la cita con esa Martha Nathan —dijo Wendy—. ¿No es esa amiga de tu despachito?

—Sí —dijo Polly—. Es amiga mía y no voy a cancelar la cita con ella. Esta noche iré a casa de Henry y Andrey y seguramente podré ver a Paul y a Beate la semana que viene.

—Cariño, llevan una vida muy estricta —dijo Wendy.

—Ese es su problema —dijo Polly—. Yo tengo trabajo y además tengo a los niños. Que se adapten a mí un poco.

—Bueno, ¿y qué hay de las noches restantes? —preguntó Wendy.

—El jueves tengo reunión y me gustaría pasar una noche sola con los niños, eso es lo que hay.

—A mí me parece que te queda mucho tiempo libre —dijo Wendy—. ¿Por qué no convences a Henry y Andrey para que vayan a tu casa? No creo que sea muy agradable ir a la suya.

—Me gusta ir a su casa —dijo Polly—. Y soy la única de la familia que lo hace.

—Creo que eres un poco egoísta —dijo Wendy—. No te conviene un trabajo que te consume tantas energías y tanto tiempo. No vale la pena.

Polly no respondió. Tenía toda la energía del mundo para ver a Lincoln, pero no propensión a ver a Paul y Beate. ¿Acaso no merecía ver a Lincoln si lo necesitaba, aunque para conseguirlo tuviera que mentir? Al fin y al cabo, había preparado una abundante bandeja de bizcochos de chocolate para llevarlos a casa de Henry y Andrey —parte del acuerdo era llevar siempre el postre— e invitaría a Paul y a Beate a que engulleran una opípara cena. Aunque solo viera a Martha para tomar una copa, aunque su verdadera intención fuera ver a Lincoln, ¿qué había de terrible en ello? Se esforzaba por ser justa con todos, pero a menudo tenía la impresión de que la justicia que ella aplicaba era tan tenue como la capa de mantequilla de un bocadillo danés.

—No quiero hablar de esto —le dijo a Wendy—. Tengo trabajo pendiente y en este momento eso es más importante para mí que la agenda social de Paul y Beate.

—Muy bien —dijo Wendy, y colgó con uno de sus habituales bufidos.

El *loft* de Henry y Andrey era blanco, despejado e imaculado. Apenas tenía muebles. Dormían en un colchón japonés de algodón, apoyado encima de algo que parecía un baúl gigantesco, pero que en realidad era una cómoda hecha por encargo en la que guardaban la mayor parte de la ropa. Tenían dos mesas con cajones, una

ancha y maciza mesa de merendero, de madera de secoya, en la que comían, y un sofá hecho con cojines blandos. Las cometas colgaban en la pared. A Polly ver aquellos artilugios siempre le producía una especie de succión estomacal y le hacía pensar en la cometa negra y plateada de Lincoln, que también colgaba en la pared de su estudio. Esparcidos por todas partes había anchos cojines de aspecto blando, rellenos de bolitas que emitían un agradable crujido cuando alguien se sentaba encima.

No se interesaban por los objetos valiosos y, como se habían fugado, no tenían la habitual colección de regalos de boda. Utilizaban como vajilla corriente la plata heredada de la abuela Hendricks de Henry y después de comer la guardaban en un cajón de cualquier manera. Habían vendido los muebles imperio del abuelo SoloMiller para comprar la mesa de merendero, que habían adquirido a Mary Rensberg por sugerencia de Paul. Era de secoya pulimentada, había sido construida por un monje de una misión californiana y tenía colgadores de madera de frutal. Las bandejas que utilizaban eran de hojalata pintada con colores primarios. Para cenar dieron a Polly lo que solían darle: revuelto de verduras. Andreya era indiferente a toda la comida, menos al chocolate. Su única habilidad culinaria era preparar crema de chocolate y lo único de interés que guardaba en la despensa era una generosa colección de tabletas de chocolate. Polly sospechaba que eran su principal alimento.

Se sentaron a cenar con Kirby debajo de la mesa. El frío tenía inactivo al animal y en aquel apacible estado se portaba muy cariñosamente con Andreya, a la que seguía por todo el *loft*.

—Le estoy enseñando a cantar —dijo Andreya—. Empezamos las lecciones de canto con los ruidos que hace cuando oye las sirenas de la policía y los bomberos. Y lo estoy adiestrando con galletas caninas. Después de cenar te haré una demostración.

Los bizcochos que había llevado Polly de postre eran los favoritos de Henry el Joven; los llamaban «bizcochos pachuchos» porque estaban poco cocidos y tenían el centro apelmazado y gomoso. Henry no podía quitarles los ojos de encima. No se sentía cómodo en presencia de dos mujeres, aunque una fuera su esposa y la otra su hermana. Creía que las mujeres o le hacían cosas o lo obligaban a hacerlas, por ejemplo a comportarse correctamente o a modificar sus modales en la mesa. También pensaba que las mujeres querían quedarse solas para hablar de niños y esmalte de uñas. Pero le quedaba un vestigio de su primitiva educación e inauguró la conversación cuando se pusieron a comer.

—Chica —dijo, entre paletada y paletada de revuelto—, has cabreado de veras a Paul y a Beate. Incluso mamá me ha llamado. Quiere que averigüe si estás bien. A mí me parece que estás bien. ¿Estás bien? ¿Qué coño les has hecho, Pol?

—Les dije que en vez de ir yo a cenar a su casa, vinieran ellos a la mía.

—¿En serio? Jope, ni que hubieras puesto una bomba nuclear en su ascensor. Han abandonado el panal.

—¿Abandonado el panal? —dijo Polly—. ¿Qué significa eso?

—Es cuando un enjambre se va de la colmena madre —explicó Andreya—. Henry, esa rapidez con que comes es horrorosa.

—Así como más —dijo Henry—. Pásame ese plato, Andro. Jope, Polly, no puedo creer que hayas sulfurado a todo el mundo. Mamá dice que Paul y Beate se sienten muy heridos.

—Vamos, Henry, cállate ya —dijo Polly—. Estoy harta de Paul y Beate.

—No hables así, Pol —dijo Henry—. Me pone nervioso.

—Andreya, por favor, dile a Henry que se siente y coma como una persona —dijo Polly—. Henry, siéntate derecho y dime por qué lo que digo te pone nervioso. —Miró a su hermano, que por su postura se parecía a un bizcocho pachucho. Tenía el jersey tachonado de granos de arroz.

—Henry —dijo Andreya—. Ponte derecho. Compórtate. No seas tragón. Dile a Polly por qué estás nervioso.

Henry enderezó la espalda.

—Si a ella le cae mal Paul —le dijo a Andreya—, ¿qué quieres que piense? ¿Puedo levantarme ya, chicas? ¿Por favor?

—¿Es que las comidas aquí duran tres minutos? —preguntó Polly.

—Henry succiona las comidas como una aspiradora —dijo Andreya—. Siéntate, Henry. Aún no hemos probado los bizcochos de Polly.

—¿Puedo llevarme uno? Seguro que las dos tenéis un millón de cosas de que hablar.

—No —dijo Andreya—. Quédate a tomar el café. Hablaremos del niño de Paul y Beate y le echaremos a Polly las cartas del tarot.

A Polly no dejaba de sorprenderle que una persona con un espíritu tan científico como Andreya se interesase por la buenaventura, aunque la baraja del tarot era una reliquia de su infancia checoslovaca, época en que su niñera le había enseñado a echar aquellas cartas. Cada vez que Polly iba a cenar a su casa, Andreya le leía las líneas de la mano.

—Dile a Polly lo que piensas de ese niño —dijo Andreya.

—No quiero —dijo Henry—. La idea general es asquerosa.

—Henry dice que la criatura nacerá vestida —dijo Andreya—. Ya sea niño o niña, llevará zapatitos y medias negras, y tendrá una estilográfica de oro.

—Puede que sea un niño fuerte y alegre como Pete —dijo Polly—. Aunque cuando comí el otro día con Beate, me dio a entender que como Pete no había nacido en un medio apropiado, seguramente será desgraciado de adulto.

—¿Y Dee-Dee? —dijo Andreya.

—Dee-Dee nació en el ascensor del hospital —dijo Polly—. Solo Dios sabe la suerte que le tocará.

Henry, que había engullido ya el café y tres bizcochos, estaba muy inquieto.

—¿Tenemos que hablar de esto? —suplicó—. ¿Por qué tiene que tardar nueve meses? ¿Por qué tenemos que hablar de esto todo el rato? Andro, enséñale a Polly

cómo canta Kirby y después me levantaré de la mesa.

Andreya puso a Kirby encima de un cojín. Sostuvo una galleta canina delante de su hocico.

—Kirby, te lo ordeno —dijo—. ¡Canta!

Kirby miró a Andreya con cara de adoración, echó hacia atrás la cabeza y emitió una serie de suaves aullidos musicales. Luego sacudió la cola y lamió la mano de Andreya.

—Eres un perro maravilloso —dijo Andreya, acariciándolo—. Te querré siempre. Toma la galleta. Ahora, vete con Henry. —Se volvió hacia Polly—. ¿Verdad que es un espectáculo precioso?

Andreya vestía pantalón negro y una camisola a rayas tipo futbolista. Henry vestía casi lo mismo. Si los perros llevaran camisola de futbolista, pensó Polly, podrían desfilan en grupo de a tres. De todos modos, ver a Andreya con Kirby era un espectáculo innegablemente conmovedor.

—Dale a Andro un beso de despedida —dijo Henry. Kirby alzó las patas hasta el cuello de Andreya y le lamió la nariz.

Cuando Polly le contó a Lincoln estas cosas, el pintor dijo:

—Como se pongan un poco más adorables, no faltará quien quiera estrangularlos.

Henry se acercó a la mesa de dibujo con Kirby. Habían recogido los platos y Andreya se puso a barajar las cartas del tarot.

—A mí me lo enseñaron de este modo —dijo Andreya. Lo decía siempre, a modo de preámbulo—. Unas personas interpretan toda la baraja y otras hacen la Cruz Celta, pero yo interpreto lo que me enseñaron y es lo que se llama «línea romana». Son seis cartas en fila que revelan primero tu situación actual, luego tu personalidad, luego los dos temas que tienes en la mente, luego cómo te ven los demás y, por último, la esencia de todas estas cosas. Ahora debes barajar un rato.

Mientras Polly barajaba, Andreya siguió hablando.

—La persona que consulta debe tocar la baraja, así la baraja sabe de quién es la esencia que se le infunde.

—Vaya colección de tonterías —dijo Henry desde su rincón.

—Guarda silencio, Henry —dijo Andreya—. Debes barajar más. Ahora corta. Corta otra vez, y otra. Cuando creas que la baraja está como deseas, para.

Polly cortó tres veces más y se detuvo. De súbito sintió un miedo cerval a lo que las cartas pudieran revelarle.

—Ahora —dijo Andreya— pon seis cartas en la mesa, boca abajo y en fila.

Polly puso las cartas en la mesa y Andreya les dio la vuelta. El corazón de Polly palpitaba con fuerza. La primera carta era un corazón rojo atravesado por tres espadas. En la segunda se veía una mujer acariciando a un león. Esta carta se llamaba «FORTALEZA». En la tercera carta se veían dos amantes y la cuarta mostraba a una

familia de pie debajo de un arcoíris. En la quinta había una mujer en un jardín, con un pájaro posado en su hombro, y en la última se veía una persona sentada en una cama, con las manos en los ojos, como si despertara de un sueño espantoso. Tenía una colcha sobre las piernas y en la pared que había a su lado colgaban nueve espadas. Allí estaba, para que todo el mundo lo viera.

—¿Qué significa? —dijo Polly. De repente quiso que Andreya lo supiera. ¡No quería sorpresas!

—Es muy extraño —dijo Andreya—. No parece que hablen de ti. ¿Tienes alguna amistad con el corazón destrozado? ¿Tienes alguna amistad con problemas de amor?

Miró a Polly. Había arrugas en su frente y sus ojos se habían ensombrecido. Estaba sinceramente desconcertada. El corazón de Polly se aceleró. En este momento podría contarle todo, pensó. Es sencillísimo de ver. Pero al percibir el desconcierto de Andreya, sintió rabia por un lado, dolor por el otro. Nunca me tomarán en serio, se dijo, entonces ¿qué coño?

—Sí —dijo—. Hay una mujer en mi oficina que tiene una aventura. Está muy angustiada y confusa.

—Y ha recurrido a ti en busca de ayuda —dijo Andreya—. Ahora tiene lógica. El corazón traspasado es caos y tristeza en el amor, pero la mujer con el león es una amiga sabia: tú. La carta de los amantes os refleja a las dos: las dos caras del amor. Luego estáis tú y Henry de pie bajo el arcoíris. Es lo que tu amiga ve y envidia. Creo que la mujer del jardín eres tú. La persona de la cama con las espadas es tu amiga. Esta es una interpretación de contrastes y oposiciones, porque tu amiga está en tu mente. Piensas en ella. Ella desea ardientemente tener sabiduría y tranquilidad como las que tú tienes. Creo que esta disposición se explica por sí misma, ¿o quieres oír más?

—Se explica por sí misma —dijo Polly.

—Ahora debemos servirte el café —dijo Andreya—. De niña mi corazón era lento y me acostumbre a tomar café tres veces al día. Incluso ahora, si no tomo la taza de la noche, me entra tanta *letargicidad* que no duermo bien. ¡Kirby! ¡Café!

Andreya hacía un café fuerte y espeso. Por deferencia a Polly, Henry y Kirby, que siempre lo probaban, calentó leche. Ella lo tomaba sin leche ni azúcar, en una taza que parecía infantil. Henry se inclinó sobre su taza, sopló con fuerza y lo apuró en dos tragos.

—Polly —dijo Andreya—, ¿por qué tu hermano come como un salvaje? Tu familia no es salvaje.

—Él es nuestro buen salvaje —dijo Polly, que no podía dejar de adorar a su zafio hermano.

—No me interesa la comida —dijo Henry—. La utilizo como combustible.

—No me digas —repuso Polly—. Bueno, en ese caso ya no tendré que meter en el horno más bizcochos pachuchos.

—Me refiero a la comida normal —dijo Henry—. Verduras. Cosas así. No me

refiero a la comida buena.

—Piensa en comida noche y día —dijo Andreya—. Ven, Kirby. —Se volvió hacia Polly—. Le pongo el café en el recipiente del agua y se ofende. Tengo que servírselo en mi plato, de lo contrario no se lo toma contento.

Polly consultó la hora subrepticamente. Se estaba poniendo nerviosa. Una mitad de ella quería ir a casa de Lincoln. La otra mitad estaba cansada, tenía frío y deseaba volver a su casa. ¿Y si Wendy llamaba a Henry y Andreya después de que ella se fuera, y luego llamaba a Polly y no la encontraba en casa? ¿Cómo explicaría Polly aquel intervalo de dos horas? ¡Ah, las aventuras amorosas! Polly pensó que se estaba volviendo una especie de militar veterana. En la oficina, todo el mundo se tomaba con mucha calma la pausa de la comida. Muchas personas cogían una hora más para visitar al psicoanalista. Mientras se hiciera el trabajo dentro de los plazos previstos, nadie se ponía exigente con el tiempo, y Polly, a quien nunca había pillado el toro, era una experta malabarista con los horarios. Para agotar a cualquiera, pensó.

—Me voy a casa —dijo—. Henry, Andreya, ponedle la correa a Kirby y acompañadme a buscar un taxi.

En casa de Lincoln también se puso nerviosa.

—Deja de mirar el reloj, Dottie —dijo Lincoln—. Para que lo sepas, no estás muy animada esta noche. Pareces impaciente.

—Ay, Lincoln —dijo Polly—. La culpa me consume.

—Pues acércate un poco —dijo Lincoln—. Y consúmeme conmigo. —Estaban acostados, abrazados bajo las mantas. Lincoln la acariciaba con manos frías.

—Siempre es igual, o eres tú o soy yo —dijo Polly con tristeza—. O vigilas tú el reloj o lo vigilo yo.

—Todo está bien —dijo Lincoln—. Es lo que tenemos. Muy pronto estarás calentita en casa, con tus renacuajos. Cierra los ojos y piensa en eso.

Polly cerró los ojos y pensó en el olor tan particular de la piel de Lincoln. El humo de sus cigarros perfumaba su ropa y dejaba un sabor picante en su cuello. Olía a tabaco y a colonia de espliego. Un día, completamente abstraída, había seguido el aroma de aquel tabaco por la calle, de manera automática, sin pensar en lo que hacía, hasta localizar su origen: un anciano de baja estatura que fumaba los mismos puros que Lincoln.

Cuando se separó de Lincoln se sintió como si la hubieran arrancado de su lado, y cuando subió al taxi para volver a casa, la desesperación se apoderó de ella. Si la vida le tenía reservados más tristeza, más cólera, más caos en el amor; si tenía que irse con dolor de los sitios a los que iba; si el verdadero disfrute —de su familia, de sus hijos, de su marido, de su hogar— se le escurría entre los dedos; si su existencia iba a estar siempre escindida y repartida, no entendía por qué quería seguir viviendo. En la oscuridad del asiento trasero sintió que tenía el corazón traspasado, que era como la

persona de la baraja del tarot que despertaba en una habitación llena de espadas.

En cuanto llegó a su casa sonó el teléfono. Era Wendy.

—Tengo que pagar a la canguro, mamá —dijo Polly—. Espera un momento. —
Trataba a Nancy Jewell con el máximo respeto; las buenas canguros escaseaban. Le dio un beso de despedida.

—Hasta otra, Polly —dijo Nancy—. Quedamos el miércoles, ¿no?

—Sí, ¿estarás libre si te necesito otro día de esta semana?

Nancy afirmó con la cabeza y volvió a su casa por la escalera de servicio.

—¿Permites que esa cría te llame Polly? —preguntó Wendy cuando Polly volvió a ponerse al habla.

—Mamá, tiene dieciséis años. Claro que me llama Polly.

—¿Dejas que también Consuelo te llame Polly?

—Mamá, ¿me llamas a las once de la noche para decirme que no permita que Conchita y Nancy Jewell me llamen por mi nombre de pila?

—Pues claro que no, cariño —dijo Wendy—. Te llamo porque seguramente Beate te llamará mañana para preguntarte si quieres comer con ella.

—Mañana no podré comer con ella.

—Ve, cariño, por favor. Tiene muchas ganas de verte y los dos están muy decepcionados porque no puedas cenar con ellos.

—No creo que les cueste tanto cenar aquí. Lo único que necesitan es desplazarse.

—Pero es que ellos no hacen las cosas así, cariño. Tienes que ceder un poco. Eres menos rígida y más abierta que ellos. Tienes que ser transigente.

—¿Por qué? Siempre he cedido con Paul y él nunca ha cedido cuando se trataba de mí. Además, no quiero volver a hablar sobre los ambientes idóneos para los nacimientos.

—Tu carácter es más fuerte y más dulce —dijo Wendy—. La pobre Beate está nerviosa, eso es todo. —Polly conocía muy bien aquel tono de Wendy: le estaba haciendo una advertencia—. Le he dicho que te complacerá mucho comer con ella.

Polly se quedó helada.

—No tienes derecho a hacer eso, madre —dijo—. ¿Y si tengo otro compromiso?

—¡Pues en ese caso, cariño, la llamas y le dices que no puede ser! —dijo Wendy.

Polly comió con Beate en el recatado despacho de esta última. Las paredes estaban pintadas de blanco, con una cenefa verde manzana. Todos los muebles eran de color verde manzana. En la pared había un cuadro que recordaba el estilo de Paul Klee. Polly tomó asiento en una silla tapizada en tela verde manzana y Beate hizo lo propio en una silla de cuero verde manzana. Comieron ensalada, champiñones y pan.

—Tenemos un pequeño frigorífico —dijo Beate—. Lo comparto con el doctor

Jacobson, que ocupa el despacho contiguo. Hay también una pequeña cocina en la que suelo prepararme infusiones.

Polly no había comido nunca nada tan insulso. Nada tenía el menor sabor. ¿Dónde había encontrado Beate aquellos alimentos?, preguntó Polly. Beate le explicó que era el régimen que debía seguir por el embarazo; creía que la comida excitante, y por tanto demasiado estimulante, atravesaba la barrera de la placenta. Llevaba un vestido premamá de lana verde, discos de oro en las orejas, medias verdes de lana tupida y unos preciosos zapatos de ante. Puede que pensara que los colores brillantes también atravesaban la placenta.

—Lo natural es dar a luz en casa o en el campo —decía Beate. A Polly le hizo gracia imaginarse a Paul, que no se quitaba la chaqueta ni para cenar, haciendo de comadrón en el campo—. Procuramos mantener un ambiente lo más hogareño posible, pero es que el niño y futuro adulto sufre daños por la intranquilidad propia de los nacimientos en hospitales.

—Pete y Dee-Dee nacieron del modo más natural —dijo Polly—. Dee-Dee, creo habértelo contado, nació en el ascensor del hospital.

—No me parece que nacer en un ascensor sea natural —dijo Beate.

—Quiero decir sin medicamentos de ninguna clase —dijo Polly.

—La calidad de estas cosas es muy baja en Estados Unidos —dijo Beate—. Klaro y yo nacimos en casa. Mi madre tenía cuarenta y cinco años cuando nos tuvo. Y nuestra abuela cuarenta y cuatro cuando la tuvo a ella. Oigo hervir el agua. Preparo la infusión en menos de un minuto.

Al cabo de un instante sirvió a Polly un brebaje que sabía vagamente a moho.

—Quisiera contarte algo —dijo Beate—. Anoche se lo contamos a Henry y a Wendy. Hay dos latidos fetales. Paul y yo vamos a tener gemelos.

—¡Es maravilloso! —dijo Polly—. ¡Dos futuros jueces del Tribunal Supremo!

—Hemos tenido muchísimos problemas con el contratista para que construya como es debido la habitación infantil doble. Creemos que los gemelos deberían estar aparte pero no separados. No queremos que confundan su identidad.

Polly preguntó cómo podría un mellizo confundir su identidad.

—Oh, es totalmente asombroso lo que llegan a sentir los mellizos. Lo sé porque yo también soy hermana gemela —dijo Beate—. Klaro y yo, aunque somos dicigóticos, tenemos una conexión así. Cuando se rompió el brazo en París, yo estaba en Berna y no lo sabía, pero me dolió. Cuando llamó para contar que se había roto el brazo, lo entendí todo.

Polly no era melliza y no supo qué responder. Así que preguntó si habían decidido ya qué nombre poner a los mellizos.

—En nuestras familias los nombres son sencillos —dijo Beate—. Si son chicos, Heinrich por mi padre y John Felix por vuestro abuelo.

—Otro Henry —dijo Polly—. Eso podría confundir a todo el mundo por toda la eternidad.

—No veo ninguna confusión —dijo Beate—. Las chicas de nuestra familia se vienen llamando Beate o Matilda desde hace generaciones. Mi bisabuela se llamaba Matilda, mi abuela Beate, mi madre Matilda y yo Beate. Si hay dos chicas en nuestra familia, se llaman Beate y Matilda. Nadie se confunde. Si uno de los gemelos es niña, le pondremos Matilda. Si son dos niñas, Matilda y Elizabeth, por vuestra bisabuela. Si son niño y niña, Heinrich y Matilda.

Le pasó un plato a Polly. Para acompañar la infusión, Beate sacó una bandeja con galletas de trigo duro que sabían a serrín compacto.

—Beate, hace mucho que siento curiosidad por tu trabajo —dijo Polly—. Y como ahora estoy en tu despacho, creo que es un buen momento para preguntarte. Me encantaría que me explicaras, así por encima, en qué te diferencias de los psiquiatras tradicionales.

—Lo siento muchísimo —dijo Beate—, pero la verdad es que no puedo hablar de mi trabajo. No se presta a motivar una conversación. Para entenderlo tendrías que pasar por todo el proceso.

—Ya —dijo Polly—. Pero ¿y Paul? ¿No te cuesta no poder hablar con Paul de tu trabajo?

Ante la mención del nombre de Paul, en las facciones de Beate se aposentó algo parecido a una sonrisa. No era una sonrisa auténtica, sino más bien una expresión de elevación y remembranza, como instigada por el recuerdo de algún acontecimiento noble.

—El mundo del derecho no es mi mundo —dijo Beate—. Los dos entendemos la *Gestalt*, si quieres, del mundo del otro. ¿Hace falta más? Yo creo que no. Tenemos nuestra casa y el futuro alumbramiento. Son temas que dan para hablar mucho.

Polly imaginó a Beate y a Paul cenando con mucha ceremonia. Se los imaginó desfilando por el pasillo, camino del dormitorio, desnudándose con ademanes metódicos y dogmáticos. En la cama, no durmiendo, sino echados con solemnidad.

Beate se había puesto en pie. Era el momento de que Polly se fuera: se habían agotado sus cincuenta minutos. En presencia de Beate, Polly se sentía irritable y agitada, la típica mujer que da a luz en ascensores de hospital después de hartarse de chocolate, café, vino tinto y otros productos excitantes que cruzan la barrera placentaria.

Pensó que lo indicado tal vez fuera besar el anillo de Beate y pedirle su bendición, pero en vez de eso la besó en ambas mejillas.

—Gracias por haber venido a comer —dijo Beate—. Ahora debo hablar con Paul, antes de que llegue mi paciente.

—¿Lo llamas a menudo? —preguntó Polly.

—Sí, bastante —dijo Beate. Pareció un poco turbada—. Lo llamo a menudo. Durante el día me doy cuenta de que lo echo de menos.

Se había ruborizado como una novia, a pesar de su vestido de premamá. Qué privada era la vida privada, pensó Polly. ¡Qué oculta quedaba la vida real que vivía la

gente!

No era propio de Polly hacer planes para todos los días de la semana. Por lo general, cuando Henry estaba fuera, le gustaba quedarse en casa con Pete y Dee-Dee, exceptuando alguna que otra tarde que pasaba con Lincoln. Lo normal era que se contuviera y solo pasara una, porque en lo más íntimo de su corazón sabía que le habría gustado pasar todas las tardes con él pero no se atrevía a formular en voz alta este deseo ni a ponerlo en práctica, puesto que sabía que revelaría lo que realmente era: una madre que prefería pasar el tiempo con su amante a pasarlo con sus hijos; una esposa adúltera; una pecadora, una persona indigna en estado de lasitud moral.

Lincoln acusaba a Polly de enfocar su relación amorosa como si fuera un medicamento peligroso cuya dosificación hubiese que medir con mucho cuidado, y tenía razón. Pero ¿adónde iría aquella relación amorosa, se preguntaba Polly, si se les escapaba de las manos? Su vida real era con Henry, y la vida real de Lincoln debería de haber estado en duro combate a causa del ansia de soledad de este. La aventura amorosa era especialmente injusta para él: si ella volvía a su vida real, ¿con qué se quedaba Lincoln? Si ella hubiera sido la ciudadana recta, sensata y útil que le habían enseñado a ser, habría forzado a Lincoln a que la reemplazara, pero le rompía el corazón pensarlo. Antes bien, sacaba el tema a menudo, sabiendo muy bien que si aparecía una sustituta, quedaría desolada.

No creía que debiera pasar mucho tiempo con Lincoln, pero en este viaje de Henry no quería estar sola. Había hecho planes, movida por la desesperación, pero también para demostrarse que Lincoln no era lo más importante para ella.

—Haces exactamente eso de que te acusa tu madre —dijo Lincoln—. Cuando quieres creer algo, lo piensas y ya está.

—No es así —dijo Polly, que temía mucho esta tendencia.

—Pues claro que lo es —dijo Lincoln—. Haces todos esos planes. Hacen que te sientas normal. Sabías que ibas a venir después de estar con Henry y Andreyá, y después de comer con Martha, y si Paul y Beate hubieran ido a cenar, nos habríamos besuqueado en tu casa todo el día. Así que en última instancia acabas viéndome mucho, pero no lo admites. Te dices una cosa, haces otra y así consigues sentirte como si todo fuese como la seda.

—No me gusta confesar lo mucho que me gusta verte —dijo Polly—. Es innegable y desearía que no lo fuera.

Polly salió del trabajo y volvió a casa corriendo, se sentó con Pete y Dee-Dee mientras los niños cenaban, esperó hasta que Nancy Jewell terminó de contarles un cuento y se fue volando a casa de Martha. Había prometido muchas veces a su amiga que le haría una visita.

—Sé que nunca vendrías —le había dicho Martha—. Está todo hecho un asco. ¡Con la de veces que me has llevado a tu casa para darme de comer! No es justo. Solo soy un comodín, porque estoy siempre a mano y siempre puedes llevarme a tu casa en el último momento.

Lo último era cierto y a Polly le encantaba llevar a Martha a su casa. Era fácil instalarla con los niños y servirle la misma comida que a ellos. Pete y Dee-Dee la apreciaban mucho y ella hacía compañía a Polly sin ningún esfuerzo. No hacía falta planear una cena para conseguir que Martha fuera a casa a cenar. Pero no era justo y Polly lo sabía.

—No puedo creer que hayas venido —dijo Martha cuando abrió la puerta—. He metido bajo la cama toda la ropa sucia, e incluso he fregado las copas de vino.

El piso de Martha le pareció a Polly un paraíso encantado. Era una conejera, todo estaba en desorden, todo lleno de libros, periódicos, cachivaches y muebles viejos. En un extremo del sofá había un diccionario de latín y en la alfombra de trenza había un agujero del tamaño de un plato de ensalada. Polly había vivido acompañada toda su vida. La vivienda de Martha y el estudio de Lincoln estaban adaptados a los usos y costumbres de un solo individuo, con sus características personales, algo que Polly no había conocido nunca.

—Es maravilloso —dijo—. Lo encuentro muy cómodo.

—Es pequeño y reducido —dijo Martha.

—No, no —dijo Polly—. Es divino. Parece el lugar ideal para recostarse y leer.

—También me recuesto y oigo a la chica de al lado cuando se pelea con su novio. Anda, siéntate y dime a qué hora tienes que irte.

—Vendrán a recogerme —dijo Polly.

—¡Ah! —dijo Martha—. ¿Una persona sin nombre?

—Lincoln va a venir a recogerme —dijo Polly. Estaba tan poco acostumbrada a que alguien supiera de su relación con el pintor que hizo una mueca de dolor cuando pronunció su nombre.

—¿Subirá? —preguntó Martha.

—Llamará al timbre. Le he dicho que bajaré yo —dijo Polly.

—Pero eso es muy furtivo.

—¿Te parece un gesto insincero?

—Claro —dijo Martha. Levantó la copa de vino para verla a contraluz, entornó los ojos y sirvió a Polly—. Quiero decir que ya sé lo vuestro, entonces ¿a qué tanto rodeo?

—Es el gesto —dijo Polly—. Estar con él delante de terceros.

—Tú misma —dijo Martha—. Si quieres mantener el secreto, harás que parezca más pecaminoso. Si sube a recogerte, creerás que parece que lo aceptas como un aspecto normal de tu vida.

—Tienes razón, naturalmente.

—Naturalmente —dijo Martha, sirviéndose vino—. Acabas de aprovechar lo

mejor de mis años de costosa psicoterapia. Ahora relájate y cuéntame cómo te casaste.

—Con un vestido blanco de lino y cuello cuadrado —dijo Polly.

—Me refiero a la decisión que tomaste.

—Me pareció lógico —dijo Polly—. Me habían programado para eso, como un ordenador. Yo lo quería. Estaba enamorada, quería casarme y tener una familia.

—Y entonces, ¿qué ocurrió? —preguntó Martha. Estaban encogidas en extremos opuestos del sofá.

—Tuve lo que quería —dijo Polly. Celebramos una boda preciosa y discreta, tuvimos una maravillosa luna de miel en Francia, luego volvimos y empezamos a vivir nuestra vida, después llegaron Pete y Dee-Dee, y todo fue como siempre pensé que sería.

—¿Y qué ocurrió luego? ¿Cómo ocurrió lo de Lincoln?

—Unas veces soy incapaz de recordarlo —dijo Polly—. Otras creo que le sucedió a otra persona. Fue todo a la vez. Conocí a Lincoln en una exposición de pintura y debió de causarme una honda impresión porque estuve pensando en él todo el verano. Dice que cuando nos vimos recibimos una picadura, pero que la enfermedad tuvo que incubarse. Volvimos a vernos en otoño. No sé lo que sucedió. Henry estaba fuera muchas veces. Habíamos tenido un verano malo, quiero decir que me pareció que Henry había tenido un verano malo, un caso judicial horrendo, siempre con interrupciones. Yo estaba ocupada creyendo que hacía que todo marchara sobre ruedas, pero en realidad debía de estar esperando algo y ese algo fue Lincoln.

—¿No te alegras de que ocurriera?

—Es lo peor o lo mejor que he tenido en mi vida —dijo Polly—. Sin duda me aclara muchísimas cosas, pero a menudo pienso que es mejor que la mayoría de las cosas queden sin aclarar. Sírveme un poco más de vino. No quiero seguir hablando de mí. Háblame de ti y Spud.

Martha se sentó recta en el sofá.

—Tenemos tres estilos —dijo—. Discutimos, tenemos conversaciones serias sobre temas importantes y parlotamos de un modo infantil que resulta asqueroso. Pero casi siempre estamos discutiendo. ¿Henry y tú no?

Polly y Henry jamás reñían y Polly y Lincoln no tenían ningún motivo para ello.

—No —dijo Polly—. Y nunca parlotamos como niños. ¿De qué discutís?

—Bah —dijo Martha, recostándose sobre los cojines—. Spud viene después del trabajo. Yo le digo: «Spud, ¿has cenado?». Él no responde. Yo repito, en voz más alta: «Spud, ¿has cenado ya?». Me mira y dice: «Estaba pensando si había cenado o no. Es que no pienso tan deprisa como tú». Yo digo: «Eso es ridículo. ¿Cómo es posible que no sepas si has cenado?». Dice: «Pues no lo sé». Y yo digo: «Lo que pasa es que no te gusta responder a las preguntas claras». Él dice: «Vamos, Martha, prueba a callarte y a dejar que una persona se relaje», etcétera.

—Fascinante —dijo Polly—, pero ¿qué se consigue así?

—Es solo un método de intercambio de información. Hay personas que no necesitan discutir para eso, pero nosotros sí. Es nuestro pequeño sistema.

—Deberíais casaros —dijo Polly.

—Spud saca a relucir ese tema de vez en cuando. Puede que me case como la gente tenía los niños antes: grogui. Que me cloroformicen y, cuando despierte, estaré casada.

—No es tan malo —dijo Polly.

Martha la miró con escepticismo.

—Mi problema no es el matrimonio —añadió Polly—. Soy yo.

Sonó el timbre. Era Lincoln.

—Perdona, Martha.

—No pasa nada —dijo Martha—. Pero no estás libre de responsabilidades. Tienes que venir a cenar. Anda, ve y pásatelo bien. —Le dio un beso en la puerta y Polly bajó la escalera con la sensación de que una persona mayor, prudente y comprensiva, la autorizaba a seguir su camino.

Lincoln y Polly cenaron en un pequeño restaurante húngaro.

—Como la gente normal —dijo Lincoln—. Una cita auténtica. ¿Vamos a tu casa paseando?

—De acuerdo —dijo Polly.

—¿Podré subir a tomar una copa?

Polly lo miró largamente.

—Está bien —dijo—. No hay razón para que no la tomes.

—Los renacuajos estarán dormidos —dijo Lincoln—. No me quedaré mucho rato. Procuraré no besarte en tu propia casa.

—Vamos —dijo Polly—. Antes de que me desanime.

Una vez en casa, Polly colgó los abrigos en el armario. Tomó una profunda bocanada de aire y se dirigió al estudio. Allí estaba Nancy Jewell, encogida en el sofá, haciendo los deberes de clase.

—Hola, Polly —dijo.

—Lincoln —dijo Polly—, te presento a Nancy Jewell, la mejor canguro de Nueva York. Nancy, este es nuestro amigo Lincoln Bennett.

—Hola —dijo Nancy. Se puso a recoger libros y papeles—. Ha llamado tu madre. Los niños se durmieron enseguida. Les leí otro cuento y he ido a ver cómo estaban hace un segundo.

Una vez que Nancy se fue con el dinero acordado, los elogios y el beso de despedida, Polly volvió con Lincoln. Estaba merodeando y curioseando como un gato en una casa nueva.

—Me ha encantado eso de «nuestro amigo» —dijo Lincoln—. Es igual. Sé que tienes que decir cosas por el estilo. Ahora, pasemos de puntillas por delante de la habitación de los renacuajos y vayamos a tu mesa.

Avanzaron sigilosamente por el pasillo en dirección al dormitorio. Lincoln conocía el camino y Polly se detuvo para ver cómo estaban Pete y Dee-Dee. Cuando entró en el dormitorio vio a Lincoln delante de su escritorio, leyendo su correo. En el escritorio y en la pared en que se apoyaba había fotos enmarcadas: de Polly y Henry, de Henry y los niños, de Henry con un sombrero estropeado y pantalón vaquero, de los niños con la cara embadurnada de pastel de arándanos.

—Enséñame los álbumes de fotos —dijo Lincoln—. Seguro que tienes docenas. Tenía muchas ganas de verlos, vamos, dámelos.

No hubo foto que no le traspasara el corazón, pero su sed fotográfica no se calmaba. Repasó los álbumes sin la menor expresión. No dejaba de mirar las fotos de Henry, o las de Henry y Polly juntos. Revisó dos veces el álbum de fotos de la boda. Luego los amontonó en el suelo.

—Tienes aquí una vida realmente preciosa, Dottie —dijo con tristeza. Polly lo miraba fijamente—. Si yo fuera un auténtico caballero, me metería en el ascensor y no volvería a verte nunca más. —Polly se llevó las manos a la boca—. Nosotros nunca tendremos fotos preciosas, Dot.

Polly tomó asiento al oír aquello.

—Tú no quieres fotos preciosas —dijo—. Esta es mi vida. Estoy incrustada aquí. ¿Cómo crees que me siento en tu estudio? Todo está organizado para una persona. Dondequiera que mire veo cosas que no son mías y que nunca serán mías. Tu casa proclama que yo solo soy una invitada. Te miro y no eres mío. Eres alguien a quien quiero. Sé que esta casa parece una fortaleza. Pero no es una fortaleza tan inexpugnable que no haya podido enamorarme de ti.

Estaba sentada en el sofá y Lincoln fue a sentarse junto a ella.

—Sé que me quieres, Dot. Yo solo había estado aquí una vez. Me moría por curiosear en la casa donde vives. Quería ver dónde te sientas cuando hablas conmigo por teléfono. Ahora llévame a la cocina y prepárame un té.

Los dos se pusieron en pie y se arrojaron en brazos del otro.

—Me hace mucho daño estar aquí —dijo Lincoln.

—También a mí me duele estar aquí —dijo Polly—. Y a veces me duele estar en tu casa.

—Sé que es así —dijo Lincoln. La besó en la frente—. ¿Lo ves? Te mentí cuando dije que no te besaría en tu propia casa.

Estuvieron abrazados hasta que Polly se soltó.

—Esto es una tortura —dijo.

—Soy un caballero —dijo Lincoln—. Jamás se me ocurriría faltarte al respeto en tu propia casa. Pero te espero mañana a las nueve. Ahora prepárame el té.

Se sentaron a la mesa de la cocina cogidos de la mano. Lincoln había husmeado

en la despensa, en la cocina, en el frigorífico y en todos los estantes y armarios.

—¿Puedo fumar? —preguntó—. ¿O Conchita y los renacuajos se quejarán del humo?

—El humo se va —dijo Polly.

Permanecieron sentados en silencio, cogidos de la mano.

—Esto es mucho peor que dormir juntos —dijo Polly finalmente—. Cualquiera puede irse a la cama con cualquiera, pero no todos se sientan en la cocina cogidos de la mano.

—Puede que eso sea verdad —dijo Lincoln—, pero quiero comer contigo mañana.

—Allí estaré —dijo Polly.

Cuando Lincoln se fue, Polly volvió a echar una ojeada a los niños y entró otra vez en la cocina. Se dijo que había regresado para fregar las tazas y los platitos, pero no ignoraba que lo que quería era estar cerca del humo del cigarro que había fumado Lincoln. No fregó las tazas ni los platitos. Tomó asiento donde antes se había sentado él y el humo era como su fantasma.

Una aventura amorosa es un secreto para un cónyuge, pero lo que hay en el corazón del otro amante también lo es. Polly sabía que encajaba muy bien en la vida de Lincoln. Lo veía hacer muecas dolorosas cuando ella se quedaba demasiado tiempo; él no podía evitarlo. Sabía que Lincoln funcionaba muy bien con las limitadas dosis de ella que obtenía y sabía asimismo que su relación era limitada, sin futuro y dulcísima. Y sabía igualmente que aunque la idea de ella soltera, de ella sin hijos, la idea de una Polly libre de compromisos no era tan dulce para él, y que no la quería demasiado cerca, el hecho de que estuviera casada le hacía daño de todos modos.

Los lazos con su marido y sus hijos eran los más fuertes que tenía. Su matrimonio, con todos sus defectos, era una cámara acorazada. En los momentos de debilidad, estos pensamientos hacían que Lincoln se sintiera como un niño huérfano, un pequeño vendedor de cerillas aterido de frío que mira las ventanas brillantemente iluminadas de una rica mansión.

Polly estaba completamente inmóvil. Temía que el humo se disipara si se movía. Pero después de fregar y secar las tazas, fue a colgarlas en la despensa. Le parecía que el humo se había instalado allí. En los estantes de la despensa había platos, ollas y comida, todo bien dispuesto y ordenado. Se quedó en la puerta y el aroma del cigarro de Lincoln hizo que se sintiera mucho menos sola: eso no lo podía negar.

Diez

Una tarde, a Lincoln y a Polly se les ocurrió pensar que podían separarse. Estaban en la cama de Lincoln, abrazados con tanta fuerza que, si hubieran sido una escultura de mármol, habría sido imposible decir de quién era este o aquel miembro. La dulzura y la paz que Polly experimentaba entre los largos brazos de Lincoln la hacían sentirse muy desdichada; sabía que nunca podría ser totalmente feliz en su presencia. Difícilmente habrían podido estar más juntos, a pesar de lo cual Polly seguía apretándose contra su amante.

—¿Qué ocurre, Dot? —preguntó Lincoln.

—Dentro de muy poco estarás en París —dijo Polly con la boca pegada al pecho de él.

—Eso te da margen para idear alguna excusa y venir conmigo, ya lo sabes.

—Está bien, Linky —dijo Polly—. Estaré contigo todo el tiempo.

—No te burles de mí, Dottie.

Polly se incorporó.

—No me burlo. Estaré contigo todo el tiempo.

Lincoln se incorporó también.

—Te burlas.

—Esperas y rezas por que así sea —dijo Polly—. ¡Un par de meses conmigo! Incluso en París. Me verías avanzar por la calle, camino de nuestro hotelito, con una barra de pan y una bolsa de red y en tu cabeza se dispararían furiosos timbres de alarma. Despertarías todas las mañanas y en vez de encontrarte a solas y en paz contigo mismo, verías una criatura extraña que yace junto a ti.

—¿No es gracioso? —dijo Lincoln—. Siempre he creído que sería encantador.

—Escúchame, Linky. ¿Sabes qué parecías la semana que Henry estuvo fuera? Yo sé que miraba el reloj porque Henry me llama por la noche, como bien sabes, pero tú mirabas el reloj muy en serio. Venías a mi casa y fisgoneabas para decirte a ti mismo que las cosas irían mucho mejor si no estuvieras en mi vida.

—Ah, vamos, Dot. Cinco minutos de lluvia en un techo de París, tú y yo paseando por los Jardines de Luxemburgo, los dos en una casa de comidas, los dos echando migas a los peces de colores.

—Todo eso sería encantador durante tres días. ¡Mírate! Cuando he bromeado diciendo que estaría contigo todo el tiempo, el pánico se ha apoderado de ti.

Lincoln la asió por los codos y la apretó contra sí.

—Entonces ven y quédate tres días. Quédate dos. Quédate todo el tiempo —dijo.

—Lincoln —dijo Polly. Se soltó del abrazo. Había congoja en sus crispadas facciones.

—¿Qué te ocurre, Dot?

—Estoy destruyendo mi vida —dijo Polly—. Y estoy destruyendo también la tuya. Tener una aventura amorosa es un error para los dos.

—No es ningún error —dijo Lincoln—. No es una aventura amorosa. Es una amistad romántica de nivel superior y no al margen de la ley moral.

—Me trae sin cuidado la ley moral —dijo Polly—. Lo que me importa es la lógica del asunto. Ahora impido que encuentres a alguien a quien amar. No me gusta que seas un ermitaño, pero contribuyo y te instigo a que lo seas. Deberías reflexionar sobre por qué no quieres vivir con la persona que amas. Sabes que no podrías vivir conmigo. No creo que sea tanto que te guste la soledad como que te asuste otra cosa. Y mientras yo esté contigo no tendrás que pensar en eso.

—¿Y qué es lo que yo impido que hagas tú? —preguntó Lincoln. Seguía sentado en la cama. Habían bajado la intensidad de la voz y parecían dos niños asustados en un bosque.

—Hiciste que comprendiera que no era feliz —dijo Polly—. Me hiciste comprender cosas sobre mí y sobre mi vida. Me has dado valentía. Pero tú y yo no tenemos futuro. Eso lo sabes.

Lincoln le asió la muñeca.

—Podríamos tenerlo —dijo con vehemencia.

—No, Linky —dijo Polly—. No podemos. Piénsalo. Tú y yo cumpliríamos, pero no se trataría solo de nosotros dos. Estarían también Pete y Dee-Dee, cambiarlos de colegio, darles la cena, organizar los momentos de ver a Henry y sentarme por la noche con ellos cuando estuvieran enfermos o tuvieran pesadillas, hacerles los disfraces de Halloween, llevarlos a museos y entretenerlos los fines de semana lluviosos. Y además estaría mi familia. No se trata solo de mí. Se trata solo de mí cuando vengo aquí para estar contigo. Y luego, cuando se hace tarde, me voy a mi casa y te dejo aquí, con la soledad que deseas.

—Te quiero mucho —dijo Lincoln.

—Yo también te quiero mucho —dijo Polly—. Quiero que estés en mi vida, no puedo soportar la vida sin ti. Pero ¿es que no lo entiendes? Si no soportamos la vida sin el otro y los dos sabemos que no estamos destinados a estar juntos, entonces es que, en el fondo, hay algo que no soportamos en nuestra vida tal como es ahora. Yo te quiero y sé que tú me quieres, pero ese no es el único motivo de que estemos juntos.

—Muy bien —dijo Lincoln—. Muy bien. —Saltó de la cama, se puso la camisa y le pasó a Polly su ropa interior—. Muy bien. ¿Qué quieres? ¿Que no nos veamos?

—Creo que eso tendrá que ocurrir —dijo Polly.

—¿Podemos esperar a que me vaya? —dijo Lincoln—. ¿Podemos hacer que esa separación sea nuestra ruptura natural? Dispondremos de más de un mes para

reflexionar. En realidad es mucho tiempo.

—Deberíamos hacerlo ya —dijo Polly.

—¿Es lo que quieres? —dijo Lincoln—. ¿Lo es? ¿Ir a casa todas las noches, con Pete y Dee-Dee, y que Henry esté fuera, o trabajando hasta tarde, o trabajando en casa? ¿Quieres estar sola y rodeada por esa banda de mojigatos que llamas tu querida familia y que no puede hacer nada por ti y a la que importas muy poco salvo para que seas Polly la perfecta? ¿Quieres todo eso sin que yo esté aquí para endulzarte el proceso?

—Ya me endulzas el proceso —dijo Polly. Se puso la combinación, pero estaba demasiado alterada y se la puso al revés.

—Ven aquí, criatura —dijo Lincoln—. Lo siento. Lo siento. Ya se nos ocurrirá algo. Quizá podamos coger por el cuello esta aventura amorosa y apretar hasta que recupere la compostura y se convierta en amistad. Pienso en llevarte conmigo, Dot, pero tienes razón. Pienso en llevarte, pero en llevarte a ti sola. Ven, deja que te ponga bien la combinación.

Polly dejó que Lincoln la ayudara y se las arregló para ponerse las demás prendas sin equivocarse. Se sentó a la mesa. Lincoln fue a prepararle un café.

—¿Sabes? —dijo Polly—. Antes era una persona realmente alegre. No era optimista: no necesitaba serlo. Los optimistas auténticos apuestan por la esperanza, pero yo ni siquiera tenía que hacer eso. Como dice Martha, yo tenía las cosas importantes ganadas de antemano. No creo haber sido una niña mimada. Creo que tenía miedo de pensar. Quizá fuera solo una engreída. Tropecé contigo, pero siempre me pregunto si te estaba buscando.

—Nunca he visto a nadie buscando tanto amor como tú —dijo Lincoln.

—Quiero que me ame todo el mundo —dijo Polly—. Ahora que el genio ha escapado de la botella, nunca habrá suficiente. Bajé la guardia un segundo y mira lo que ocurrió.

—¿Qué ocurrió?

—Pasé de ser una matrona honorable a ser una mujer con una aventura amorosa. Pasé de ser una esposa fiel a ser una esposa infiel. ¿De qué más seré capaz? ¿Qué consecuencias me acarrearán el siguiente paso en falso?

—Calla —dijo Lincoln—. Te han lavado el cerebro. ¿Qué tiene de maravilloso eso de ser honorable? Te lo he dicho cientos de veces, cualquier idiota puede ir por el camino recto. ¿Tan terrible es que las cosas se te descontroren? ¿Tan espantoso es ver cosas? ¿O sentir las? ¿O que te salgan al paso en vez de estar completamente acostumbrada a ellas o tenerlas exactamente donde en teoría deben estar?

—Sí —dijo Polly—. Es terrible.

—Pues tu superanalizada amiga Martha sería la primera en decirte que lo que tienes después de haber pasado por esto es tu yo verdadero.

Al oír aquello, Polly rompió a llorar.

—Ni siquiera sé lo que significa eso que dices. Si significa que tengo que

enamorarme, engañar a mi marido, aborrecer a mi familia, a la gente que me es más querida... no es esa mi intención, Lincoln, pero últimamente me irritan mucho... No quiero sentir estas cosas, no quiero mi yo verdadero. Solo quiero mi yo de antes.

—Ya no tienes el yo de antes —dijo Lincoln—. Eres una mujer caída. Ahora ven aquí y bésame para que valga la pena.

Polly le echó los brazos al cuello y le frotó la mejilla con la suya como los gatos se frotan contra los objetos para hacerlos suyos.

—Dot —dijo Lincoln—, no me prives de ti. Hagamos de París la ruptura oficial. ¿Quieres?

—Soy una mujer caída —dijo Polly—. Apenas sabría controlarme.

—Ven a tomarte el café y di que serás mi amiga.

—Soy tu amiga, Lincoln —dijo Polly—. Te quiero.

Polly sobrecargó sus jornadas durante el mes siguiente. Salió con los niños a comprar ropa de primavera y verano, fue a comer con Martha, mandó limpiar las alfombras y cortinas, hizo poner una funda a una silla, reorganizó las estanterías de los libros, hizo cortinas para las habitaciones de los niños y preparó cinco pasteles para la subasta de libros y pasteles del colegio de Pete y Dee-Dee. Vio a Lincoln con la regularidad de siempre. Por la noche se alegraba de llevarse trabajo a casa, cosa que apenas había hecho anteriormente. Polly era responsable de coordinar, supervisar y corregir el informe de primavera para el Departamento de Educación. Por lo general trabajaba intensamente en la oficina para no tener que llevarse el maletín a casa, pero aquellos días, después de cenar, se sentaba ante su mesa, y Henry en su estudio, y los dos trabajaban.

Henry había vuelto agotado de su viaje. Parecía tan extenuado que el enfado de Polly se disipó. Le llevaba la cena a la cama en una bandeja. Le ahuecaba las almohadas. Todas las mañanas le servía el café en la cama. Pensaba que había un delicado equilibrio entre ambos y no quería romperlo. Estaban los dos tan crispados que una palabra destemplada podía precipitarlo todo.

Un marido menos absorto sin duda habría podido prestar más atención a su mujer y la tensión de mentir constantemente podría haber agotado a Polly. Pero Henry estaba demasiado cansado y preocupado para hacer muchas preguntas. Mientras cenaban hablaban de los niños, del caso judicial de Henry, del informe de primavera. Polly se decía con tristeza que esto era lo que se llamaba «dar conversación durante las comidas». Cuando veía a Henry trabajando en el estudio, comprendía el ardor con que siempre se esforzaba por complacerlo, para eximirse de sus críticas, para que él pudiera trabajar sin interrupciones. Nadie le había pedido nunca que fuera eficiente, emprendedora, que pusiera la mesa con los mejores manjares o tuviera la casa tan bonita. A Polly siempre le sorprendía que otras mujeres, que no eran tan hábiles dulcificando las cosas, cuya casa no era tan deslumbrante y cómoda, cuyos hijos no

iban tan bien vestidos, se comportaran como si también ellas merecieran amor. La casa de Paula Peckham solía estar hecha un desastre. Antes de celebrar una cena concurrida le lloraba por teléfono a Polly, que por lo general la ayudaba con los preparativos: Paula no sabía ni freír un huevo. Prestaba poca atención a la educación de sus hijos. El pequeño Joe Peckham no pronunció una palabra hasta que cumplió cuatro años y su hermano Billy, que tenía ya diez, era un pegón. A pesar de esto, Paula se presentaba como una mujer bastante feliz, y su marido, Frederick, parecía adorarla. Cuando la comida que se servía en una cena de los Peckham podía comerse, todo el mundo saltaba de alegría.

Nadie le había pedido nunca a Polly que fuera excelente ni que hiciera cosas excelentes. Más bien había sido Wendy quien la había empujado en esa dirección y ahora todo el mundo se había acostumbrado a ella. Todos se habían acostumbrado a esperar comidas espléndidas. Sus hijos sabían que su madre —a diferencia, por ejemplo, de Gwen Stern— nunca salía y los dejaba al cuidado de una canguro cuando estaban enfermos, ni siquiera cuando tenían un simple resfriado. Polly creía que bastaba hacer un movimiento en falso para que la gente nos retirase su afecto. Otras personas —sus padres, sus hermanos, Gwen Stern, Paula Beckham— tenían un encanto mágico que les permitía vivir como se les antojaba. Estos seres dotados de gracia natural existían en un plano superior. Polly, a su lado, era una bestia de carga, la que estaba siempre disponible para hacer los trabajos pesados sin quejarse.

Aquellos días, si Henry llamaba desde fuera de la ciudad y le decía a Polly que recogiese los zapatos que él había llevado al zapatero, o que buscara una carpeta de su escritorio, la metiera en un sobre y llamara a la secretaria de él para que mandase un mensajero a recogerla, Polly se ponía contenta por hacer el servicio, enfadada porque Henry se lo había pedido, alarmada por haberse enfadado y aliviada por haber estado allí para responder. Sin mí, se decía, estas cosas no podrían avanzar. Luego se decía: Pero ¿qué me importa a mí que estas cosas avancen? ¿Qué gano yo? Esta confusión de voces, esta reciente tendencia a tener cuatro reacciones ante una sola cosa, le causaba tristeza y desesperanza. A menudo pensaba que ya se había puesto de manifiesto su verdadera naturaleza. Una vez que dejó de esforzarse con tanto ahínco por ser buena, cayó la coraza y ella quedó reducida a la malhumorada, insatisfecha y no muy simpática persona que todas las rígidas especificaciones con que había sido educada le habían impedido ser. Y lo peor de todo, que el paso que la alejó de la docilidad despertó su resentimiento hacia los que más cerca tenía.

Pero por la noche, cuando Henry se acostaba a su lado, Polly solía despertar de su duermevela y, antes de que las complejidades de su vida contemporánea pudieran desplazar sus emociones, lo único que sentía era amor por él. Echaba de menos a su marido. Yacían el uno al lado del otro, o apretados; su conexión física era muy fuerte. Pero ¿qué más daba? ¿Qué importancia tenía gobernar sin complicaciones una casa, hacer buenas comidas, tener niños cariñosos y un marido admirable si sentía el corazón hecho pedazos? Cuando estos pensamientos la despertaban en mitad de la

noche y le producían los primeros insomnios que había tenido en su vida, se decía a sí misma que era una mala mujer, malcriada y egoísta, que lo quería todo. ¿Dónde había fallado? Las cosas que deseaba, las cosas que tenía y las cosas por las que trabajaba no casaban entre sí. Se sentía una extraña en su propia vida, una forastera entre las cosas que había creado y una marginada de su propio corazón.

Llegó el día temible. Era la última tarde que Polly y Lincoln iban a pasar juntos. Iba a ser una separación en serio. Las reglas estaban claras; nada de cartas, nada de telegramas, nada de llamadas telefónicas. Su misión era reflexionar y meditar, cada uno por su lado, qué hacían juntos, entender que no tenían futuro e idear lo que debían hacer. Aunque Lincoln no hubiera tenido que ir a la exposición individual, decía Polly, la separación era inevitable.

Polly esperaba inquieta mientras Lincoln hacía el equipaje.

—Deberías llevarte más ropa, Linky —dijo—. Con eso no tendrás ni para una semana.

—No me marees, Dot. Detesto la ropa.

—Llévate por lo menos el otro jersey azul.

—Detesto los jerséis. Detesto el azul.

—Lincoln, no puedes ir solo con unos zapatos. Llévate las botas.

—Detesto esas botas.

Los dos estaban abatidos. Polly había llorado tanto que se sentía deshidratada. El llanto juvenil es una cosa y el llanto adulto otra muy distinta. Las lágrimas de la juventud son limpiadoras, como las siestas o las duchas tonificantes. Una buena llorera hace que el joven que sufre sienta que se ha conseguido algo. Las lágrimas de la edad adulta dejan a la víctima seca y agotada. Dejan los ojos escocidos. Dejan a su paso un dolor bajo las costillas y en la frente. Polly había llorado aquella mañana en la ducha, tras la puerta cerrada de su despacho, en el taxi y en la camisa de Lincoln. Lincoln también tenía lágrimas en los ojos.

—Estás llorando —dijo Polly.

—No, no es verdad —dijo Lincoln—. Es que anoche no dormí y estoy muy cansado. Son lágrimas fisiológicas, no emocionales.

—Granuja —dijo Polly—. Admite que te sientes muy mal.

—¿Saberlo te hará feliz? —dijo Lincoln—. Me muero de tristeza.

Polly se puso a pasear mientras Lincoln seguía haciendo el equipaje. Se paseaba y toqueteaba cosas: era lo nunca visto. Polly era la persona menos fisgona que Lincoln había conocido. Cogió de la mesa el anuncio de una inauguración en el Museo de Arte Contemporáneo.

—Esto me suena —dijo—. ¿De qué conozco el nombre de Fred Train?

—Porque tus padres tienen un Fred Train y tu hermano Paul, otro.

—A veces no sé dónde tengo la cabeza. Claro que sé quién es Fred Train. Mis

padres tienen ese pequeño óleo de seis botellas azules y Paul una litografía de tres niños, tres cuchillos y tres corazones. ¿Lo conoces personalmente?

—Fred Train —dijo Lincoln— es un pintor bajo, calvo y que viste con ropa muy cara. Está muy codiciado entre los ricos, pero solo entre los ricos más simpáticos. Tu madre sin duda lo calificaría de trepa, pero tu madre piensa que todo el que quiere conocerla a ella es un trepa. Te apuesto dos centavos a que tus padres van a esa inauguración, y todos sus amigos también.

—¿Cuándo es? —dijo Polly.

—Esta noche.

—Esta noche —dijo Polly—. ¿Qué hay esta noche? Creo que tenemos que cenar con mis padres... naturalmente, después de la inauguración. Lo he olvidado todo, completamente. Creo que también nosotros tenemos que ir. No creo que pueda soportarlo. Tú no estarás allí, ¿verdad que no, Lincoln?

—Quizá sí, quizá no —dijo Lincoln—. Seguramente iré. Me sentará bien verte por última vez en medio de tu perfecta familia. Repasa el catálogo. Es un buen pintor, aunque nunca entenderé por qué pone a sus cuadros esos títulos tan idiotas.

Polly los leyó en voz alta:

—«*Naturaleza muerta en medio de la nevasca, luego bajo la aguanieve y luego metamorfoseada en figuras prisioneras de la niebla*», «*Un cajón de huevos de pavo y un plato rojo, azulados mientras la noche altera la manifestación de la luz*».

—Siempre he creído que serviría para hacer juegos de mesa —dijo Lincoln—. Coges una gran pintura, inventas uno de esos títulos y dices a tus amigos que adivinen qué es. Por ejemplo, «*Chica intacta en bata azul, niño morado y hombre con bastón esperando en mitad del viaje*».

—*Pausa en el vuelo a Egipto* —dijo Polly. Era uno de los cuadros favoritos de Lincoln.

Lincoln había terminado de hacer el equipaje. Su pequeña maleta de piel estaba debajo de la cama. La luz del estudio era plateada y lúgubre. Cuando miró a Polly, su cara era un libro abierto. Todo lo que sentía estaba en ella.

—Ven aquí, Dora mía —dijo—. No me importa lo mal que te sientas. No me importa si es la última vez que estamos juntos. Ven y métete en la cama conmigo. Quiero tenerte cerca.

Los dos eran limpios por costumbre y carácter. Doblaron la ropa y la colgaron en el respaldo del sillón. Lincoln tenía las manos frías. A Polly le ardía la piel. Fueron al encuentro del otro como personas que han sido privadas de amor durante siglos. Por la cara de Polly corrían las lágrimas. Los ojos de Lincoln estaban tristes y llenos de nostalgia. Se acostaron abrazados y sin hablar, sin que hubiera ni un milímetro de espacio entre ellos.

No bien entró Polly en la cocina, el teléfono empezó a sonar.

—Cariño —dijo Wendy—. ¿Quieres venir a recogerme o nos vemos en la inauguración?

—Es que no voy a ir, mamá —dijo Polly—. Estoy muy cansada y Henry también estará agotado.

—Acaba de llamarme —dijo Wendy—. Los dos hemos estado buscándote toda la tarde. Por cierto, ¿dónde estabas?

—Tenía mil cosas que hacer.

—Henry se reunirá con nosotros allí. Irá con tu padre. Debemos apoyar a nuestro pintor local y me gusta esa simpática Judith Train... se llama así, ¿no?

—Edwina —dijo Polly.

—Luce unos vestidos muy interesantes, ¿no crees? Lo pasaremos estupendamente. ¿Quién se queda con los niños?

—Pete está en casa de Willie Jackson y a Dee-Dee la han invitado a quedarse en la de Jane Rosenman.

—Conozco a su abuela —dijo Wendy—. Una mujer maravillosa. Pero no me gusta la idea de dejar a los niños en casa de otros, Polly. Yo nunca os dejé en casa de nadie.

—Por el amor de Dios, madre. Yo estaba siempre en casa de Annie Talbot y Henry vivía prácticamente en la de Danny Sanderson.

—Eso no es verdad, en absoluto —dijo Wendy.

—Es verdad —dijo Polly.

—Pues si los niños están fuera, no entiendo por qué no quieres venir a la inauguración. Pareces un poco alicaída. ¿Estás indispuesta?

—Estoy perfectamente —dijo Polly—. Lo que pasa es que no quiero ir. Estoy hecha polvo. He tenido muchísimo trabajo.

—Pero cariño, vamos a ir todos —dijo Wendy—. Tú también debes ir. Si el trabajo te agota tanto, quizá debieras pensar en dejarlo.

—Muy bien, muy bien —dijo Polly—. Te recogeré a las siete.

—Duerme un rato, cariño, estarás de mejor humor. Hasta las siete entonces. Ponte guapa.

Henry llegó a casa a las seis. El corazón de Polly se encogió al verle la cara. Había en ella preocupación, actitud defensiva y agotamiento. Venía a decir: no me hagas preguntas. No me preguntes cómo me ha ido el día. Déjame en paz pero no te vayas muy lejos.

—¿Te apetece beber algo? —dijo Polly.

—No —dijo Henry.

—Pensaba que irías a recoger a mi padre —dijo Polly.

—Decidí pasar antes por casa. Lo he llamado. Nos reuniremos allí.

—¿De veras quieres ir?

—Dije que iría —dijo Henry.

—¿Quieres darte un baño?

—No, solo afeitarme. ¿Los niños duermen fuera?

—Pete en casa de Willie y Dee-Dee en la de Jane. Mi madre me ha echado un sermón sobre el tema de dejar a los niños en casa ajena.

—¿En serio? Creo que voy a tomar algo, Polly. Unos dedos nada más. Ha sido un día terrible.

Colgó la chaqueta y se dirigió al cuarto de baño. Cuando Polly le llevó la bebida, estaba sentado en el sofá. Se había quitado la camisa y llevaba una toalla alrededor del cuello. Polly dejó el vaso en la mesa. Debajo había un posavasos y debajo del posavasos una servilleta de lino.

—Gracias, Pol —dijo Henry sin mirarla.

—Henry —dijo Polly—. ¿Estás enamorado de otra?

—Por el amor de Dios, Polly. No.

—No me has besado al llegar —dijo Polly. Tenía la voz áspera. Henry se puso en pie y la besó en la mejilla.

—Ah, Henry —exclamó—. Ya no te hago feliz. Creo que ya no me quieres.

—Te quiero mucho, Polly —dijo Henry, acariciándole el hombro—. Creo que soy yo quien no te hace feliz a ti. Y en el trabajo lo paso fatal. —Polly le echó los brazos al cuello y lo estrechó contra sí durante un minuto. Henry acabó quitándose del cuello los brazos de ella—. Voy a afeitarme —añadió—. Vístete.

La exposición de Train se celebraba en las salas inmaculadamente blancas del Museo de Arte Contemporáneo. La muchedumbre de admiradores olía a tabaco, a perfume caro, a pieles, a peluquería. La familia de Polly atravesó la multitud con la solidez y efectividad de una formación militar en cuña. Como de costumbre, todos los miembros iban tras el guía de cabeza, sin excluir a Henry el Joven ni a Andrey, que vestían sendos trajes gris carbón. Henry llevaba corbata y Andrey, blusa de seda con lazo. Beate llevaba un vestido premamá de seda verde y pendientes de oro del tamaño de medio dólar, y más que parecer embarazada, daba la impresión de empuñar un escudo. Polly vestía de seda negra, lo mismo que Wendy. Estaban y recibían juntos, como si estuvieran en una boda familiar. Los Solo-Miller no fueron a felicitar a Fred Train, sino que fue el pintor quien se acercó a saludarlos.

Fred Train era tan pulcro y definido como una miniatura china, aunque miraba con tanta fijeza que parecía capaz de quemar el papel. La cúpula de su calva cabeza reflejaba las luces indirectas. Henry Demarest le susurró a Polly: «¿Qué crees que se pone, cera o laca?».

Wendy, como es lógico, llamaba Judith a su esposa Edwina. Era guapísima y tenía la dentadura pequeña, como la de una zorra. Polly no podía quitarle los ojos de encima. Tanto él como ella llevaban una ropa tan sencilla, hermosa y cara que

parecían una caricatura de la sobriedad. ¿Quién les confeccionaría aquella ropa tan espléndida?, se preguntaba Polly. Parecían banqueros de vacaciones o gánsteres respetables.

Hacía frío en las salas del museo, pero Polly se abrasaba. Todos los miembros de la familia hablaban entre sí. Henry Demarest hablaba con Henry el Viejo, y Wendy hablaba con Fred y Edwina Train. Henry y Andreyra siempre hablaban entre ellos, y Paul y Beate estaban rodeados por un grupo de individuos altos y bien vestidos que Polly identificó como colegas de profesión de Paul y amantes de la música sinfónica. Esto la dejaba en libertad de vagar por las salas mirando los cuadros. Vio a Lincoln por el rabillo del ojo. Supo cuándo había entrado en la sala porque sufrió un ligero sobresalto, el respingo que se da cuando suena un timbre. Toda ella se puso en tensión. Las manos le ardían. La copa de champán que llevaba en la mano parecía temblar. Los dos entraron en la sala principal al mismo tiempo y Polly advirtió que en su cara había una sonrisa malvada y terrible. Fue derecho hacia Wendy.

—Hola —dijo, dilatando la sonrisa—. Soy Leonard Barton.

—No es verdad —dijo Wendy—. Usted es Lincoln Bennett. Esta vez he acertado, ¿verdad? —Parecía muy satisfecha de sí misma.

Lincoln estrechó la mano de Henry el Joven y besó a Andreyra en la mejilla.

—Hola, Polly —dijo. El sonido de su nombre familiar, que Lincoln no pronunciaba nunca, le sentó como una caricia. Lincoln estrechó la mano de Wendy y de Henry el Viejo, y fue presentado a Henry Demarest por Wendy. Luego, sinuosamente, se introdujo en la formación Solo-Miller y se situó junto a Polly. Todos tenían la espalda vuelta hacia algún otro y Polly y Lincoln habían acabado juntos. Cualquiera se daría cuenta, pensó Polly, de que Lincoln y yo tenemos una aventura. Es tan evidente que salta a la vista y todo el mundo lo sabrá. Pero nadie les prestaba la menor atención. Henos aquí, pensó Polly, en vísperas de una terrible separación, rodeados de Solo-Miller por todas partes.

—Tenía que verte por última vez —dijo Lincoln—. Pero resulta horrible verte y ver lo perfectamente que encajas.

Polly guardó silencio.

—No debo escribirte, ¿verdad? —añadió Lincoln.

—No —dijo Polly, tragando saliva.

—¿Podré llamarte cuando vuelva?

Polly no dijo nada. Le ardían los ojos.

—Muy bien, Dot —dijo Lincoln—. Cuando vuelva te mandaré una nota. Todo lo que dijiste hoy era verdad, pero eso no facilita las cosas, ¿no crees?

—No —dijo Polly.

—Daré una vuelta por la exposición y luego me iré —dijo Lincoln—. Mira todos estos tópicos, ¿quieres? Yo voy a rendir homenaje a *Dos patatas de Idaho con conflictos conyugales*. Mi avión sale por la mañana, pero eso ya lo sabes. Te quiero, Dot, y si tú me quieres, apriétame la mano con todas tus fuerzas. No te ruborices,

nadie nos está mirando.

Polly le apretó la mano hasta que no pudo más.

—Joder —dijo Lincoln—. No te he dicho que me la rompieras.

—Así de intenso es mi amor —dijo Polly.

—Adiós, Dottie.

—Adiós, Lincoln —dijo Polly, y lo vio alejarse.

Hora y media después, la familia se retiró en bloque de la inauguración y fue a La Vauclose, un restaurante del que todos se sentían propietarios. Henry y Wendy eran clientes habituales desde hacía treinta años. Era el escenario de los únicos actos familiares que celebraban fuera de casa: banquetes de cumpleaños, fiestas de bienvenida, fiestas de fin de estudios. Dado su carácter, estos actos no eran endogámicos —no eran rituales ni fiestas familiares— y por eso los celebraban en público.

Nada más sentarse se pusieron a chismorrear.

—Tú y ese Lincoln Barton parecéis muy amigos —le dijo Wendy a Polly. Polly guardó silencio.

—Es amigo nuestro, mamá, venía con nosotros a volar cometas —dijo Henry el Joven—. ¿No te acuerdas? Íbamos al mismo colegio, aunque es mayor que yo. Es pintor.

—¿Es amigo de los Train? —dijo Wendy—. Seguramente no. Parece que ellos solo conocen a banqueros y abogados.

—Los pintores no tienen por qué ser amigos de otros pintores —dijo Polly.

—Seguro que tienes razón, cariño, pero se diría que un pintor querría conocer a otro pintor.

—En la actualidad cuesta distinguirlos de los banqueros —dijo Henry Demarest—. Todos llevan la misma ropa.

—Yo creo que Fred Train es un poco *louche* —dijo Polly.

—Ni hablar, cariño —dijo Wendy—. Con esa cabeza reluciente y esos dientecitos afilados tiene un aspecto totalmente siniestro, pero estoy segura de que son buena gente. Sus hijas van a tu antiguo colegio, Polly. Hablaron mucho de eso. Yo creo que un pintor debería hablar de arte. Pero fíjate, tu tía Hat quiere hablar de pintura noche y día, y cuando conozco a un pintor de verdad, de lo único que quiere hablar él es de nuestros conocidos comunes. No lo entiendo. Su trabajo es hablar de arte, y más con personas que tienen obras suyas. Andrey, por favor, pon recto a Henry. No soporto ver a ninguno de mis hijos con la espalda encorvada.

—No encorvo la espalda, mamá —dijo Henry el Joven—. Estoy inclinado. ¿Dónde están Paul y Beate?

—En su casa —dijo Wendy—. Beate dijo algo sobre que los locales con humo y las comidas con mucha grasa envenenaban al feto. ¿Verdad que es un encanto?

—Cuando Polly y yo estuvimos embarazados —dijo Henry Demarest—, íbamos a lugares con humo, alcohol, comidas con mucha grasa y toda la parafernalia. ¿Habéis visto algún defecto en Pete o en Dee-Dee?

—Paul y Beate se preocupan demasiado, eso es todo —dijo Wendy.

—Yo creo que Paul y Beate hacen el ridículo —dijo Polly.

—¡Polly! —exclamó Wendy—. No deberías ser tan crítica. Solo son futuros padres con cierta edad que están nerviosos.

—A mí ella me sirvió una comida asquerosa —dijo Polly— y en ningún momento me preguntó qué sentí ni cómo me fue cuando tuve a Pete y a Dee-Dee. A fin de cuentas, yo he tenido dos hijos y ella no tiene ninguno todavía.

—Cariño, es su forma de ser y nada más —dijo Wendy con su tono de advertencia.

—Es una plasta —dijo Polly, utilizando una de las expresiones favoritas de su padre.

—Cariño, estás cansada —dijo Wendy—. Bueno, ¿qué comemos?

No fue necesario consultar la carta. Todos pedían siempre lo mismo. A Andreya le sirvieron un plato de verduras al vapor con mahonesa verde; Wendy y Polly tomaron el salmón; Henry el Joven, el solomillo de buey; y Henry Demarest, el especial. Henry el Viejo siempre afirmaba que quería chuleta de ternera, pero que el camarero, que le servía desde hacía muchos años y lo conocía tan bien como su médico, lo convencía de que no lo hiciera. Sabía que Henry el Viejo quería los medallones. También lo convenció de que no probara el vino que había pedido y bebiera el que realmente deseaba. Después de eso, la familia quedó satisfecha. Se habían llevado a cabo todos los ritos de rigor.

La conversación volvió entonces a Paul y Beate. Salió a relucir la cuestión de tener gemelos en la familia. Henry el Joven dijo que tener tantos sobrinos iba a dejarlo en la ruina cuando llegara la Navidad.

—Ellos solo tendrán un tío como yo y yo tendré cuatro como ellos —dijo.

—Regálales todas tus bonitas cometas y maquetas de avión —dijo Wendy.

Polly apenas pudo probar bocado. De súbito se sintió muy cansada y muy triste. Quería estar sola, a solas, en el estudio de Lincoln, para poder llorar a moco tendido y arrojarle luego encima de la almohada de él, que estaría impregnada de su olor. La familia esperaba que aquellas reuniones la alegrasen, pero Polly no tenía alegría. Por el contrario, tenía una piedra en el corazón. Andreya no hablaba. Henry el Joven gruñía o hacía otros ruidos groseros. Henry el Viejo guardaba un silencio imperial. Lo normal era que Polly mantuviera viva la conversación. Henry Demarest también era hábil en este cometido, pero como Henry se ausentaba con frecuencia, la responsabilidad recaía en Polly por costumbre.

¿Dónde estaría Lincoln en aquel momento? ¿Habría encontrado en la inauguración a alguno de sus escasos amigos y se habría ido con él a cenar fuera? ¿Habría sido localizado por algún conocido y arrastrado a algún restaurante? A

Lincoln no le gustaba dejarse ver en público. Le había contado a Polly que las pocas veces que había salido, había tomado unos vinos de más y se había portado de un modo indebido. Se había enfadado o se había puesto hosco. Afirmaba haber dicho barbaridades a la gente. Polly nunca había visto aquella faceta de Lincoln. Se esforzaba por imaginarla, pero no podía. Era innegable que ambos veían los mejores aspectos del otro. Pero en aquel momento Polly estaba demasiado cansada para pensar en las realidades de la vida de Lincoln. ¿Y si odiaba a los niños? ¿Y si su fijación con la soledad tuviera ribetes neuróticos? ¿Y si nunca pudieran estar juntos? Estar sin él durante tanto tiempo era tan terrible de afrontar que no sabía si llegaría a soportarlo.

Se puso en pie.

—Me voy a casa —dijo. Sabía que era un comportamiento muy anormal por su parte, pero no podía contenerse.

—Cariño —dijo Wendy alarmada—, ¿te encuentras mal?

—No, solo estoy cansada —dijo Polly—. De veras, mamá. No me pasa nada. Pero creo que me va a dar algo si no me voy inmediatamente. No puedo tener los ojos abiertos.

—Yo te llevaré —dijo Henry.

—No, por favor —dijo Polly. Empezaba a sentirse trastornada. Nunca había querido estar sola con tanta ansia—. Ni siquiera has empezado a comer. Que Andreya se lleve mi salmón y se lo dé a Kirby.

—Polly, esto no está bien —dijo Wendy—. Henry, por favor, llévatela a casa.

—No quiero que me lleve Henry —dijo Polly, que estaba a punto de llorar—. Tomaré un taxi y me iré directamente a casa. He tenido un día terrible, eso es todo. Me duele la cabeza. Lo único que quiero es acostarme.

Nadie estaba acostumbrado a que Polly tuviera un día terrible.

—Cariño, ¿estás segura de que no quieres que Henry y tu padre o yo te acompañemos? —dijo Wendy.

—No pasa nada —dijo Polly—. Quiero que cenéis bien. Pero estoy tan cansada que no me tengo en pie. Me sentiré perfectamente estando sola.

Por la cara que ponían todos los presentes, saltaba a la vista que todos pensaban que pasaba *algo*. La miraban como si Polly acabara de anunciar que había asesinado a sus hijos e iba a prender fuego a su casa.

—Cariño, por favor —dijo Wendy con inquietud.

Henry acompañó a Polly a recoger el abrigo. Era evidente que Polly los había alterado a todos, pero no podía evitarlo. Se sentía demasiado despojada para permanecer en la mesa un minuto más. Salieron a la calle para parar un taxi. Polly se estremeció. La cara que ponía Henry era terrible, a pesar de lo cual la rodeó con el brazo.

—¿Seguro que no quieres que vaya contigo? —dijo Henry.

—Estoy bien —dijo Polly—. Estoy perfectamente. Solo estoy cansada, eso es todo. Quédate y entreténlos.

Cuando se acercó el taxi, Henry la sujetó por el brazo. Apretó con mucha fuerza. Polly lo miró a los ojos, ojos perplejos, asustados y preocupados.

—Oh, Polly —dijo Henry con tristeza.

—Estaré perfectamente —dijo Polly. Henry la besó en la frente. Polly subió al taxi y este se alejó.

TERCERA PARTE

Once

Todos los años, al comenzar la primavera, Wendy y Henry hacían planes para ir a Priory Lagoon y abrir la casa estival, y aquel año arreglaron las cosas para llevarse a Pete y a Dee-Dee a pasar el fin de semana. Les gustaba poner todo en orden mucho antes del estío y les gustaba pasar en Maine algún que otro fin de semana frío y primaveral.

Polly había pasado los veranos de su infancia en la casa de Priory, al igual que su padre y, antes aún, el padre de su padre. Era una quinta de madera, grande, de forma extraña, con la laguna delante y bosque a ambos lados. Como nadie quería talar árboles para construir, Polly y Henry alquilaban un chalecito situado muy cerca, también a orillas de la laguna y propiedad de una anciana que había prometido vendérsela a ellos antes de morir. A Polly le encantaba la posibilidad de que sus hijos tuvieran una infancia como la suya y esperaba que Pete y Dee-Dee también llevaran a sus hijos a Priory. En cuanto a Henry Demarest, Maine le recordaba sus veranos infantiles en Wisconsin, con muchos pinos y agua fría.

Henry estaba otra vez de viaje y no volvería el fin de semana, así que Polly iba a estar totalmente sola por primera vez, después de tantos años. Al principio le atrajo la perspectiva. Pensó en los paseos que daría, en las veces que comería a solas y en el montón de libros que tenía junto a la cama y que quería leer; en que no tendría que preparar desayunos; en que dormiría hasta tarde. Pero conforme avanzaba la semana y se puso a hacer el equipaje de Pete y Dee-Dee, empezó a darle vueltas a la situación. La idea de volver el viernes a una casa vacía, con un largo y solitario fin de semana por delante, le dio pánico. No habría nadie que la necesitara o la solicitase, nadie a quien ayudar o servir, ni ruido ni interrupciones.

Cuando le expresó este miedo a Martha, Martha, inmediatamente, la invitó a cenar el sábado por la noche.

—También puedes venir el viernes —dijo Martha—. Sé exactamente cómo te sientes.

Polly reflexionó aquella noche sobre el fin de semana que le esperaba. Los niños se irían el viernes por la mañana y Polly iría a la oficina. Este plan le dejaba libre la noche del viernes. Si el sábado iba a cenar a casa de Martha, prepararía un postre especial. Así ocuparía la mañana del sábado yendo de compras y por la tarde trabajaría con el horno. Lo que realmente echaba de menos era una amiga, una mujer de su edad con la que ir a comer. La idea de llamar a Mary Rensberg flotó ante ella.

Si llamaba a Mary, ¿lo encontraría Mary extraño? Y si iban a comer, ¿de qué hablarían? Al día siguiente, a mediodía, cuando estaba en la oficina, respiró hondo y marcó su número.

—Antigüedades Rensberg.

—¿Está la señora Rensberg? —dijo Polly.

—No. Lo siento. Está en Brasil. ¿Quién llama?

—Soy Polly Demarest.

—¡Ah! ¡Polly! ¡Válgame Dios! Soy Mary. Es que me escondo de los clientes. Hace siglos que no oigo tu voz. ¿Cómo estás? Acabo de recibir unas mesas preciosas, si es que llamas por eso.

—Te llamo para saber si podríamos comer juntas el sábado.

—El sábado. El sábado. Deja que mire. Creo que me viene bien. ¿Por qué no te pasas por la tienda y comemos aquí? Me muero por oírlo todo sobre Paul y Beate. Qué bien que me hayas llamado.

Polly colgó, aliviada y sin fuerzas. ¡Qué fácil había sido! La gente normal hacía aquellas llamadas todo el tiempo, pero Polly no se consideraba normal en este sentido. Era lo más sencillo del mundo y a nadie le parecía extraño. ¿Por qué no lo había hecho todos aquellos años? ¿Por qué no se había decidido antes a trabar amistad con Mary? ¿Realmente le habría molestado a Paul o era algo que Polly había preferido imaginar?

El viernes por la noche Polly volvió a una casa vacía. En una ocasión más dichosa, habría saboreado el hecho de estar sola. Se habría preparado una abundante ensalada de anchoas —Henry detestaba las anchoas— y cebolla roja, y habría leído mientras comía. Se habría bebido el aliño directamente del plato y seguramente habría cogido el berro con los dedos. Luego se habría preparado un café abundante y habría pasado horas leyendo, haciendo pequeñas faenas, sorbiendo el café y sintiéndose muy a gusto. Pero no podía negarlo: tenía miedo de lo mal que se sentía.

Se esforzó por olvidarlo, pero no lo consiguió. Se dirigió al escritorio y abrió el cajón en cuyo compartimento del fondo guardaba las cosas de Lincoln. Tenía un pequeño cuaderno con diez bocetos de ella. Tenía un par de pendientes de oro que le había regalado él, las postales tontas que le había mandado a la oficina y el alfiler de plata que Lincoln había conquistado en la academia de bellas artes. Polly le había regalado una medalla de oro de san Cristóbal que Lincoln nunca se quitaba; una foto de cuando era pequeña, con marco de esmalte, que Lincoln le había pedido; y un vaso de cerámica que Polly había hecho de niña en la escuela y que Lincoln utilizaba para guardar pinceles.

¡Cuánto sabían el uno del otro! No había amistad, incidente en la historia personal ni broma ni referencia que les resultara ajeno. Conocían la vida del otro al dedillo. Las aventuras amorosas, la vida conyugal, la familia, estas cosas se construían como las casas o los cuadros. Ellos se habían construido. Polly había abierto el cajón únicamente para tocar cosas que Lincoln había tocado, pero lo echaba de menos de

un modo demasiado lacerante para consolarse con ellas. No quería las cosas: lo quería a él.

El papel de esposa de Henry, el de madre de sus hijos, el de hija, el de hermana, el de amada de Lincoln caían al suelo como si fueran pesadas ropas ceremoniales. Y ella salía de ellos ligera, solitaria y sin funciones.

No había nadie a quien pudiera recurrir en busca de ayuda y la culpa era suya. Su orgullo, su imagen de sí misma como persona que no debía tener necesidad de buscar ayuda se lo impedían.

No sabía a quién echaba más de menos. Esta incertidumbre le hacía sufrir; ¿de veras echaba de menos a alguien o era que no soportaba estar a solas consigo misma? Era una madre incompetente. Cada cosa que hacía por sus hijos —arroparlos en la cama, coserles botones, hacerles natillas, cuidarlos cuando estaban enfermos, reír ante las cosas maravillosas que decían— era una farsa, porque en su corazón ella estaba corrompida.

En cuanto a Henry, ahora que estaba fuera, ella se daba cuenta de que en cierto modo siempre estaba fuera. Esta apercepción encolerizaba a su corazón adulto. Su corazón infantil se decía: si me amara, no se alejaría.

Si dejamos que en la superficie de las cosas aparezca una ínfima grieta, cabe la posibilidad de que se introduzca por ella cualquier sustancia unicelular y la ensanche poco a poco, imperceptiblemente. Una mañana despertaremos y la casa entera estará resquebrajada. Polly tenía la sensación de haber despertado de un sueño confortable y haberlo encontrado todo —Henry, su familia, su lugar en ella, el sentido de sí misma— completamente torcido.

Fue a la cocina, se sentó a la mesa y ocultó la cara entre las manos. Echar de menos a Lincoln le producía una sensación física, como un dolor que quita el aliento.

—No debo permitir que esto se me escape de las manos —dijo en voz alta—. Debo seguir haciéndome reproches. Tendría que hacer algo. —Pero no había nada que hacer. Su ordenada casa estaba en perfecto orden.

Se preparó unos huevos revueltos y un té. No tenía sentido leer nada serio: apenas podía concentrarse. Hojeó tres revistas y el periódico matutino con asombrosa rapidez, reflexionando con tristeza que el tiempo es enemigo de la persona angustiada. Dos cosas temía: un telefonazo de su madre y otro de Henry. Para adelantarse a la primera llamó a Maine.

—Hola, cariño —dijo Wendy—. Hace frío por aquí. Hemos ido a cenar al Clam Box de Ronnie y los niños se han acostado hace una hora.

—El local de Ronnie ha abierto pronto este año —dijo Polly.

—Dicen que su mujer lo ha dejado —dijo Wendy—. Él tiene un aspecto horroroso. Tiene ayudándolo en la cocina a esa simpática hermana suya, Denise, que está casada con Vern, el de la gasolinera.

—Mamá, Denise es su mujer —dijo Polly—. Y es hermana de Vern. La hermana de Ronnie se llama Dianne.

—Cariño, no esperarás que recuerde todas esas cosas tal como son. Ya sabes que tu padre y yo pensamos que deberías venirte con nosotros. No tienes nada más que hacer.

—Estoy bien donde estoy —dijo Polly—. Para mí es un pequeño periodo de vacaciones. Y tengo muchas cosas que hacer.

—Pero, cariño —dijo Wendy—, podrías haberte venido con nosotros. ¿Qué vas a hacer ahí totalmente sola?

—Mañana como con Mary Rensberg y Martha me ha invitado a cenar.

—¿Quién es Martha? —preguntó Wendy.

—Martha Nathan, mamá. De la oficina. Ya te he hablado de ella.

Hubo una breve pausa que indicó a Polly que comer y cenar con amigas no eran asuntos importantes para Wendy.

—Y a propósito de esa Mary Rensberg —dijo Wendy—. ¿De dónde ha salido ahora?

Polly no supo qué decir y era reacia a confesar que la invitación había sido suya.

—Nos encontramos por casualidad en la calle —mintió.

—Mmmm —dijo Wendy—. ¿No te parece una actitud poco elegante? A fin de cuentas, tu hermano le dio calabazas.

—No le dio calabazas, madre. Mary nunca se habría casado con él.

—Pues claro que se habría casado con él, cariño —dijo Wendy—. Mira en qué ha acabado. Charlie no habría podido vivir decentemente con ella. Al fin y al cabo, esa mujer solo tiene una tiendecita.

—Es una tiendecita muy rentable —dijo Polly—. Henry y Andreyra le compraron una mesa magnífica.

—No me extraña. Con el dinero que sacaron vendiendo los excelentes muebles del abuelo.

—Creo que a Mary le va muy bien —dijo Polly—. Y créeme, nunca se habría casado con Paul.

—Seguro que te equivocas —dijo Wendy—. Creo que se moría por entrar en la familia para exhibir a esos horrendos Rensberg.

—Que no —dijo Polly—. Es igual. ¿Hay mucho barro por ahí?

—Hace sol, un día espléndido y frío, pero no hay barro. Tu padre irá mañana a que arreglen el bote y llevará a los niños a dar un paseo por la laguna. ¿Y tú? ¿Irás esa amiguita tuya a cenar contigo mañana por la noche?

—No —dijo Polly—. Yo iré a su casa.

—Bueno, cariño —dijo Wendy—. Estoy convencida de que lo pasarás muy bien el fin de semana, pero deberías venirte aquí con nosotros.

Una hora después sonó el teléfono. Polly miró el reloj. Era demasiado pronto para que fuera Henry, que siempre llamaba tarde. El corazón le dio un vuelco: podía ser Lincoln. Pero era una equivocación. Ojalá pueda resistir hasta las diez, se dijo Polly. Irse a la cama tan pronto era indicio de que pasaba algo horrible, pero era del todo

normal que una persona cansada se acostara a las diez. Apoyó la cabeza en la mesa de la cocina y se echó a llorar. Lo único que quería era que Lincoln la llamara, aunque a él le había dicho que no lo hiciera. Y si llamaba, eso significaría únicamente que los dos se echaban de menos, y eso no estaba bien. Era el cuento de nunca acabar.

Ya en la cama, estaba demasiado inquieta para dormir. Los miembros le ardían. También le ardía la cabeza. Es posible, pensó, que Henry sea la persona ideal para mí, la persona a la que amo, pero aun así, nunca más volveré a ser feliz con él. Y, si no puedo, o es culpa mía o culpa suya. No sirvo para arreglar cosas. Además, no sé qué es lo que hay que arreglar. ¿Realmente he amado a Henry alguna vez o es que era un pretendiente tan ideal que ni siquiera me lo planteé en su momento? A lo mejor él se siente igual en relación conmigo. Puede que yo no sea la mujer que más le gusta, sino solo la persona que mejor encaja en su idea de esposa. Supongamos, se dijo, que la verdad desnuda sea que yo he venido esforzándome por independizarme de mi familia y Lincoln ha sido solo el instrumento secreto para conseguirlo. Puede que no quiera a ninguno de los dos por motivos desinteresados. Puede que la verdad sea que soy tan caprichosa, tan engreída y tan afortunada que nunca he tenido que pelear para tener lo que quiero. Puede que nunca haya querido nada de esto. Puede que solo sea capaz de pensar lo que me han inculcado.

A la deriva en su desasosiego, cayó en un sueño ligero y no reparador que fue interrumpido por los timbrazos del teléfono. Era Henry, a quien no le gustaban los teléfonos y detestaba usarlo para cotorrear. Lo cual era muy oportuno. Polly estaba demasiado mareada para hablar. Preguntó a Henry cómo estaba y Henry respondió que cansado. El caso marchaba muy bien. Volvería a casa en algún momento del domingo y no hacía falta que Polly se preocupara. Cenarían fuera.

En vez de quedarse dormida, estuvo repasando la llamada de Henry. ¿De qué servía llamar a una persona si solo le decíamos que estábamos muy cansados? ¿Qué objeto tenía estar casado con alguien si en ningún momento le preguntábamos cómo estaba? La clase de matrimonio que conocía Polly se basaba en la familia, en la fundación de una familia, en mantener unida a la familia, en acontecimientos, circunstancias, ocasiones, celebraciones familiares. Tenía que ver con la lealtad, la unidad y la fuerza. Tenía que ver con los bienes y servicios familiares. Polly se sentía como un juguete mecánico que ejecutara sus funciones con desenfreno. ¿La amaba alguien por sí misma? Si nunca volviera a cocinar, si no hiciera más encargos, si no recordara más platos favoritos o antojos extraños, si no escuchara con paciencia ni un segundo más, ¿seguiría necesiéndola alguien? ¿La querría Henry?

El fin de semana se extendía ante ella ominosamente. La idea de comer con Mary Rensberg ahora la intimidaba. ¿Cómo iba a verse con una persona prácticamente desconocida con aquellos temblores? ¿Y si perdía el dominio y se venía abajo delante de Mary? ¿Qué explicaciones daría? De lo único que tenía deseos era de cenar con

Martha Nathan. Así era la vida. Si estábamos asustados o nos sentíamos solos, planeábamos una cena en grupo. Había que elaborar un menú, ir a comprar, preparar la mesa, esperar a los invitados, hablar con los invitados, servir a los invitados, recoger la mesa. Y si íbamos a cenar a casa ajena, teníamos que calcular con qué artículo sorpresa podíamos presentarnos. El tiempo transcurría sin un solo pensamiento interesante. ¿Fundábamos familias para no preguntarnos qué objetivo tenía la vida? Con hijos era coser y cantar. Los hijos eran un objetivo y por lo general había tanto que hacer por ellos que tal vez nunca nos detuviéramos a meditarlo.

Lo primero que hizo el sábado por la mañana fue llamar a Martha. El resultado fue despertarla del primer sueño profundo que, según la propia Martha, tenía en los últimos años.

—¿Sigues en pie la cena? —dijo Polly.

—¿Bromeas? —dijo Martha—. Anoche llamé a mi hermana de California para que me aconsejara un menú.

—¿Y qué te dijo?

—Dijo: Martha, compra platos preparados en algún sitio caro. O dale a tu amiga chuletas de cordero lechal. Y me decanto por combinar ambas sugerencias: chuletas de lechazo y platos preparados.

—Yo llevaré el postre —dijo Polly.

—Esperaba que lo dijeras —dijo Martha—. Ven a las seis. Ahora deja que siga durmiendo.

Polly miró la hora. Aún no eran las diez. Tendría que llamar a Mary Rensberg. Si pensaba rápido, daría con un pretexto para no ir a comer. Malestar, urgencias de última hora. Sonó el teléfono. Era Mary.

—Te llamo para confirmar la comida —dijo—. Ven a la una. El rótulo pondrá «CERRADO», pero tú llama al timbre. De todos modos, nadie presta atención al cartel.

Ahora que ya no podía rehuir la comida, se quedó pensando en qué meter en el horno. Se decidió por un pastel de manzana e hizo la lista de la compra. Gracias a ello se sintió un poco como una persona normal, un poco como la antigua Polly, que, al fin y al cabo, era una cocinera maravillosa.

El cielo estaba nublado, pero el día era muy luminoso. Polly anduvo tranquilamente por el barrio. Compró el periódico y lo leyó en una cafetería. Husmeó en la tienda de frutas y verduras. Solo eran las once. Ya había hecho la compra y no tenía nada más que hacer.

La asustaba la idea de volver a casa: estar completamente sola con todas aquellas habitaciones. Su carácter no era dado a vagar sin rumbo. Estaba acostumbrada a perseguir metas concretas. En aquel momento se sentía obligada a vagar sin rumbo y

se sentía molesta. Se desvió por una bocacalle y acabó delante de una iglesia. Era la Pequeña Iglesia de San Judas y la puerta estaba abierta. La oscuridad interior era aterciopelada e invitaba a entrar en aquel recinto iluminado por docenas de parpadeantes velas votivas. Polly entró. No había prácticamente nadie, solo un joven que rezaba en un reclinatorio de la parte posterior. La oscuridad, el frescor, el olor de la cera y el incienso calmaron su ánimo. Había tres pequeños altares: uno de san Judas, otro de la Virgen María y otro de san José, el padre de Jesús, cosa que sabía por el curso en que se estudiaba la Biblia como obra literaria.

Qué dulce seguridad creer que teníamos un padre y una madre en el cielo, así como una especie de hermano o primo que por haber cumplido su papel como ser humano antes de ser Dios, entendía lo complicada que era la vida. En aquella atmósfera pensó en lo irremediablemente antisentimental que era el judaísmo. La sinagoga de los Solo-Miller —la de Manhattan— era una de las más antiguas del país y estaba decorada con dibujos moriscos no figurativos. No había pinturas, ni esculturas, ni altares, ni nada que hiciera pensar que Dios fuese otra cosa que una fuerza tremenda, una idea inmensa, demasiado grandiosa para la mente de los humanos, por muy observantes que fueran.

En una sinagoga no había nadie con quien confesarse y quien no podía perdonarse a sí mismo estaba perdido. No había nada a lo que encender una vela, nada que hiciera creer que podía concederse o pedirse un pequeño deseo, solo la dura y severa ley de los patriarcas, la cruda e inflexible ley que no cedía ni un ápice.

El Dios de los judíos no era humano ni humanitario. No consolaba y era tan dominante como los padres de Polly. Tampoco sus padres terrenales eran fuente de consuelo.

El concepto del judaísmo que tenía Henry Demarest se parecía al de los Solo-Miller. Tenía que ver con la idea de aristocracia. Cualquiera podía ser cristiano, pero no todos podían ser judíos y muy pocos judíos eran de la clase a la que pertenecían los Demarest y los Solo-Miller. Se decía que el abuelo Solo-Miller se comportaba, no como si Dios lo hubiera elegido, sino como si él hubiera elegido a Dios. Los Demarest y los Solo-Miller iban a la sinagoga los Días Santísimos^[4]. Esta observancia sentaba un precedente para los mortales inferiores y recordaba a Dios que no Lo habían olvidado.

En la oscuridad de la iglesia, Polly deseó haber sido católica de pequeña; haber podido acercarse a un confesonario para contárselo todo a una persona a la que no podía ver y ser perdonada por ella.

Los judíos no se arrodillaban para rezar; se quedaban de pie. Pero arrodillarse era mucho más íntimo y en consecuencia se arrodilló. No había rezado desde la infancia. Qué considerada era la iglesia por acolchar la tabla donde se apoyaban las rodillas, pensó Polly. Dijo en voz muy baja, con las manos en la boca:

—Oh, Dios, protégeme para no ser tan autoprotectora. Ayúdame a ser fuerte, a no sentirme tan agitada o a saber por qué me agito tanto. Yo intento de veras ser buena.

¿Es tan terrible que ame a Lincoln? Por favor, ayúdame a entender qué ocurre en mi vida, y por favor, ayúdame a hacer que todo esté bien otra vez. Dame un poco de valor. No me hagas tan asustadiza. —Repitió esto una y otra vez.

Cuando se levantó tenía las rodillas doloridas. Ante el altar de san Judas encendió una vela y esperó que Dios comprendiera lo que estaba haciendo en una iglesia católica. Mientras almorzaba con Mary, cuando le contó que había entrado en San Judas, Mary dijo:

—Es mi santo preferido. Estoy loca por él. Es el patrón de las personas que están en circunstancias desesperadas.

Al salir, la luz la obligó a entornar los ojos: luz hiriente de principios de primavera que revelaba los defectos de todo. El tráfico y los peatones parecían violentos e inútiles. Una mujer sola un sábado debía pensar en sus hijos o en su marido, Polly sabía eso, pero Polly pensaba en Lincoln. Con él lejos la vida no le parecía normal. Miraba el recto camino que ella creía que era su futuro y solo veía un corazón dividido, una persona que despertaba de una pesadilla y se encontraba contra una pared de la que colgaban espadas. No creía que su vida volviera a ser otra vez de una sola pieza. Añoraba el sonido de la voz de Lincoln, sus manos fuertes y frías, el olor de sus jerséis. Siempre estaba disponible y siempre donde decía que iba a estar. La vez que ella había llamado a su puerta y no lo había encontrado, casi se había deshecho en llanto. Había llegado quince minutos antes de lo acordado, quince minutos durante los que Lincoln había ido a comprar pan tierno para la comida. Con los años había acabado por acostumbrarse a las ausencias de Henry, a sus retrasos de última hora, a sus cambios de planes, pero toda esa experiencia le había fallado de pronto. ¡Qué lujo poder llorar por unos minutos mal calculados! El recuerdo de aquel instante le escocía en los ojos. Lincoln la comprendía, toleraba sus inquietudes. Había llorado más delante de él que sola en toda su vida. ¿Cómo iba a vivir sin él?

—Soy un desastre —dijo en voz alta. Se sobresaltó; nunca había hablado consigo misma en voz alta en medio de la calle.

Polly había navegado en la adolescencia. Había sido la primera de la clase y presidenta de su instituto; una muchacha popular que nunca había pasado por una etapa de torpeza. Amable con las más pequeñas. Dulce con los chicos. Buena bailarina. Respetaba a Paul, protegía a Henry y en general obedecía a sus padres. Estos no le habían dado ningún motivo para rebelarse, puesto que sus valores eran incondicionalmente los suyos. No se había enamorado ni en el instituto ni en la facultad. Sabía que el amor y todos sus arrequives eran para la vida adulta. Cuando alguien se enamoraba era para casarse y tener hijos y fundar una familia. Lejos de ello, Polly tenía entusiasmos que duraban poco y en realidad nunca se había enamorado hasta que conoció a Henry Demarest, que era, en todos los aspectos, el hombre ideal con quien casarse.

Si seguíamos el sendero recto, ¿por qué nos metíamos en dificultades? Miraba a su alrededor y veía la calle llena de matronas de aspecto agradable, con niños pequeños o cochecitos infantiles o un grupo de adolescentes. Aquellas mujeres parecían seguras y estables. Ninguna parecía estar enamorada o tener problemas. Naturalmente, también Polly tenía aspecto de persona segura y sin embargo tenía problemas. Quizá, pensó, debiera llamar la atención de una de ellas y pedirle consejo. Pero lo que sucedió fue que una de aquellas mujeres tropezó con Polly. Era Mary Rensberg.

Polly se quedó desconcertada. No quería que nadie la viera con aquella agitación encima. Había planeado volver a casa y tranquilizarse antes de reunirse con Mary para almorzar.

—Vaya —dijo Mary Rensberg—, qué suerte encontrarte aquí. Me muero de hambre y acabo de comprar lo que pensaba darte en la tienda. No soporto comer en ningún local de este barrio. Tengo un hornillo en el que podemos hacer el café. Me alegro mucho de que hayamos quedado para comer. Es un placer verte después de tanto tiempo.

Mary era una mujer hermosa. Tenía la cabeza pequeña, huesos elegantes y ojos verdes de verdad. Llevaba el pelo, entre plata y oro, cortado al estilo masculino, y su ropa preferida era una versión estilizada de lo que llevaría una chica que hubiera ido a un colegio francés de monjas: capa negra, vestido gris sin mangas y blusa blanca almidonada. Llevaba pendientes de diamantes en las orejas y calzaba zapatos bajos de ante.

—Tú sígueme —dijo Mary, cogiéndola del brazo. Fueron andando por la calle hasta la tienda de Mary, las dos de bracete, como colegialas de otros tiempos. Mary abrió la puerta y condujo a Polly hasta la parte posterior del establecimiento.

La parte delantera estaba atestada de mesas, aparadores galeses y aguamaniles con soporte de mármol. Todas las mesas estaban bellamente dispuestas: Mary vendía porcelana del último periodo victoriano. Al fondo de la tienda estaba la mesa de trabajo de Mary y más al fondo había un fregadero y un hornillo ocultos tras un biombo chino. Mary recogió el abrigo de Polly y lo colgó, le ofreció asiento y fue a preparar el café.

Polly se sintió repentinamente cohibida. No se le ocurría nada que decir y tenía la aflicción pegada a la piel como una fiebre. No se le ocurría la forma de estar sentada allí una hora y hablar normalmente. Aquello no era como comer con Martha: era vida social.

Mary parecía muy realizada en su tienda, muy superior. Todo lo que hacía lo hacía con estilo. Había llevado la comida en una cesta de mimbre, en plan merienda campestre. Parecía una mujer excepcional, excelente en todo. Además, había sabido sobreponerse a una mala época de su vida. Polly le había reconocido mucha valentía por haberse divorciado de Charlie Rensberg. Pensaba que debía de ser muy difícil compartir a las hijas con un hombre que ya no le gustaba, y a pesar de todo había

salido adelante. La familia Rensberg era numerosa, activa en todo y con conexiones en todas partes. Quien la abandonaba, abandonaba todo un clan, pero Mary lo había hecho. Había montado su propia tienda y se había abierto camino, y los domingos por la mañana se la veía con sus hijas en la iglesia episcopal, que estaba a la vuelta de la esquina.

Mary salió de detrás del biombo con un platito de cerámica y una pequeña cafetera italiana.

—Bueno —dijo, sacando de la cesta cuatro bocadillos bellamente envueltos—. Háblame de Paul y Beate. ¿Sabes que los presenté yo?

—No, no lo sabía —dijo Polly.

—¿En serio? Qué raro. Pensaba que erais muy íntimos.

—Paul nunca nos cuenta nada —dijo Polly—. ¿Cómo se conocieron?

—Dios mío —dijo Mary—, ¿verdad que es extraño? Siempre pensé que Paul os lo contaba todo y que a los demás nunca les decía nada. Coge esos dos platos verde y rosa, y también las tazas. Está todo limpio. Lo he lavado hace nada. Beate es clienta mía, y muy buena. Le gusta la madera de árboles frutales, muy sencilla. Le vendí la mesa que tiene como escritorio en su despacho, y una mesa auxiliar, y un aguamanil realmente antiguo. Me dije: a Paul le encantaría. Y no me equivoqué.

—Los dos parecen muy... unidos —dijo Polly—. Más que una pareja, diría que son dos megalitos.

—Lo son —dijo Mary—. Dame la taza. Ahora que están casados, Paul se limita a saludarme con la cabeza. Me enviaron una participación de boda, pero ahora ya está claro que no soy más que una simple comerciante. Me encantan estas tazas, ¿a ti no? Me gustaría que alguien me comprara el juego. Imagino que no podré endosárselo a Beate después del Gran Acontecimiento.

—Bueno, a ella le gusta mucho el verde —dijo Polly—. Pero también parece enemiga del decorativismo. —Polly le alargó la taza. Mentalmente agradeció a Mary el ser tan buena conversadora.

—Es tan pura la suiza... —dijo Mary—. ¿Cómo se lo tomó tu madre?

—Al principio se quedó atónita —dijo Polly—. Ahora no cabe en sí de gozo. Sabrás que van a tener gemelos. Pues ya no habla de otra cosa. Esperaba algo así desde hacía mucho tiempo.

—Según Paula Peckham, tu madre dice que Paul me dio calabazas —dijo Mary—. Y no me hace ninguna gracia.

—Es que lo cree de verdad —dijo Polly—. Cada vez que lo menciona, yo le digo: Ojalá Mary se hubiera casado con Paul. Habría sido una bendición para nosotros. Desde siempre esperaba que te casaras con él, pero nunca creí que Paul fuera a tener tanta suerte.

—¡Casarme con Paul! Es una idea horrenda. Después de haber aguantado a esos atroces Rensberg. No puedo expresar con palabras la repugnancia que me producen. Viajan en manada, en rebaño, en jauría. ¡Las hermanas, espantosas! ¡La madre, un

horror! ¡Y esa prima que es actriz y siempre sale en la revista *Vogue* enseñando su impecable casa de campo! ¡Uf! No sé cómo mis angelitos salieron tan bien. Cada vez que vuelven de la casa de Charlie, las inspecciono por si vienen con estigmas. En otra época quería que les hicieran una transfusión de sangre, para que no les quedara ni gota de la de los Rensberg. Solamente soy una sencilla mujer protestante de Virginia. ¡Y vosotros sois los Solo-Miller! Además —prosiguió, encendiendo un cigarrillo—, nunca estuve enamorada de Paul. —Miró a Polly con seriedad—. Paul era mi acompañante. Yo era su anfitriona cuando daba cenas e íbamos juntos a la sinfónica. Pero él era mi fachada. Yo estaba enamorada de otro. —Expulsó un aro de humo y entornó los ojos—. Seguro que no lo apruebas.

—Vamos, Mary —dijo Polly con un nudo en la garganta—. Cada vez que te veía, estabas radiante.

—Era muy desgraciada —dijo Mary, expulsando un hilo de humo—. Si he de serte franca, veros a ti y a Henry me partía el corazón. En realidad, el hombre de mi vida iba detrás de mí cierta vez que tropecé contigo y con Henry, no sé si lo recuerdas. Nos habíamos escapado para cenar y nos dimos de bruces con vosotros en Park Avenue. Hace ya unos dos años.

—Válgame el cielo —dijo Polly—. Tony Patton. —Tony Patton era un socio de Henry.

—El mundo es un pañuelo —dijo Mary—. Para que veas, mi hermana mayor fue a la universidad con Clover, su mujer. Así que cada vez que me veías yo estaba radiante. En realidad pensaba que iba a morirme. Veros a ti y a Henry hacía que me sintiera muy poca cosa, esa es la verdad. No diría que os envidiara. Simplemente pensaba o que me faltaba algo o que tenía algo de más. En cualquier caso, no era de las personas que lo tienen todo bien arreglado. Cuando quería sentirme realmente mal, me acostaba pensando en ti y en Henry y en la suerte que teníais por haberos librado de todo eso.

Pollyapuró el café muy despacio. Si no le cuento a Mary la verdad, se dijo, seré ni más ni menos lo que dice Lincoln de mi familia: que estamos en este planeta para que los demás se sientan una mierda. Y si no le cuento lo imperfecta que es mi vida, haré que se sienta como mi madre hace que me sienta yo. Dejó la taza en la mesa.

—Yo no me he librado —dijo—. Es posible que le ocurra a todo el mundo. Mi vida ha dado un giro radical este año. Tengo problemas por primera vez en mi vida. No eres la única persona que se ha enamorado.

—Pobrecilla —dijo Mary. Pero no parecía asombrada—. A veces, esas cosas ponen orden en tu vida, pero no siempre es el orden que esperas. ¿Piensas dejar a Henry?

—Oh, no —dijo Polly—. Quiero a Henry. Si hubiera querido dejarlo, habría buscado a alguien por quien cambiarlo. Pero he elegido a un hombre a quien le gusta estar solo, que siente indiferencia por los niños y que piensa que casi todas las familias son basura. Le gusta llevar una vida muy marginal. Es exactamente lo

contrario de lo que quiero.

—Bueno —dijo Mary—, vivir para ver. Siempre olvido que las personas nunca son lo que creemos que son. Necesito más café. Termina el bocadillo mientras pongo el agua.

Polly siguió comiendo el bocadillo y oyó a Mary trastear junto al fregadero.

—Mi madre me ayudó a pasar el maldito lío —dijo Mary—. Debía de darme mucha vergüenza, porque exceptuando a mi madre y a mis hermanas, eres la primera persona a quien se lo cuento. Imagino que no le confiarás estas cosas a Wendy.

La idea de confiarle a Wendy su aventura amorosa le resultaba tan descabellada y temible que Polly se echó a reír. Tener una madre en quien se pudiera confiar le parecía una fantasía liberadora, la más exótica e inalcanzable del mundo.

—Se lo conté a una amiga de la oficina —dijo Polly—. Una mujer maravillosa, pero si no hubiera estado ella allí, creo que me lo habría guardado, sin decírselo a nadie.

—Eso no es bueno —dijo Mary.

—A veces creo que la mayor parte de mi vida ha transcurrido sin que le dijera nada a nadie —dijo Polly—. He tardado años en hablar con alguien y parece que lo he hecho todo en un año: mi amigo marginal, mi amiga de la oficina y tú.

Mary encendió un cigarrillo y dejó caer la cerilla en el cenicero de cerámica. A Polly se le ocurrió entonces que la compañía de una hermana de sufrimientos consolaba. No es que la desdicha amara la compañía, es que *necesitaba* la compañía: la compañía y la orientación de alguien que hubiera sentido la misma infelicidad.

Polly y Mary hablaron hasta la caída de la tarde. De vez en cuando sonaba el teléfono y Mary se deshacía de un cliente.

—La señora Rensberg está en Guatemala —decía—. No se dan cuenta de la diferencia —añadía luego, dirigiéndose a Polly—. Solo les gusta enseñar dinero o atraer a los que lo valoran. —Cuando llegaba alguien y llamaba al timbre de la tienda, lo alejaba con un gesto de la mano y señalaba el rótulo de «CERRADO».

Cuando llegó el momento de irse, se pusieron en pie y se despidieron con un abrazo fraternal.

—Gracias, Mary —dijo Polly—. Gracias por contarme lo que me has contado. Gracias por invitarme a comer. Eres la única persona con quien puedo hablar, exceptuando a mi compañera de la oficina. Ella es maravillosa, pero está soltera y no tiene hijos.

—No creo que eso tenga importancia —dijo Mary—. El amor es el amor y los problemas son los problemas.

—No en mi medio —dijo Polly—. Oh, Mary, sabes conseguir que una persona se sienta mejor.

—Te diré algo —dijo Mary abriendo la puerta—. Si quieres a Henry, es probable que las cosas se resuelvan por sí solas. La gente adopta medidas drásticas para cambiar las cosas y las cosas cambian.

—A veces lo veo todo fatal —dijo Polly.

—Arriba ese ánimo, chica —dijo Mary—. Vuelve y repetiremos la comida. Ninguna desgracia es para siempre. Solo lo parece.

Polly volvió a su casa llena de júbilo, pero cuando llegó a su puerta sintió un terrible remordimiento. ¿Qué he hecho?, se dijo. Se avergonzaba de haberse confesado. Descolgó el auricular del teléfono.

—Antigüedades Rensberg.

—Mary, soy Polly.

—Ah, Polly, ¿te has dejado algo aquí?

—No, Mary —dijo Polly—. Es solo que... sé que no hace falta que lo diga, pero...

—No te preocupes, criatura —dijo Mary—. Tu secreto está a salvo conmigo y el mío contigo.

Doce

La vida familiar es como un deflector. Da a todos algo que hacer. Absorbe la tristeza y succiona la soledad. Proporciona trabajo, compañía y entretenimiento. Encarga tareas a las manos ociosas y permite al espíritu angustiado esconderse en su amplio seno.

Sin nadie a su alrededor, Polly se sentía como si hubiera resbalado y salido de la órbita de la tierra. Tomó asiento en el sofá del dormitorio. Era su habitación, pero le parecía extraña y siniestra. No tenía absolutamente nada que hacer durante la hora y media que faltaba para ponerse en camino hacia la casa de Martha. Si hubiera planeado mejor las cosas, habría aprovechado el intervalo para hacer un pastel, pero no había planeado nada. Era una insignificancia, pero también un indicio de que Polly había dejado que las cosas se le escaparan de las manos. Puesto que no sabía cuánto tiempo iba a estar con Mary Rensberg, había optado por no tocar el horno. Al volver había comprado una tarta de albaricoque, y ahora que se sentía asustada y sola se veía privada del entretenimiento que suponía medir, tamizar, amasar, cocer y cronometrar.

La añoranza de Lincoln cayó sobre ella como una ola. No pasaba una hora sin que mirara el reloj, calculara la hora que sería en París y se preguntara qué estaría haciendo él. Se lo imaginaba en la habitación de su hotel, paseando por una calle, sentándose en un café para leer el *Herald Tribune*. Lo veía de pie en la galería vacía, tal como se ponía en su estudio cuando meditaba un problema: con las manos en los bolsillos traseros y los hombros ligeramente caídos. Lincoln trabajaba a veces cuando Polly estaba en el estudio. Le dolía lo poco que lo había visto pintar. Le encantaba mirarlo.

Lo había ayudado a embalar los lienzos para enviarlos a Francia y se preguntaba cómo los colgaría. Conocía la fecha de la inauguración y había encontrado un quiosco cercano a la oficina que recibía periódicos y revistas extranjeros. Sabía que los compraría todos camino del trabajo y que los leería en el despacho para ver si los críticos decían algo. Sabía que podía llamar a su hermano Gus y conseguir el teléfono del hotel de Lincoln. Y sabía que podía llamarlo y que durante una hora se sentiría mejor por haber oído su voz. Pero esto no sería justo para él, ni para ella.

¿Y si en París conocía a otra y se enamoraba? ¿Y si Polly le había contagiado el anhelo de tener a alguien en su vida para siempre? ¿Y si cuando regresara volvía con esta otra mujer? ¿Para qué necesitaría a Polly entonces? Ella era una mujer casada. No podía irse con él aunque él lo desease. Ni siquiera podía ir a París para quedarse

tres días. Lo mejor era dejarlo en paz, salir de su vida, que pensara por sí mismo.

No se le ocurrió llamar a Henry. Si su marido no estaba en una reunión, estaría en la habitación de su hotel preparándose para una reunión y su llamada sería una molestia. No era justo llamar a un hombre agobiado y con prisa solo porque ella se sintiera sola e inútil.

No podía esperar a que se hiciera la hora de ir a casa de Martha. La ansiedad, pensó, era como una bandada de pájaros posados en un cable telefónico. Cuando se acercaba gente echaban a volar y cuando la gente se alejaba volvían dando saltitos. Los minutos pasaban con lentitud. Polly no podía creer lo mucho que duraba un cuarto de hora.

Wendy Solo-Miller creía en la acción. La inacción fomentaba la pereza y la insatisfacción. Las vidas desordenadas eran fruto de las voluntades débiles. Polly había sido educada con la idea de que el orden elimina siempre la tristeza. Un plan, una actividad, un proyecto, el propósito de hacer algo equivalían a la cura. Polly se puso en pie. Una ducha le ocuparía entre siete y diez minutos. Decidirse por un vestido, dos. Ponérselo, cinco. Volvió a sentarse, descolgó el teléfono y llamó a Martha.

—¿Te importa si llego antes? —preguntó.

—Desde luego que no —dijo Martha—. En realidad, lo prefiero. Lo tengo todo preparado para cenar en la cocina y cada vez que entro ahí, me asusto. Ven, si quieres, y tú misma te haces la cena.

Polly recogió el bolso, se puso el abrigo por encima y llamó al ascensor con la sensación de que se había salvado.

Si Polly había esperado consuelo de Martha, no lo consiguió. Martha estaba deshecha en lágrimas.

—He limpiado la casa y ya no he podido hacer nada más —dijo—. Estoy de un humor peligroso y acabo de pelearme con Spud por teléfono.

—Siento oír eso —dijo Polly, quitándose el abrigo—. ¿Por qué ha sido?

—¿Por qué? —dijo Martha—. No nos peleamos por cosas. Nos peleamos y basta. Pero no quiero hablar de eso. Es demasiado deprimente. Ven a la cocina. Me muero de hambre. Anímame.

Condujo a Polly a la cocina y tomó asiento.

—Te pido perdón —dijo—. Te invito a cenar y ahora soy incapaz de cumplir.

—No te preocupes por mí —dijo Polly—. Yo también me siento fatal y hacer la cena me tendrá ocupada.

—Me encanta ver revolcarse a una persona íntegra —dijo Martha con pesadumbre—. No tienes ni idea de lo mucho que me consuelas. Si de veras eres capaz de preparar las chuletas de lechazo y decidir qué hacer con las judías verdes, escucharé tus problemas en silencio y muy contenta, y te beneficiarás de mis muchos

años de experiencia de costosa psicoterapia. De algo tiene que servirme.

—No quiero hablar de mis problemas —dijo Polly, subiéndose las mangas—. No hacemos esas cosas en el lugar de donde vengo.

—Pues tenéis que aburriros mucho en el lugar de donde vienes —dijo Martha—. En el lugar de donde vengo yo pensamos que esa es la miga de la existencia. ¿Qué vas a hacer con las chuletas? Me han costado la mitad de mi sueldo.

—Voy a quitarles la grasa —dijo Polly— y a clavarles láminas de ajo cerca del hueso.

—Sí, así quedarán bien. Debería aprender a hacerlo, ¿no crees? A Spud le gustan esas cosas. ¿Qué haces ahora? —Martha se había levantado y miraba por encima del hombro de Polly.

—Estoy desmochando las judías. Por el amor de Dios, Martha, me estás echando el aliento en el escote.

—Eres mi modelo de conducta doméstica —dijo Martha—. Tengo que observar todos tus movimientos. ¿Has terminado ya?

—No —dijo Polly—. Te voy a enseñar cómo se aliña una ensalada, luego nos sentaremos y me contarás todos tus problemitas.

—Estoy demasiado cansada —dijo Martha—. Voy a abrir el vino y me quedaré aquí sin hacer el menor movimiento. —Escarbó en el interior de un cajón en busca de un sacacorchos—. Esta es mi principal habilidad culinaria: abrir botellas de vino. También sé abrir un grifo y cerrarlo. Cuéntame, ¿qué has hecho hoy?

Polly aceptó el vaso de vino y le contó a Martha que había comido con Mary Rensberg.

—¿Verdad que tranquiliza mucho confesarse? —dijo Martha—. ¿Le dijiste con quién?

—No —dijo Polly—. No mencioné nombres.

—Ajá —dijo Martha—. Bueno, ahí lo tienes. En fin, contármelo a mí en realidad es como contárselo a una persona desconocida en un bar.

—¡No digas eso!

—Es así. Yo no juego en tu equipo. No asisto a tus cenas familiares. Estoy en tu vida laboral, pero no en tu vida real.

Polly volvió a las judías. Lo que decía Martha era una verdad como una casa. Su vida estaba compartimentada en pequeñas secciones separadas, como los gajos de una mandarina, pero no tan juntas unas de otras.

—No hagas aspavientos —añadió Martha—. ¿No tienes hambre? ¿Preparamos ya la comida?

—Las patatas se están cociendo —dijo Polly—. Lo demás se hará enseguida. —Tomó asiento—. Detesto mi forma de ser —añadió—. No tengo valor y soy clasista. Me tragaba entero todo lo que me enseñaban porque era lo más fácil. Ni siquiera puedo hacer amistades sin ofender a las amistades. Ha sido ofensivo llamar a Mary para estar segura de que no va a decir nada y es ofenderte a ti que te sientas como una

desconocida en un bar.

—Cocina —dijo Martha—. Dame de cenar y te perdonaré.

—Lo digo en serio.

—Y yo —dijo Martha—. Vamos, anímame.

Mientras Polly lavaba la lechuga, Martha preguntó en voz alta qué era estar casada cuando se era feliz.

—Me refiero al periodo anterior a tu historia con Lincoln —dijo.

—Ah —dijo Polly—. Era todo lo que yo pensaba que quería. Quería ser la ama de mi casa y quería estar casada con Henry. Me resulta muy extraño decirte lo mucho que le quiero, sabiendo como sabes lo de Lincoln, pero es que le quiero. Es grande y maravilloso. Tiene un carácter realmente noble. Es excéntrico y equilibrado al mismo tiempo. Es un padre verdaderamente maravilloso, y cuando no está en sus cosas, puede ser un marido inspirado. Estoy muy acostumbrada a desechar los pensamientos perjudiciales. Mi madre me lo decía una y otra vez: «Tienes que concentrarte en lo mejor y olvidar lo que no sea lo mejor». Es una buena divisa para una familia afortunada. Pero creo que ya no soy capaz de tener esa actitud. Cuando éramos felices, lo éramos realmente y las cosas marchaban sobre ruedas.

—Incluso las cosas que no era las mejores —dijo Martha con desánimo.

—Se aceptan mejor así —dijo Polly—. Te lo garantizo.

—Y entonces, un día, te encontraste en brazos de un guapo desconocido.

—Martha, estás mejor con la boca cerrada —dijo Polly.

—Solo trato de hacerme una idea de cómo funcionan estas cosas —dijo Martha—. Tú estás casada, yo estoy soltera. No sé nada de esto y será mejor que aprenda, porque Spud me da la lata noche y día, y al final tendrá que ocurrir algo, así que lo mejor es estar preparada. Espero que las patatas ya estén listas.

—¡Las patatas! —dijo Polly, levantándose de un salto—. Se han reblandecido —dijo—. Tendremos que machacarlas. Dame el pasapurés.

—¿Te has vuelto loca? Yo no tengo esos aparatos.

—Pues dame un colador —dijo Polly.

—No estoy preparada para estas emergencias. Creo que no tengo ningún colador. ¿Te sirve una redecilla del pelo? Ah, mira, aquí hay un colador. Esto es un colador, ¿no?

Se quedó observando mientras Polly aplastaba las reblandecidas patatas contra un cedazo.

—Si yo supiera hacer eso —dijo—, me darían matrícula de honor.

—Martha, cállate y vigila las chuletas. Tienes matrícula de honor en muchas disciplinas, pero te gusta quejarte.

—Me encanta quejarme. Ay, me he quemado la mano.

—Te lo mereces —dijo Polly—. La cena está lista.

Cuando fue hora de irse a casa, Polly dijo:

—Qué extraño tener la edad que tengo y carecer de toda experiencia con amigas. Esta es la primera vez que he cenado sola con una amiga desde que tuve a Pete, y casi nunca he almorzado con ninguna, y desde luego no un sábado.

—¿Y?

—Que debería sentirme bien —dijo Polly—, pero lo único que siento es extrañeza.

Y cuando llegó a casa, se sintió más extraña aún. ¿Qué ocurriría, pensó, si de repente ya no sintiera su casa como su casa, si no hubiera en la tierra ningún lugar donde se sintiera cómoda? ¿Y cómo podría sentirse cómoda si no se sentía ella misma?

Lo más seguro era que Pete y Dee-Dee lo estuvieran pasando estupendamente con sus abuelos. Henry tenía su trabajo y Lincoln su exposición. Henry el Joven tenía a Andrey y Paul tenía a Beate. Para soportar a alguien tan veleta como Martha, Spud debía de quererla muchísimo. Mary Rensberg tenía a sus hijas, cuya educación se debía básicamente a ella.

Polly se sentó en el dormitorio con el abrigo puesto, como si fuera una invitada a punto de irse. Nada iba a mejorar, se dijo. Había hecho su único movimiento en falso. Otras resbalaban, caían y hacían planes idiotas, o planes que no funcionaban, o ningún plan en absoluto. Caían en una depresión terrible, olvidaban a sus seres queridos y la vida corriente continuaba. Este no era el caso de Polly.

¿Por qué una persona para la que el orden y la tranquilidad eran fundamentales de pronto se encontraba en medio de un oscuro bosque en el que las cosas por las que había vivido y a las que había jurado lealtad ya no la satisfacían, en el que las respuestas acertadas eran inútiles, en el que los sentimientos se descontrolaban y pasaban a ser, no medios para un fin, sino simplemente ellos mismos: destrucción, gritos, hambre?

La única persona que la había amado por ella misma era Lincoln y había renunciado a él. Puestos a ello, ¿por qué no iba directamente al hospital para que le extirparan el corazón? Él era su único consuelo, el ser que le permitía seguir tirando. Hacía que se viera a sí misma. Sin él, las aguas se cerraban por encima de su cabeza y ella volvía a ser lo que había sido, una versión de su antiguo yo vacía pero funcional. Haría lo que se esperaba de ella, pero su verdadero corazón estaría eternamente cerrado para su familia. Nadie la conocería nunca excepto Lincoln, y él sería tan inaccesible para ella como si viviera en otro planeta. Con el tiempo desaparecería la tristeza y eso sería una especie de muerte. ¿No era la tristeza mejor que nada? Tendría a su familia, claro, y como le habían dicho tantas veces, la familia era lo más importante.

Al día siguiente por la mañana el teléfono la despertó de un sueño angustiante. Eran los niños, que llamaban desde Maine. Habían ido a ver a la señora Dunaway, que tenía gallinas de una nueva especie que ponía huevos de color verde claro. Les había dado un huevo a cada uno y ellos se lo habían comido en el desayuno. Dee-Dee había encontrado en la playa un cangrejo herradura muerto y quería llevárselo a casa, pero Pete decía que olía a podrido. Acabadas las noticias, quitaron el auricular a los niños y oyó la voz de Wendy. Había en aquella voz un tono de dureza despreocupada, un tono que Polly conocía bien. Wendy estaba disgustada. Polly supuso que ella había olvidado algo. No tuvo que esperar para que le recordaran lo que era.

—Bueno, Polly, no nos has preguntado a qué hora volvemos —dijo Wendy.

—¿A qué hora volvéis? —dijo Polly, algo aturdida.

—¿Tienes presente que tus hijos empezarán esta semana las vacaciones de primavera? —dijo Wendy.

O sea que era eso. Polly sintió un retortijón en el vientre. Había olvidado las vacaciones escolares de los niños.

—¿Has planeado algo para ellos? —añadió Wendy.

—No —dijo Polly. Se sentía como si le hubieran dado de puntapiés.

—Si lo hubieras hablado conmigo, habrías podido arreglarlo para que se quedaran aquí una semana —dijo Wendy.

—Aún podría hacerse, ¿no? —dijo Polly—. Papá dijo que él tenía todo el tiempo del mundo.

—Esa no es la cuestión —dijo Wendy—. Sí, podemos aprovechar la coyuntura, pero a mí esto me preocupa. No tienes a los niños contigo. Permites que sea tu Consuelo quien les dé la merienda. Faltas de tu casa tres días a la semana. Tienes la cabeza puesta en tu trabajo. Tanto que has olvidado las vacaciones de primavera. No te dieron una educación para eso. Y me alarma ver que descuidas a tus hijos.

Polly guardó silencio.

—Henry y tú tenéis mucho dinero —prosiguió Wendy—. Ese trabajo tuyo sin duda es muy enriquecedor para ti, pero te quita el tiempo que podrías dedicar a tus hijos.

—¿Y los voluntariados que hacías cuando nosotros éramos pequeños? —dijo Polly—. También tú te ausentabas mucho de casa. Cuando éramos pequeños teníamos que estar con la señora Duffey, y cuando fuimos mayores nos quedábamos con Suzie, mientras papá y tú salíais muchas noches. No es tan diferente.

—Es muy diferente —dijo Wendy—. Tu actitud es diferente.

—Madre, he olvidado lo de las vacaciones de primavera. Nunca las había olvidado hasta ahora. Nunca he olvidado nada. Si no podéis tenerlos en Priory, traedlos a casa.

—¿Y luego qué, Polly? ¿Tenerlos en casa todo el día con Consuelo mientras tú te

vas a trabajar?

Polly cubrió el auricular con la mano. Se había echado a llorar e intuía que era peligroso que su madre lo supiera.

—¿Hay algo que quieras contarme? —dijo Wendy. Su tono había cambiado. Ahora era formal y exigente, como para sonsacar una confesión a una desvergonzada.

Polly no tenía nada que contarle a Wendy. Todo lo que recordaba haberle contado en su vida era lo que Wendy quería oír: soy presidenta de curso. Me han puesto notas excelentes. Me han dado una medalla en latín. Me han admitido en tu antigua facultad. Voy a casarme con un hombre maravilloso que recibirá vuestra más sincera aprobación. Voy a tener un hijo. Voy a tener otro. Voy a comer fuera con mi cuñada. Te llevo un pastel de chocolate.

¿Había hijas en alguna parte que dijeran a sus madres «Lo estoy pasando fatal. Tengo una aventura y necesito que me aconsejes»?

—No tengo nada que contarte —dijo Polly—. Mete a los niños en un avión y yo iré a recogerlos. Eres mi madre: podrías ayudarme y quedarte con los niños una semana. Pero si no te gusta cómo hago las cosas, tal vez prefieras no ayudarme. Pensaba que las madres estaban ahí para ayudar, no para hacer que sus hijas se sientan como criminales por haber cometido una pequeña equivocación.

Nunca había hablado así a su madre. Estaba asombrada de sí misma. Ya no estaba afligida, sino furiosa.

—Muy bien —dijo Wendy con voz dolida—. Me quedaré aquí con los niños toda la semana.

—Preferiría que los montaras en el avión —dijo Polly—. No quiero que estén todo el tiempo oyendo lo malvada y olvidadiza que es su madre.

—Polly, yo no he dicho eso.

—Sí lo has dicho —dijo Polly—. Soy una hija excelente contigo. Te he servido y te he sido útil durante años. Me paso la vida complaciéndote. Y tú no haces más que criticarme: que si mi trabajo, que si mi tiempo, que si mi casa. Si esto es lo único malo que he hecho en mi vida, deberías dar gracias por lo que tienes. Muchas mujeres se sentirían contentas de tenerme como hija.

Se produjo un largo silencio.

—Siento mucho que te sientas así, Polly —dijo Wendy. En su voz había ahora una mezcla de formalidad y arrepentimiento—. Creo que estás bajo alguna tensión. Nunca me habías hablado de ese modo. Me quedaré con los niños aquí, porque se lo están pasando muy bien, y te los llevaré a casa cuando acabe la semana. Pero creo que deberías recapacitar y pensar en tu situación. No concibo ninguna razón por la que tengas que estar tan enfadada y agitada.

—La razón es que por cada mil cosas que hago bien, hago una mal y me la echan en cara, esa es la razón —dijo Polly—. Gracias por quedarte con los niños. Lamento mi metedura de pata. Ahora quisiera dejar de hablar por teléfono.

Colgó y se quedó mirando por la ventana. Se sentía libre. Exceptuando aquel día,

nunca se había desfogado con su madre y nunca había olvidado nada relacionado con sus hijos. Hasta tal punto estaba aturdida y trastornada. Había olvidado las vacaciones escolares de sus hijos por pura autocomplacencia. Había sido rigurosamente educada para ser virtuosa y en lo más profundo de sí misma creía que era necesario frenar continuamente su carácter. Su verdadera naturaleza, sin restricciones, acababa metiéndola en serios problemas. De hecho, ya había ocurrido. La había empujado a una aventura amorosa y le había hecho olvidar las vacaciones escolares de sus hijos.

Cuando remitieron su ira y su remordimiento, se deshizo en lágrimas. Echaba de menos a Lincoln, simple y llanamente. Se puso en pie y paseó por la habitación.

—Estoy metida en un problema tremendo —dijo en voz alta—. Estoy en una situación espantosa. Yo no quería enamorarme. Nunca lo quise.

A menudo añoraba tanto a Lincoln que no respiraba bien. Se sentó en el sofá y dejó de llorar. Añoraba más a Lincoln que a su marido y a los niños, y esa añoranza era más fuerte que la agitación que le había producido su madre.

Era peor que la pena y el anhelo: estaba marcada de por vida. Nada cambiaría nunca. Estaba condenada. Siempre amaría a Lincoln. Este sentimiento le impediría ser feliz con Henry. Cuando Lincoln conociera la intensidad de su angustia y su desconsuelo, se pondría contra ella y tomaría partido por los Solo-Miller. Lincoln no la amaba todo lo que ella deseaba ser amada. ¡Ah, el anhelo terrible, solitario y egoísta de ser amada ella, solo ella! Se había arriesgado a ello y había quedado atrapada entre su fiel esposo, que la amaba en general, y un solitario que la amaba en términos concretos. Su futuro prometía más de lo mismo. La antigua Polly, pensaba Polly, nunca habría permitido que ocurriera. La nueva Polly era una persona a la que Polly no conocía, una gimiente y turbulenta masa de necesidades, una criatura llena de ira y deseo. No veía cómo dejar de amar a Lincoln y tampoco se veía nunca huyendo con él. En consecuencia, ella misma se condenaba a una vida de conflicto y dolor.

Sus hijos crecerían estupendamente ellos solos. Pero el problema de los niños era que no calmaban el dolor íntimo ni compensaban los terrores íntimos.

Pero Polly no era tanto estoica como bien educada. No sabía gran cosa sobre portarse mal: en realidad, nunca se había portado mal. En los malos momentos se organiza el escritorio y se pagan las facturas. Se confeccionan listas de prioridades.

Se sentó ante su escritorio. Lo primero, evidentemente, era despedirse de Lincoln y hacerlo en serio. Iba a ser difícil —romper una adicción era difícil—, pero saltaba a la vista que era lo más indicado. Era lo indicado para Polly y también lo indicado para Lincoln. Ahora que él tenía un poco más de experiencia en el amor, Polly le estaba impidiendo conocer a otra. Sí, Polly lo dejaría en libertad y él encontraría una mujer que le viniera como anillo al dedo: otra pintora que comprendiera el valor de la soledad. La idea de esta persona perfecta le bañó las mejillas de lágrimas. Pensó en Mary Rensberg y en lo afortunada que había sido por tener una madre a la que plantear un problema. Se esforzó por imaginarse a sí misma recurriendo a Wendy. Era

inconcebible.

Se imaginó yendo al centro, reuniéndose con su padre en su bufete y exponiéndole su caso. Sus nobles y dignos rasgos se habrían puesto más bien sombríos. El Chispazo Horizontal de Censura de papi habría cruzado por su cara. Se habría quedado estupefacto, sencillamente estupefacto: que una hija suya, su irreprochable Polly, hubiera sido tan infantil, hubiera puesto el capricho por encima de la responsabilidad, hubiera puesto en peligro su hogar, hubiera sido capaz de tal acto.

No había nadie que la defendiera. Su familia cerraría filas contra ella, todos se mostrarían conmocionados, temerosos de que descuidara a sus hijos, de que pudiera llevar alguna clase de escándalo a su puerta. A ninguno le importaría que sus sentimientos fueran reales o que estuviera sufriendo. Polly era una productora de bienes, servicios e imagen. Ninguna de las tres cosas debía ponerse en peligro, como bien sabe todo buen miembro de una tribu.

Debería hacer algo útil, se dijo Polly, pero no había nada útil por hacer. Lo único que no había hecho era responder a una carta de Eva, la hermana de Henry que vivía en Londres. Cogió el sobre. Estaba abierto, pero no había leído la carta y había llegado hacía ya tres semanas. Aquello no era propio de Polly, que siempre respondía la correspondencia antes de que transcurrieran cuarenta y ocho horas.

Eva había sido su mejor amiga en la universidad y habría seguido siéndolo si no hubiera sido porque ahora eran cuñadas. Ya no era posible hablar de chicos y amor con su mejor amiga cuando el chico al que amaba era hermano de su mejor amiga. De poco habría servido quejarse a Eva de Henry: ellos eran familia y Polly una extraña.

Eva se había casado con un inglés, un banquero llamado Roger Forbes. Vivían en Londres con sus dos hijas, Rosie y Theodora. Eva le contaba en la carta su reciente felicidad: había hecho las ilustraciones de un libro infantil que se publicaría aquel mismo año. Había vuelto a decorar la casa. Rosie seguía estudiando violín y Theodora había empezado las clases de *ballet*. Todos los años la familia iba a su casa de campo para celebrar el Día de Acción de Gracias americano y Eva congregaba a todos los expatriados norteamericanos que conocía. Antes de la cena todos se ponían en pie y cantaban «América la Bella» —sus hijas cantaban con acento británico—, y luego atacaban el pavo, el pudín de maíz y melaza y las coles de Bruselas al horno. Seguía una prolija descripción del banquete y sus participantes.

«Fue perfecto —decía la carta—, pero habría sido la perfección suma si tú, Henry y los niños hubierais estado con nosotros. De todos modos, la vida es muy amable estos días. Creo que la felicidad de las personas aumenta con su edad: hay más cosas por las que alegrarse».

—Ah, vete a la mierda —le dijo Polly a la carta. Pensó en la carta que podía escribir para responder. «Querida Eva: los últimos seis meses han sido los más lúgubres de mi vida. Puede que algún día te sientas como yo. Un día despertarás y los trinos habrán desaparecido. Puede que no te pase nunca, pero me ha pasado a mí.

Todo se vuelve muy difícil. Tu querido hermano no ha cambiado ni un ápice. Su forma de ser me ha derrotado: trabaja demasiado, está fuera a menudo y cuando está presente está ausente. Yo, en cambio, tengo una aventura adulterina. Estoy enamorada y por culpa de eso olvidé hacer los preparativos para las vacaciones escolares de los niños. La semana que viene compareceré ante el tribunal de la familia, donde con toda justicia seré torturada y luego seguramente fusilada. Todos los días lloro por lo menos una vez. Creo que la infelicidad de las personas aumenta con la edad: hay más cosas por las que entristecerse».

Seguía sentada ante el pulcro escritorio. Estar solos cuando estamos en guerra con nosotros mismos es horrible. ¿Había algo más inútil que una madre sin hijos, una esposa sin marido, una amante sin su amado, una persona sin amigos? Henry llegaría a última hora de la tarde. ¿Por qué esta perspectiva la llenaba de temor?

A Polly le parecía que había dos Henry, quizá tres. Estaba el Henry al que amaba, lleno de cualidades, amable y tierno, ardiente amante, bueno con los niños, una firme presencia familiar, una inteligencia tenaz, un hombre de carácter. Estaba el Henry al que temía. La otra cara de su bondad era muy severa. Polly se salvaba, pero era crítico con casi todos los demás. ¡Cuánta suerte había tenido aquel hombre por haber encontrado una persona excelente para casarse! Polly sabía que él pensaba así y esto le producía un terror continuo a cometer un desliz y que se le encontrase algún defecto. A Henry le gustaba que las cosas fueran rectas. Creía que las cosas debían hacerse bien. Polly se sentía a menudo como una niña demasiado prodigiosa que arrastrara el carrito rojo de sus esfuerzos. ¿Por qué no se había dado cuenta antes?

Henry había sido educado bajo el antiguo orden. No es que su trabajo fuera lo primero, es que era omnipresente. Polly era la perfecta esposa de abogado. Procedía de una familia de abogados y conocía el trabajo de Henry. Además, le interesaba; pero aunque no hubiera sido así, había sido educada para sentir interés. El trabajo de Henry había representado una restricción tan efectiva que Polly, durante años, no había advertido lo represivo que era. Si estaba melancólica, o cansada, o agitada, y Henry estaba trabajando, había pocas posibilidades de conseguir su atención. Henry tenía gestos. Le llevaba a ella una taza de té, o hacía unos huevos revueltos para la cena de los niños si ella se encontraba mal, o la abrazaba y la consolaba si estaba triste, pero estaba muy claro que estos gestos lo alejaban de lo que tenía realmente en la cabeza. Henry podía ser irascible, voluble y cortante. No era propio de su carácter, sino resultado de las presiones a que estaba sometido. Sus hijos no se lo tomaban personalmente, puesto que su madre inmediatamente los abrazaba para compensar cualquier aspereza que se le hubiera escapado. Pero Polly sí se lo tomaba personalmente. Y solo había sabido hasta qué punto se lo tomaba personalmente cuando se enamoró de Lincoln.

Pese a todo, Henry encarnaba todas las cualidades que Polly admiraba. Era justo; guiaba su comportamiento de acuerdo con normas elevadas; no fingía creer en nada en que no creyera sinceramente; nunca daba coba a nadie; y no había en él ni una sola

mota de artificio.

En casa era sobre todo él mismo. Le gustaba ponerse ropa vieja: tejanos de tela blanda y llenos de remiendos, y un viejo jersey de cachemir de su difunto tío Alfred, acribillado por las polillas. Debajo llevaba una camisa cuyo cuello se había gastado tanto que había desaparecido. Se ponía un sombrero vapuleado, antaño blanco, a la sazón gris, que había encontrado flotando en una laguna de Maine. Con esta indumentaria, los sábados sacaba a los niños a pasear y volvía con comestibles inusuales: manitas de cerdo, queso que parecía alambre trenzado, cajas y tarros con etiquetas en idiomas extranjeros. Junto a esas cosas venían también los ingredientes de la bebida favorita de Henry, el batido de raíces. Lo preparaba con helado de café y una infusión de zarzaparrilla y otras hierbas. Polly encontraba asqueroso el brebaje, pero a los niños les entusiasmaba.

En Maine se llevaba a los niños a pescar, o a coger arándanos, o a observar a los pájaros. Escuchó las instrucciones de Polly para preparar masa y aprendió a hacer pastel de arándanos. Por la noche contaba a Pete y Dee-Dee las historias más tontas que se le ocurrían. Cuando estaba contento y su trabajo iba bien, el hogar de Polly irradiaba felicidad. Polly sintió un repentino acceso de ira al recordar que cuando Henry no estaba contento, no había felicidad en su casa. ¿Quién coño se creía él que era?

¿Quién era él para haberla arrinconado tanto tiempo? ¿Para llamarla cuando estaba fuera, tan tarde que ella ya dormía o tan temprano que aún no había despertado? ¿Quién era él para no tener que cargar con la misma obligación de mostrarse alegre, amable y generoso cuando las cosas no iban bien? ¿Había sido alguna vez plenamente consciente de todo lo que ocurría en la oficina de Polly? Se interesaba por encima, pero Polly nunca había hecho que se enterase. No era totalmente culpa de Henry. Polly había dejado que Henry fuera como era. Había esperado que así fueran las cosas.

Polly miró el reloj. Llevaba tres horas sentada ante su escritorio, sin moverse. No había salido a comprar el periódico del domingo. ¿Lo habría comprado Henry, que era metódico en esas cosas, para leerlo en el avión de regreso o esperaría que estuviera aguardándolo en casa? No había nada para comer en la cocina. Henry le había dicho que cenarían fuera, pero una buena esposa —lo que Polly solía ser— habría tenido un pollo para asar, alguna ensalada verde y un pastel de naranja para recibir al marido que volvía de un viaje de trabajo que había durado una semana.

Hizo un esfuerzo para levantarse de la silla, se quitó el jersey y se puso otro. No se había lavado la cara ni se había peinado. Era lo que ocurría cuando nos regodeábamos en nuestra desdicha: todo se iba al diablo.

Polly nunca había ido a un supermercado en domingo. Tenía los mismos prejuicios de su madre contra los supermercados. Wendy los consideraba un buen lugar para que las personas con prisa compraran objetos de papel y artículos de limpieza, pero no el lugar más indicado para comprar comida. Wendy trataba, y había

tratado durante más de treinta años, con una tienda pequeña y cara que hacía repartos a domicilio. Compraba por teléfono, que en su opinión era la forma de hacer las cosas. Si una era una buena cliente, recibía lo mejor de todo. Esta medida eliminaba la necesidad de ir a comprar, una actividad que a Wendy le resultaba irritante.

Polly tenía una relación amistosa con el carnicero y con la familia de coreanos que regentaba la tienda local de verduras. Le gustaba ir de compras y era hábil en eso. Nunca se le acababan los víveres, nunca le faltaba nada en el último momento. Normalmente tenía en casa ingredientes de sobra para preparar una buena comida y le asustaba no tenerlos. Cuando Henry llegara podían ir a cenar cerca, pero la ausencia del detalle —la idea de no preparar la cena— también la asustaba. Un fallo podía conducir fácilmente a otro hasta que ya no hubiera más detalles. Pensar que a ella pudiera dejar de importarle que Henry no tuviera lista una buena cena también le daba miedo. ¿Y qué si no le importaba?

Cogió un abrigo del armario del vestíbulo y abrió la puerta de la escalera. Allí estaba Henry Demarest, que acababa de salir del ascensor con cara de cansancio.

Verlo la desorientó. Pero entonces se puso furiosa. Henry llegaba demasiado pronto. Nunca llegaba pronto. ¿Por qué no podía haber vuelto cuando había dicho? El enfado que sentía la confundió. Estaba en el vestíbulo, mirándolo boquiabierto.

—Ah —dijo finalmente—. No te esperaba tan pronto.

—¿Adónde ibas? —preguntó Henry. No la besó ni le cogió el brazo. La había pillado con las manos en la masa. En su cara se veía claramente que estaba enfadada y turbada. Henry, que contaba con el buen ánimo de ella, se dio cuenta entonces de que su mujer no estaba para muchos trotes. Una cosa es ser infeliz y otra muy distinta que se enteren las personas con las que vivimos.

—Iba al supermercado —dijo Polly—. En casa no hay nada para comer. Voy a comprar cualquier cosa.

—Podemos cenar fuera —dijo Henry.

—No, no —dijo Polly—. Has estado viajando toda la semana. No tardaré mucho. Mientras, podrías darte un baño y estirarte un poco.

Polly nunca lo había recibido de aquel modo. No había ninguna bandeja esperándolo, ninguna bebida, no había habido beso de bienvenida ni ninguna Polly sentada en la cama aguardando a que Henry le dijera cómo habían ido las cosas. Solo estaba Polly, nerviosa, alterada y muriéndose por salir de casa.

—Volveré enseguida —dijo—. Voy corriendo al supermercado y regreso en dos segundos.

Ni que decir tiene que era horrible horrorizarse por ver al propio marido. La idea de sentarse a cenar con él, de mantener una conversación, le resultaba espantosa. ¿Qué podía decirle?

Se echó un sermón en el supermercado. Las personas que compraban el domingo

eran personas que no ejercían ningún dominio sobre las cosas, que no prestaban atención al detalle, que se perdían ellas solas. Había clientes que realmente compraban la verdura en los supermercados; Polly no creía que en un supermercado pudiera haber nada fresco. Eran personas que no habían previsto qué platos iban a servir o quién iba a comerlos, personas que no eran generosas, ahorrativas ni suficientemente serenas para haber previsto las contingencias. Comprar en un supermercado era un signo de mala administración doméstica. ¿Cómo iban a atreverse estas personas a confesar sus defectos públicamente?

Solo algo muy grave, como la muerte o una aventura amorosa, podía impedir a una persona hacer las cosas como es debido. Polly miró a su alrededor. ¿Tenían una aventura amorosa todas aquellas personas que iban con el carrito de la compra lleno?

Pero claro, era grave porque había preocupado a Polly, mientras que para otras personas era simplemente vivir. Estas otras personas se quedaban sin leche, perdían trenes, no tenían la cena lista para el marido e incluso olvidaban hacer planes para las vacaciones escolares de sus hijos, y algunas de estas personas seguramente eran simpáticas, lo pasaban bien, estaban felizmente casadas.

Había soltado todas las amarras. La verdad era que no tenía estómago para volver a casa. No quería estar a solas con Henry. Quería que volvieran sus hijos y la protegieran, que hicieran los ruidos inoportunos que suelen hacer los niños y que interrumpen las conversaciones de los padres para bien y para mal. Henry tampoco era muy feliz que digamos y ninguno de los dos lo había sacado a relucir. Eran como autómatas de un reloj antiguo que se saludaban formalmente, incómodos y distantes. Y la verdad era, o eso pensaba Polly, que si lo hablaban, por poco que fuera, Henry le daría la espalda. ¿O su intención era darle la espalda a él? En cualquiera de ambos casos Polly se encontraba al borde del fracaso. Era culpa de los dos, pero Polly debería haber estado más al tanto de las cosas. Se habían dejado derrotar, y bajo la luz implacable y deslumbrante del supermercado, su matrimonio le parecía condenado y sin solución.

Anduvo por los pasillos llenos de jabones, galletas y verduras en lata. Nunca en su vida había comprado verduras en lata. Pensó en Lincoln, en la postura de sus hombros. Pensó en las veces que habían salido de su estudio y habían paseado por el barrio. Siempre del brazo, aunque Polly prefería quedarse rezagada y ver a Lincoln delante. Tenía al andar la actitud de un muchacho de Mark Twain o de Winslow Homer.

La imagen de Lincoln le producía una sensación física, como un puñetazo. El deseo, en su forma más concentrada, era como recibir un golpe bajo y quedarse sin aliento. Polly se dobló ligeramente por la cintura.

Nunca había deseado a Henry de aquel modo porque Henry había estado siempre delante de ella. Había estado a su disposición. En la familia Solo-Miller, el amor era inteligente y profundo y nunca no correspondido. Era la base de todas las cosas buenas y en él no había nada secreto ni encubierto. El amor florecía a la luz del sol,

en público, con ceremonia y ritual. No tenía que ocultarse. Era el aglutinante de la vida, el cemento de las familias. El amor que Polly sentía por Lincoln no era de la clase que habría recibido nunca la aprobación de los Solo-Miller. Era irresponsable, no conducía a ningún sitio, no producía nada y no beneficiaba en nada a nadie. El amor existía para formar lazos y vínculos, existía para las cosas que hacían funcionar la vida. Los Solo-Miller no eran contrarios a los sentimientos románticos, sino contrarios a los sentimientos románticos mal situados.

Delante de ella, en la cola de caja, había una pareja joven, una chica de pelo rojo y rizado y un chico alto, con cara soñolienta y tocado con un sombrero de paja medio roto. La chica llevaba un grueso abrigo rojo, botas vaqueras y anillo de casada. Estaban haciendo tonterías.

—Bésame, Dan nuestro —dijo la chica. Se puso de puntillas. Nuestro Dan se inclinó y la besó.

—Muy bien, Dan —dijo el chico—. ¿Qué vamos a hacer para cenar?

—¿Nosotros, Dan? —dijo la chica—. Nunca veo que corras a la cocina.

—Bueno, Dan —dijo el chico—. Dijiste que cuando nos casáramos no tendría que cocinar nunca más.

—Mientes —dijo la chica—. No oíste bien. Caramba, Dan, en teoría vamos a cocinar juntos.

—Muy bien —dijo el chico—. ¿Qué vamos a cocinar?

—Bueno —dijo la chica—, se me ha ocurrido un pudin de chocolate.

—¿Eso es todo?

—Sí, Dan —dijo la chica.

—Entonces, ¿por qué llevamos plátanos en la cesta? —dijo el chico.

—Son para ponerlos en el pudin de chocolate —dijo la chica.

La cajera, una colegiala impasible, registró sus compras: cinco tabletas de chocolate sin azúcar, otra de chocolate con leche, medio kilo de azúcar, cuatro pastillas de jabón y un racimo de plátanos.

—Dan —dijo el chico—, me querías si fuera feo, ¿verdad?

—No —dijo la chica—. No te querría.

—Los feos también aman.

—Sí —dijo la chica—. Pueden amar y ser amados, pero no por mí.

La cajera metió sus compras en una bolsa y se la tendió al chico. Dan y Dan salieron cogidos del brazo.

Polly se sentía como si la hubieran atravesado con cuchillos, como si le hubieran enviado a aquellos dos jóvenes para pasarle por la cara un amor conyugal joven, lleno de tonterías y comestibles poco recomendables, protagonizado por dos personas que compraban en un supermercado en domingo y comían lo que les apetecía comer.

Cuando salió, Dan y Dan estaban delante de una librería comiendo al alimón una tableta de chocolate. A pesar de su angustia había planeado una comida equilibrada: espaguetis con mantequilla y queso, ensalada de pepino y de postre naranjas y

nueces. Dan y Dan echaron a andar por la calle. Chocaban entre sí mientras avanzaban, se separaban y volvían a chocar.

Voy a acercarme a ellos, se dijo Polly. Les diré: Dan y Dan, ¿cuál es vuestro secreto para vivir? ¿Os habéis sentido alguna vez tan mal que toda la alegría de vivir se os haya volatilizado e incluso las cosas más placenteras os hayan parecido sin sustancia? ¿Os ha parecido atractiva la muerte alguna vez? ¿Habéis pasado alguna época en que hayáis llorado días tras día? ¿Habéis pensado alguna vez que no hay solución para vuestros problemas? ¿Habéis pensado alguna vez que no volvería a haber nada sincero, fácil y limpio en vuestra vida? ¿Habéis pensado alguna vez que vuestra vida se ha hecho pedazos?

Dan y Dan caminaban ahora de la mano y Polly los oyó reír. Doblaron la esquina y desaparecieron. Polly volvió a su casa con toda la lentitud del mundo. Cuando llegó, dio tres vueltas a la manzana muy despacio; entonces, derrotada por una ráfaga de viento frío, se vio obligada a entrar.

Trece

La casa estaba en silencio. Polly se quedó en la puerta, atenta a los posibles ruidos de Henry. A lo mejor había hecho los bártulos y la había abandonado. A fin de cuentas, ¿había algo menos atractivo que una esposa infeliz? ¿Acaso resultaba agradable volver a casa y encontrarse con una persona agitada, nerviosa y falta de alegría? ¿Acaso no había quedado fatal en su papel? ¿Por qué iba Henry a querer estar con ella en su situación presente?

Henry se callaba las cosas, siempre lo hacía. Meditaba y reflexionaba. Para saber lo que pensaba había que preguntárselo y, aun así, no siempre hablaba. En este aspecto se parecía al padre de Polly. Los buenos modales pueden ser escalofriantes, puesto que nunca se sabe qué pasa debajo de ellos. Henry perfectamente habría podido meditar y reflexionar sobre el comportamiento de Polly y callar lo que tuviera contra ella. No habría sido ninguna sorpresa para ella descubrir que Henry se hubiera ido ni encontrar en su lado de la cama una amable nota que dijera del modo más delicado posible que la había dejado.

Pero no la había dejado. No tenía ningún sitio a donde ir, como tampoco lo tenía Polly. Los dos estaban en su casa.

Henry se había dado una ducha, se había puesto la vieja bata de pelo de camello y estaba dando una cabezada en el dormitorio. Como era una persona casi perfecta, había doblado el edredón estilo antiguo, ya que sabía que era demasiado delicado para dormir encima. Se había tapado con la manta de viaje de cuadros que normalmente se encontraba doblada debajo del sofá. Al verlo, Polly se sintió llena de amor y dolor. Cuando dormía, Henry era solo él mismo, ni preocupado, ni cansado, ni irritado. El sueño le limpiaba toda la tensión de la cara y dejaba que Polly viese al muchacho apuesto, encantador y varonil con el que se había casado. ¡Cuánto lo amaba! ¡Qué enfadada estaba consigo misma por quererlo tanto! Aquel hombre tierno y dormido no era la persona amenazadora, olímpica y distante que a menudo aparecía ante ella; la persona a la que solía ser imposible acercarse, la que dejaba bien claro que quería que la dejaran en paz.

El carácter de Henry era tan oscuro y luminoso como las dos caras de la luna. Cuando estaba contento, hacía mil cosas en la casa, dejaba que sus hijos se le subieran encima. En modo feliz era un compañero maravilloso.

Cuando dormía se le iban los frunces de la frente. Parecía joven, cansado pero con esperanza. Su pelo, castaño y abundante, conservaba la humedad de la ducha.

Había doblado una toalla y había apoyado la cabeza en ella para no mojar la almohada.

Si un hombre no quiere hablar mucho con su mujer; si un hombre la quiere cerca como presencia pero no como persona; si ella tiene que pedirle que le dé un beso de bienvenida o que la abrace; si él está abstraído y absorto, pero se acuerda de ponerse una toalla bajo la cabeza para no mojar la almohada y recuerda que el edredón es demasiado delicado para dormir encima y lo dobla con cuidado, ¿qué más pruebas de amor se necesitan?

Polly se fue por el pasillo y empezó a preparar la cena. Puso dos servicios en la mesa del comedor. El ocaso hacía que todo pareciera inhóspito, desesperanzado y deprimente. Ninguna lámpara incandescente podía despejar bien aquella lobreguez.

Henry entró en la cocina mientras Polly hacía la ensalada.

—No quiero estar en el comedor —dijo. Polly dio un respingo. No lo había oído entrar—. ¿No podríamos cenar aquí?

Polly siempre había tenido la impresión de que a Henry no le gustaba comer en la cocina, salvo cuando lo hacía con los niños.

—Perdona —dijo Polly—. Creía que no te gustaba comer aquí, por eso he puesto la mesa en el comedor. Traeré los cubiertos.

—Ya los traigo yo, Polly. No te alteres tanto.

Polly sintió que le ardía el pecho.

—No estoy alterada —dijo—. No estoy alterada.

El aire se había cargado de tensión.

—Muy bien, muy bien —dijo Henry—. Cálmate. Traeré los cubiertos aquí. No te pongas histérica.

—¡No estoy histérica! —gritó Polly. En los ojos de Henry había una expresión terrible: la primera manifestación de que pensaba que las cosas estaban muy mal entre ellos. ¿Se había dado cuenta por fin? Polly se sentó en el extremo de la mesa, con las manos en la cara, y lloró sin poder contenerse. No estaba a salvo. No era más que una mujer corriente, con sus defectos acusándola con el dedo. No había ninguna antigua Polly ni ninguna nueva Polly. No tenía ningún sitio donde estar. Aquello no era una lucha: era un símbolo, una declaración. Era lo que nunca permitimos que ocurra. Era el movimiento en falso que lo echaba todo a perder.

—Por el amor de Dios, Polly —dijo Henry. Se puso junto a ella—. ¿Qué te ocurre? ¿Qué te ocurre? —Le acarició los hombros. Polly se puso en pie de un salto.

—¡Déjame en paz! —exclamó, y como Henry retrocediera, Polly se abrazó a él y lloró con la cara pegada a su bata. Henry olía a algo tan dulce como la mantequilla de cacao.

—Eres desdichada desde hace mucho tiempo —dijo Henry con serenidad.

—Nunca quieres comer en la cocina —dijo Polly.

Henry le apartó los brazos.

—Vamos, Polly —dijo—. Tenemos que hablar. —Polly sintió que se le paraba el

corazón. Guardó silencio. Se sentaron a la mesa de la cocina, frente a frente—. Habla conmigo —dijo Henry—. Soy tu marido.

—Y yo soy tu mujer y no hablas conmigo —dijo Polly—. A veces creo que estás pensando en dejarme porque de pronto he dejado de ser la mujer con la que tú contabas. —La luz le llenaba la cabeza. Una vez que había empezado, no podía detenerse—. Me arrinconas. Prestas atención a los niños porque no necesitan mucho. Decidiste que yo no necesitaba mucho y nunca te preocupaste por averiguar qué necesitaba. Tu trabajo es lo único que importa en esta casa.

—Creo que eres tú quien piensa en dejarme —dijo Henry—. Hace meses que lo creo.

—No quiero dejarte —dijo Polly, bajando los ojos al mantel—. No necesito mucho. Quiero que me ames.

—Pero si te amo —dijo Henry.

—Quiero que lo expreses.

—Pero si lo expreso —dijo Henry.

—Quiero que lo expreses de modo que yo lo vea. —Levantó los ojos para mirar a Henry y de súbito sonrieron los dos.

—Ese es un deseo muy universal —dijo Henry.

—No lo es —dijo Polly—. Nunca preguntas por mi trabajo. Nunca preguntas cómo me ha ido el día. No te importa cómo ha ido. Tu trabajo es lo único que hay en esta casa. Tu humor está determinado por el trabajo y ese humor laboral viene a casa y determina el humor de aquí. Sé que trabajas mucho, pero creo que es una coraza. Sirve para tenerme exactamente donde tú quieres: a mil kilómetros de distancia. Sabes ser un buen padre y un gran abogado, y pareces un marido maravilloso, y sabes hacer que me sienta como si dirigiera un hotel de cuatro estrellas. No me prestas ninguna atención. ¿Cómo crees que me sienta ver que te importo menos que tu trabajo?

Se puso en pie y lo miró a la cara. Henry no le devolvía la mirada con ninguna expresión concreta y Polly se sintió poseída por el terror, terror a que su marido tuviera preparada una lista de quejas contra ella y fuera a exponérsela en aquel momento. La impasibilidad de Henry era peor que el Chispazo Horizontal de Censura de Papá. Se había pasado la vida gobernada por las expresiones de los demás. Siguió insistiendo.

—Tienes cara de estar oyendo a un cliente —dijo—. No soy tu cliente. Soy tu mujer y en teoría también tu amada.

Volvió a sentarse. Se había abierto la compuerta. Miraba a Henry, que ahora parecía preocupado, vulnerable y alarmado.

—Estoy cansada —prosiguió Polly—. Cansada de pensar que tengo que ser buena. Cansada de trabajar tanto para convencerme de que cada pequeña cosa está en su sitio. Harta de ser la única persona que se porta bien. Cansada de creer que tengo que trabajar con ahínco para que los demás me quieran. Cansada de aceptar con toda

naturalidad los comentarios de Beate que hieren mis sentimientos. Por primera vez en mi vida he tenido un despiste con los niños, se me han olvidado sus vacaciones de primavera, y madre me acosa como si yo fuera la homicida del hacha. Dejo de ser Doña Rayito de Sol, dejo de ser comprensiva con tu trabajo y tus agobios y tú te revuelves contra mí. Estoy harta de ser comprensiva con las manías y necesidades de todo el mundo, estoy harta de complacer los sentimientos de los demás. Me porto bien y nadie me concede el menor mérito. Quiero un poco de reconocimiento. Quiero que me distinguan. Estoy cansada de ser considerada y de preguntar a todo el mundo por su vida y su trabajo, cuando nadie me pregunta nada a mí. —Había levantado la voz, pero se detuvo en aquel punto.

—Nadie te ha pedido que seas tan perfecta —dijo Henry.

—¡Tú sí! —dijo Polly—. Te gusta que todo esté como está. No sabes lo mucho que me afano para que las cosas estén así.

Ahora fue Henry quien guardó silencio.

—Dime algo —dijo Polly.

—¿Qué quieres que te diga?

—Lo que piensas.

—Pareces dispuesta a dejarme —dijo Henry—. Hablas como si ya no me quisieras, como si ya no quisieras mucho a nadie.

—Ni parezco eso ni hablo así —dijo Polly—. ¿Por qué tengo que ser yo la desafecta? Tengo derecho a estar enfadada. Por ejemplo, tú me descuidas. Y esperas que comprenda tu actitud.

—Me das miedo —dijo Henry—. Tú sabes que te quiero y que confío en ti. Eres la mejor persona que ha existido. Es muy difícil influir en ti, ¿lo sabías? Tengo la coraza de un trabajo y tú tienes la coraza de una familia. Haces que tenga miedo de preguntarte qué te preocupa. Incluso temo que me odies, que sigas conmigo para no defraudar a tu familia. Yo me pregunto lo mismo que tú. Me pregunto si me quieres por mí mismo o porque encajo en tus presupuestos.

—Te quiero por ti mismo —dijo Polly—. Estoy muy sola. Estoy muy confusa. — Cuando puso las manos en la mesa, Henry le puso las suyas encima.

Esta conversación, que los dos habían temido y ninguno de los dos había pensado que fuera necesaria, los había dejado un poco fuera de combate. No se habían dicho ninguna atrocidad. Los dos se sentían un poco mejor, aunque sin aliento.

—Siento haberte fallado —dijo Henry.

—No seas melodramático —dijo Polly—. No me has fallado. Me has desatendido.

—No volverá a ocurrir.

—Seguramente sí —dijo Polly—. Pero tendrás que empezar a pedir disculpas.

Miró a Henry con expectación. Una charla de estas características no era como una ducha tonificante. No lo lavaba todo. Polly volvió a mirarlo con ojos evaluadores, como si fuera un conocido reciente.

—¿Quieres que sigamos hablando? —dijo Henry.

Polly no quería seguir hablando. Había percibido en su voz una nota implorante, dolida y enfadada, y tenía miedo. No estaba acostumbrada a aquellas conversaciones y no sabía lo que podía salir de ellas. Henry y ella no eran como Spud y Martha, que se peleaban amistosamente y lo resolvían todo discutiendo. La confrontación, que incluso Polly sabía que casi todo el mundo consideraría civilizada, la había inquietado. Quería que las cosas volvieran a la normalidad para hacer acopio de valor.

—Quiero cenar —dijo—. Y abrir una botella de vino.

—Muy bien —dijo Henry—. Pero comamos en la cocina y tengamos una velada horizontal.

Si Pete y Dee-Dee hubieran estado en casa, habrían corrido al dormitorio y se habrían acostado como tortugas de tierra. Pete y Dee-Dee estaban aprendiendo a hacer calceta en esa época. Los dos utilizaban largas agujas de madera y la lana que antes había sido blanca era ya gris. Ver a sus hijos absortos en tejer sus sucios paños cuadrados le resultaba a Polly una estampa tan cómica y entrañable que casi no soportaba estar en la misma habitación que ellos. Las noches frías, la familia se encogía debajo de las mantas, y Henry, si estaba en casa, les leía pasajes de *Animales salvajes que he conocido* de Ernest Thompson Seton.

Muchos muchos años atrás, el colmo del deleite para Polly era meterse en la cama temprano, con los niños ya durmiendo, y ponerse a leer junto a Henry. El sentido de la comodidad, del desahogo doméstico y la predisposición afectuosa desbordaban su corazón en aquellos tiempos. Pero Polly sabía de antemano cómo iba a ser la velada horizontal propuesta. Henry se llevaría algunos papeles a la cama, o abriría una novela de misterio y se quedaría dormido enseguida, dejando a Polly sola y despierta, entre las zarpas del deseo físico que sabía que le desgarraría las entrañas.

Se sentaron para cenar en la cocina. Era como una incómoda segunda cita: ¡qué esfuerzo estaban haciendo!

—Los espaguetis están excelentes, Polly —dijo Henry.

—Espero que haya suficiente mantequilla —dijo Polly.

—Para mí están perfectos —dijo Henry—. ¿Hay queso rallado?

Polly se levantó corriendo.

—Me olvidaba. Qué tontería, ¿verdad? Lo he dejado fuera con el rallador, pero no lo he rallado. —Volvió a sentarse y le alargó a Henry el rallador y el queso. Henry la miraba con verdadera preocupación. Polly se daba cuenta de que se notaba su nerviosismo. En modo alguno era propio de ella olvidar el queso rallado. Pero es que estaba agitadísima. Entre ella y Henry pendía una nube de desdicha y desesperación potencial. Hablar con él los había agotado a los dos. ¿Cómo podía esperarse que siguiera hablándole? ¿Era culpa de Henry ser como era? ¿Acaso no lo había acostumbrado ella para que fuese como era? Con todas las cosas buenas que tenía, ¿merecía ella tanta irritación?

La idea de cenar sin hablar era el fin del mundo para Polly. Significaba que todo

estaba irremediablemente mal, pero tampoco sabía cómo empezar una conversación. También Henry pensaba que una cena en silencio era el fin del mundo.

—¿Qué cuenta Wendy sobre Priory? —dijo.

—Ronnie, el de Clam Box... lo ha dejado su mujer —dijo Polly—. Había abierto ya cuando subieron. DeeDee encontró un cangrejo herradura. Eso es todo, más o menos. Luego madre y yo tuvimos una pelotera por las vacaciones de primavera de los niños.

—Sí, ya me lo has dicho. Pero se quedarán en Maine toda la semana, ¿no?

—No lo preparé —dijo Polly—. Me olvidé por completo. Les puse ropa para que pasaran allí el fin de semana y me olvidé por completo de las vacaciones. No había hecho ningún preparativo.

—Bueno —dijo Henry con buen humor mientras removía la ensalada—, entonces lo comprenderás cuando tu madre envíe a la policía para detenerte.

—¡No te burles! —exclamó Polly—. Tú no tienes que organizar sus vacaciones y no recibes críticas cuando cometes un error. Yo sí. —Polly tenía la cara cubierta de lágrimas. Henry se puso en pie, acercó su silla a la de Polly y se sentó a su lado. Le cogió las manos.

—Ah, mi pobre Polly. ¿Es que todo tiene que hacerte desdichada? —Le puso las manos en los hombros y la acercó hacia sí, pero Polly se apartó.

—Soy desdichada —dijo.

—A propósito de tu madre —dijo Henry—, te lo he dicho una docena de veces y tú no me escuchas. Es un monstruo adorable y le gusta torturarte.

—Sí te escucho —dijo Polly—. Pero tengo que aguantarla. Es mi única madre.

—Tú eres su única hija —dijo Henry.

—Me gustaría matarla —dijo Polly—. Me gustaría estrangularla. Con Henry y Andrey a no se mete. A Paul no se atrevería a tocarle un pelo de la ropa. ¿Por qué tengo que sufrir yo? —Se volvió hacia Henry—. Lo sé, lo sé. Porque yo misma me pongo a su alcance. Pero ¿por qué tengo que ser razonable y comprensiva cuando sigo sintiendo deseos de estrangularla?

—¿Y a mí? —dijo Henry. Se puso en pie, recogió los platos y los llevó al fregadero—. ¿También quieres estrangularme a mí?

—Sí —dijo Polly—. Me muero de soledad. Sé que es culpa mía. Hace tiempo que debería haber dejado de fingir que todo estaba bien. Y ahora que lo hago, creo que todos se ponen en mi contra; tú también.

Henry se quedó en el centro de la cocina.

—Por favor, Polly —dijo—. Ven aquí conmigo.

—Ven tú —dijo Polly.

Henry se arrodilló junto a la silla de Polly.

—Sea lo que sea, ¿no puede arreglarse, Polly? —dijo Henry—. ¿Es que ya no me quieres? Por favor, dímelo.

—No quiero que nadie deje de amarme —dijo Polly—. Estoy furiosa con todo el

mundo. Todos empezarán a odiarme muy pronto.

—Nadie podría odiarte nunca —dijo Henry—. Eres lo mejor que hay.

—Ya no quiero ser lo mejor —dijo Polly.

—No puedes impedirlo —dijo Henry—. No es lo que haces. Es lo que eres.

—A eso me refiero —dijo Polly—. Si dejo de ser así, te perderé. Yo tengo que ser intachable, mientras que los demás sois amados a pesar de vuestros defectos.

—Puede que esto te sorprenda —dijo Henry—, pero no eres intachable.

—¡Pues lo intento! —exclamó Polly.

—Pobres de nosotros —dijo Henry—. Quieres que te amemos porque te esfuerzas por ser buena, y cuando lo eres, te enfadas porque te amamos por eso. ¿Qué es lo que quieres?

Soy una ansiosa y una malcriada, pensó Polly. Quiero a mi marido, quiero mi aventura amorosa y mi vida cómoda y segura. Quiero dejar de sentirme como una extraña conmigo misma. Quiero volver a ser feliz con Henry.

Miró a Henry con una mezcla de deseo y temor. Aunque realmente ames a tu compañero, pensó Polly, no te vas a evitar nada.

—Quiero ser yo misma —dijo Polly.

—Eres tú misma —dijo Henry.

—Si lo soy, es la primera vez que lo he sido —dijo Polly—. Me siento horrible. Me siento como si hubiera llevado un vestido que no me quedaba bien durante mucho tiempo y, ahora que me lo he quitado, me sintiera peor.

—¿No crees que haya nadie que te quiera como eras antes? —dijo Henry.

—No —dijo Polly, rompiendo a llorar—. No lo creo.

—Pues yo te quiero como eras antes —dijo Henry—. Y ahora escucha. Sírvete un café. Ve a tomártelo a la cama, recostada en un montón de almohadas. Necesitas descansar más y alterarte menos.

Henry se alejó por el pasillo, y mientras Polly se ponía el camisón, abrió las mantas y ahuecó las almohadas. Cuando Polly se acostó, Henry la tapó con las frazadas.

—Voy estar cinco minutos repasando unos papeles —dijo—. Para mañana. Vuelvo en seguida.

¿Es que no la amaba lo suficiente para dejar los papeles para mañana?, pensó Polly. ¿Creía él que lo único que necesitaba ella era una charla? ¿Se estaba escondiendo de ella y ponía como pretexto el trabajo porque tenía miedo? ¿Acaso no revelaba sus verdaderos sentimientos que el trabajo tuviera prioridad sobre el amor de un modo tan manifiesto?

El deseo de Lincoln por ella era incondicional. Su vida estaba organizada para poder desearla sin rodeos, pura y simplemente. En el matrimonio no había nada puro y simple, pensó Polly. Que no pudiera enfadarse sin más con Henry, que ella *creyera*

en los problemas de trabajo de Henry, que ella pensara que siempre estaban antes que ella era, en su opinión, el principio, el centro y el fin de su infelicidad. La deprimía; la dejaba exhausta.

Estaba medio dormida cuando llegó Henry. Se metió en la cama con cuidado y abrazó a Polly.

—¿Sigues disgustada? —preguntó entre susurros.

—Sí —dijo Polly.

—¿Con todo o con nosotros?

—Contigo —dijo Polly.

—¿Por qué conmigo?

Polly se soltó del abrazo.

—¿Es que no podías haberte acostado antes y levantarte mañana temprano para dedicarte a tus papeles? ¿Es que yo no significo nada?

—Ando muy agobiado —dijo Henry—. Es peor que nunca.

Polly se incorporó.

—Yo podría ayudarte —dijo—. Te llevaría bandejas con bocadillos, te frotaría la espalda, escucharía tus quejas. Haría todas esas cosas si al menos las apreciaras. Si tuvieran alguna importancia para ti.

Henry la acercó hacia él.

—Pues claro que las apreciaría —dijo—. Y tendrían importancia. Me moriría sin ti. —La besó en los labios, en el pelo, en las orejas. Polly se apretó contra él y enterró la cara en su cuello—. Polly —añadió Henry—, haces de mi vida algo dulce.

La estrechó entre sus brazos y volvieron a estar juntos.

CUARTA PARTE

Catorce

Repentinamente, todos estaban otra vez allí. Pete y DeeDee irrumpieron en la casa con las mejillas coloreadas de rosa y oro. Henry el Viejo y Wendy, menos dorados, también estaban en casa.

Henry había ganado el recurso de apelación y la parte extenuante de su agenda llegó a su fin. La nube que pesaba sobre su trabajo se alejó. Volvía a casa temprano para cenar y la atención que había prestado antes al trabajo la concentró desde entonces en la vida doméstica. Puesto que se dedicaba a Polly casi en exclusiva, era un hombre difícil de resistir. Se comportaba como un pretendiente, aunque no con tanta ostentación como para volver con flores a casa. En vez de volver con flores, volvía consigo mismo y con su encanto. La familia cenaba en la cocina. Había sesiones horizontales en el dormitorio. Algunas noches, cuando los niños estaban ya en la cama, Henry y Polly iban al cine, donde permanecían cogidos de la mano.

Henry, cuando quería, era una fuerza indomable, y aunque Polly se sentía generalmente agradecida por el amor que recibía, se mostraba cautelosa. Se dejaba cortejar, y el ardor de Henry era convincente, pero a pesar de que ella solía derretirse, había ocasiones en que le daba la impresión de que todo aquello estaba planificado.

—Por el amor de Dios, Polly —dijo Henry—. Que todo esto está planificado. Primero dices que no te atiende y ahora dices que te presto demasiada atención.

—Quiero amor, no compensaciones —dijo Polly—. No quiero acostumbrarme a tenerte cerca para que luego desaparezcas a causa del trabajo.

—Yo no puedo controlar los apremios —dijo Henry.

—Quiero que encuentres el medio de no estar tan alejado —dijo Polly—. Eso es lo único que pido. —Se había impuesto a sí misma enfrentarse a Henry. Cuanto más hablaban, más cerca de él se sentía.

Se obligaba a decir estas cosas: esto no era natural en ella. Lo tradicional en las familias Demarest y Solo-Miller era seguir viviendo como si nada. Su método era el común entendimiento tácito y a Polly le parecía excelente cuando las cosas iban bien, pero pésimo cuando ocurría lo contrario. Se esforzaba para hablar con Henry, y se armaba de valor para no retroceder ante las discusiones o las peleas. Lo que más quería ella era recuperar su antigua vida. No quería seguir con el peso que tenía en el corazón; no quería sentirse desesperada otra vez. Quería ser como antes, porque creía que su verdadera personalidad era la de antes. Era muy gratificante sentirse animada, sentirse estimulada, ver que Henry volvía a casa temprano, tener a sus hijos cerca.

Sabía que cuantas más buenas sensaciones se generaban, más buenas sensaciones prevalecían. En su corazón era caritativa a la antigua: creía que quien hacía buenas obras recibía su recompensa. Se entregaba sin reservas a su familia y su familia se arremolinaba a su alrededor, como para darle a entender lo apacible que podía ser la vida cuando no se tenía una aventura amorosa.

En lo único en que no quería pensar era en Lincoln. Cuando lo evocaba se acordaba de lo agotada y deprimida que se había sentido, en lo muy diferente que le había parecido la vida. Se había acostumbrado a no estar con él y ahora, por fin, se estaba desvaneciendo. Bueno, tampoco es que tuviera tiempo de echarlo de menos. Tenía a Henry, a los niños, la revisión del texto impreso del informe de primavera. Qué maravilloso era volver a casa para encontrarse con una feliz cena familiar, con un marido atento, con la sensación de que las cosas eran como debían ser, con la sensación de que se estaba afanando por entrar nuevamente en vereda y que los problemas que la aguardaban en el futuro eran normales y corrientes. Recordaba el invierno y lo veía representado en una oscura y tormentosa tarde con Lincoln a su lado. Lincoln era el espino de su camino, la sombra en su luz dorada, el guardián del secreto de su caída.

Los días se iluminaban. El cielo del atardecer era lila, no gris. Obviamente, no era totalmente como había sido antes. Era reacia a ver a sus padres.

—Cariño —le dijo Wendy por teléfono—, ¿dónde te metes? Hace siglos que no te vemos. No puedes tener *tanto* trabajo.

—Pues lo tengo —dijo Polly—. El informe de primavera está en la imprenta y tengo que supervisararlo.

—Pues mañana voy a almorzar con Beate. Uno de estos días dará a luz y creo que debemos estar cerca de ella. ¿Y si reservo mesa para tres y no para dos?

—No podré ir —dijo Polly—. Por la mañana estaré en una reunión y por la tarde en la imprenta.

Se produjo un largo silencio.

—Bueno, Polly —dijo Wendy—. Me decepcionas muchísimo. Beate está muy lejos de su familia y esto es sin duda más importante que los informes y las reuniones.

—Escucha —dijo Polly—. Estoy hasta el gorro de Beate y de Paul. He tenido que comer con ella seis veces. Sé que está lejos de los suyos, pero no volveré a sentarme con ella para que me diga por enésima vez que mis partos no se prepararon como es debido o que sabe de tener niños más que yo, y que como no soy tan pura y noble como ella, Pete y Dee-Dee están condenados a ser criminales de guerra y carne de presidio. Es realmente ofensivo.

—Lo dice sin mala intención —dijo Wendy—. Son los nervios.

—También yo fui primeriza —dijo Polly—. Y no me portaba así. Será un gran placer regalarle a los gemelos un juego de mantitas iguales, pero no voy a ir a vuestra comida y se acabó la discusión. Beate te tiene a ti y tiene a Paul. Además, la reunión

de mañana es muy importante y, si no voy a la imprenta, el informe se retrasará. —De sus labios salía una voz clara y firme, y Polly estaba asombrada de que fuera suya. Se oyó decir—: Y en cuanto al tema de los niños, Madre... —Casi vio la mueca de malestar de Wendy. Aquella no era la voz que había oído antes en boca de su hija. Prosiguió—: Hay unos cuantos temas relacionados con los niños que creo que no deberíamos tocar. No creo que te des cuenta de lo mucho que llegas a criticarme en ese aspecto. Un tema es las vacaciones escolares. El otro es mi trabajo y con quién dejo a los niños. Cuido muy bien a Pete y a Dee-Dee. Conchita es una persona escrupulosa, amable e inteligente. Nancy Jewell es una canguro maravillosa y una de las personas más simpáticas del mundo. Los niños tienen sus planes, se les miman y se les quiere. Yo estoy casi todas las noches en casa. No quiero que se me acose nunca más por ese tema.

—Entiendo —dijo Wendy. Hablaba con autoridad, pero con voz dolida.

Polly sabía que acabaría haciéndose algo para que se sintiera mal por lo de Beate, pero no le importaba. Beate y Paul la irritaban particularmente. Le ponía furiosa que Beate se creyera con libertad para herir sus sentimientos. Trataba a Beate con la lealtad que debía a una cuñada, pero no simpatizaba con ella. Si Beate se civilizaba al cabo de setenta u ochenta años, quizá, pensaba Polly, le diera una segunda oportunidad. En cuanto a los niños, Wendy mantendría durante un tiempo una postura de no intervención, herida y fría. Polly lo aceptaba. Pero le sacaba de sus casillas que los gemelos de Beate fueran más cruciales que el importante trabajo de Polly, aunque Wendy siempre adoptara una actitud desdeñosa hacia dicho trabajo.

Hecha esta declaración política, Polly se dedicó alegremente a su casa. Cada día se sentía más fuerte y veía las cosas más claras. Con Henry cerca, la vida tenía sentido para ella. Cuando se sentaba a cenar, murmuraba una oración de agradecimiento porque la vida la hubiera tratado tan bien.

Únicamente cuando estaba sola vibraba en su interior una alarma de pánico. ¿Qué podía hacer con Lincoln? Con el tiempo volvería de Francia. Sobre lo que debía hacer no había vuelta de hoja. La presencia de Lincoln en su vida, ahora lo entendía, había compensado las desatenciones de Henry. Era así de simple. Ahora que Henry había vuelto con ella, ahora que estaban juntos, Lincoln era un estorbo. No podía sentir plenamente su apacible y querida vida doméstica con Lincoln tirado en su camino como vidrios rotos. Era demasiado peligroso. Polly creía sinceramente que el hecho se había consumado. Creía que había renunciado a Lincoln.

Por la mañana llevó a los niños a la escuela. Vio mujeres con abrigos de pieles en los brazos que se dirigían a la peletería para que se los guardaran durante los meses de calor. En el barrio de Polly ese era un signo seguro de que estaban en primavera.

—Dame la mano, Pete, por favor —dijo Polly mientras cruzaban la calle.

—No quiero —dijo Pete—. Ya soy mayor.

Polly miró a su hijo. Cuando quisiera darse cuenta sería más alto que ella. ¿Iría por ahí rompiendo corazones? ¿Sería guapo y formal como su padre o extravagante y

juvenil al estilo de Lincoln?

—Podrás soltarme la mano cuando tengas dieciséis años —dijo Polly—. Pero no antes. —Cogió la mano del niño y la retuvo. Pete era un muchacho tan simpático que le dio un apretón. A Dee-Dee, en cambio, había que tenerla sujeta. La niña había entrado en una etapa ensimismada, había que zarandearla para sacarla de sus fantasías y sus libros y sus dos únicos temas de conversación eran los animales imaginarios y su amiga imaginaria, Flower Bernstein.

—Mamá, ¿un grifo es real o imaginario?

—Imaginario.

—¿Y cómo lo sabes? A lo mejor los pingüinos también son imaginarios. ¿Has visto alguno?

—En ilustraciones.

—Podrían ser dibujos de artistas —dijo Dee-Dee— o fotografías trucadas. La madre de Flower Bernstein le deja tener un loro rojo y grande en el dormitorio.

—Cariño, no podemos hablar de estas cosas y cruzar la calle al mismo tiempo —dijo Polly—. Cuando cruces la calle, presta atención a la calle y al tráfico, y cuando estés segura en la otra acera, podrás pensar en grifos y pingüinos. Y podrás vivir con tu amiga Flower y su loro, pero por el momento, hazme el favor de mirar por dónde vas.

—No me gusta dejar de pensar en una cosa —dijo Dee-Dee—. Me gusta concentrarme.

Polly suspiró. La vida de la mente superior había alcanzado por lo menos a una de sus criaturas. Los despidió con un beso y los vio subir la escalera de la escuela. Mi vida se ha salvado, se dijo. Si puedo mantener este ritmo estable, si puedo vigilar a estos oportunos gorrioncillos, volveré a sentirme segura.

En la oficina, Martha Nathan dijo:

—Me gustaba más tu yo infeliz.

—No seas tan pesimista —dijo Polly.

—Te odio cuando gorjeas —dijo Martha—. Me gustaba tu lado sombrío.

—Sé un poco más amable conmigo, ¿quieres? —dijo Polly—. Mi lado sombrío era terrible. Era mi noche oscura del alma. No deseas eso en una persona, ¿verdad?

—Era más interesante —dijo Martha con pena—. ¿Dónde está tu amigo Lincoln estos días?

—En París —dijo Polly.

—¿Todavía? —dijo Martha—. Pensé que había vuelto.

—Volverá pronto —dijo Polly—. Pero no pienso verlo.

—¿No? ¿Por qué no?

—Ah, Martha, no te imaginas lo doloroso que ha sido esto. No estaba hecha para una cosa así. Estaba hecha para el seno familiar. No podía continuar.

—Bueno —dijo Martha—. Suerte que tienes.

—No seas maliciosa conmigo —dijo Polly.

—No soy maliciosa —dijo Martha—. Te tengo envidia. Es muy envidiable ser capaz de tomar decisiones y que todo esté en su sitio.

—Vamos, Martha, ¿cuál es tu problema? Pareces exaltada.

—Spud está en California —dijo Martha—. Ha ido a solicitar una plaza de auxiliar de cátedra. Mucho dinero y prestigio.

—¿Y?

—California, como sabemos, está llena de facultades de medicina de primera categoría —dijo Martha con desaliento—. He solicitado matricularme en un par.

—Ya veo el cuadro —dijo Polly—. Si os casáis, yo os haré la tarta nupcial.

—¿Sí? —dijo Martha—. No parece una compensación justa por toda una vida de horror.

—Cállate un rato, Martha —dijo Polly.

—Solo quiero una vida interesante —dijo Martha.

—No es verdad —dijo Polly—. Yo he tenido una hasta hace poco y no se la desearías ni a tu peor enemiga.

Lincoln estaba más cerca cada día que pasaba. Polly tenía miedo de encararse con él. Aborrecía la idea de decirle que ya no podían verse. Tal vez, en un futuro lejano, pudieran ser amigos. Polly podría invitarlo a cenar. Entonces podrían dirigirse desde lados opuestos de la mesa una mirada secreta: la mirada de los amigos que han sido amantes clandestinos. La vida podría dedicarse al trabajo, aplicando a las cosas la debida intención. Una cosa es tener una aventura cuando el marido está fuera a menudo o está absorto en sus asuntos cuando se encuentra en casa. Y otra muy distinta tener una aventura cuando marido y mujer vuelven a estar de acuerdo en salvar su matrimonio.

Al fin y al cabo, la vida familiar era la argamasa que mantenía los ladrillos unidos; era la brea que impermeabilizaba la cesta; el calafateo que impedía que entrara el viento y el temporal. Era la vida misma, sin un centímetro de menos. Una persona inmersa en las realidades de la vida familiar no se detenía a meditar el significado de la vida: esa persona estaba en la vida, hasta el cuello y más arriba. La familia era el principio, el futuro y el pasado. Protegía al débil y al fuerte. Unía las ideas afines y daba a las desemejanzas una causa común: proporcionaba refugio y esperanza. ¿Qué más, se preguntaba Polly, podía querer una persona sensata?

Henry llegó pronto de la oficina, se puso sus raídas ropas domésticas, se sirvió una copa y se sentó en el suelo con Pete y Dee-Dee. Para divertirlos se puso su vapuleado sombrero de pescador. En la cena hablaron de Maine mientras Pete hacía ruidos amenazadores a su comida.

—Papi —dijo Dee-Dee en la mesa—, dile a Pete que no deshaga toda la comida

de ese modo. Es asqueroso.

—Tengo que deshacerla y aplastarla —dijo Pete—. Tengo que triturarla.

—No te va a morder —dijo Henry.

—En su estado natural me mordería —dijo Pete.

—Es una chuleta de cordero, tonto —dijo Dee-Dee—. Los corderos no muerden.

—¿Que no? —dijo Pete—. Dan coces y, cuando son mayores, muerden. Recuérdalo, Dee-Dee. Esa chuleta formó parte de un bonito cordero lanudo.

Dee-Dee tenía los sinceros ojos grises de su madre. Los de Pete eran de color avellana y tenían la compleja expresión de su padre. Dee-Dee miró a su hermano a la cara. Sabía con exactitud qué iba a decir. Bostezó y su interés empezó a adquirir un cariz formal.

—Tu cena —prosiguió Pete— fue en otro tiempo apacible y lanuda, cariñosa y bonita. —Miró a su hermana, que seguía completamente imperturbable. De los ojos del muchacho brotaron lágrimas al imaginar la dulzura del animalito evocado y fue incapaz de terminar la carne que tenía delante.

—¿Cuándo iremos a Priory, mamá? —dijo Dee-Dee.

—Iremos todos el Día de los Caídos para abrir la casa —dijo Polly—. Luego, tú, Pete, la abuela y el abuelo iréis la segunda semana de junio para pasar todo el verano. Luego iré yo para pasar las dos últimas semanas de julio, y papá se reunirá con nosotros para quedarse todo el mes de agosto.

Henry había prometido a Polly que estaría con ella todo el mes de agosto. No lo pasaría hablando por teléfono con Nueva York ni trabajando en su estudio de verano. Acostado junto a Polly por la noche, le hablaba del miedo que había tenido a que lo abandonara, de lo mucho que ella significaba para él, de lo mucho que la amaba. A consecuencia de este insistente cortejo, Polly volvió a enamorarse. Volvió a respirar con naturalidad. La estaban rescatando de los brazos de otro hombre. Por cada movimiento hacia delante que hacía Henry, Polly se retiraba de la idea de Lincoln. Cuando este volviera, Polly ya no tendría nada que darle, salvo un resto de gratitud.

Después de la cena, toda la familia se echaba en la cama de matrimonio. Polly cosía los botones sueltos de las prendas invernales de Henry y los niños, que luego enviarían a la lavandería para protegerlas de la polilla y guardarlas. También hacía listas de cosas que había que llevar a Maine y de faenas que formaban parte de la limpieza general. Los árboles todavía estaban empezando a echar hojas, pero a Polly el invierno le parecía muy lejano. Le gustaba prepararse para el verano. Mientras ordenaba y amontonaba los abrigo, los trajes y los jerséis, le dio la sensación de que junto con las ropas de invierno estaba guardando el pasado. Como si también ella se hubiera desprendido de algunas prendas protectoras.

Dee-Dee, a los pies de su madre, leía un libro sobre niños de la época colonial. Pete resolvía quebrados. Cuando se concentraba, sacaba la punta de la lengua y fruncía la frente. Henry y Polly hojeaban las revistas amontonadas en las dos mesitas de noche y que no habían tenido tiempo de leer hasta entonces. La lluvia de

primavera resbalaba por las ventanas y amortiguaba el rumor del tráfico de la calle. De vez en cuando se oía el silbato del portero que llamaba un taxi. El reloj de péndulo del pasillo emitía su tictac tranquilizador y daba las horas con un suave y agudo campanileo.

Polly dejó la revista. Henry y Pete se habían quedado dormidos. Dee-Dee fantaseaba con su libro. Había dejado caer los zapatos junto a la cama y agitaba los dedos de los pies.

Había sido una época larga y terrible, el mundo se había sumido en un desorden intolerable, pero Polly estaba a salvo de nuevo. Apoyada en las almohadas, rodeada por su familia, pensó en la angustia que originaba llevar una doble vida, aquella planificación frenética para ver a Lincoln, aquel robar tiempo al tiempo para poder encontrarse con él. La oficina le había evitado multitud de movimientos furtivos, pero no aquel deseo ciego y espasmódico de estar a su lado. Su vida había sido lanzada al aire como una baraja y solo la suerte, o así lo sentía ella, había hecho que los naipes cayeran al suelo formando tan delicado dibujo.

También las mañanas eran normales. Polly ya no salía del sueño a rastras y en tensión, ni despertaba para liberarse de una pesadilla. En los rasgos de Henry adivinaba satisfacción, algo que Polly no veía desde hacía mucho. Y Henry no corría a la ducha, sino que dejaba que los niños se le subieran encima un par de veces. Henry era como un volcán: se veían sus manifestaciones, no los corrimientos de las profundidades. Parecía feliz y apasionado, y miraba a Polly como si tuviera miedo de que se desvaneciese delante de él. Se comportaba mejor que nunca y todos sus ademanes revelaban su atención y su dedicación.

Pete, en la cocina, se subía a una silla y removía los cereales. Dee-Dee recogía el periódico. Henry hacía las tostadas y Polly preparaba el café. En cuanto Henry y los niños se iban, Polly retiraba los platos, hacía una lista para Conchita, se terminaba el café y se iba a trabajar. Qué diferentes eran estas mañanas de aquellos oscuros y desolados días de invierno.

La primera mañana cálida de primavera Polly iba andando al trabajo. Caminaba con paso estable. Sí, se decía, se me ha perdonado la vida. Pasan días enteros y no pienso un solo momento en Lincoln. He tenido ataques de ira, he tenido momentos de depresión, he pecado, pero mi vida no va a estallar. Soy la mujer que era antes. Pensar en Lincoln desde esta perspectiva era difícil e incómodo. ¿Y si no quería renunciar a ella? ¿Y si amenazaba con denunciarla públicamente? Esta posibilidad asustaba tanto a Polly que no se detenía a pensar que estaba hablando de Lincoln Bennett, su bondadoso y excelente amigo, el que no hacía mucho había conseguido que la vida recuperase la lozanía para ella. Evocaba a un Lincoln enfadado y resentido que deseaba venganza y que podía lograrla con facilidad. Lincoln conocía miles de cosas que solo habría podido conocer a través de Polly. Nadie, y Polly se

refería a Henry, creería nunca que había tenido una aventura, pero imaginaba a Lincoln convenciendo a Henry para destruir su vida. ¿De qué otro modo habría conocido él los pequeños detalles de la vida familiar de ella, o el nombre de las primas del cuñado de Henry? Imaginaba la estupefacción, la expresión de incredulidad que atravesaría la cara de Henry. La fe de este en su mujer se haría añicos. Le perdería todo respeto y consideración. Se horrorizaría, y no sin razón, de su habilidad para engañar. La intención de hacer el mal que anidaba en Polly se había mantenido durante meses en estado de contención, como una loba en una guarida lejana. Luego se había liberado y se había hecho dueña de ella. No hacía falta explicar nada. Era el pretexto que ponían las personas pusilánimes y egocéntricas para obrar mal.

La misión de Polly estaba clara. Tendría que ver a Lincoln para decirle que no lo vería nunca más. Tendría que hacerlo, y mientras iba por la calle, le pareció empresa fácil. Había encontrado comentarios sobre la exposición en todas las revistas de arte francesas. Había sido un éxito rotundo. Sería un artista mucho más solicitado cuando volviera. Su vida podía mejorar si de veras lo deseaba. El momento presente podía ser crucial para Lincoln. Polly podía ayudarlo dejándolo en paz. Todo había cambiado. ¿Cómo pude permitirme tanta debilidad?, se preguntaba Polly. ¿Tan necesitaba estaba que fui a relacionarme con una persona tan distinta de mí, que odia todo lo que yo aprecio?

Cuando entró en la oficina, Martha le salió al encuentro.

—Pareces deprimida y encantadora —dijo—. Como antes.

—Tú sí que pareces deprimida —dijo Polly—. ¿Qué pasa?

Anduvieron juntas por el pasillo.

—¿Recuerdas el maravilloso empleo que solicitó Spud? —Dio un profundo suspiro—. Lo ha conseguido. Nos vamos a California. A mí me han aceptado en las dos facultades de medicina, o sea que el destino no deja que me escape por las aberturas de sus redes. Lo supe el sábado. Spud quiere que nos casemos.

—No tienes por qué casarte —dijo Polly.

—Creía que eras un cartel andante en favor del matrimonio —dijo Martha—. Es lo que dice Spud.

—Respira hondo y el cloroformo te dormirá —dijo Polly—. ¿Dónde tendrá lugar el feliz acontecimiento?

—Allí —dijo Martha—. Nuestras familias están allí. Será muy emocionante. Por fin me vendo. Nunca pensé que acabaría en esta situación.

—No es tan terrible —dijo Polly.

—Solo de vez en cuando —dijo Martha.

—Todo esto me pone muy triste —dijo Polly—. Ya no te tendré en la oficina.

—A lo mejor me dura poco —dijo Martha— y vuelvo corriendo.

—No volverás —dijo Polly—. A veces creo que tú y Spud estáis haciendo las cosas como hay que hacerlas: avanzáis con grandes esfuerzos, lo solucionáis todo y

finalmente os casáis. Creo que estaréis casados de por vida.

—Como las ballenas —dijo Martha—. Eso es lo que me da miedo.

—Si Spud encuentra a alguien para officiar la ceremonia mientras estás inconsciente, estás fuera de peligro —dijo Polly. Sonó el teléfono en el despacho de Martha y esta corrió a responder. Polly colgó el abrigo pensando lo extraña que sería la vida sin Lincoln y sin Martha. Habían sido los primeros amigos de verdad de su vida adulta: un pintor elusivo y una genio neurótica. No eran los amigos que Polly hubiera pensado que tendría, pero los había tenido. Una parte de ella los había buscado y allí estaban. Algún día iría a California para visitar a Spud y a Martha. Algún día, tal vez, Lincoln y ella pudieran ser amigos: tendría que pasar mucho tiempo, cuando las cosas estuvieran como debían estar.

Había una carta en la mesa de Polly. La vio desde la puerta. La caligrafía del sobre era de Lincoln. Temblaba cuando la abrió. Decía:

Queridísima D.:

Volveré el martes y espero verte el miércoles. No me llames. Basta con que vengas. Habrá comida esperando y, si no apareces, me veré obligado a comérmela toda yo.

Todo tuyo, L.

Polly se sintió presa del pánico nada más pensar en Lincoln. ¿Qué podía decirle? La verdad era muy trivial: las cosas con Henry habían mejorado y ella ya no necesitaba una aventura amorosa. Era así de simple. El corazón le retumbaba en el pecho. Ya era martes. Para quitarse aquel peso de encima tendría que esperar veinticuatro horas o más.

El orden era metabólico. Era químico. Era algo con cuya tendencia se nacía y que se perfeccionaba con la educación. Las intenciones de Polly eran buenas: quería una vida ordenada y productiva, alegrías y satisfacciones para aquellos a quienes amaba, un puerto seguro, un hogar amable, una sensación de seguridad y decencia. Lincoln era una mota en su ojo, lo que estaba fuera de lugar. Ansiaba que su vida discurriera nuevamente por los cauces equilibrados, apacibles y generadores de alegría por los que había discurrido en otro tiempo. Quería recuperar su vida.

El miércoles estaba muerta de miedo. Ni una sola cosa escapaba a su atención. Se hacía reproches por vestirse con tanto esmero, pero se vistió con esmero de todos modos. Se sentía acalorada y ruborizada, pero tenía las manos frías. Sentía las piernas como de agua. Quería creer que estaba enferma, pero sabía que no era eso.

Estuvo inquieta en el autobús. En el trabajo no pudo concentrarse. Los documentos daban vueltas ante sus ojos. Las agujas del reloj avanzaban a paso de tortuga. A las once y media se puso el abrigo. Había que hacerlo. Estaba aterrorizada. Nunca había puesto fin a una aventura amorosa ni a ninguna otra clase de relación. Era un cometido que olía a brutalidad, expulsión y tristeza. En el taxi, camino del

estudio de Lincoln, se esforzó por analizar su corazón; estaba segura de que se encontraba en estado puro y renovado, consagrado y reconsagrado a su marido y a su familia. La idea de que el amor de Lincoln no era correspondido, de que ella no lo deseaba, sino que temía verlo, la llenaba de tristeza.

Al llegar a la calle de Lincoln enfadó al taxista dejando caer el monedero en el suelo, esparciendo la calderilla y dándole el importe que no correspondía. Compensó con creces la patosería dándole una propina generosa y huyó sin cerrar bien la portezuela. Los pies se le volvieron de plomo conforme se aproximaba al estudio. Tenía el corazón desbocado. Las manos, dentro de los bolsillos del abrigo, se le habían humedecido. Se sentía como una niña temerosa de ir a la escuela. ¡Qué horrible era sentir horror a ver a quien había amado tanto! Pero es que todo había cambiado.

Quince

Nada había cambiado. Lo supo nada más mirarlo. Sus fuertes hombros, el mohín de su boca, su forma de entornar los ojos, el pelo que le caía por la frente, su olor a humo de cigarro y al espliego del *aftershave*.

Lincoln entendió lo que había en la cara de Polly —siempre había sido transparente para él— y optó por mantenerse a distancia. Le quitó el abrigo pero no la besó. Recorrió todo el estudio y ella fue tras él como si fuera una invitada que estaba allí para ver sus cuadros. La comida estaba preparada en la mesa; la comida habitual de pan, queso, uvas y vino. Polly sintió que se ahogaba y el corazón se le derritió. Se volvió hacia Lincoln. Nada había cambiado, nada en absoluto. Y se arrojó en sus brazos.

La comida seguía en la mesa. Polly había llamado a la oficina para decir que no volvería hasta el día siguiente, y había llamado a Conchita para decirle que había tenido que ir a una reunión, anticipándose así a la improbable posibilidad de que Conchita la llamara al despacho.

Los dos estaban en la cama. Polly no lo experimentaba como un pecado. Lo que sentía no era exactamente romántico. Era un sentimiento de camaradería, como si hubiera ido a aquella casa para encontrarse con un antiguo y querido amigo.

—Cuando llegaste pensé que todo había terminado —dijo Lincoln—. Lo llevabas escrito en la cara. Creí que mi pobre corazón explotaba.

—También yo creía que todo había terminado —dijo Polly.

—Si vas a llorar, Dottie, pégate a mí. No me importa que me empapes de lágrimas. —Polly se incorporó y se rodeó la cintura con las mantas—. Es todo un espectáculo verte sentada ahí, medio desnuda, con las manos unidas en el regazo, como una niña —añadió Lincoln, que se había apoyado en el codo para mirarla.

Polly no lo miraba a él, sino al frente.

—Pensaba que se había arreglado todo —dijo—. Que todo era limpio por fin: tú habrías superado lo que te impulsaba a desear esta vida de ermitaño y yo había solucionado las cosas en casa, y los dos nos marchitaríamos lejos el uno del otro. Oh, Lincoln, sé que no debería hablar de Henry, pero estaba muy distante conmigo. Siempre lo había estado. Era una de las cosas que faltaban por analizar en nuestro matrimonio. Yo no era desdichada con Henry. Era desdichada con las cosas tal como

eran, aunque quizá sea lo mismo, no importa. Pero mientras estuviste fuera nos acercamos el uno al otro. Yo ya no podía soportarlo. Hemos hablado mucho. No lo habíamos hecho en serio hasta ahora. Supongo que nunca habíamos sentido necesidad. El resultado fue que me convencí a mí misma de que todo lo que sentía por ti era consecuencia de la frialdad de Henry. Y puede que fuese así, pero el caso es que me enamoré de ti y, ahora que Henry ya no está distante conmigo, he de cargar con mis sentimientos. Todavía te quiero. Eres mi amigo del alma. Nunca esperé que mi vida fuera a ser complicada. Esperaba seguir una línea segura y recta. No esperaba que mi vida fuese muy diferente de la de mi madre. Quiero a Henry y te quiero a ti. Sé que se espera que crea que eso es un error, pero por el contrario creo que es algo *mío*. Es mi destino, mi complicación. Me siento como una serpiente, Linky, como si hubiera mudado de piel. Prefiero ser yo misma y pasar lo que he pasado, con toda su infelicidad, a ser lo que antes pensaba que debía ser. —Se volvió y lo miró con furia e intensidad—. Bueno, ya he pronunciado el discurso de la defensa sin haberte hecho a ti ninguna pregunta. A lo mejor quieres que las cosas cambien. A lo mejor has conocido a otra en París.

—Ven aquí, Dot —dijo Lincoln. La acercó hacia sí y los dos quedaron en la misma posición, frente a frente, apoyados en los codos, casi rozándose con la punta de la nariz.

—He pensado en todo esto —dijo Lincoln—. Sé que vivo de un modo extraño. Es como quiero vivir, por el momento. Me gusta mi soledad, más que ninguna otra cosa, exceptuándote a ti. Si puedo tenerte como te tengo ahora, quiero que esto continúe. Carece de objeto preguntarse qué ocurrirá. Los dos podríamos acabar hartos de esto. Las cosas cambian a veces. La cuestión es que te amo y te quiero cerca de mí.

—Ay, Lincoln —dijo Polly—. No es tan fácil. No importa cómo me sienta, no importa cómo sienta que es *mío*; soy la única que ha de llevar una doble vida, soy la única que ha de traicionar a Henry. —Lincoln guardó silencio—. Es decir, naturalmente que puedo hacerlo. Ay, Lincoln, te deseo muchísimo. Te deseaba cuando era infeliz y ahora que soy feliz sigo deseándote. Sé que no debería decirte estas cosas.

—Sigue hablando —dijo Lincoln.

—Me da la sensación de que he salido de una infelicidad para caer en otra. Nada me había parecido nunca muy claro, todo era como una travesía relativamente apacible. Quiero a Henry. Estoy tan acostumbrada a las personas difíciles que nunca me di cuenta de lo difícil que era estar casada con él. Mi padre es difícil y mi madre jamás dijo una sola palabra al respecto... claro que ella tampoco es precisamente fácil. Pues bien, quiero a Henry y sé que sin embargo tengo una conexión contigo. Y me pregunto quién soy yo para merecer el amor de dos hombres. Creo que soy caprichosa y egoísta, y que tengo derecho a todo. ¿Por qué creo que ha de quedar impune la traición que cometo contra mi marido? ¿Por qué me creo con derecho a tener una aventura amorosa?

Esta vez fue Lincoln quien se incorporó y quedó sentado en la cama. Estaba furioso.

—¿Y qué hay de la traición de Henry?

—Henry no me ha traicionado —dijo Polly.

—Ah, sí, te ha traicionado —dijo Lincoln—. Toda tu familia te traiciona. No soy tan idiota como para no darme cuenta de cuándo una persona desea afecto con todas sus fuerzas. Cuando te conocí, eras una persona arrinconada y te morías de ganas de que te amaran, y tu espíritu ha pasado hambre por culpa de esa gente despreciable cuyo único triunfo es haberte traído a este mundo o haberse casado contigo. —Miró a Polly con expresión sombría—. Acabarás odiándome por decirte estas cosas.

—Sigue hablando —dijo Polly.

—Detesto a Paul. Y creo que Beate es cruel e insensible. Odiaría a tu hermano Henry, pero es demasiado zafio. Creo que es una buena excusa que Andreya finja no saber inglés, así no nos enteramos de que es una mema. ¿Por qué una persona encantadora como tú ha de tener miedo de no ser encantadora? Tú llevas, traes y te preocupas y ellos se benefician de tu afán. Tus padres quieren mantenerte en el desconcierto para que seas siempre la pequeña y perfecta Polly, la que siempre se esfuerza por ser más amable y mejor, por contenerse, para convencerse a sí misma de que todos la quieren. ¿Qué hacen esas personas por ti? ¿Te conocen? Te dan una palmadita en la espalda y ya crees que se te abren las puertas del cielo.

Polly guardó silencio esta vez. Miraba a Lincoln con una especie de voracidad. Era totalmente suyo, lo primero que era de su propiedad en toda su vida. Era su héroe, la persona que hablaba contra otros en su favor. El mundo en que Polly vivía era un mundo ya hecho. Casi todas las relaciones serias que tenía ya estaban consolidadas cuando ella había entrado en el mundo. La única que había elegido —la que la unía a Henry Demarest— estaba muy próxima a su familia.

Pero Lincoln era suyo. Había ido a buscarlo y lo había hecho ella sola. La que había entablado con él era la primera y única relación seria que había tenido fuera de su familia. Lincoln era su secreto, su tesoro, la posesión que no tenía que compartir. Todo habían tenido que inventarlo ellos. Y de ese modo, como decía Lincoln, Polly había sido bennettizada y él había sido solo-millerizado. Se conocían desde un punto de vista particular al que solo ellos podían acceder. No existía un contexto más amplio para su amistad, solo la amistad, que es el bagaje de los desconocidos que se enamoran. Era una relación totalmente voluntaria y vivía fuera de la ley.

Polly no había soñado nunca con una vida así. Sus metas habían sido modestas y en consonancia con aquello para lo que se creía destinada: un marido, dos criaturas y una familia fuerte, y un mes de vacaciones estivales en Maine. Cuando se casó, su vida había estado tan completa que lo único que tenía que hacer era vivirla. Pero es que la vida no era un camino recto. Despertábamos en el lado prohibido de la ley con los sentimientos más normales. ¿Cómo era posible que alguna vez hubiera estado convencida de que podía renunciar a Lincoln? Sabía muy bien cuáles eran sus

sentimientos y no encajaban en su pulcra vida. No podían fundirse para confundirse con ninguna otra cosa. Hacían su vida más difícil y a menudo le causaban un dolor terrible. Pero eran los gajes del amor y estaba enamorada de él.

Comió vestida solo con la combinación. Verla en combinación inflamaba a Lincoln. Eran combinaciones antiguas, largas, de algodón. Su sobriedad y el escenario en que Lincoln las veía eran un cóctel tan estimulante que a menudo pensaba que el amor era un poco ridículo y se ponía a rechinar los dientes sin darse cuenta. Polly estaba sentada a la mesa, sin peinar, como la modelo en el estudio del pintor, como la chica que iba para que le hicieran un retrato y se enamoraba locamente del artista. Estaban en silencio. Lincoln se sentía muy a gusto fumando un cigarro y dibujando a Polly mientras esta se tomaba alegremente el café.

Sin duda era impropio sentir tanta felicidad, pero no podía negarse que la sentían. La atmósfera exterior estaba nebulosa a causa de la lluvia de primavera. La calle era gris. Los almacenes del otro lado de la calle chorreaban agua. Polly dejó la taza en la mesa. Las sensaciones puras de la vida adulta eran complejas y moderadas, y era mucho lo que había que pagar por ellas, pero valía la pena pagar todo lo que costaban.

Al caer la tarde, mientras Polly se vestía para irse a casa, Lincoln le entregó las cartas que le había escrito en París pero no le había enviado.

—Creí que te perdía —dijo—. Me hospedaba en una pequeña habitación muy solitaria, pero habría sido muy acogedora si hubieras estado conmigo. Estaba en el ático, había una cama cuadrada con un edredón rojo. Llovía casi todos los días. Volvía cansado después de colgar los cuadros, o asustado por la proximidad de la inauguración, me tendía en la cama y pensaba en ti acostada en tu cama, en tu lado del Atlántico, pasando revista a nuestra situación. Pensaba que cuando volviera a América no te encontraría.

—Estoy aquí —dijo Polly.

—Te compré un pequeño regalo —dijo Lincoln—. Póntelo. —Era un medallón de oro, un cupido colgado de una trenza de seda—. Tengo otra cosa para enseñarte —añadió—. Es tu retrato.

Lo sacó de detrás de una serie de lienzos. Se había basado en los dibujos que le había hecho en su cuaderno de bocetos. Allí estaba ella, con su falda y su jersey grises, de pie en el hueco de una puerta, como a punto de entrar en la habitación. En la habitación había un grupo de animales: un cordero, un tigre, un ratón, un terrier gris y blanco, un gato atigrado de pelo largo, un búho y una zorra. Junto a una chimenea se veía un jarrón grande con amapolas. Lincoln había añadido dos niños pequeños de pelo rizado, sentados en una cesta y abrazados. La luz de la habitación

era de un amarillo verdoso, como la que precede a una tormenta.

—Lo terminé hace poco —dijo Lincoln—. Es tuyo, pero quiero que se quede aquí.

De los ojos de Polly brotaron lágrimas.

—Yo no tengo nada que darte —dijo.

—Te me has dado tú —dijo Lincoln—. Eso es más que suficiente.

Dieciséis

El domingo por la mañana, muy temprano, llamó Wendy y despertó a Polly para decirle que Beate estaba de parto.

—Me alegro por ella —dijo Polly con voz soñolienta.

—Yo soy un manojo de nervios —dijo Wendy, cuya voz, habitualmente firme y decidida, reflejaba inquietud y vacilación.

—Cálmate, mamá —dijo Polly bostezando—. Ya has sido abuela antes.

—Pues venid pronto a desayunar —dijo Wendy—. No me llega la camisa al cuerpo.

Polly volvió a hundirse en las almohadas. No tenía intención de ir pronto a casa de sus padres. Wendy no lo había dicho, pero la verdad caía por su propio peso: Polly de parto y Beate de parto no eran fenómenos equivalentes, ni mucho menos. Si yo tuviera sesenta criaturas, pensó Polly, y Paul una sola del tamaño de una nuez, la suya sería más sublime en todos los aspectos.

Volvió a bostezar. Aquel día había planeado reservarse la mañana para ella. Henry estaba en la cocina preparando café y dando tortitas a los niños. Polly estaba molida. Aparte de todo lo demás —y todo lo demás era Lincoln y Henry—, el informe de primavera estaba ya impreso y encuadernado y se había presentado en el Departamento de Educación. Había supuesto mucho trabajo y Polly había reivindicado su esfuerzo por primera vez. Sus hijos, de hecho, habían pasado de puntillas junto a ella cuando estaba trabajando en su escritorio, y Henry se levantaba todas las mañanas y preparaba él el café.

Mandó por delante a Henry y a los niños al desayuno familiar y les recordó que se detuvieran en la panadería para recoger el pan suizo de pueblo de Henry el Viejo y el *pain au chocolat* de Wendy. Que la gente recordara, Polly iba a llegar tarde por primera vez.

Cuando llegó, había un ambiente formal. El tema del parto flotaba en el aire y Wendy estaba claramente disgustada con Polly, a la que permitió darle un beso rápido en la mejilla. Henry el Viejo no parecía estar totalmente allí. Tenía cara de estar meditando sobre el arte, la justicia o la libertad.

Wendy comunicaba a la mesa en general en qué momento exacto habían empezado las contracciones de Beate.

—¿Es necesario hablar de eso? —dijo Henry el Joven—. Me parece repugnante.

—No es repugnante, mono tontorrón —dijo Polly—. Tú me viste en el hospital

cuando nacieron Pete y DeeDee. ¿Te pareció repugnante?

—Eran niños —dijo Henry el Joven—. Yo me refiero a la sangre, a los coágulos y a los gritos previos al nacimiento.

—No pasan esas cosas —dijo Polly—, ¿verdad, mamá?

—Me temo que no lo recuerdo —dijo Wendy—. Os tuve a todos en un sueño crepuscular.

—¿Qué es un sueño crepuscular? —preguntó Andreya.

—Oh, un bonito aturdimiento en que suelen sumirte —dijo Wendy—. Estaba de moda en la época. Todo lo ves un poco azul. Puede que ese fuera el color de la sala de partos. Lo único que recuerdo de cuando nacisteis fue a aquel divino doctor Marshammer sonriéndome.

—Doctor Faulhaber —dijo Polly.

—¿Cómo te puedes acordar? —dijo Wendy.

—Porque su nieta Linda es nuestra pediatra —dijo Polly.

—¿De veras? Nunca se me ocurrió asociarlos porque cada vez que he pensado en ellos, él era el doctor Marshammer y ella la doctora Faulhaber —dijo Wendy—. El parto propiamente dicho, querida Andreya, me pareció un poco irreal en el sueño crepuscular, nada que ver con estos alumbramientos naturales de hoy que me parecen muy rudos.

—Son maravillosos —dijo Polly.

—A mí también me parecieron maravillosos —dijo Henry Demarest—. Yo lo vi todo.

—Jolín, es realmente asqueroso —dijo Henry el Joven.

—Cuando nació mi hermano, allá en casa —dijo Andreya—, la enfermera enseñó la *Nachgeburt*, las secundinas, en un plato de porcelana blanca.

—¿No podemos hablar de otra cosa? —dijo Henry el Joven.

—Si no lo soportas, vete a la biblioteca y espera a que lleguen Pete y Dee-Dee para jugar contigo —dijo Polly.

—Creo que hay cosas que no son tema de sobremesa —dijo Wendy.

—La *Nachgeburt* —dijo Henry el Joven.

—Estoy preocupada. Espero que funcione ese apacible entorno suizo en el que ellos creen con tanto entusiasmo.

—Ah, por el amor de Dios —dijo Polly—. Tener niños con el método corriente es bueno para casi todo el mundo.

—Polly —dijo Wendy—, sé más tolerante.

—Madre, creo que no sabes con cuánta frecuencia y con cuánta insistencia sale a relucir el tema de los partos apacibles. El resultado es que casi se me obliga a creer que no parí a mis hijos como Dios manda. Y tú eres cómplice.

—Cariño —dijo Wendy—, ella tiene más años.

—¿Y qué? —dijo Polly—. La noche anterior al nacimiento de Pete tuvimos diez personas a cenar y la víspera del nacimiento de Dee-Dee fui contigo a comprar tela

para tapizar, ¿recuerdas?

Pete y Dee-Dee habían empezado a enredar y se les dio permiso para abandonar la mesa.

—No se puede decir que tuvieran un entorno natal apacible —dijo Henry Demarest.

—Creo que es un rasgo de soberbia que Beate y Paul no vengan a comer —dijo Polly— y que no nos acompañen a los restaurantes por miedo a que sus gemelos se contaminen. Creo que son unos santurriones, unos moralistas y unos idiotas rematados.

—No sabía que pensaras así, Polly —dijo Wendy.

—Sí, lo sabías —dijo Polly—. Hablamos de esto en otra ocasión. Sabes muy bien lo que pienso.

—Ah, vamos, Pol —dijo Henry el Joven.

—Escucha, Henry —dijo Polly—. Seguramente ni siquiera te dirán que vayas al hospital. No tendrás que presentarte con una mantita cara. No tendrás que hacer nada, pero yo tendré que estar allí y escuchar a Paul y a Beate cuando me repitan que el nacimiento de sus criaturas fue muy superior al descuidado, ruidoso e inapropiado nacimiento de las mías. Tendré que oír que el champán que bebí cuando estaba embarazada hará de Pete un atracador de bancos y de Dee-Dee una madre soltera. Tú no tendrás que aguantar esto ni se espera que lo hagas, pero yo sí, y estoy ya muy harta de todo.

En los ojos de Henry el Viejo chisporroteó la mirada horizontal de censura. No le gustaba que se discutiera en la mesa. Reprobaba toda clase de disensiones.

—Estoy convencido de que harás lo que haya que hacer —recitó.

—Yo no estoy tan convencida —dijo Polly, construyéndose un bocadillo—. Que alguien me pase las alcaparras.

No se dijo nada más, pero Polly sabía lo que se avecinaba. Wendy estaría fría como el hielo durante unos días y luego endilgaría a Polly un sermón. Wendy no creía en las rivalidades fraternas ni en los favoritismos, a pesar de que los cultivaba. Si Polly no pasaba por el aro, su padre la invitaría a comer fuera y le endilgaría otro sermón. Habría un pequeño tumulto en la familia. La idea de aquellos sermones y de las conmociones que podían producirse había tenido a Polly encarrilada. Solo que ahora no le importaba. No tenía intención de escuchar los sermones de nadie ni pensaba comprar un costoso par de mantas infantiles. Seguramente acabaría haciendo un pastel o llevando a Paul y a Beate una fiambarrera con comida —eso era lo indicado—, pero a la primera mención de los entornos natales, saldría de allí pitando.

Mientras tomaban el café, sonó el teléfono. Era Paul, que llamaba para anunciar que habían nacido los gemelos Solo-Miller, un niño y una niña. Se les pondría los nombres de Matilda Zoë y Paul Heinrich. A la niña la llamarían Zoë y al niño Henry, para que no hubiera dos Paul en la misma casa.

Al conocer la noticia, Wendy se enjugó los ojos con la punta de la servilleta.

—Oh, cariño. Oh, cariño —dijo, a punto de sucumbir a la emoción.

Polly pensó en Pete y en Dee-Dee, que estaban en el piso de arriba. Los abuelos los adoraban, pero no habían adorado a Polly por haber tenido aquellos niños tan estupendos. Mientras que a Paul... bueno, Paul les había regalado un tesoro inapreciable. Al fin y al cabo, se espera que las hijas den nietos a sus padres. Y como Paul había sido un bicho raro y había permanecido muchos años soltero, el doble acontecimiento debía calificarse de maravilloso. Polly miró a su madre. Se daba cuenta de que Wendy no tenía remedio, pero no pensaba respetar sus sentimientos, sobre todo porque dichos sentimientos herían los suyos.

—Vamos, mamá —dijo—. Solo es otro par de nietos. Además, otro Henry nos creará mucha confusión.

Wendy se secó las lágrimas.

—Me temo que la idea de tener una nieta llamada Zoë es más fuerte que yo —dijo—. No me gustan los nombres exóticos.

Mientras tanto, informó Henry el Viejo, Paul había dado órdenes muy precisas. Para asegurar la continuidad del apacible entorno natal, Beate no recibiría visitas en el hospital ni vería a nadie en casa durante las dos primeras semanas.

—Según el doctor Ping —dijo Henry el Viejo—, los niños deben estar en una habitación con luz tenue y música suave, y envueltos en mantas esponjosas de algodón. Creo que eso es lo que dijo Paul.

—A lo mejor deberían guardarlos en el frigorífico —dijo Henry el Joven.

—Yo creo que es una medida inteligente —dijo Henry el Viejo, que tenía a Paul por una persona normal.

—Yo creo que para los niños debe de ser aburridísimo —dijo Henry Demarest.

Polly había dejado de pensar en el apacible parto de Beate. Pensaba en Lincoln. Habían acordado no verse los domingos, porque sometía a una tensión excesiva a Polly, que estaba agotando los seminarios docentes.

Miró a su alrededor. Sonrió a Henry Demarest y recordó que para casarse con ella había tenido que aceptar un puesto en la mesa familiar, cosa que había hecho muy amable y generosamente. Podía ser que la muralla de los Solo-Miller hubiera sido opresiva para él, y sin embargo se había adaptado.

Aquella era su familia, su tribu, su carne. No se sentía obligada a amar a sus miembros, ni condenada a enfadarse con ninguno; se limitaba a mirarlos. Su puesto en la mesa era optativo: no era obligatorio estar allí si no quería. Pero quería. Martha Nathan estaba convencida de que los conflictos conducían de una parte de la vida a la siguiente. Polly no estaba segura del resultado de sus conflictos. No sentía ligero el corazón, sino libre. Cuando no teníamos más remedio que sufrir las adversidades de la vida —soledad, privaciones, angustia, miedo a que nos lo quitaran todo—, acabábamos templados como el acero y demasiado fuertes para sentir nada. No iba a

recuperar su antigua personalidad e iba a vivir con determinada cantidad de determinadas inquietudes. Cuando se tenía una aventura amorosa había que soportar los temores y las pruebas que comportaba la empresa, como un minero o un domador de leones.

De las terribles angustias que había pasado sentía surgir un nuevo yo. No sabía cómo iba a ser, pero sería por carácter y naturaleza exclusivamente suyo. Su familia no conocía los secretos de su corazón y no había ningún motivo para revelárselos a nadie. Más aún, ninguno merecía conocerlos. Si ella cambiaba, ellos tendrían que cambiar. Ya no era su antigua Polly y nunca más volvería a serlo.

Se había acordado que Henry el Joven y Andreyra se llevarían a los niños a volar las cometas. Los gritos que llegaban del estudio de arriba recordaron a todos que el desayuno había terminado y que era hora de irse al parque. Pete y Dee-Dee bajaron por la escalera dando saltos.

—Eso es por todo el champán que bebiste durante el embarazo —le dijo Henry Demarest a Polly.

—Seguro que es por la langosta Newburg —dijo Polly—. Pete y Dee-Dee, escuchad esto. Tenéis dos nuevos primos. Beate y tío Paul han tenido mellizos. Se llaman Zoë y Paul, pero a Paul hay que llamarlo Henry.

—Zoë —dijo Pete—. Qué nombre más tonto.

A los niños no les emocionó la noticia. Se habrían entusiasmado mucho más si Polly les hubiera dicho que un cachorro de beagle iba a vivir con ellos.

Les ayudaron a ponerse el chaquetón. Era primavera, pero aún hacía un poco de frío. Al salir —Henry el Joven y Andreyra, Polly y Henry Demarest y los niños— se dirigieron al parque.

A Henry el Joven le gustaban las cometas sencillas y corrientes. Las compraba en una juguetería y las volvía más aerodinámicas en su casa. Había dejado a Henry Demarest su segunda mejor cometa: una vieja cometa meteorológica del ejército. Andreyra había construido una cometa cúbica de lino rosa y, para los niños, ella y Henry el Joven habían comprado cometas japonesas: la de Pete con forma de dragón y la de Dee-Dee con forma de pez.

Polly se subió a una pequeña elevación del terreno y observó. Soy una mujer caída, se dijo. Llevo el anillo de casada de la abuela de mi marido y un medallón de cupido que me ha regalado mi amante clandestino. No podía evitarlo, pero su corazón estaba lleno de amor: por Henry, por Lincoln, por su hermano, su cuñada, sus padres y sus hijos.

Todas las cometas ascendieron. La de Henry el Joven, como era más aerodinámica que las otras, subió más arriba. La de Henry Demarest volaba con autoridad. La de Andreyra dio cabezadas y acabó colgada plácidamente del cielo. Polly pensó en la cometa de Lincoln, que pendía de la pared de su estudio, negra y

plateada, con forma de raya de aguijón y con dos pérfidos ojillos rojos que le había pintado Lincoln.

Las cometas de los niños zigzagueaban. La verde cola del dragón se agitaba a merced del viento y el pez se retorció. A la vista de aquellas cometas chillonas y ornamentales, los ojos de Polly se llenaron de lágrimas. El dragón se había confeccionado de modo que pudiera trazar grandes arcos en el aire, y cuando empezó a ir de un lado a otro, Polly sintió que se le partía el corazón, que se le abría al amor, al dolor y a la complejidad de las cosas.

A ella, lógicamente, no le habían traído ninguna cometa, pero se sentía tan emocionada y llena de gratitud como si tuviera una.

Notas del traductor

[1] Alusión a una célebre frase del comediógrafo inglés William Congreve: «La música tiene gracias para apaciguar un pecho salvaje». <<

[2] En español en el original. <<

[3] Adopto el título y los nombres de la traducción de María Antonia Seijo Castroviejo. <<

[4] El día del Año Nuevo judío y el Yom Kipur o día del perdón; por extensión, el calificativo se aplica también a los diez días que transcurren entre ambas fechas. <<